
La Tempestad
Tomo I
Novela
de
Luis Orrego Luco

LUIS ORREGO LUCO.

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO. LA REVOLUCION DE 1891

:: AL TRAVES DE LA TEMPESTAD ::

NOVELA



SANTIAGO DE CHILE

SOCIEDAD "IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO"

OFICINA: GALERIA ALESSANDRI, Núm. 20.

1914



AL TRAVES DE LA TEMPESTAD

CAPÍTULO I

La tarde aparecía tempestuosa, cubierto el cielo de negros nubarrones cargados de agua que amenazaban convertirse en lluvia. Intenso frío calaba hasta los huesos á la muchedumbre, estacionada frente al edificio del Congreso Nacional, el día cuatro de Junio de 1890. Los Granaderos, que aguardaban sable en mano, en la calle de Teatinos, la salida del Ministerio, para contener cóleras y asaltos populares, alcanzaban á divisar, como vasto mar agitado, las cabezas de la multitud, sombreros de varias formas, trajes de la más diversa especie, hombres de toda condición social. Eran, en su mayoría, estudiantes universitarios de traza juvenil, entusiasta, y dada á tal género de manifestaciones.

Al pie de las gradas de la estatua de Bello, agrupábanse unos cincuenta descamisados de la peor traza posible, rotas las mantas deshilachadas, raídos los pantalones, las barbas hirsutas, las cabelleras revueltas, armados de gruesos garrotes nudosos. Eran

los reclutados por la policía secreta en garitos de arrabales, en chincheles, en casas de condición dudosa. Acudían al llamado de las autoridades policiales sin grande entusiasmo, pero resueltos á cumplir la consigna de contener á la juventud opositora. Mas, halláronse con que la muchedumbre enemiga del Gobierno constituía masa imponente, y era de tal manera numerosa, que á cualquiera le temblaban las carnes al oir sus rugidos.

De pronto estalló clamor ronco, propagado en oleadas sucesivas, hasta convertirse en estruendoso coro: vióse los sombreros alzados al aire, como nubes de golondrinas en la atmósfera gris de la tarde, millares de sombreros que hormigueaban en el espacio. Luego la voz se aclaró sonoramente: «¡Viva el Congreso Nacional! ¡viva Isidoro Errázuriz!» El gran tribuno, vestido de levita gris, y sombrero de copa de igual color en la cabeza, se abría paso entre la multitud que en aquellos instantes llenaba la Plazuela. Iba intensamente pálido, la color amarillenta; llevaba perilla militar al uso del Segundo Imperio napoleónico; su nariz era gruesa, despejada su frente, los ojos renegridos. Con ojeada rápida medía la multitud agitada en ondas y remolinos, con rugidos de fiera desencadenada.

Los espolines de Granaderos desprendían el leve sonido metálico que precede siempre á cargas de caballería, y se oyó, vibrante, la nota del clarín que tocaba «atención» de tal manera clara, que cruzó por los ámbitos de la Plaza, llena y sonora. Era ruido precursor de horas críticas, sólo escuchado hasta entonces en campos de batalla ó en maniobras. Sintióse ligero estremecimiento en la multitud, seguido de oscilación de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, en movimientos sucesivos. De nuevo estalló el grito

de «¡Muera el Presidente de la República!»... Clamor fúnebre, bronco y desapacible como provocación y rumor de combate.

Pero donde la agitación culminaba era en la esquina de la Plazuela; formábanse allí como remolinos de palos y puños alzados por los aires, de sombreros que caían, de cuerpos que confusamente se agitaban revueltos. Repartíanse golpes y comenzaba á correr sangre manchando rostros, ensuciando pecheras de camisas. Era que uno de los garroteros había clamado con toda la fuerza de sus pulmones: «Abajo el Congreso!» y bastó el grito aquel para producir conflagración. La inmensa muchedumbre de los partidarios del Congreso se conmovió un momento, y luego cayó con rapidez de rayo sobre ellos. Oyóse el clamor horrible de las multitudes agitadas hasta el frenesí: «¡Mátenlos! mátenlos!»... Desde los balcones se divisaba el choque rápido y salvaje. Los garroteros se defendieron con furia, con la intrepidez irreductible de nuestro *roto*. Luego se retiraron lentamente, defendiendo el campo hasta lo último, cubiertas las cabezas de sangre, aturdidos, desatentados, con la tenacidad de viejos *chocos* de campo. «¡Mueran los vendidos!» clamaba la multitud, mientras los garroteros partían cabezas de muchachos, reemplazados al punto por otros que proseguían la lucha. Los garrotes subían y bajaban, las manoplas de los jóvenes relampagueaban, rompiendo cabezas y destrozando quijadas. De pronto estallaron dos tiros de revólver, con chasquido seco, y luego se escuchó el estrépito acompasado de caballería lanzada á la carga, con rumor de vainas metálicas y resonar de espuelas. Eran los Cazadores que del lado de la calle de Bandera salían á proteger á los garroteros en peligro. Llegaron á tiempo; el puñado de rotos salía de la pelotera destrozadas las camisas, cubiertos de sangre

con cabezas rotas y mandíbulas partidas, hecho todo un harapo humano.

Los Cazadores cargaban del lado de la calle de Bandera; sus sables caían sobre la muchedumbre, brillaban por un segundo en el espacio, y luego volvían á levantarse y á caer. Los paisanos se defendían con bastones, quitaban el freno á los caballos, arrojaban al suelo á los jinetes, desarmándoles. Era la confusión indescriptible, los gritos ensordecedores, la cólera popular sobrepasaba lo concebible. La tempestad silbaba y rugía, todo á un tiempo, entre ensordecedora grita de «¡Muera Balmaceda! ¡viva el Congreso Nacional!... abajo la Dictadura!» Los soldados vacilaban, movidos del horror de bañarse en sangre de los propios amigos, acaso de parientes metidos en la refriega. El pueblo abrigaba simpatías por el ejército, en el cual veía estandarte de glorias, representante de combates inolvidables y de victorias en la campaña reciente en contra del Perú y Bolivia.

Pero el ejército debía obedecer, y cargaba sobre el pueblo que, á su turno, devolvía golpe por golpe, palo con palo y sablazo con tiro de revólver. Los disparos resonaban secos, en distintos puntos.

Un carruaje de médico cruzaba en ese instante por la calle de Bandera. Era cupé de estilo americano, arrastrado por caballo de grande alzada; estaba correctamente puesto y bien se echaba de ver que su propietario figuraba entre facultativos elegantes, médicos de clientela rica.

En ese instante las tropas de Granaderos también se movían, con rumor de sables y de vainas. Mandábalas un oficial joven con galones de alférez. Oyóse junto á los jardines del Congreso rumor de disparos. El oficial palideció, no porque tuviese miedo, pues bastaba mirarle para comprender que no era de los tímidos.

Pero en ese instante le asaltaban escrúpulos de la sangre que iba á derramarse y hubiera dado la suya con gusto por evitar el conflicto que preveía y cuyas proporciones no era dable presumir entonces. Violenta lucha, á manera de tempestad, se desencadenaba en su espíritu. Por una parte, la disciplina, el cumplimiento del deber militar le movían á ordenar la carga contra juventud y pueblo; de otra, sus inclinaciones naturales, sus simpatías, sus afectos se hallaban del lado de la Oposición. Nuevo disparo, ya cercano, hizo encabritarse los caballos; una bala pasaba sobre sus cabezas. El joven todavía dudaba; ya los soldados comenzaban á tomar á mal su actitud, los gérmenes de insubordinación eran visibles. Pero hizo aún terrible esfuerzo para dominarse, y la tropa á su mando se mantuvo quieta, de tal manera era vigoroso el régimen de disciplina en el antiguo ejército. Sentía dentro de sí el bullir de pasiones comprimidas, vivísimo deseo de apoyar á esa juventud que debía combatir, de arrancarse los galones para formar en las filas de los que vivaban al Congreso, de tal manera le envolvían las pasiones de la atmósfera dominante, y se le subían á la cabeza, como ebriedad, los humos de combate que ya flotaban en el espacio, en salones, calles, teatros y plazas, donde quiera que se fuese, donde quiera que se mirase. Sentíase un soplo cálido de entusiasmo, de abnegación, de anhelos de libertad representativa y parlamentaria, avivados por los discursos de reuniones públicas y de sesiones de las Cámaras que parodiaban el célebre juramento del Juego de Pelota.

De súbito, la multitud calló, abrióse, en silencio aún más aterrador que la anterior grita, haciéndose recordar la psicología de la célebre frase: «El silencio de los pueblos es la lección de los reyes.» Era

que salía el Ministerio del Congreso, ante el cual acababa de presentarse. Les había recibido con voto de censura, antes aún de que hubieran explicado sus propósitos. Insultos, vociferaciones, clamores de muerte habían acompañado su vía-crucis parlamentaria. Venían pálidos, deshechos, la faz caída, á dar parte al Presidente de su derrota. A la cabeza marchaba don Enrique Salvador Sanfuentes, acompañado de don Julio Bañados Espinosa; más atrás seguía el Ministro de la Guerra general Velázquez, en compañía del joven Diputado Anselmo Blanlot Holley que había hecho vigorosa defensa de la situación y del Ministerio. Apenas hubieron abandonado la Plazuela, se oyeron nuevamente los horribles gritos de «¡Abajo el Presidente de la República!» «¡Abajo el Ministerio!» que repercutían como inmenso clamor en crescendo, en forma de rugidos informes, de estallidos pavorosos. Los garroteros quisieron nuevamente lanzarse al asalto, alentados por la presencia del Gobierno, pero fueron cogidos rudamente por la muchedumbre y algunos tuvieron que batirse en retirada, cubiertos de sangre, los vestidos rotos, las narices partidas, la cabellera revuelta, convertidos en fieras humanas. Al verlos, el general Velázquez se dirigió al joven oficial que mandaba la tropa, violento el gesto, la faz convulsa, los ojos inyectados en sangre:

«Por San Bruno! qué hace ese oficial de... porquería? ¿Por qué no carga esa tropa?»

El joven oficial palideció más aún ante el insulto, se puso verde, hizo tocar «atención» á su corneta de órdenes y luego ordenó la carga contra la multitud apiñada en la Plazuela. Vióse relucir los sables y agitarse los caballos entre la masa compacta, mientras el hormiguero de cabezas humanas oscilaba en inmenso vaivén. Una silbatina monstruosa acogía á la tropa;

los soldados, antiguos veteranos acostumbrados á recibir aplausos desde los días inolvidables de la campaña del Pacífico, sentían zumbar sus oídos, hubieran preferido lluvia de balas. Ahora tenían que cargar contra la multitud indefensa que les recibía á pedradas, á palos, con denuestos, con tiros de revólver.

El teniente seguía á la cabeza, espada en alto, calzados los guantes blancos como en días de parada, la hermosa cabeza altiva.

—«¡Qué buen mozo!» dijo una vieja que presenciaba el espectáculo de la terrible asonada. «*Ven haiga* con el *futrecito bien plantao.* ¡Qué lástima que esté con los sicarios de la Dictadura!»

No tuvo tiempo de pronunciar una palabra más; en esos instantes el joven caía derribado por terrible pedrada que le rompía la cabeza. Levantáronle cubierto de sangre y del lodo del arroyo, sin conocimiento, y le llevaron hacia la calle de Compañía.

El médico presenciaba la escena desde su carruaje detenido por el súbito movimiento de tropas que cargaban. Por un instante quiso bajarse, pero la simple idea de que lo atribuyesen á miedo, le mantuvo tieso en su asiento. Cuando vió caer al oficial se lanzó en medio de la muchedumbre, juntándose con los que le conducían á la botica cercana. En torno suyo se agrupaban numerosísimas personas, movidas de curiosidad unas, de sincera simpatía y compasión otras. Suplementeros, sirvientes, estudiantes, soldados, hombres del pueblo, agitadores de club, y dos ó tres mujeres formaban masa compacta, agrupación que nunca deja de formarse en torno de algún accidente. Las cabezas apiñadas no permitían ver el rostro del herido, acaso de muerte. «Desgraciado...» exclamaba una mujer. «¡Bien hecho que maten á los sayones de la Dictadura!» gritaba un energúmeno,

de tal manera se habían exaltado las pasiones políticas en aquel instante.

—«Otro herido más... bueno... bueno... y este lo trae el colega Ortiz», exclamó un señor gordo y bajo, de lentes, chaquet oscuro y sombrero de pelo. En aquella época lo usaban mucho los médicos santiaguinos para las visitas—con lo cual creían ganar en autoridad y prestigio. «Parece oficial de ejército, ese debe ser gobiernista—mejor que mejor».

Y tanto el doctor como el individuo que al pasar les había mirado, parecían satisfechos de que el herido fuera soldado del ejército presidencial, como si las leyes de humanidad hubieran desaparecido, borradas por turbio vendaval de pasiones políticas agitadas hasta el calor blanco en aquellos propios momentos. Ni uno, ni otro partido daba ni pedía cuartel. Veíase clara la psicología de las muchedumbres en momentos en que la pasión las agita. Unos y otros parecían incitarse, primero con sólo enunciar opiniones contrarias al Gobierno, y proclamar á voz en cuello sentimientos de amor á las instituciones representativas y á la libertad electoral que parecía erigida en sistema, en culto, en ídolo, en suprema cima á la cual todos aspiraban con brazos extendidos como los judíos en el desierto. El joven oficial aparecía á los ojos de los opositores como instrumento cobarde de ataques al pueblo, de sablazos repartidos á multitud indefensa é inerme, sin pararse á considerar que la multitud también agredía y asaltaba, y que en esos propios instantes se revolvía furiosa, con rugidos, rumores alarmantes, clamores feroces de muerte y vivas frenéticos al Congreso que representaba el sentimiento popular.

—«Paso, colega! ¿Cómo vá?» dijo bruscamente el doctor Ortiz al doctor Caicedo que atendía á un joven

estudiante herido de sablazo en el brazo izquierdo. «Aquí curamos á todos, tanto del Gobierno como de la Oposición».

Cerraron la puerta de la botica, para impedir la entrada de curiosos agrupados en sus dinteles. Tendieron al joven oficial sobre un canapé y trajeron agua, con la cual hicieron el primer lavado al herido, limpiándolo luego con desinfectantes y poniéndole gasa esterilizada. Acre olor de ácido fénico llenaba la atmósfera; en el suelo había dos palanganas cuajadas de sangre, encima de las cuales flotaban algodones enrojecidos. El estudiante se quejaba; el brazo le dolía mucho. Por la boca echaba sapos y culebras en contra del Gobierno y de los salvajes que casi le habían muerto, por el delito de ser partidario del Congreso Nacional.

Entretanto, los facultativos charlaban, con la despreocupación característica y la frialdad que han llegado á formar parte de la propia naturaleza del cirujano, haciéndole indiferente á la vista de la muerte y de las enfermedades, del dolor humano en sus diversas formas. El doctor gordo, á quien llamaban Caicedo, se ajustó los lentes con gesto maquinal, se limpió una mancha de sangre en el traje y dijo tranquilamente:

—«Estuve en el Senado, á ver la recepción al Ministerio. Todavía me parece que veo salir á los Ministros, cabizbajos y confundidos, agachando la cabeza como *chocos* que han recibido tunda de azotes. Levantaron la cortina roja de la puerta lateral y salió todo el Ministerio, antes de que se votara por enorme mayoría la censura. Cuando iba saliendo no pude dejar de recordar el último acto de *Aída*—¡Radamés!—¡Radamés!—¡*La mort*! Luego llegó la votación y se *fregaron* esos pícaros».

—«¿Y tú crees que renunciará el Ministerio?» preguntó el doctor Ortiz.—«Pues ya lo creo—si no le queda otra cosa que hacer; ahora está bien claro que la Oposición tiene enorme mayoría en ambas Cámaras; el Presidente no tiene nada más que someterse. O herrar o quitar el banco,»—como decía el Patriarca Matta, en *El Atacameño*. Bueno; me alegro de que alguna vez haya opinión pública en Chile. Es preciso que los Ministerios se compongan de personalidades y que no se lleve á tan altos puestos á cualquiera. El día en que el Congreso mande de veras, sólo irán al Gobierno los jefes de partidos, personas como Matta, Irarrázaval, Altamirano, Errázuriz, Montt y no *pichiruches* como ahora. Ya era tiempo que se modificaran las cosas. Balmaceda tendrá que ceder á la opinión pública y á la mayoría del Congreso».

Un señor que compraba mercaderías en la botica se encaró con ellos:

—«El Presidente tiene toda la razón, señores. No es posible tolerar que un pequeño círculo de oligarquía santiaguina se imponga al país entero; cuatro señores que andan muy enojados porque no los hacen á ellos Presidentes de la República...»

—«El Congreso representa á la opinión y al país; es preciso respetarlo, pues de lo contrario se pisotearía la Carta Fundamental», exclamó en tono declamatorio el doctor Caicedo.

—«¡Qué Congreso ni qué niño muerto! Si el Congreso ha sido elegido por la intervención del Ejecutivo. ¿A quién representa sino á los votantes llevados por la policía rural, y á los jornaleros de los ferrocarriles del Estado?... Ese Congreso no vale un comino...»

No bien había pronunciado estas palabras el señor aquel, cuando rodaba por el suelo, después de recibir una tremenda bofetada que le dió uno de los muchachos

acompañantes de los heridos. Las pasiones estaban de tal manera exaltadas que había pasado el momento de las razones y de los argumentos tranquilos; se consideraba innecesario discutir y cada uno se creía poseedor exclusivo de la verdad. A fuerza de repetirlo en la prensa—toda de oposicion—habían llegado á creer sinceramente en que solamente los vendidos ó los que algún interés particular movía eran los que al Gobierno apoyaban.

El doctor, entretanto, sin curarse de lo que se discutiera, lavaba tranquilamente la cara del herido, que tardó buen espacio de tiempo en volver en sí. No era tan grave la cosa, como á primera vista pareciera; mas con todo, se necesitaba de prudencia y de calma. Lo primero que se le ocurrió al médico fué transportarle á casa de sus padres, á la calle de Santo Domingo —a esa casa de Orbegoso que tanto visitara en otro tiempo; pero la alarma de la pobre señora sería terrible;—además no estaba cierto de que se encontrara en Santiago, pues había oído decir que don Santos, padre del herido, se hallaba gravemente enfermo en Viña del Mar. «¿Qué haré?» se preguntaba entre sí el médico. «¿Dónde llevarle?» Al ver como recobraba el conocimiento se sintió moralmente más aliviado— el mismo joven resolvería el caso.

—«¿Qué tal, Juanito? parece que has escapado en un pelo de que te mandaran al otro mundo de un peñascazo? ¿Cómo te sientes ahora?»

—«Mejor, y á fin de cuentas de la tierra no he de pasar, como decía el roto. ¿Y usted por aquí, doctor Ortiz? Es curioso que en todas las ocasiones críticas en que he estado á punto de descalabrarme, de romperme una pierna ó la cabeza, siempre lo haya encontrado como providencia salvadora».

—«¿A punto no más? si te la has roto efectivamente...

Es preciso que no hables sino lo que sea indispensable. Vamos á ver... ¿Dónde crees que sea más conveniente que te llevemos? ¿A tu cuartel? ¿al hospital? ¿á casa de tu madre? ¿a qué parte en fin?; creeme que estaba perplejo pensando en lo que más conviniera».

—«A casa de mi padre no es conveniente porque se encuentra en Viña, donde pasará unos días á ver si se mejora; no conviene que me lleven al cuartel, donde no hay comodidades para curarme. Lo mejor sería que me condujeran al hospital. Yo he nacido para vivir como aventurero y morir tirado en cualquier rincón... á mí me toca un lecho de hospital»...

El doctor Ortiz se golpeó la frente:

—«Tengo una idea... ¿No sería bueno que te llevara á casa? De fijo que estarías allí mejor que en el hospital. Por otra parte, no faltará quien te cuide como á mi propia persona».

—«Gracias, perfectamente», contestó el herido dando leve grito de dolor, que las heridas y contusiones le causaban. Llévame donde se te dé la gana... gracias. De todas maneras creo que estaré mejor que en el cuartel de Granaderos».

Entreabrieron la puerta para ir en busca del carruaje del médico, pero tuvieron que cerrarla; en esos instantes se oía ruido de torrente desbordado—eran los Granaderos que daban una carga feroz en contra de los estudiantes y el pueblo de la Plazuela del Congreso. La multitud se arremolinaba luchando con bastones y agitando palos; los disparos de revólver se hicieron más frecuentes, y luego se vió que huía desordenadamente por la calle de la Compañía, en dirección á la Plaza de Armas, entrándose precipitadamente por el Portal Fernández Concha, hasta donde la siguieron los soldados, dando cargas y sableando hasta las puertas de las tiendas. Algunos caballos resbalaban

en las losas y daban con los jinetes en tierra; ese era el momento en el cual la multitud les acogotaba haciéndoles añicos, cubriéndoles de golpes y de sangre. Oíase clamores, gritos, llamados, voces de mando, el feroz chivateo de la carga, costumbre heredada de guerras araucanas—y junto con esto, el cierra-puertas general de comerciantes aterrados, huída de mujeres que tranquilamente mercaban géneros y provisiones, de paseantes inofensivos que súbitamente se hallaban cogidos en medio de la lucha y tenían que recibir forzosamente golpes. Oíase, de súbito, como detonación de arma de fuego, el estrépito de grandes cristales de almacenes rotos por golpes de soldados ó garrotazos de ciudadanos al defenderse. La confusión era enorme, y en el bullir de ánimos, en el estrépito de la lucha, se escuchaba los grandes clamores de la multitud exaltada por el combate: «¡Viva el Congreso Nacional!» «¡Viva el Gobierno Parlamentario!» «¡Muera la Dictadura... mueraaa»...!

Desde la botica se oían los gritos en sorda algazara, en vocerío ronco y trágico, salidos de mil gargantas a un tiempo, cortados de disparos y de ayes de heridos, de rápido galopar de caballos, del ruido imponente y sordo de pueblo en marcha; sentíase la fiera humana.

Aquello era para darle escalofríos á cualquiera que no estuviera hecho como nuestro pueblo, al desprecio de la vida, tenida en poco. La multitud, luchando sin armas contra un ejército, era el barómetro de la situación política que comenzaba á producirse y amenazaba llevar las cosas á extremos que los hombres de Gobierno jamás sospecharon.

—«Parece que se pegan fuerte y feo», dijo dentro de la botica un curioso.

—«Pero con el Gobierno es inútil luchar», murmuró sentenciosamente el boticario. Semejante creencia,

generalmente compartida, era la verdadera fuerza del Presidente.

—«Yo nada tengo que ver con los tirios y troyanos», interrumpió el doctor Ortiz, como se llamaba el médico que acababa de curar al teniente de Granaderos. «Sólo me ocupo en mis enfermos, y además en este herido que me ha tocado recibir».

Al cabo de media hora, llegó el coche del doctoı Ortiz, cupé de estilo americano que recién comenzaba á estar de moda entre los facultativos—pues también los médicos tienen sus modas. Juan, a quien conducían en brazos, abrió los ojos para mirar tanta elegancia, sorprendido. Todo, desde el brillante color de laca nueva, los faroles nikelados, los arneses nuevos, el marroquí flamante en que se hallaba tapizado—era digno de médico á la moda como el doctor Ortiz.

—«Lo que siento es que te voy á manchar el coche con sangre», le dijo, como con cierto pesar. «No me gusta echar á perder cosas tan bonitas. Pero te veo muy en grandes, Ortiz; ya no eres el médico modesto de otro tiempo, como si el viaje á Europa te hubiera cambiado».

—«La verdad es que algo se contagia uno con los viajes; se acostumbra á vivir bien, á respetarse, á lavarse, á cortarse el pelo. Ya los poetas y los escritores andan vestidos á la última moda, sin melenas que les cuelguen, ni barbas sucias, y con camisas lavadas. Los hombres intelectuales se cortan el pelo y se bañan. Se parecen á todos los demás mortales. Por lo que á mí toca, he aprendido mucho en Berlín...»

—«Poı eso te afeitas á la americana, el bigote...»

—«Siempre bromista, hasta cuando estás herido;—pero no deberías hablar tanto, no sea que te venga fiebre, lo que no sería conveniente».

—«Ya me veo muerto y con honras suntuosas, y

discursos del Ministro del Interior y del de Guerra. Ya me parece que veo levantarse á don Manuel Jesús Herrera Sotomayor, armado de su correspondiente papel en rollo que prudentemente oculta para que el auditorio no se asuste: «Acaba de morir, señores, en el puesto del deber, gloriosamente, como Arturo Prat en Iquique, el joven teniente don Juan Orbegoso;—si este malogrado y pundonoroso joven hubiera vivido en la Independencia, habría muerto en Maipo ó habría sido general; también habría podido morir en Chorrillos, pero en esa época sólo tenía doce años». «Te perdono el resto del discurso del señor Herrera...»

El doctor hizo esfuerzos para que el joven callara. Estaba preocupado, y maquinalmente hizo el antiguo gesto de atuzarse el bigote, usual en él antes, pero que ahora, no tenía razón de ser.

El carruaje se veía obligado á marchar lentamente, y por último á detenerse, en la esquina de Ahumada con Huérfanos. Multitud compacta llenaba la calle, hasta la otra esquina, en donde estaba situado el Club de Septiembre que servía de cuartel general á los opositores. Desde sus ventanas pronunciaba Isidoro Errázuriz, en esos momentos, una de sus arengas más fogosas y elocuentes. «Siento estremecida, señores, el alma popular, en defensa de los derechos de la representación nacional amenazada; vosotros nos levantáis sobre vuestros corazones en puesto de honor inolvidable, tejiendo sobre nuestras cabezas las coronas de yedra de la gloria, pero no debemos olvidarnos de que el Capitolio está muy cerca de la roca Tarpeya».

La voz de oro llegaba vibrante, luminosa, colorida, ardiente, empapada en el calor de la jornada; inmensos aplausos le saludaban á cada paso, en tempestad no interrumpida sino por gritos de «¡Viva el Congreso

Nacional!» Y los períodos se desarrollaban soberbios, candentes, con entonaciones precursoras de la indignación de la revuelta. En la multitud se notaba los vaivenes propios de las horas críticas, en que mira con sangre en el ojo y agacha la cabeza para embestir, como los toros. Sentíase la corriente nerviosa que circulaba en visibles estremecimientos—y luego el clamor que se eleva, hondo y continuado, el grito ronco é inmenso de las multitudes. Los jóvenes habían perdido la cabeza, estaban dispuestos á morir por la causa, querían lanzarse al combate en contra de la fuerza armada, sin medir el peligro, creyéndose fuertes con revólveres y garrotes con los cuales habían desafiado la caballería. Si no los detienen, acaso hubieran llegado á la Moneda en són de combate.

Un río humano desfilaba delante del cupé; hombres de manta, gente del pueblo, caballeros de levita, muchachos, estudiantes, políticos, artesanos, profesionales, con rostros congestionados y cólera latente—con esa indignación que no se quería ver desde el Gobierno y que era cosa ya tangible. Unas señoras sacaron pañuelos por la ventanilla del carruaje, al pasar junto á la calle de Huérfanos, y saludaron al pueblo, enviándole ardoroso grito de «¡Viva el Congreso Nacional!» Eran jóvenes y bonitas, de gran tono; el pueblo las vivó con entusiasmo, y desaparecieron arrastradas por el trote regular de animales de fina sangre. Sentíase que era asonada aristocrática, como las tentativas de Cadudal en Francia; movimiento que las altas clases sociales patrocinaban y hacían suyo, en el cual hasta las mujeres mismas se embarcaban con la pasión y el ardor que generalmente ponen en cuanto hacen.

Por fin, no sin grandes trabajos, consiguieron llegar á casa del doctor Ortiz, en la calle de Ahumada, es-

quina con Alameda, en altos. Era mansión elegante y Juan Orbegoso abría tamaños ojos mirando el lujo desplegado por su amigo. En el primer piso había una serie de salones de consulta y de espera, puestos al estilo americano llamada *Mission*, con muebles de cuero amplios y cómodos, mesas de formas caprichosas, sillones Morris, cojines poı todas partes—la preocupación de la comodidad llevada hasta la exageración y la limpieza erigida en culto, al estilo de Holanda.

Rumor de voces, se hacia escuchar en el amplio hall; resonaban las pisadas con los clamores fúnebres de un acompañamiento, de algo lento y pesado que subía, en coro formidable. Junto con oirse el rumor de los que entraban, apareció en el dintel de la puerta una joven, alta de estatura, vestida de negro, de fisonomía graciosa, que apareció sobresaltada, extrañando lo insólito de semejante aparición.

Al ver el grupo de los que en ese instante entraban, palidez mortal pareció difundirse sobre su fisonomía toda, hizo gesto de contracción su boca, á la vez que sus cejas se fruncían.

—«No es nada, Elvira, es cosa muy sencilla», le dijo con voz cariñosa el doctor Ortiz, desde el descanso de la escalera, en donde se encontraba. Se trata simplemente de un herido, de un herido leve y creo que con un poco de cuidado que tú habrás de prodigarle, lo tendremos muy luego en pie. Es uno de los héroes presidenciales», añadió con cierto acento de ironía. «Lo más práctico, lo del momento, es que prepares la salita de la izquierda, la que está contigua al gabinete de *toilette* de los enfermos. Anda con ligereza de rayo».

La joven dió órdenes con pasmosa rapidez, acudieron sirvientes, abriéronse y cerráronse puertas; óyose el ruido de una casa toda entera en conmoción. Tendieron,

mientras tanto, a Juan Orbegoso sobre el sofá del vestíbulo; veíase á la luz cómo las fisonomías se apiñaban en torno suyo. Las de sirvientas movidas de curiosidad y de celo; las de acompañantes, de compasion dolorosa; la de la joven, de sentimiento de sorpresa y de tierna simpatía que parecía reflejarse en ella desde el primer momento.

—«No tenga Vd. cuidado, señorita», le dijo en son de broma Orbegoso. «Acabamos de tener una batalla con los estudiantes, en que no ha habido muertos y muy pocos heridos, en estado de bailar polka ó valse, si la ocasión se presentara. Lo que es á mí, esta simple y sencilla pedrada me representa un galón más en mi modesto uniforme de soldado, lo que no es poco para los tiempos que corren. Es probable que no alcancemos á ver guerra en muchos años, quién sabe en cuántos; yo temo por mi pobre carrera militar, no sea que vaya á pasarme lo de aquel coronel de quien decía en su entierro el general Godoy, al escuchar la descarga de la tropa hecha sobre su tumba con arreglo á la ordenanza:

«¡Pobre coronel! ¡qué lástima da pensar que ha olido ahora por primera vez la pólvora de cerca!» «Lo que es por mí no se preocupe usted un momento, señorita. Estoy bien, perfectamente bien, casi tengo ganas de bailar.»

Mientras el joven pronunciaba estas palabras, en tono de alegría, difundióse sobre su rostro una palidez mortal, clavó las pupilas, y se desmayó. Parecíale que todo giraba en torno suyo, los pies se le helaban, no sabía de sus manos, zumbábanle los oídos, sentía ardor, el más extraño ardor en el estómago, y luego se vió liviano, muy liviano, como si volase lejos, como si extendiera las alas para lanzarse al espacio, y

un bienestar, inmenso bienestar, parecía dilatarse por todo su cuerpo.

La joven dió un grito y luego se vió las cabezas apiñadas en torno del herido, mientras las luces de las lámparas proyectaban sobre la pared fantásticas sombras chinas.

Momentos después conducían al herido al saloncito de la esquina, colocándole sobre una especie de lecho de campaña, rápidamente preparado para el caso. Procedió el doctor, sin más, al examen detenido del herido, y luego se volvió á su hermana, diciéndole con toda calma:

—«No debe de ser cosa de grande importancia; en pocos días más estará en pie, si no le viene, por desgracia, fiebre como sería de temer».

Elvira, con delicadeza y previsión femenina de persona acostumbrada á semejante género de caridad humana, lo preparó todo sin omitir detalles para el cuidado del herido. Luego volviéndose á su hermano dijo:

—«Sabes, Samuel, que sería conveniente avisar en el acto á los miembros de la familia de este joven lo que pasa, aun cuando sea difícil que ignoren todavía el accidente, cuando á estas horas Santiago entero tendrá noticia de él. Sin embargo, sería lo mejor que se les diera parte en el instante mismo».

—«Sus hermanos, su padre y su madre se encuentran en Viña del Mar,—respondió Samuel;—no me parece que fuera conveniente alarmarles demasiado con telegramas. En cambio, según entiendo, se encuentra aquí su hermana Elisa.»

Al pronunciar este nombre, Samuel Ortiz notó que un pasado que creía definitivamente muerto renacía á su voz. Sin saber por qué, sintió que el corazón le pal-

pitaba de manera ensordecedora, y que un mundo de imágenes lejanas acudían al llamado, como en las evocaciones mágicas de Fausto; era enjambre de recuerdos, de ensueños y de ilusiones del pasado. Parecióle que se tratara de persona extraña, cuya vida le contaran y que escuchase con simpatía viva; de cosas de amigos ó de hermanos. Más de una vez, el nombre de Elisa había resonado en sus oídos desde la vuelta de Europa, en reseñas de fiestas y de bailes, de comidas ó de paseos. Después de su matrimonio con Javier Aldana se había eclipsado momentáneamente del mundo y luego había vuelto con mayores bríos, ansiosa de diversiones y de fiestas, brillante, elegantísima.

Allá en Europa, adonde partiera al poco tiempo del matrimonio de su antigua amiga, le llegaron rumores de Chile, según los cuales formaba parte del círculo llamado: «Las maravillosas», nombre tomado del recuerdo histórico de las elegantes de la revolución francesa. Referíase las más extrañas historias de semejante círculo, del cual se murmuraba con cruel ferocidad. De los hombres que lo componían se decia que figuraban entre políticos y financistas averiados, algunos de los cuales recibían fuertes primas en negocios fiscales, un tanto turbios. De las mujeres, las murmuraciones eran todavía peores, refiriéndose detalles crudos, historias escandalosas que desentonaban un tanto con el pudor tradicional de las mujeres chilenas. En un paseo todos habían tirado la capa al toro, así hombres como mujeres, en el extremo de alegría de la fiesta. Hablábase de citas misteriosas en una quinta de los alrededores; de coches que cruzaban la ciudad en fuga loca, corridas las cortinillas; de cierta cacería hecha por un amante celoso á una dama que, creyéndose perseguida por su marido

recorrió la ciudad entera, fué al parque, corrió por la Quinta y volvió por fin, á la Alameda, perseguida siempre por el coche misterioso en el cual apareció por fin el amante burlado. Esas y otras muchas historias se repetían en Europa y llegaban con caracteres gravísimos á los oídos del médico. Ortiz estudiaba enfermedades de niños por cuenta del Gobierno, que le había pensionado, enviándole a Berlín, en donde existía famoso hospital atendido por celebridades de fama europea. Al escuchar semejantes rumores que admitía sin examen, según su costumbre, fruncía el ceño y maldecía una vez más de las mujeres. Ortiz había conocido todas las fases de la vida pasional, creyéndose amado unas veces por Elisa y otras vilmente engañado por ella. Era la primera joven de alta sociedad santiaguina que hubiera tratado de cerca, y como no podía dejar de confesarse en su fuero interno, le había infundido la más soberana idea, la más noble y la más pura de la mujer chilena, de su fondo de sinceridad y de honrado afecto, de la intensidad y el desinterés de su sentimiento amoroso. Pero su matrimonio con Javier Aldana había sido para Ortiz como partida fúnebre de todo su pasado, sepultado con eso definitivamente. Había muerto su primer amor, y no creía que fácilmente cayera en las redes de otro sentimiento análogo. Era que la decepción había sido tan honda, tan ruda la caída que le había tornado misántropo, desviándolo del mundo y de su tiato. Le había tomado horror á las mujeres. Acaso por eso había sido estudiante modelo entre los chilenos de Berlín, dado en tal forma al estudio que sus profesores llegaron á cobraile cariño entrañable, distinguiéndole en hospitales y clínicas.



CAPÍTULO II

El doctor Ortiz se acercó al enfermo que sonreía con el buen humor de costumbre.

—«Genio y figura... hasta la sepultura», le dijo.

—«No esperaba que me desahuciaras tan pronto— contestóle Orbegoso;—por política debías haber esperado un poco para darme la fatal noticia».

—«Ya ves que te sientes mejor».

—«Así... así... como Quevedo, que ni sube ni baja, ni se está quedo...»

—«¿Quieres decirme por qué te has metido á oficial de ejército en estos tiempos revueltos, ahora que la opinión pública está en contra del Gobierno y puedes verte en peligro de combatir á tus propios amigos, como sin duda te habrá pasado ayer tarde? ¿Has entrado al ejército á la hora más inoportuna del mundo; comprendería tu entusiasmo si tuviéramos en perspectiva una guerra esterior... Pero ahora que estamos en paz con todas las naciones del orbe, no atino en que te vayas á meter en compañía del grupo de muchachos inútiles que viven en cafés, bebiendo copas ó aplanando calles en seguimiento de niñas de medio pelo; que no son de otro género las operaciones militares de los jóvenes oficiales del ejército chileno».

—«Te diré, para comenzar, Samuel, que estás muy

equivocado en lo que dices, porque el ejército no es tan inútil como pretendes, aún cuando generalmente envía menos muertos al cementerio que la Facultad de Medicina en épocas normales; y si comparamos los muertos de viruela con las víctimas de la guerra del 79, estoy seguro que los militares se quedan chiquititos. El ejército suele servir en ciertos momentos; en tiempo de guerra, naturalmente, aun cuando no sea tan útil en época de paz, así como los médicos no sirven de nada cuando uno está sano, á no ser para meternos miedo con esa historia de los microbios... El día menos pensado van á descubrir que el amor no es otra cosa que microbio invisible. Bueno... pues como iba diciendo... ¿En qué estaba que se me olvidó? Tengo la cabeza tan echada á perder con las pedradas tan fieras que ayer me administraron que ni siquiera recuerdo lo que voy diciendo. Con que...»

—«Estabas explicando por qué te entraste al ejército...»

—«Pues sencillamente porque me aburría mucho en el campo, pero muchísimo y tanto que le di palabra de casamiento á la hija de un huaso de por ahí. Fué una simple distracción que tuve, después de haberle pedido no sé qué cosa, ¡como en el pedir no hay engaño! Yo le solté la palabra para salir del paso. Y como no era posible que yo me fuera á casar con una chinita, no tuve más remedio que emplumar. Además, mi papá, que tiene unas cosas que sólo á él se le ocurren, tuvo la ocurrencia de que yo reparase el honor de la doncella. Acosado por mi tío y por mi padre, no sabía qué hacerme cuando por fortuna subió al Ministerio Watson. Al punto me hice gobiernista; no fué mala idea, pues al cabo de poco tiempo, me nombraron alférez de Granaderos. Ahora sí que estoy en mis canchas, paso la gran vida, me divierto con los

compañeros, hago raya entre mujeres, y no me falta dinero para el bolsillo, fuera de lo que me regala mi tía Encarnación que no tiene familia. A quien no tiene hijos el Diablo le da sobrinos.» «Así voy enterando».

—«Pero tú te darás cuenta de la impopularidad del Gobierno, y de que toda tu familia es conservadora y está en contra de la política del Presidente. Lo que á mí me admira es que puedas mantenerte en la situación en que estás sin chocar con los tuyos».

—«Como yo no me ocupo en política... lo mismo me dá que gobiernen los blancos que los negros, los azules que los rojos;—el ejército debe permanecer alejado de las luchas políticas, la fuerza es esencialmente obediente, según la Constitución, de la cual se habla tanto en el Congreso. ¿Qué quieres tú que haga un pobre muchacho como yo, sin oficio, si no es meterme de soldado? A no ser que me meta de fraile, lo que no dejaría de ser salado; ya me veo de frai Juan echando bendiciones como en los cuentos de Bocaccio. Y quién sabe si andando el tiempo no acabasen por canonizarme y concluyera en santo, como quien dice un nuevo fray Andresito. A pesar de todo, te confieso que no me atrae eso de morir en olor de santidad...»

Samuel Ortiz miraba sonriendo al joven oficial, hallándole tal cual le había dejado varios años atrás, antes de partir á Europa. Era el mismo muchacho simpático y tuno, alegre, inconsciente, que se había metido en malos pasos, cruzando por crisis terrible que no dejara en su existencia huella alguna. Era uno de aquellos seres que atraviesan por la vida sin conocerla, ávidos de emociones fuertes, de goce, de alegrías fáciles, sin remordimientos ni conciencia del mal que hacen, discípulos de Epicuro, para quienes el placer es ley suprema;—lo demás no cuenta.

No era posible concebir cabeza más desatornillada que la de aquel arrogante alférez de Granaderos, herido al frente de su tropa, combatiendo á muchedumbre en la cual figuraban sus amigos de toda la vida, acaso miembros de su familia.

Unos golpes discretos dados en la puerta, con los nudillos de la mano, advirtieron la llegada de visitantes. Varios de los amigos y compañeros de Orbegoso habían estado á saber de su salud, a pesar de que no les caía muy bien eso de que fuera oficial de las tropas del Gobierno.

La cortina se abrió dando paso á un joven elegante y fuerte, de fisonomía franca y alegre, que dijo con voz ronca:

—«¿Se puede ver al jefe de los mamelucos de palacio, al héroe del día?»

—«Parece que es el mentado Aldana—expresó Juanito.—Adelante, demagogo, agitador de multitudes, futuro Mirabeau chileno. Por la voz te conocí cuando hablabas en la plazuela del Congreso á la muchedumbre entusiasmada; algo llegó hasta mis oídos del veneno de los Borgia administrado por el Presidente al país... Eso del veneno te lo tengo conocido...Antes lo repetías siempre en todos los *choclones* políticos, cuando la candidatura á diputado del tío Sanders».

—«Ahora he variado un poco, hablo del águila, de la libertad», agregó el otro, con aplomo. No hay como las águilas americanas. Pero tú deberías estar con nosotros, en contra de las picardías del Gobierno y en defensa de la Constitución. Francamente, siento pena al verte al mando de un piquete de Granaderos, cargando al pueblo. Felizmente, nosotros nos defendimos como leones. En cuanto á mí, disparé los cinco tiros de mi revólver en contra de la tropa», agregó Aldana con aplomo. «Hubiera sentido francamente que te

hubiera tocado alguno de mis balazos... Felizmente, como has caído de una pedrada, no podrán echarme la culpa...»

—«Y pensar que anoche, no más, cuñado, estábamos bailando juntos zamacueca, en casa de las Aracena, con harpa y guitarra, *de las de pata en quincha*... ¡Cómo nos divertimos allá!... Julio Rosales estuvo divino con el del pelo encrespado que cantaba tonadas en guitarra. Le hizo salir al patio para enseñarle los pescados rojos de la pila, y luego, en cuanto le vió descuidado, le dió feroz empujón, echándolo al agua de cabeza, mientras le decía... Zus... cómetelos... cómetelos... Y el otro gritaba desaforadamente pidiendo auxilio. En cuanto llegaba a la orilla del estanque, Rosales lo echaba dentro de una patada. Al rededor del cantante convertido en pez, un círculo de jóvenes y de muchachas alegres le pedía, en coro, que cantase la Paloma... já... já... Y pensar que nos íbamos á encontrar veinticuatro horas después en el campo de batalla: tú de jefe de Granaderos y yo arengando á la multitud en contra del Gobierno. Así es la vida, hijito», agregó Aldana.

El doctor Ortiz estaba acostumbrado á ver muchas cosas raras, pero ahora abría tamaños ojos, enteramente sorprendido y estupefacto de lo que escuchaba. No podía comprender la ligereza latina para tomar las cosas serias, acostumbrado como estaba á la seriedad grave y meditadora de los alemanes. Aquellos dos jóvenes se habían encontrado juntos en fiesta *non sancta*; habían bebido, habían bailado, hecho toda especie de disparates, y luego se hallaban frente á frente como dos gladiadores de circo. No tenían fuertes convicciones, ni acaso ideales políticos, y, sin embargo, habían estado á punto de matarse en filas contrarias. Y luego ese cuñado que remolía en familia, le parecía

simplemente atroz. Y Aldana tan suelto de cuerpo, lo contaba todo delante de él, que ahora se sentía entre ambos como extraño.

Ortiz, sin embargo, al juzgarles con tamaña severidad, no estaba enteramente en el alma de ellos, no les comprendía. Aldana tenía convicciones firmes, era partidario del Congreso, cuya causa consideraba comprometida por la actitud del Presidente de la República, al mantener en su puesto al Ministerio contra la voluntad de la mayoría, manifestada por repetidos votos. Creía que no era dable tolerar semejante desafío á la opinión pública y las leyes constitucionales. La prensa se manifestaba toda de parte de los círculos opositores, encendiendo á diario inmensa hoguera al través del país con artículos en que se predicaba medidas de violencia, en que se hablaba, en términos velados, de resistencia armada. A media voz se decía que alguno de los Ministros habían propuesto en Consejo de Gabinete el envío á la Isla de Pascua de los cabecillas de la Oposición y de la mayoría de los miembros del Congreso. Sería golpe de Estado militar á la alta escuela. Hablábase de que la *O'Higgins* estaba ya lista, por orden del Gobierno, para llevarse á los principales opositores.

Aldana, con una pierna sobre otra, guantes en mano y el junco de puño de plata trazando dibujo sobre la alfombra, parecía imagen de la frivolidad elegante y despreocupada. Ortiz se sorprendió de verle pensar en cosas serias, chocado con el contraste entre sus palabras y sus hechos. En lo íntimo, admiraba los hombres de acción, por contraste con su propio temperamento de soñador incorregible, y tenía, por ráfagas, como una intuición secreta de que Aldana pertenecía a esa raza. Contemplábale en silencio, mientras encendía un cigarro Maryland, arrojando bocanadas

azules que se perdían ligeras en el espacio. Y al mirar su figura esbelta, recordo la extraña conversación que acababa de oirle con su cuñado, en la cual se mezclaban nombres y recuerdos de fiestas equívocas. Sintió sobre sus mejillas el recuerdo de tamaña desvergüenza, como si fuera él mismo quien se jactara de infidelidad á la fe jurada. El viejo moro no podía ser buen cristiano; el tuno volvía á las andadas, á la vida de aventuras y de imperdonables ligerezas, que si tuvieron de soltero la excusa de la juventud, aparecían ahora como de todo punto imperdonables.

Ortiz experimentó profunda melancolía al pensar en la suerte de aquella Elisa que había querido tanto, que había llenado su cabeza de muchacho pobre con los primeros ensueños de amor y de felicidad. ¡Ah! si ella le hubiera comprendido, si le hubiera querido como él la quería, con el mismo entrañable afecto; si no se hubieran puesto entre ambos, como vallas insalvables, las ideas de una sociedad vetusta, las de una época vencida y gastada, las preocupaciones nobiliarias que seguían dominando en Chile ahora como en tiempos de la colonia; todo habría sido diverso para él y para ella. La habría adorado como nunca lo hubiera sido mujer alguna, con todo su ser, con todos sus pensamientos, en cada instante, dándoselo todo, lo mejor y lo más fresco de su alma. Pero las preocupaciones sociales extendían entre ambos una muralla china que no le había permitido á ella leer dentro de su corazón, y aun dado caso de que le hubiera acompañado, habría cedido sin duda á la oposición que no dejaran de formular sus padres y que habría caído como torpedo. Tal vez todo había sido para mejor; quién sabe si unido á Elisa no hubieran sido desgraciados ambos, si ella no se hubiera resignado jamás á la situación de pobreza en que habría

caído sin duda, en compañía de hombre sin fortuna, de médico sin clientela. En tal condición no habría podido ser feliz. Mientras tanto, solo, había podido conseguir con el Gobierno le enviaran á Berlin á estudiar enfermedades de niños, lo que constituía su especialidad y le había permitido conquistarse el nombre que ahora tenía como médico, clientela elegante y principio de bienestar.

Y ahora que la fortuna comenzaba á sonreirle, cuando le llamaban de todas partes, ungido médico de moda por uno de esos caprichos que nadie acierta á comprender de dónde nacen, sentía el vacío de su hogar, tristeza de estar solo, sin compañera que compartiese sus alegrías y sus ensueños, en una gran casa vacía como jaula sin pájaros. Por eso había traído á su hermana para que le acompañase, desde el fondo de la provincia en donde vegetaba. Y se complacía en vestirla con lujo, en derrochar en ella dinero, como lo hubiera hecho con la mujer amada.

Se oyó en el silencio de la noche el rumor de la campanilla que resonaba con la vibración nerviosa de las campanillas eléctricas.

—«Adiós», dijo Aldana despidiéndose del joven, con un gesto sin darle la mano.

—«¿Por qué te vas?»

—«Ahora me retiro porque vienen visitas...»

Efectivamente, se oían pasos lentos en el vestíbulo, de dos personas que subían, y á la vez el sonido de espolines de militar. No se extrañaron; creyó el alférez Orbegoso que sería alguno de sus compañeros de cuartel, y lo mismo pensó Aldana, que como los civiles de aquel tiempo no miraba á los militares con buenos ojos. De pronto apareció la sirvienta despavorida:

—«¡Su Excelencia el Presidente de la República quiere ver al señor teniente herido!...»

—«Soy alférez...»

Ortiz sonrió...

—«Acaba de ascenderte...»

Apenas tuvo tiempo Aldana de pasar á la otra habitación, cuando se estremeció ligeramente la cortina, fué abierta por mano de Edecán y penetró en la estancia S. E. el Presidente de la República. Era de estatura elevada, de porte airoso, larga cabellera castaña, cara larga, bien afeitada, de mandíbula fina y pómulos ligeramente salientes. Daba pasos largos y movía las caderas al andar, con cierto ritmo especialísimo.

Este movimiento hacía que se abrieran á uno y otro lado las solapas de su levita-paltó, de largos faldones. Al penetrar á la pieza se quitó el sombrero de copa que usaba siempre, dejando ver su cabeza hermosa y de larga cabellera rizada. Su amplia frente se iluminaba con el resplandor de una mirada limpia, y de unos ojos serenos y brillantes.

El Presidente Balmaceda avanzó hasta el pie del lecho del herido; iba con paso elástico y suelto. Tenía algo de ondeante y firme a la vez, elegancia segura, algo felino pero simpático que atraía, y mirada que subyugaba. Junto con divisar al herido se inclinó caballerescamente, iluminado todo, desde la sonrisa de sus labios delgados hasta el movimiento de sus brazos que se extendían con elegancia de orador profesional, acostumbrado á dirigirse al público. Es que Balmaceda era orador, no solamente en tribuna, sino también en la conversación particular; era orador continuamente y en todos los momentos de su vida, y tomaba, como todo orador, aun inconscientemente, las actitudes del actor en las tablas.

—«Vengo á darle gracias, teniente Orbegoso, y á

felicitar, en usted, al ejército de Chile, que siempre ha cumplido y sabrá cumplir con su deber, ya sea en presencia del enemigo, en gloriosos campos de batalla, ó en las horas, siempre amargas, en que se hace preciso sostener el órden público y mantener la Constitución y las leyes que la nación se ha dado en el pleno goce de su soberanía y de derechos naturales é inalienables. No soy el César que viene á decir á sus soldados: Mi voluntad es ley, ni usted es soldado pretoriano... Teniente Orbegoso, usted ha cumplido su deber en forma que compromete la gratitud de los altos poderes del Estado, que usted ha sabido defender con peligro de su vida. El Presidente de la República se ha hecho el grato deber de nombrarle teniente; José Manuel Balmaceda viene á saludarle personalmente como ciudadano y como amigo. Su actitud tiene para mí el más alto y noble significado que sea posible concebir. Usted es hijo de don Santos Orbegoso, cuya personalidad moral despierta en mí sentimientos de admiración que siempre han sabido provocar el bien, la virtud enérgica y constante, la virtud activa, en todo corazón bien puesto. Y sé que su señor padre, por desgracia, no es partidario del Presidente de la República».

La voz sonora de Balmaceda se detuvo por breves instantes, con cierto dejo de pesar:—le dolía constatar el hecho de que la opinión pública ya no le acompañaba con la generalidad de anhelos que sin duda él hubiera deseado.

—«No me acompaña don Santos, pero lo comprendo—agregó con voz melancólica;—no podría exigirle otra actitud. Me doy cuenta de la influencia que fatalmente ejerce el medio en el espíritu de los hombres. Don Santos se debe á los suyos,padece la influencia absorbente del espíritu de clase... Porque no debemos equivocar-

nos amigo mio; ya no se trata de una lucha entre el Presidente y el Congreso, sino de algo más hondo y de mayores proyecciones: Hay fuerzas sociales que actúan en la sombra, con el mismo poder de las fuerzas naturales, de las tempestades y de los vientos, de los ciclones y de las lluvias. El Congreso no me preocupa, es mi obra, ó más bien, fué el fruto de la intervención presidencial contra la cual tan vigorosamente protestan los mismos que ahora la usufructúan. Hablando con franqueza, y para entre nosotros, este Congreso, como todos los anteriores, fué elegido exclusivamente por la presión electoral de las fuerzas de Gobierno, por resortes de que el Ejecutivo dispone, y es obra suya, es hechura suya...»

La voz del Presidente resonaba colérica, como en un parlamento, con inflexiones sonoras. Por extraña condición de su psicología, no se daba cuenta de que hacía la confesión plena del delito de intervención electoral que sus adversarios le imputaban, y que trataban de contrarrestar ahora con actitud de guerra, con tremendas campañas de prensa y de Cámara en contra suya. Pero él miraba más allá, y quería que el pensamiento de cuantos le escuchaban le siguiese.

—«No veo, como á primera vista parece, lucha entre el Presidente de la República y el Congreso Nacional; la cosa va más lejos y más hondo. Ahora se trata de si seguirá el país gobernado por una oligarquía santiaguina ó si tomará posesión de sí mismo. ¿Deben seguir disponiendo de los destinos de la República unas cuantas personas muy distinguidas, por cierto, ó deben subir, de una vez por todas, fuerzas nuevas, elementos sociales relegados en la sombra hasta estos mismos momentos? Hay una fuerza, la democracia, con la cual hasta ahora jamás se había contado, y que yo pienso utilizar y levantar. Echaremos

á un lado las viejas pelucas y llevaremos al Gobierno las nuevas capas sociales que hasta este momento han sido relegadas al olvido, como si no existiesen, dándoles, de cuando en cuando, lugar apartado en el último asiento del festín; yo quiero concederles el primero, y de aquí el odio desmedido de la vieja oligarquía en mi contra: se juzgan despojados».

«Por eso me consuela ver que almas jóvenes, como la suya, me acompañan en las horas amargas—agregó dirigiéndose á Juan Orbegoso—y que saben cumplir con sus deberes, á pesar de las instigaciones que naturalmente habrían de asaltarles. La mayoría de los políticos me abandona, pero tengo conmigo al país: no estoy tan mal acompañado que digamos...»

La habitación del herido se hallaba á media luz, tamizada por pantallas, lo que agrandaba, por decirlo así, los ámbitos de la pieza, por la cual había comenzado á pasearse el Presidente con las manos á la espalda. Su larga silueta parecía más delgada todavía en la indecisa penumbra que flotaba dando á la estancia proporciones fantasmagóricas. La sombra desempeñaba en su discurso el papel del coro antiguo en la tragedia, lo agrandaba, lo ampliaba, como si se dirigiese á un auditorio invisible, á multitud inmensa, á desconocidos que esperaban su palabra con fe ciega, sumidos en el respetuoso temor que el Presidente había inspirado hasta entonces á todos. Diríase que el hipnotismo de su palabra cálida se enderezaba á lejanas multitudes que le aguardaban en las soledades de los bosques seculares del sur, ó en los caminos perdidos del desierto.

Ortiz experimentaba la emoción de algo inesperado y nuevo; hasta ese momento había sido partidario, por disciplina, de la oposición congresista, ya que su partido, el radical, figuraba en ella, y que la palabra

del prohombre, del pontífice, de Matta, se había descargado como látigo, con azote feroz, en contra de la omnipotencia presidencial. La opinión de sus amigos, de cuantos le rodeaban, condenaba la actitud del Presidente como el comienzo de una dictadura que iba á dar por tierra con todos los viejos principios constitucionales que hasta ese momento habían constituído el régimen político de la República. En el individuo que pertenece á una colectividad, obra con mayor fuerza el sentimiento que el raciocinio frío, la pasión de partido que el análisis personal. El alma de Ortiz se había calentado con la atmósfera...

Escuchaba ahora la palabra colorida y sonora de Balmaceda; veía su alta silueta, esfumada en la sombra, como si hablara á un inmenso público invisible; divisaba el ritmo de su paso nervioso, y experimentaba insensiblemente la sugestión de una fuerza desconocida con la cual no había contado. Era que, como pequeño, como perteneciente á raza de humildes, sentía el alto honor de la visita del Presidente en su casa como si fuera consagración personal y política. Inconscientemente obraba la vanidad del advenedizo, y despertaba simpatías que antes no conociera. Acaso dos días antes hubiese estado dispuesto á tomar parte en algún complot contra su vida, de tal manera Ortiz era apasionado en sus convicciones; ahora, después de breves instantes de entrevista, estaba dispuesto á escucharle, *le oía*, lo que era un paso inmenso, pues tanto los hombres como las mujeres que escuchan, están á punto de ceder en cosas graves. Comenzaban á formarse en su espíritu esas nebulosas de nuevas convicciones que mueven tan rudas tormentas que suelen dar al traste, en un minuto, con viejos sentimientos y con creencias arraigadas. Era que Balmaceda había despertado un mundo de pasiones que

creía muertas en su vida; había puesto el dedo en viejas heridas de amor propio, al parecer cicatrizadas. El doctor Ortiz había encontrado en su camino, á cada paso, la vieja aristocracia cerrada, la antigua oligarquía que le miraba en ménos, que le consideraba casi como paria. De joven tuvo un amor, y sobre tal cariño humilde y sin esperanza alguna, había caído el soplo helado del desdén cruel y la sonrisa corrosiva de una indiferencia desdeñosa. Elisa... no le había tomado nunca en serio, jamás se había detenido á considerar ese corazón que por ella sangraba.

Para ella jamás había sido otra cosa que un cursi, de esos que ni siquiera se sospecha que existan. Siempre el espíritu de clase de la vieja aristocracia santiaguina le había cercado como el muro de la vida social en la India.

Sí, sentía en lo más hondo de su espíritu la acción directa de la palabra justa, de la que hiere un hecho que de cerca nos toca, como el gran pianista la nota que nuestro oído espera. De igual manera Ortiz sentía levantarse en su espíritu sentimientos confusos de orgullo herido, de rencores malsanos, de humillaciones soportadas en silencio, ahora revividas de súbito. El espíritu de casta, el poder de la oligarquía le había dominado, aplastándole; había pesado sobre él como lápida de plomo sobre el sepulcro ardiente de que hablaba el poeta italiano. Sí, la oligarquía era hecho positivo en el gobierno de Chile. Ahora veía crecer la figura de Balmaceda, mirándole cómo luchaba solo, casi, en contra de la multitud de sus adversarios poderosos, ricos, ilustres, apoyados en la Iglesia, en la sociedad colonial, en antiguas familias, en grandes fortunas, en la tribu cerrada que gobernaba el país desde hacía un siglo entero. Aquel hombre tomaba á sus ojos proporciones de antiguos paladines de las

leyendas de caballerías; hasta su misma elevada estatura le daba en aquellos instantes como un aire de Roldán. Ortiz comenzaba á contemplarle con el sentido político de las muchedumbres, que sólo ven en las grandes causas políticas lo que sus intereses ó sus pasiones les señalan, sin pararse al análisis detenido y frío de los hechos. Toda causa ofrece aspecto en el cual corresponde á la verdad: toda causa tiene punto en el cual refleja la realidad social.

Vienen luego intereses y pasiones, y agrandan con su poderoso lente, hasta darle proyecciones fantásticas á la verdad encerrada en toda acción humana. Nunca nadie poseyó la justicia absoluta, así como nadie llegó jamás á la verdad completa—siempre en lo humano es propio de nuestra flaqueza el arrojar escorias con el oro purísimo, el mezclarle aleaciones.

Balmaceda calló; con tacto de orador había comprendido que impresionaba á Ortiz, y su vanidad oratoria recibía delicioso halago de orgullo, caricia inesperada. Era un refuerzo que ensancharía el poder de su causa, ahora que trataba de dar carácter democrático á su lucha en contra del Congreso. Era luchador infatigable; habíale bastado con divisar á Ortiz, para comprender todo el partido que podría sacar, allegando á su causa elementos del partido radical, precisamente aquellos que más se acercaban á las clases humildes. Necesitaba una bandera, una gran bandera que flameara á los ojos de las multitudes, que se viera, de lejos, con los colores atrayentes de una gran causa. Era Balmaceda, ante todo, un improvisador, un improvisador de discursos, de argumentos, de causas y de hombres; al calor de su fantasía improvisaba un plan político, un plan de obras públicas, nueva línea de conducta internacional ó económica. Su palabra cálida daba novedad á sus ideas, con grandilo-

cuencia de formas de corte tropical. Las palabras fluían candentes y rápidas de sus labios, con entonaciones armoniosas del registro grave. Desprendíase de su discurso una especie de seducción ondeante y versátil, de ideas aparecidas de súbito, como fuego de artificio, y luego sustituídas por otras venidas inesperadamente de regiones misteriosas de la imaginación.

Balmaceda callaba. Juan dió gracias, con palabras entrecortadas, al Presidente de la República, por el honor que le hacía visitándole; no había hecho más que cumplir con su deber de soldado. Pero en lo íntimo, el joven se sentía profundamente halagado con esto.

La puerta se abrió para dar paso á un hombre joven, de mediana estatura, cabeza grande, de barba negra, ojos brillantes, que marchaba á grandes zancadas, moviendo al mismo tiempo ambos brazos.

—«Alcancé á divisar á S. E.—dijo con voz ronca y sonora—y como calculé que venía á saludar á este heróico joven, me he apresurado á unir mi saludo al suyo. Aplaudo con entusiasmo esta noble actitud del ejército de Chile, que tantas glorias ha sabido procurarnos durante la campaña del Pacífico; después de haber extendido el territorio de la República regando con su sangre el desierto, ahora sabe mantener las instituciones y el orden público en el interior, para ejemplo de América que nos contempla en estos momentos históricos en que sostenemos las prerrogativas y facultades constitucionales del Presidente, por encima de las cuales trata de saltar el Congreso. Sí, joven, nuestro sistema constitucional es representativo y democrático; nadie puede imponer al Jefe del Estado los nombramientos de Ministros. El parlamentarismo es institución que se trata de implantar entre

nosotros y que simplemente acabaría con nuestro sistema de gobierno, llevándonos á la anarquía y al caos. Los hombres que lucharon en Chacabuco y Maipo en favor de la Independencia, jamás pensaron en dotarnos de sistema tan absurdo. ¡Canastos! Sabemos acompañar á S. E. manteniendo en alto el pendón de nuestras libres instituciones republicanas. La sangre de los héroes de Rancagua corre por nuestras venas...»

Hablaba en tono campanudo, con una especie de rugido, queriendo recordar á los tribunos de la revolución francesa; el cabello espeso le rodaba por la frente en mechones revolucionarios, y á pesar del tono bravío que se esforzaba en adoptar, tenía cierto aire de buen muchacho un tanto candoroso. El Presidente le miraba sonriendo, visiblemente satisfecho de la actitud y del lenguaje de su asiduo partidario.

El doctor Ortiz sonreía, á pesar suyo; el lenguaje del recién llegado le hacía recordar las arengas que le atribuían los periódicos de caricaturas. Llamábase Hilarión de la Barrera, y figuraba como uno de los corifeos del partido de Gobierno. Era orador y escritor, bombero, Secretario del Consejo de la Universidad, cívico, abogado, diputado, periodista, historiador, literato y poeta, autor de libros políticos y de textos de enseñanza, de editoriales y de revistas de teatros. Su fecundidad inagotable, su agitación constante, su imaginación, su versatilidad, su dón de mirarlo todo con vidrios de aumento, su aire de político gascón, y su palabra que fluía incesante como río, con entonaciones melodramáticas, le daban sello característico, inolvidable é inconfundible. Desde pequeño había sido así; contábase que habiéndose encontrado en casa de los señores Amunátegui con un antiguo Presidente de la República le había preguntado: «Dígame, señor,

¿es muy difícil el arte de gobernar á los pueblos?» El Presidente le había contestado con gran cachaza: «*Oui Musiú*». El cuento corrió como aceite, á pesar de lo cual el joven Hilarión trepó á las alturas con gran desparpajo, apoyando resueltamente a los Gobiernos en una época en que todos parecían abandonarles. «Yo pienso como Bismark—decía confidencialmente.— *La force prime sur le droit;* en política es necesario manejar el mango de la escoba cuando tocan á barrer. Todos los jóvenes que pensaban de igual manera que él, le acompañaron en la campaña política al lado del Gobierno. Buscaban argumentos para sostenerle en contra de la opinión ya pronunciada, tomaban actitudes de matamoros, buscaban frases campanudas y se lanzaban con valentía en una campaña resueltamente impopular, seguros de llegar al éxito y de ser absueltos por el éxito. Habían visto ya tantas veces cubiertos los delitos electorales y los crímenes políticos por las coronas del triunfo. Veían que unidos á la imponente masa de antiguos servidores públicos coligados en contra del Gobierno, pasarían á ser fracciones infinitesimales; en tanto que manteniéndose en las filas de éste, necesariamente llegaban á peısonajes de primera fila, subían á los altos puestos del Estado, serían Ministros, Senadores, Consejeros, dispondrían de puestos públicos y de influencias, tendrían grandes empleos. Y luego todo quedaría rescatado por las aguas purísimas del éxito que en política lo justifica todo. El éxito...

Por su parte, el Presidente, como hombre de cálculo, cıeía ya conseguido el resultado político de su visita, de la cual hablarían al día siguiente los periódicos. En el ejército se vería que estaba siempre con los suyos, en cualquiera circunstancia; los oficiales jóvenes recibirían estímulo para acompañarle en las jornadas

difíciles que ya se aproximaban. Pensaba ya en el ejército, en acudir á la fuerza como única solución de un conflicto que al parecer ya no tenía otra.

—«Como primer servidor de la nación, saludo al ejército—dijo Balmaceda—en la persona de este soldado leal; la lealtad es la primera de las virtudes para los que amamos la patria, *non quia magna sed quia patria*, no porque es grande sino porque es la patria».

Y después de estrechar la mano de Juan Orbegoso, salió con paso tranquilo, seguro, majestuoso, echada atrás la cabeza de melena rizada, la fisonomía pálida y resuelta, con paso rimado de baile. Junto á la puerta, vió la palangana de agua con sangre, sintió leve estremecimiento nervioso, y se irguió como soldado que se apronta á la pelea, como procónsul romano que marcha á la cabeza de sus legiones. Diríase que, adelantándose á los tiempos, contemplaba el mar de bayonetas de sus futuras legiones encaminadas al campo de batalla, volviendo hacia él sus miradas tristes. «*Ave, Cæsar, morituri te salutant*»... Salve, César, los que van a morir te saludan...»

CAPÍTULO III

Elisa, tendida en una hamaca, parecía contemplar el horizonte; sus grandes pupilas negras surgían luminosas del óvalo triste de su rostro, de su rostro ya fatigado por preocupaciones incesantes, por ideas tenaces, muchas veces rechazadas, pero que sin embargo volvían, como giran y zumban ciertas moscas importunas en las tardes de verano. Miraba, pero no veía, aquel horizonte de ensueños en el cual se escalonaban, á lo lejos, los contrafuertes de los Andes, con sinuosidades oscuras de matices azulados, perfiladas unas con otras, como abanicos superpuestos con encajes blancos que sobresalieran en las cimas. Los árboles, en lo alto de las colinas, formaban macizos profundos, vigorosamente destacados; eran maitenes y boldos, de hojas relucientes de cera, que brillaban á los últimos reflejos de un sol ya moribundo. El valle se hundía, de súbito, en la sombra, y talvez de aquí nacía el curso que sus ideas involuntariamente llevaban.

Notaba, sin quererlo, resaltantes contradicciones entre su condición actual y los ensueños lejanos de su vida. Todo la había sorprendido con la violencia de lo inesperado. Había comenzado una existencia de romance, verdadera novela que sus amigas la envidia-

ban. Se había casado por amor, con un hombre sin fortuna, despreciando *partidos* ventajosos, de aquellos que las jóvenes envidian y que enloquecen á las madres; había despreciado millones, y acaso el primero de los partidos de Santiago. Era tan dulce aquella extraña palpitación de pecho cuando le esperaba, aquel continuo soñar con Javier, adornándole de todas las cualidades que se puede imaginar en este mundo; era tan delicioso dejarse arrastrar por el ensueño, y decirse á sí misma que todo lo sacrificaba al hombre amado. Acaso aquella misma sed de sacrificio que palpitaba en ella, el sentir privaciones ó dolores por el ser querido, aumentaba su cariño, como si midiera el valor del objeto amado por los sinsabores y dificultades que á su vida llevaba. Y luego, después del matrimonio, habían tenido existencia deliciosa, siempre juntos, Javier dado al trabajo, que aún cuando no pareciera producirle mucho, ocupaba su tiempo todo, le llenaba de preocupaciones que ella sabía disipar tan bien con un mimo ó con un beso. La sed de ternura que abrigaba en lo íntimo y que constituía como lo esencial de su existencia, encontraba un alimento delicioso en aquella misma necesidad de alejar del espíritu fatigado de Javier las preocupaciones de luchas materiales de la vida, y sentía como triunfo verdadero de su espíritu femenino la sonrisa dibujada en los labios de su marido cuando ella le aguardaba con halagos, con pequeños é imperceptibles mimos, con regalillos, con sorpresas, escondiéndole algo que le agradara. Un día era una hermosa cartera, otro, una caja de cigarros habanos, productos de sus economías.

Sobre todo, aquellos deliciosos paseos de la tarde, cuando conseguía que no fuera al Club, ese eterno terror de las casadas jóvenes. Y ambos se iban por la Alameda, camino de la estacion central, bajo los

árboles deshojados, sintiendo toda la tristeza del invierno en torno suyo, por fuera, y las delicias de una primavera en sus almas unidas, estrechamente unidas por vínculos deliciosos. Vivían juntos en casa de la tía de Javier Aldana. Doña Custodia Sandoval quería á Elisa con cariño entrañable, como si fuera su propia hija. Había sabido apreciar las delicadezas de aquella alma noble, sus ternuras discretas, sus sacrificios. Jamás Elisa manifestó el más mínimo deseo de objeto de lujo, de joya. Y en medio de su modestia, casi de su pobreza, vivían felices, gozando con los pequeños y fútiles caprichos satisfechos, con la ida al teatro, con libro nuevo, con un vaso de flores comprado en joyería—la última novedad. Elisa suspiraba recordando aquellos tiempos, que le parecían tan lejanos, y que sin embargo eran solamente de ayer.

De súbito, había cambiado todo en su existencia, de manera inesperada con la muerte del tío Hermógenes, para ella casi desconocido, puesto que jamás venía á Santiago, al cual tenía horror. Dejaba una herencia cuantiosa, mas de millón y medio de pesos: dos fundos, varias casas y valores comerciales. Desde ese momento la vida cambió para ellos de manera completa, como si descorriesen un telón de teatro. Javier se lanzó á grandes negocios, á explotaciones de campo, á combinaciones financieras que acrecían considerablemente el capital:—en donde ponía manos brotaba dinero. Elisa, que había vivido un tanto alejada del mundo después de su matrimonio, se vió, de repente, envuelta en el torbellino, solicitada por nuevas amistades que de todas partes la buscaban, halagándola. Ayer, no más, pasaba desapercibida por donde fuera, á pesar de haber sido la niña de moda en su época, de tal manera la falta de fortuna la descali-

ficaba en el sentir de las gentes; ahora ya era otra cosa. No había paseo sin ella, ni baile al cual no fuera convidada, ni *Garden Party* al cual no se la llamase la primera. Javier había nacido para gran señor:—no se andaba por las ramas. Puso carruajes de extraordinario lujo, dió comidas brillantes, se hizo notar por recepciones.

Sin saber cómo, el engranaje de la existencia mundana les cogía entre sus dientes, les arrollaba, arrastrándoles á existencia de fiebre y de vértigo. Elisa comenzó á sentir el mareo nuevo de los trajes, contaminada por las aficiones de sus amigas, atraída por nuevos sombreros y por modas nuevas, encajes y plumas. Los trapos llegaron á constituir para ella una ocupación primordial que concentraba sus goces y sufrimientos, sus anhelos y sus preocupaciones. Sentía, por manera refleja, y sin que ella misma se diera cuenta cabal de ello, la necesidad de embellecerse, de adornarse, de superar á las demás mujeres en atavíos y galas,—porque en la lucha social es menester presentarse hermosa, ser más hermosa que las demás mujeres. Sintió la suprema necesidad de retener á su marido, halagando la vanidad humana, de ser admirada de todos para que también él la admirase. Era palpitación oculta, secreto presentimiento que le indicaba la necesidad de sujetarle para que no se le escapase, como si con la fortuna se acumularan las tentaciones que á los hombres arrastran y seducen. No dudaba de Javier, pero temía que el súbito cambio de fortuna hiriese las fibras que mejor le ataban á ella. Elisa no fué esclava de las modas, como otras, para vencer en la lucha con los hombres, para coquetear, para despertar admiraciones, para encender deseos, sino para precaverse de peligros que inquietamente la asaltaban. Y notó, con sorpresa, que la tan deseada riqueza no

la hacía más dichosa. Antes, cada deseo satisfecho era fuente segura de goce; ahora, que todo ensueño se convertía para ella en realidad apenas llegaba á concebirlo, carecía por lo mismo de valor. Sentía el eterno vacío del fondo de vanidades mundanas, lo deleznable de las caprichosas aspiraciones que constituyen la vida misma de tantas y tantas mujeres. Y ahora, al ver á Javier con tanto fausto y boato, más elegante y más atrayente que nunca, sentía el dolor callado de no poder conservarlo exclusivamente para sí. Ahora pertenecía á las demás mujeres de su círculo, á sus amigos, á la sociedad entera; ya no era exclusivamente suyo. Forjaba, en su imaginación, como una sombra de peligro que la llenaba de terror. No tenía motivos serios para dudar de la buena fe y de la lealtad de su marido, y sin embargo, una angustia le atenaceaba la garganta, la estrangulaba, sin que tuviera siquiera el consuelo de poder formular cargos concretos de ese algo que sentía pesar en la atmósfera, en regiones secretas de su conciencia. En medio del lujo, comenzó á sentir el hastío del lujo, y al mismo tiempo la necesidad de mantenerlo, no fuese que llegaran otras mujeres á llevárselo. Y mientras más admiraba á su marido, más aumentaba la intensidad de su congoja; es que hay temperamentos que nacen con celos incurables en el alma, con celos informes, que jamás hallan, con precisión, la palabra que los traduce, y sufren por eso. Su felicidad, en los primeros días de pobreza de su matrimonio, había sido tan grande, que ahora sentía, en razón inversa, la preocupación de la fortuna, y recordaba involuntariamente la leyenda de la copa del rey de Thulé, tembloroso, á fuerza de dicha, de los dolores futuros que forzosamente llegarían.

Y fueron llegando, pausadamente, unos en pos de

otros, sin anunciarse, sin estallidos, arrastrados por la corriente de la vida misma.

Javier comenzó por jugar nuevamente; ahora pasaba las noches en el Club y cenaba en seguida. No jugaba tan fuerte como antes, ni era cosa que hiciera peligrar su fortuna, pero eso le apartaba de ella. Elisa no se sentía como antes, necesaria, y de aquí brotaba un sentimiento amargo de congoja, pero hablaba el orgullo y callaba Elisa,—negándose á formular acusaciones que su espíritu forjaba con precisión que se hacía cruel por momentos. Así, se estableció entre ambos un velo de incomprensión mutua, algo como una cortina muy tenue, pero que sin embargo les separaba, ahondándose por momentos. Sus maneras tomaron un dejo frío.

Y sin embargo, continuaban amándose tiernamente, sumidos el uno en el alma del otro, pero una ligera sombra cruzaba por su vida. Elisa no profirió quejas—eso hubiera sido imposible con su orgullo,—pero hablaba con su actitud; Javier, después de noches de juego y de cena, volvía cansado, agotado, y notaba con irritación sorda y creciente que en la pieza de su mujer se divisaba encendida la luz. Esto le parecía intolerable, peor que reproche, ó acusación precisa. Velaba por él, estaba inquieta, acaso celosa. Y sin embargo, á la mañana siguiente nada le decía, ni formulaba quejas. Pero en su actitud reservada, encontraba algo peor que todo eso. Alguna tarde la sorprendió llorando, tendida en un sofá, y se acercó á ella besándola en la frente, como en tiempos dichosos de pobreza; no podía verla sufrir. Mediaban explicaciones y se cambiaban juramentos y promesas. ¿Cómo había podido dudar de él? Eso rayaba en lo absurdo; le era fiel, más fiel que ningún otro marido, jamás le había faltado ni siquiera en pensamiento.—Y así,

efectivamente, era la verdad.—«Lo creo, lo creo—contestaba Elisa—pero siento, sin embargo, que tu amor se me escapa sin que pueda retenerlo; hay una fuerza desconocida que nos separa, y tú te dejas llevar; ya no eres el mismo, ya no eres el mismo»—«¿Y qué quieres que haga? ¿Cómo debería vivir para darte gusto, para dejarte enteramente tranquila?»—«No vuelvas más al Club, Javier».—«Pero eso es niñería... Si lo hiciese, todos se reirían de mí, sería un Juan Lanas que despertara la burla general y por último la tuya... Acabarías por encontrarme insoportable...»—«Quédate aquí, Javier, no me abandones, no me dejes sola, tengo miedo...»—«¿Miedo de qué, niña? Si te conozco mucho, estoy enteramente seguro de ti, confio en ti más que en el cielo, como en mi madre si viviera».—«No se trata de eso; bien sabes que puedes descansar seguro, no porque sea mujer modelo, sino porque te quiero con toda el alma... pero tengo miedo, me parece que algo nos aleja, que hay en torno mío como un trabajo oculto y que tus mismos amigos, tu propia buena fe, son cómplices; hasta la seguridad que tienes de ti mismo es factor de flaqueza».—«Todo eso es romanticismo puro, son fantasías; Elisa, baja á la realidad, muévete en el mismo medio en que andamos nosotros los simples mortales, así á pie, tranquilamente...»

Y después de cariños apasionados que les hicieron olvidarse de todo, y que volvieron momentáneamente la confianza al alma de Elisa, se repitieron nuevamente las escenas anteriores, sorprendiéndoles ya más gastados y con menos fe en sí mismos. El soplo de hielo corrió, involuntario y penetrante, entre ambos.

Cierta vez que Javier había comido fuera, con amigos, fué al Club y se quedó hasta las dos de la mañana. Elisa estaba nerviosa aquel día, no acertaba á

comprender por qué; y se juntaron otras causas insignificantes, casi imperceptibles: la costurera le había echado á perder un vestido, la sirvienta le había roto una estatuilla de porcelana de Sèvres que apreciaba mucho, su madre le había escrito una carta un tanto dura, haciéndole cargos injustos. Javier no llegaba, y ella leía, desvelada, la historia de un crimen sensacional. La noche estaba oscura, las sombras tenían poder sugestionante, oyóse á lo lejos el graznido de un chuncho: todas las supersticiones despertaban á un tiempo en ella. Y la tardanza de su marido la hizo creer en crimen, lo vió cerca de sí todo ensangrentado, asaltado al salir de alguna calle lejana y herido mortalmente. Tales imaginaciones tomaron de tal maneıa cuerpo en su espíritu que saltó de su cama, tocó el timbre eléctrico, y mandó buscar un coche mientras apresuradamente se vestía. Llegando el carruaje, subió á él dirigiéndose resueltamente al Club en busca de su marido; no estaba. Dió la direccion del Noviembre y mandó llamar á Javier con un sirviente, uno de aquellos acostumbrados á comisiones de ese género, pero dadas por otra clase de mujeres. La miró sorprendido, y subió á cumplir la orden. Cuando el mozo se acercó á Javier, dándole el recado á media voz, para avisarle que una señora le esperaba, sus amigos le interpelaron entre risas que no le cayeron muy bien. «¿Con qué esas teníamos, amigo Aldana? Buena cosa con el santito, vaya con el amigo Aldana, es el mismo diablo».—«Moro viejo no puede ser buen cristiano», exclamó uno que le miraba con cierto malestar, pues su propia mujer le decía diariamente: «Bien podías ser buen marido como Aldana, siquiera. Ese fué tuno pero se porta bien, y de los arrepentidos es el reino de los cielos».

Javier salió todo encendido, sin adivinar de qué se

trataba. Al encontrarse con Elisa que le esperaba en carruaje, tuvo cólera loca, dijo cuanto se le pasó por la cabeza, sin pararse á considerar que se hallaba en presencia de naturaleza delicada y sentimental, hiriéndola, ensañándose con palabras duras, con expresiones crudas que jamás ella había escuchado de sus labios. Despertaba el bruto dormido en el fondo de muchos caballeros. Elisa no acertaba á pronunciar palabra, tan enorme era su sorpresa, el espanto con que veía delante de ella un hombre tan diverso de aquel a quien había dado su corazón y su vida. No se dignó defenderse, no pronunció palabra alguna; altiva, pálida, recibió el terrible golpe. Y cuando Javier comprendió que había ido demasiado lejos y quiso reaccionar, intentó cogerle una mano que ella retiró violentamente, con tal decisión, que su marido comprendió en aquel instante, que una cuerda se había roto, y sintió la sensación formidable de lo desconocido delante de sí, del abismo súbitamente abierto delante de sus pasos.

Desde ese día se miraron de manera diferente, sintiendo que uno y otro ya no eran los mismos, comprendiendo, á la vez, que ya no podrían volver á serlo, junto con la amargura del pasado irrevocable. Y sin embargo, al través de su mutua desinteligencia continuaban amándose y ambos eran buenos y ambos eran nobles, pero ya no se veían las almas como antes, ya no se adivinaban los pensamientos como en otro tiempo.

Elisa no se rebajó á proferir quejas, pero en su semblante comprendió Javier que algo se había roto, imposible de reconstituir. Cada silencio, cada frío, cada pausa de la vida diaria, les hacía creer que ya no se amaban, y continuaban adorándose, pero ya no se creían. Javier sentía ansias de ternura, pero

Elisa ya no fiaba en su sinceridad, y el resultado involuntario de semejante desconfianza era la muerte pausada de un cariño, quemado á fuego lento por mutuas incomprensiones de dos almas nacidas para completarse y comprenderse, ambas muy altas, ambas muy nobles; casta y pura la de Elisa; más ardiente y acaso más ávida de sacrificio la de Javier. Y cuando sintieron que ya no se comprendían, comenzó rápidamente la desunión de aquel hogar destinado á servir de modelo y de ejemplo.

Javier volvió á las andadas, á fiestas, á francachelas; tuvo amigas de vida libre, historias con actrices y con damas de gran tono ó de medio pelo. Recorrió, como en la canción, toda la escala social. Pero siempre volvía á su hogar: era que allí tenía su niñita, atándole como cadena de amor, una creatura de dos años.

Elisa, reconcentrada en sí misma, jamás se quejaba, acaso movida de orgullo, acaso porque juzgara que una queja no haría sino ahondar su herida. Y seguían el camino de la vida, adoloridos ambos, juzgándose mal sin comprenderse, atribuyendo á indiferencia Javier el silencio de su esposa, y ésta dando proporciones fantásticas á las primeras debilidades de su marido que por su incomprensión llegaron á convertirse en culpas. Así, arrastrado por sed íntima de ternura, que en su propio hogar no hallaba, fué á caer Javier en brazos de otras mujeres que le brindaron placeres fáciles en el fondo de los cuales hallaba siempre hastío entre las heces de la copa, sin tocar nunca á esa íntima sed de ternura, jamás saciada, acaso jamás alcanzada.

Las mujeres, en sus grandes penas, suelen acudir, en busca de alivio, al sentimiento religioso unas, al mundo las otras, á la vida frívola las más; éstas á las embriagueces del amor sensual, aquéllas á los

mirajes del misticismo—todas corren en pos de algo que jamás encuentran, de reposo que la vida les niega porque no podría darlo. Elisa tenía íntimas y hondas convicciones religiosas, fué al templo, dobló las rodillas y rezó en silencio, largamente, santamente, sin hallar el consuelo que buscaba; fué al mundo y corrió fiestas, admirada, adulada, entre las más brillantes. Se embriagó en lujo, buscó refugio en multitudes elegantes, en reuniones mundanas, entre flores, vueltas de vals, palpitación de encajes y leve estremecimiento de plumas, brillo de diamantes, y de gargantillas de perlas. Quiso hallar el olvido en palabras ardientes que á su oído murmuraron algunos, que anhelaba escuchar y que nunca la turbaron, resbalando por su alma como sobre espejo, sin dejar más huella que sentimiento repulsivo, contracción de alma pura por naturaleza, incapaz de manchar su túnica de armiño, y resistencia invencible de los nervios y del temperamento. Era, ó se creía naturalmente, fría, insensible á las perturbaciones ardientes del deseo; muchas veces, cuando algún hombre, al beber la copa de champaña, se inclinaba hacia ella, con mirada encendida, murmurando lisonjas, sintió dentro de sí tal forma de repulsión que bastó la simple actitud, leve movimiento sin palabras, para que la sintieran de todo punto inaccesible como virgen de los hielos.

Sus amigos se sorprendían al verla caprichosa, de humor variable, movida de alegrías y de penas sin objeto; unas veces, la primera dirigiendo el cotillón, otras sola, huyendo de los hombres para buscar la compañía de amigas frívolas de quienes solía murmurarse, á media voz, atribuyéndoles amorios é intrigas. ¿Cómo naturaleza tan delicada podía complacerse en compañía semejante, hablando de trapos, de chismes, de enredos ajenos, de eternas frivolidades? Era ese,

misterio que jamás lograrían descifrar los pocos espíritus serios que suelen asomarse por el mundo, y que no llegan á penetrar á lo más hondo de las almas que por allí vagan, como en el Infierno del Dante, las de los condenados. Entre broma ligera, hecha al pasar, en salón de baile, ó cena alegre en la cual es menester vestirse de falso ropaje de alegría, presentándose con rostro y ademán que no son nuestros, y la actitud que las vanidades ó el decoro imponen, cuando una mujer debe oir conversaciones que jamás la interesan y murmuraciones que no le agradan, tonterías ó nimiedades, es imposible que alguien pueda asomarse á su alma y ver lo que pasa en su mundo interior, en el universo que palpita bajo el escote de un traje de baile y de la piel satinada que las miradas de los hombres rozan al pasar. Nadie atina á explorar las delicadezas ocultas de un alma de mujer; por otra parte, una, como Elisa, no se entrega en alimento á curiosidades vulgares que pasan á su lado, sin comprenderla, y de las cuales se defiende como de profanación insoportable.

A un ser altivo le humilla más la compasión que herida palpitante y sangrando. Elisa cruzaba por el Parque en victoria, vestida de claro, las plumas del sombrero levemente agitadas por la brisa, el cuerpo airosamente ceñido por traje de gran casa parisiense, de corte sencillo, sin nada que llamase la atención en su vestir pero con suprema elegancia en el conjunto: —la mirada distraída, la boca plegada por sonrisa indefinible y misteriosa, como fué la sonrisa de Gioconda que ha vivido, al través de las edades, acaso por haber sabido ocultar el misteiio de su alma, y revelado tan sólo que poseía un secreto que nadie conseguiiía descubrir. El óvalo delicado de su rostro tenía gracia que se completaba en su sonrisa; la mirada que caía de sus ojos negros, bajo las pestañas largas

y crespas—esa mirada bañada en luz—tenía la seducción especial de seres que se sienten superiores y que no quieren parecerlo; era como destello de bondad que se extendía y que vibraba. Los ojos negros sobre la piel mate y satinada, de extremada blancura, parecían suaves pinceladas de sombra aterciopelada y luminosa. Al verla pasar, los hombres sentían en ella como un esplendor de santidad y de belleza, y envidiaban á Javier Aldana. «No comprendo que con una mujer así, pueda ser tan calavera nuestro amigo Aldana», decía Julio Rosales á su compañero de faeton-duc, después de sacarse respetuosamente el sombrero para saludar á la elegante pareja que se alejaba al trote de caballos ingleses, en dirección á la laguna, hacia las perspectivas luminosas que entonan la canción de una sinfonía en verde mayor, con la gradación de colores de sus arboles. Y las mujeres la envidiaban, admiraban sus trajes, sus sombreros, los copiaban como si fuera dable imitar la suprema elegancia de un conjunto naturalmente armonioso; distinción de alma revelada hasta en detalles de vestir, tradición de sangre transmitida á través de veinte generaciones de hidalgos y de conquistadores, de grandes señores territoriales y de hombres de corte. Admiraban su fortuna, su elegancia, su distinción—sin saber en qué consistía,—envidiaban la posición que ocupaba en el mundo santiaguino; pero ignoraban el torcedor que amargaba su vida, áspid oculto entre flores, profunda turbación de su alma. Y todas la envidiaban, repitiendo algunas historias calumniosas que circulaban por su cuenta, sobre todo en el medio pelo, eternamente ocupado en desacreditar una sociedad que no conoce y por la cual siente á un mismo tiempo, admiración y envidia.

Era Elisa mujer virtuosa por naturaleza, por edu-

cación y por instinto—en su alma no existía esa tendencia romántica y soñadora que diera la educación de 1830 y que admitía el anhelo natural de buscar otras almas que nos comprendan fuera del camino normal trazado por leyes y por hábitos sociales. Sentíase como aterrada ante la situación de otras mujeres de la misma condición social, que habían buscado en amores clandestinos el olvido de pasajeras dificultades y de dolores ocultos. El amor, fuera del matrimonio, le parecía como una suerte de sacrilegio, algo que llegaba á producirle contracción del ser, especie de náusea íntima de invencible repugnancia. Creía firmemente en los amores que duran una vida entera, llenándola, sonriéndole, perfumándola; en las blancuras sagradas de armiño, en las purezas que resisten á todas las traiciones, á todos los olvidos, á las humillaciones todas;—creía en el amor más poderoso que la muerte y más blanco que la luz del alba. Y quería sin embargo divertirse, pasear, bailar, para buscar en los encajes de un vestido de baile ó en las burbujas de la copa de champaña el momentáneo olvido de una situación que se agravaba por momentos y que no se atrevía á confesar á nadie, que debía ocultar en lo íntimo y que la aplastaba con la amargura de su secreto. ¿Cómo decírselo á su madre que se había opuesto á su matrimonio con Javier? ¿No habría sido procurarle dolor inútil por lo que ya no tenía remedio posible? Tampoco se atrevía á entristecer los últimos días del santo que era su padre, con la revelación de su tristísimo secreto. En vano acudía á fuente de confidencia religiosa, á la penumbra misteriosa del confesionario, en donde por un momento esperó encontrar alivio, somnolencia de espíritu, calma, encomendándose á la Virgen en esas oraciones tan dulces que en otro tiempo constituyeron la calma de su vida. Las

oraciones no subían al cielo en atmósfera perfumada de incienso como en tiempos de antaño, sino que se quedaban secas en su alma, como viento de fuego, sin traer siquiera lágrimas a sus ojos. El confesor no podía comprenderla; ella misma no sabía explicar el misterio casi impenetrable de sus repliegues morales, de sus complicaciones de alma, de la muralla de sombra creciente entre su marido y ella, de la desinteligencia que se consolidaba como una eflorescencia de nieve, fria, firme y sólida. Entre ella y Javier no existía aún ningún hecho fatal, pero sí el instinto de lo irreparable. ¿Cómo explicar esas cosas al hombre santo, pero sin mundo, á quien estaba acostumbrada á referir los infantiles casos de conciencia, los nimios escrúpulos de sus primeros años, y que no veía ni podía ver más allá de la superficie de las almas?

Se sentía incomprendida, sufría hondamente y no podía quejarse—la queja es como una ventana del dolor—y esa ventana estaba cerrada para ella. Jamás, por instinto de dignidad, hubiera revelado á nadie en el mundo lo que en su interior sentía. Las mujeres le inspiraban distancia invencible; veía en ellas rivalidades, envidias, por su belleza, por su elegancia, por su fortuna, por sus coches, por su posición, y bien se guardaría de darse en pasto á semejantes fieras, á fieras rubias de ojos azules y de miradas de virgen que suelen ser las más crueles, las más implacables, las sin entrañas. Elisa estaba sola, en soledad inmensa, en inacabable desierto moral, y crecía en ella como una sed de ternura, como un ansia de ser amada, de ser adormecida en sus dolores, y esto crecía sin que ella misma lo supiera, sin que ella lo notara, á pesar suyo, como gran fuerza de la naturaleza, como se juntan las aguas que forman los torrentes ó las cascadas. Y en el fondo de su alma continuaba pura—toda llena de

perfume de santidad—sin deseos ni aspiraciones materiales, consagrada á los deberes de su casa, al cuidado de su niña, pendiente de su educación, de sus enfermedades y quebrantos, de su porvenir. Los pequeños cuidados materiales de la casa llenaban una parte de su tiempo, las preocupaciones de la vida social no alcanzaban á satisfacer eso que sentía palpitando allá en el fondo, en forma de ensueño y de secreto anhelo de algo que acaso nunca llegaría; vago estado de excitación en que muchas mujeres pasan la vida entera, sin darse cuenta de que es el fondo y como la trama de la tela de una situación moral que talvez no llegará á consolidarse, pero que siempre existirá hasta la hora en que para algunas suena el crepúsculo, la llegada de la sombra ó de la caída, la hora de la embriaguez ó del delirio, adormecimiento de opio embriagante y perfumado.

Un día, sin saber cómo, se encontró de Vice-Presidenta de la «Sociedad de Dolores», en la cual se congregaban muchas de las damas de mayor fortuna y posición social, y en donde encontró algunas santas mujeres de ilustre alcurnia, de nombres coloniales, pero decaídas y de fortuna menguada, que sin contar con los medios de vivir ellas mismas, no vacilaban en consagrar su tiempo y su energía toda en beneficio de males y pobrezas ajenas. Las viejas aristocracias tienen esa fuerza oculta que constituye su grandeza y que los advenedizos no llegarán á imitar jamás—el desprendimiento y la generosidad de alma que nos hace olvidarnos de las miserias propias para colocarnos al nivel de todos los sufrimientos, compartirlos ó remediarlos. Allí encontró Elisa, por primera vez, un derivativo, aun cuando insuficiente, para su oscura y dolorosa situación de alma; allí, sumida en penas y miserias ajenas, comprendió que podían

existir otros fines para la vida en las almas desengañadas, distintos de los que hasta entonces el mundo le había señalado. En compañía de otras señoras de alta sociedad visitó los arrabales, se sumió en las pocilgas ó conventillos en que suelen vivir los pobres, entre pantanos, cordeles en los cuales se halla la ropa de lavanderas tendida á secar, charcas de agua fétida, lugares inmundos ó insalubres, habitaciones húmedas, de paredes ennegrecidas por el humo de las cocinas, cuartos estrechos en los cuales viven revueltos los niños descalzos con los perros y animales domésticos, todos en una sola habitación malsana. Vió cómo los chicos se morían por la mala alimentación y falta de cuidado, mientras los padres rodaban por el arroyo ó apaleaban á sus mujeres en la crísis del delirio alcohólico que devora al pueblo. Penetraron en el fondo de un estado social semisalvaje, entre la ignorancia y el vicio—las faldas de seda y las enaguas de encaje de aquellas damas barrieron los sucios patios de las pocilgas en las cuales vivían, llevándoles un pedazo de pan, medicina, consuelo. Elisa sintió allí la íntima y estrecha comunión que suele existir entre la aristocracia y el bajo pueblo—los muy altos y los muy pequeños—y que jamás existe entre los advenedizos ó la mesocracia y el mismo pueblo que les mira con desdén. En la miseria, socorriendo á los pobres, halló alivio, conquista de tranquilidad, paz, pero no felicidad, no la satisfacción de aquel anhelo natural de dicha que todos llevamos en el alma como santa herencia, como deber para con nosotros mismos, como aspiración sagrada; sentía en el fondo de sí misma que cada ser humano tiene el deber de su felicidad.

Y el mundo la atraía, la atraía por todos sus poros, en todas sus formas, de la fiesta de caridad hasta la Kermesse, del palco de la ópera, á la intimidad de la

comida en *petit comité;* el mundo la acechaba con tentaciones, con sutilezas de galantería, con perfume de ramo de orquídeas, con picante escozor de frase ingeniosa, con la confidencia pérfida hecha por la amiga para penetrar en su estado de alma, para sondearla, aprovechándose de sus flaquezas en beneficio propio, como suele practicarse inspirando confianza que luego da derechos. A su lado desfilaron elegantes del momento, notabilidades de sociedad, de las letras y de la política, hombres de grandes caudales, aventureros, extranjeros que sondean negocios, los pescadores á río revuelto, los que buscan mujeres jóvenes como género especial de sport.

Entre los que se acercaron á Elisa en ese momento, entre los más asiduos, figuraba Mario Sandoval, tipo curioso de la sociedad santiaguina. Nadie hubiera podido decir fundadamente que la cortejara, pues su actitud fué siempre respetuosa, con despreocupación elegante, amable desinterés, simpatía latente. No era, por cierto, persona vulgar, ni tenorio adocenado; evitaba las exterioridades de los profesionales del amor; jamás hizo gala de conquistas, de campañas amorosas, de aventuras—hubo mujeres que sólo supieron que se hallaban en presencia de *un hombre de amor* cuando cayeron en sus brazos. Se presentó á Elisa como un amigo cualquiera, casi inofensivo, sin más propósito que matar horas muertas en compañía de ella. Quería distraerse, era aficionado al *sport,* tenía caballos de carrera que obtuvieron premios en el Club Hípico, entre otros el célebre Sundial que ganó la carrera de «La Copa». Su predilección por los animales de tiro, le hizo adquirir una maravillosa pareja de Hackneys de color dorado tostado, admirables de hechuras, de líneas tan delicadas y finas como no se había visto nada semejante en las Exposiciones de la

Quinta Normal; una salva de aplausos había saludado la victoria de Sandoval en el día del Consurso Hípico, cuando recorrió la pista en presencia de conocedores entusiasmados con la pareja. Esa tarde dió una comida espléndida en el Restaurant de la Quinta; entre los asistentes figuraban Elisa con Javier Aldana, y las mujeres más elegantes de la sociedad joven, dos ó tres hombres de sport como Rafael Lajara, y algún elegante profesional como Galter, de eterno monóculo sobre rostro seco y rapado. Sandoval estuvo atento, amable, correctísimo, sin que nada en su actitud ni en sus ademanes hiciera sospechar en él cosa que se asemejase á corte, ni resabios de galantería. Era su sistema; jamás mujer alguna le oyó alabar su belleza ó la elegancia de su traje. Mirábalas con frialdad, con aparente indiferencia, lo que no dejaba de llamar la atención de bellezas profesionales acostumbradas á oirse poner por los cuernos de la luna, eternamente aduladas y perseguidas. A Elisa, tal reserva de trato le cayó bien; se hallaba en presencia de un hombre que la atendía con respeto, de charla amena, de presencia simpática, de constante buen humor, y que nada pedía para sí. Por otra parte, Sandoval pertenecía á familia de la época colonial y no carecía de distinción en sus modales. Bien poco sabía de él, á no ser lo que todos hablaban; era abogado y ejercía su profesión con cierto éxito, representando á varias casas de comercio, con lo que tenía lo suficiente para vivir con holgura, si bien no quedaba muy en claro de dónde sacaba dinero para gastos de lujo, para sostener caballos de carreras y dedicarse al sport. No tenía padre ni madre, que murieron dejándole niño; su infancia había sido difícil, hasta que obtuvo modesto empleo en un Ministerio y comenzó á prosperar, hasta independizarse de su puesto de Gobierno. Hizo

ligera tentativa para mezclarse en política, con éxito poco halagador, pues fué derrotado en unas elecciones como candidato al Congreso—la intervención que por aquellos tiempos dominaba le había dejado fuera, con lo cual se convirtió en opositor furibundo.

Y luego, para consolarse, se había dado á vida mundana, con ímpetu feroz, de arrivista y ribetes de *snob*. Quería figurar á toda costa en el círculo elegante, lo cual acaso contribuyó á su entrada al sport y al Club Hípico. Por eso se le veía constantemente en los «remates» de caballos que por aquella época tenían lugar los Sábados en la noche. Allí se encontraba con Javier Aldana, de quien se hizo amigo íntimo, con Julio Rosales, Rafael Lajara y otros.

Elisa, tendida en su hamaca, en un ángulo del corredor tapizado de madreselvas, con la mirada perdida en el espacio, miraba, sin ver, los amplios horizontes que á su vista se extendían en una serie encantadora de curvas azuladas que dibujaban los contrafuertes de la Cordillera lejana en perfiles transparentes. Todo eso era de ayer, y sin embargo le parecía tan lejano como si perteneciera á remoto pasado. Pocos días antes, Javier había tenido el capricho un tanto raro de invitar á varios amigos á una partida de caza al fundo; las perdices abundaban en esa época, y los diplomáticos se morían por ese género de ejercicios. Había cedido á las insinuaciones del Encargado de Negocios de Hungría, y partió en compañía de Rosales, de Lajara y Sandoval—que se había presentado con la escopeta inglesa de cañon Chock-board en una mano, y el *nécéssaire* de piel de Rusia en la otra. Durante varios días habían recorrido constantemente la viña; á lo lejos se oían disparos, carreras y ladridos de perros en la paz religiosa de los campos. Algunas veces Sandoval se quedaba para acompañar á Elisa, dis-

trayéndola con charla superficial y amena siempre. La joven, en ratos desocupados, leía una novela de Fogassaro, interrumpiendo la lectura con el espacio blanco del pensamiento vacío, con el súbito salto de la imaginación vagabunda. Y sin saber por qué se puso á entonar una canción que le había oído á su chica, de las que le enseñaban en el colegio según los nuevos métodos:

¿De dónde vienes?
¿A dónde vas?
Vengo del cielo...
Me vuelvo allá.

La voz dulce y melancólica de Elisa resonaba en el silencio apacible del jardin, y se perdía como una continuación, como complemento del caer de la tarde, de la sinfonía luminosa de colores en el jardín:—sus notas completaban el cuadro, dándole sabor de ensueño. Era algo triste que invitaba á la meditación y al silencio, haciendo vibrar notas misteriosas y perdidas, languideces melancólicas, quejas sin palabras, cortadas de súbito por el toque del *Angelùs* en el campanario de la aldea vecina.

Su cuerpo, suavemente reclinado en la hamaca, dejaba al descubierto la línea finísima de una pierna admirable que la seda de la media transparentaba permitiendo vislumbrar la carne blanca, nívea. Al oir el toque de la campana se incorporó, arregló su vestido, y se ruborizó súbitamente al ver que Sandoval la miraba desde el ángulo del corredor. Púsose de pie y con la cabeza inclinada recitó sus oraciones de costumbre.

Sandoval la contemplaba; una ráfaga de deseo había cruzado por él, azotándole la carne como latigazo—

pero todo se desvaneció al escuchar las palabras de la oración que parecían continuar aquella canción mística entonada por la joven momentos antes. Sintió, dentro de sí, que se hallaba ante una mujer casta, de una alma pura, y su imaginación fogosa de libertino se calló en presencia de algo que se le imponía á pesar suyo, y, silenciosamente, se quitó la gorra de viaje, mientras Elisa murmuraba en voz baja la «Salve». Fué algo rápido y emocionante para él, como revelación de bellezas ocultas de alma de mujer; así le habría agradado encontrar una en su camino, que despertara en su propio sér el mismo delicioso perfume de santidad. Y cuando Elisa hubo concluído, se acercó respetuosamente á ella.

—«Elisa, ¿la interrumpo? Temo estar de más en momentos como este».

—«De ninguna manera; jamás nadie se interpone entre nosotros y Dios. El que llega, con su actitud nos acompaña, aun cuando no rece ni crea».

—«A mí me gusta oir rezar á las mujeres, saber que creen, sentir su fé profunda».

—«¿Entonces únicamente las mujeres han de creer? ¿Le parece que la fe es cosa femenina?—agregó no sin ironía Elisa;—¿qué piensa usted de don Juan de Austria, arrodillado junto con sus tripulaciones antes de dar la gloriosa batalla de Lepanto? ¿Y Pascal, el autor de *Las Provinciales,* sumido en torturas infinitas de conciencia? ¿Y Pasteur, abandonando su laboratorio, en el cual ha renovado la ciencia, para rezar?»

Sandoval se ruborizó. Sentíase batido.

—«Veo que usted no me comprende; lo que yo quise decir fué otra cosa... Que ese canto del alma que viene del cielo y que vuelve al cielo, con la oración, en este momento me ha parecido cosa tan encantadora y nueva que solamente un alma delicada de mujer

habría podido concebirla. Nosotros los hombres somos demasiado rudos para poder imaginar delicadezas tales. Además, me pareció ver una forma de armonía entre su canto, su rezo y el estado de su alma, un estado de alma doloroso...»

—«¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho? Mi estado de alma es muy tranquilo, amigo mio...—y agregó, no sin tono de altivez:—y si así no fuera, nadie tendría derecho de tocarme ese punto, sin que yo se lo permitiese y lo autorizara... ¿No le parece?»

Sandoval inclinó la cabeza, y luego alzó el rostro moreno, de color amarillento, circundado por barba negra, de azabache, de corte un tanto cuadrado, de angulosidades enérgicas; su boca, en la cual la decisión se dibujaba se contrajo con sonrisa tras de la cual solía disimular las impresiones.

—«Dispénseme... he sido indiscreto y torpe. Bien sé que usted se casó muy enamorada con Javier, que es muchacho muy simpático y caballeroso. La fortuna les ha sonreído, ustedes son ricos, nada les falta de lo que contribuye al agrado de la vida; tienen prestigio, la sociedad les considera... ¿qué más podría desearse en este mundo?»

A su turno, Sandoval tomaba tono de ironía velada, como sondeándola en uno de esos pases de armas que suelen verse en salones, en los cuales á veces corre más sangre que en los campos de batalla. Sus palabras, sin que él lo notara, habían ido más allá de su intención, pues ignoraba lo que acababa de ocurrir á Elisa. Poco días antes, Javier había recibido un telegrama; dijo que le llamaban á Santiago para un asunto urgente, «pues la Sociedad de Salitres de Antofagasta —de la cual era Director—tenía que resolver un asunto relativo al Ferrocarril, cosa de suma importancia, y le citaba para eso»,

Casualmente ese día Elisa fué á la estación después de la partida de su marido, encontrándose con su tío Sanders que iba para el sur.

—«¿Qué hay, Elisa? ¿Y Javier?

—«Se fué á Santiago, á la reunión de «Salitres de Antofagasta».

—«Pero si la reunión es para la semana próxima...»

Elisa se había mordido los labios. «Me engaña, me engaña, se dijo entre sí... es un miserable, miente, miente». La certidumbre de una mentira sorprendida de ese modo la acosó como puñalada. Visiones de traición cruzaron por su alma ensombreciéndola, figuras indecisas de mujer, de otra mujer que sin duda debía de ser ordinaria, pues no se hablaba de historias sociales de su marido. Aún cuando ¿quién lo sabía? ¿quién habría de llegar hasta ella con semejantes infamias? Sólo que desde ese instante se hizo más precisa, más clara todavía, la línea de separación que entre ambos se había diseñado. Elisa sintió la horrible amargura del hecho cierto y que sin embargo no podemos comprobar de manera irrefutable. Tenía demasiado orgullo para interrogar á su marido, para formular acusaciones claras, para condenar—sentía que se le habría escapado entre los dedos como las anguilas y que acaso ella misma se sonrojaría de verle mentir;—sentía, al mismo tiempo, dolor profundo de ver morir en su propia alma ese amor que juzgara eterno, arrastrado por el desengaño, por el desprecio, por algo que se revolvía dentro de ella, que protestaba contra la inesperada traición, presentida sin embargo. Y, cosa extraña, Javier, á pesar de todo, le agradaba siempre, no podía dejar de hallarle simpático, atrayente, ligero, y eso mismo ensanchaba la herida.

Todo eso resurgió en su alma al oir las palabras de Mario Sandoval, como si su cruel ironía le hiciera

sentir de nuevo la carne sangrando, la herida en descubierto, viva, palpitante. No contestó, mas permaneció inclinada sobre la baranda de madera del corredor, bajo los arcos de yedra que se desprendían de lás altas pilastras, la mirada húmeda, perdida en la luz difusa del crepúsculo naciente, vidriosa la pupila. Y hubo tal expresión de dolor contenido en su actitud, en las líneas todas de su cuerpo largo y fino, en su rostro pálido, sobre el cual se delizó impensadamente un cadejo de pelo, interrumpiendo la corrección de su peinado, que Sandoval sintió haber ido demasiado lejos y sufrió con el dolor de la joven—tan hondo le parecía. Entonces, sin pretenderlo, talvez sin quererlo, en ese instante de emoción sincera, abrió las compuertas de su alma toda en una confidencia inesperada y tomó el camino del corazón de Elisa por donde le hubiera seguido el seductor más hábil, el que hubiera buscado la llave para penetrar en él. Habló de sí mismo, se hizo pequeño, refirió sus penas, sus dolores íntimos todo aquello que de ordinario callaba por orgullo.

—«Amiga mia, no se avergüence de sufrir, si todos sufrimos, porque ese es el lote común de la humanidad. Al contrario, yo creo que solamente los seres vulgares y los egoistas jamás conocen las grandes enseñanzas del dolor que elevan y purifican. Todos tenemos nuestras imperfecciones y nuestras debilidades, todos cometemos faltas, y la única manera de elevarnos á mayor altura, de redimirnos, es sufrir. Elisa, no se avergüence de sufrir—esa es la marca de todo espíritu superior, de todo sér que se eleva por encima de la mediocridad ambiente».

Elisa bajó la vista, como si algo que le pasara por el corazón hubiera recibido el leve choque de la frase. El sol se ponía lentamente, y las montañas se teñían de tonos violáceos, con leves matices de rosa en las

cumbres. Un soplo de aire fresco hacía estremecerse las hojas de las palmeras en el jardín, con movimientos rápidos de ventiladores eléctricos; á lo lejos, se oía crujir el eje de una carreta invisible, con chirrido melancólico, oculta por largas alamedas oscuras y polvorientas.

—«Sí, amiga mía, perdóneme que hable también de mí, para que le sirva de consuelo. También he recibido, desde niño, los golpes de la suerte. Usted no sabe lo que es la vida de la pobreza desde la cuna».

—«Por desgracia lo sé por experiencia propia; cuando era pequeña, mi padre perdió su fortuna...»

—«Pero no se vió huérfana en la cuna... Cuando murió el mío, nos quedó poca cosa y eso se perdió rápidamente, pues mi tío, que fué nuestro tutor, colocó mal nuestro dinero, en unas famosas acciones de «Arturo Prat», la mina de moda por aquellos tiempos. Y nos encontramos solos, pobres, mi hermano y yo; hubo un tiempo en que no teníamos materialmente con qué vivir. No era mucho lo que me daba el modesto empleo que me consiguieron al salir del Instituto, y con eso teníamos que bandearnos Rodolfo y yo. Habitábamos entonces en unos altos modestos de la calle de Morandé, y comíamos en casa de tía Sixta. Recuerdo que nuestros primos nos miraban en menos porque nos veían pobres y mal vestidos. De cuando en cuando nos regalaban la ropa vieja de los primos, alguna chaqueta usada que nos quedaba muy ancha ó demasiado larga, algún sombrero pasado de moda. Y cuando salíamos al centro, de paseo, los muchachos de nuestros tiempos nos trataban con bien poca consideración, porque andábamos mal vestidos. Uno no sabe, Elisa, qué especie de tormento es para el muchacho sentirse en condiciones inferiores á los otros niños, ver que los demás de dirigen al teatro, y luego,

al día siguiente hablan de la función pasada ponderando su belleza, las entretenciones que tuvieron, la elegancia de las damas y de las niñas que asistían. Más de una vez me tocó acompañar á los demás amigos á «pololeos», seguir con ellos detrás de alguna de las niñas de moda, de esas que á mí no me miraban siquiera porque andaba mal vestido—ya en los primeros años de la vida se comienza á comprender lo que valen esas exterioridades, en apariencia insigsificantes y frívolas... También tuve, como todos, un cariño... ¿Se acuerda usted de Dorotea Escalante?»

—«Por cierto, como que siempre somos amigas... El Jueves pasado comimos juntas donde Olga...»

—«Pues yo tuve la tontería de enamorarme de Dorotea. En mala hora se me pasó por el magin».

—«Los sentimientos no se mandan», exclamó Elisa. Y luego su rostro se cubrió de rubor, al medir todo el alcance de lo que acababa de decir, en desarrollo rápido de su pensamiento. Parecíale inconveniente, á pesar de que no podía negar que fuese exacto, por lo cual sintió que su turbación aumentaba. Sandoval, con rápida mirada la comprendió.

—«Tiene usted razón: los sentimientos no se mandan. Bien sabía que era disparate perseguir de esa manera á una de las muchachas más elegantes de nuestro tiempo, pero no podía evitarlo, tanto me gustaba».

«Aquello principió sin saber cómo, en un baile durante el cual ella coqueteó conmigo, me entregó el abanico y el pañuelo, y hasta me dió á guardar los guantes cuando fuimos al *Buffet.* Se los pedí, hizo como que se enojaba, y concluyó invitándome á visitar su casa, cosa que hice por cierto. Pasamos juntos un verano en Viña del Mar y viajamos por el sur; bien sabe Dios á costa de cuántos y cuán enormes sacrificios de mi parte. Las muchachas se figuran que los jóvenes

disponen de cuanto quieren. Para ellas el dinero no existe, ni figura como problema de la vida. No podría imaginarse, amiga mía, con qué tristeza fuí al Montepío llevando el reloj de oro de mi padre, que se quedó largos meses metido en el cementerio de los préstamos usurarios. Parece que uno sufriera como disminución de su personalidad cuando se ve obligado á entregar lo más íntimo, lo más querido, lo que más apreciamos, á un agenciero que lo examina con indiferencia y da por ello unos cuantos pesos, la décima parte de lo que vale, y luego cobra el setenta por ciento de interés al año. Las casas oscuras, á las cuales se penetra escondiéndose como si se cometiera falta; los antros en donde nos sobrecoge olor húmedo, á cosas viejas, á miseria sorda, á ropas amontonadas, á trastos polvorientos, despiertan emociones raras, algo como si viéramos correr las lágrimas de los infelices que allí acudieron llevando su ropa, ó la vajilla de su casa, en un momento angustiado. Yo he conocido esas miserias sin nombre, esas humillaciones que se hace preciso disimular en la alegría de la fiesta, entre invitados elegantes y rumores de orquesta que preludía el vals. Ninguno de los afortunados se figura lo que representa, en la vida de un hombre, esa lucha continuada de la miseria de levita, en la sociedad de tono, cuando por familia se pertenece á círculos en los cuales no podemos mantenernos sino á costa de inmensos sacrificios. ¿Conoce usted á las Alvarez del Pino? Por supuesto que sí. Yo las he visto coser sus propios trajes hasta las dos de la mañana, cuando era amigo de su hermano Héctor. Las hallé más de una vez, en calles apartadas, en busca de tienda en donde podrían conseguir algún adorno más barato que en el *centro;* y para esto desafiaban la lluvia y la

distancia, recorriendo á pie media ciudad. Yo he conocido, la agonía de la miseria de levita...»

La voz de Sandoval enronqueció, y calló por espacio de algunos instantes. Elisa le miraba en silencio, al principio con curiosidad, luego con interés. Siempre había tenido cierto agrado en hablar con el joven, desde luego porque jamás se le había ocurrido dirigirle galanterías de mal tono, cosa que de seguro la hubiera desagradado, en seguida porque le veía distinto de los demás hombres que la rodeaban. Ahora comenzaba á sentir una comunidad en el dolor que halagaba sus sentimientos de egoismo—las sierpecillas que viven ocultas en las almas santas así como en las malas.

—«Pero eso, señora, no fué nada, nada. Dorotea jugó conmigo como el gato con el miserable ratoncillo; me hizo creer que me quería. Acaso fué verdad... ¿Quién conoce jamás el fondo del alma humana? El hecho de que se casara con otro nada significa, sino que yo no le convenía para marido; eso no quiere decir que ella no me amara... pero sufrí...»

—«Tiene usted mucha amargura...»

—«No, es el resultado de las enseñanza de la vida. Los desgraciados, los despreciados, los pobres, aprendemos á vivir más rápidamente que los otros. Es acaso la única ventaja que le llevamos al común de los mortales. Pero estas filosofías no sirven de nada. Lo cierto es que sufrí inmensamente con mis *calabazas* que fueron bastante bulladas. Los hombres somos tan vanidosos que acaso padecemos más con una herida de vanidad que con un desencanto de amor. Despreciamos á la mayoría de los individuos, considerados uno á uno, y nos humillamos ante las opiniones de esos mismos individuos reunidos, á pesar de que les cono-

cemos egoistas, míseros, vulgares, hasta infames, llegada la ocasión.»

«En la vida, como en las batallas, triunfa el número, la masa de los atacantes, por grande que sea el valor del individuo aislado.

Llegaron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que siempre triunfan los malos
Cuando son más que los buenos.

Sandoval se echó á reir después de recitar estos versos tan conocidos. Su buen humor parecía perdonar el pasado, velar la amargura desencantada de sus frases, que sin esto acaso hubieran producido desagradable impresión en el espíritu de Elisa. La joven percibía el encanto de la voz de Sandoval, una voz armoniosa y suave, acariciadora, respetuosa, con entonaciones impregnadas en súbita ternura. Se producía distensión en los nervios de ambos, y, de repente, les pareció que acababan de conocerse y que por primera vez se hablaban. Sentía una confianza súbita en ese hombre, como si se acortaran las distancias que hasta ese momento les habían separado, se llenaran los fosos de los valles, las hondonadas, aplanándose el camino. No miró Elisa dentro sí, ni sintió extrañeza de aquel fenómeno moral, de la confianza nacida no sabía cómo: todo pasaba naturalmente en su espíritu.

En ese instante se sintió claro, aunque lejano, el rumor de las ruedas del dog-cart y el trote acompasado que se acercaba con rumor sordo, aclarado paulatinamente. Unos perros ladraron, á distancia. En lo hondo del valle se divisó el penacho de humo de una locomotora, como copo de algodón, y luego resonó estridente y nítido el timbre de la sirena—rumor de pito

agudo que rasgaba el aire:—el tren pasaba á muchísimos kilómetros de distancia. Los ladridos de perros se acercaron, hasta que por último se divisó en el camino, en la parte de la curva, una sombra oscura envuelta en nubes de polvo. Ya el carruajillo de dos ruedas estaba visible, hasta se perfilaban sombras delgadas de escopetas que un sirviente cogía del cañón. Javier Aldana, con gorra de viaje echada atrás, polainas de cuero, y chaqueta de caza tableada, de color gris, manejaba el cochecillo, tras del cual corrían «Suspiro» y «Clavel», los dos perros perdigueros de color café manchado con blanco. En los demás asientos se codeaban Rafael Lajara y Joaco Herás, sus compañeros de caza. Don Evaristo Sanders, montaba un poderoso caballo, de grande alzada y pura raza chilena, fuerte y vigorso como él, llamado «el Guindo»; llevaba *chamanto* bordado en seda, con preciosas flores y dibujos que formaban ramajes, y ancho sombrero guarapón de amplias alas levantadas sobre la frente, afianzado por el fiador de seda negra. Sus espuelas de plata, de ancha rodaja, resonaban con el trote del caballo, al mismo tiempo que se remecían las alas del sombrero.

No iba en traje de caza, por cierto, pues se había juntado con la comitiva en unos potreros, al oir disparos en el fondo de la viña. Iba en dirección al pueblo, para negocios de ganado.

Al pasar junto á unas pircas los había sentido, mirando por encima de ellas, en el claro que dejaban los cercos de zarzamora; no tardó en reconocer á Javier Aldana que cazaba en compañía de sus amigos. Se juntó con ellos. Rafael Lajara tenía el cuello enrojecido y la frente cubierta de sudor.—«¿Qué tal va la cosa?»—«No va tan mal, don Evaristo; no es tan fiero el león como lo pintan; en medio día llevamos

como una docena de perdices... Apéese y no se arrepentirá, más tarde almorzaremos juntos...» así lo habían enganchado á él, ya viejo para estas cosas.

Los cazadores bajaron del carruajito con las piernas envaradas; apenas si podían dar tranco, lo cual era motivo más de risa y diversión para ellos.

—«A ver, Rafaelón, cuéntenos cómo anduvo la caza», le dijo Elisa, que había salido á recibirlos á la entrada del corredor. «Queremos saber las hazañas del día...»

—«Ay! señor, para padecer ha nacido el hombre. Lo único agradable en el día ha sido la cazuela de gallina que comimos en el almuerzo:—eso sí que era de chuparse los dedos. Yo no quería—agregó, como quien ha cometido una falta,—pero este diablo de Javier se empeñó en que le acompañara y no he sabido resistirme. Nunca sé decir que no... es una suerte que no haya nacido mujer...».

Elisa se echó á reir; siempre celebraba las ocurrencias de Lajara que era una excelente persona, de buen humor.

«Pues como iba diciendo—agregó éste—nos levantamos de madrugada, con estrellas todavía. Sentíamos cantar los chincoles y las diucas. ¡Por Dios con la mañana linda, y fresquita como ninguna ¡Confieso que á pesar de ser hombre de campo, yo no soy madrugador, pero cuando me levanto de madrugada me parece que vivo doble, y el día se me hace largo para cuanto se me da la gana. Los niños me hicieron esperar un buen rato; el primero que se presentó fué Javier, muy *futre*, con polainas de cuero, y en seguida llegó Rosales, con olor á agua de colonia. ¡Buena cosa con el futre inglés, que para cazar tiene que rociarse como si fuera á una fiesta!»

Como todos se echaran á reir, Rosales se puso

colorado y protestó que era invención de su amigo; tenía perfume del día anterior...

Rafaelón se pasó el pañuelo por el pescuezo y continuó la narración de la cacería que á sus propios ojos le daba importancia ante la señora de la casa.

—«Pues, señor, hemos andado por los caminos durante más de una hora, hasta dar con un lugar bueno para que estos caballeros hicieran su matanza. Era un subir y bajar cuestas y torcer caminos y atravesar esteros y bosques de pataguas y boldos para llegar al dichoso paraje, en donde se encuentra el paraíso de los cazadores. Rosales iba preguntando todo el tiempo: ¿En dónde está el Potrero de la Esperanza?—*Por ei á la vueltehiia, patrón,* le contestaban los peones. Pero la vueltecita no llegaba nunca, como sucede en nuestros campos. Y ya comenzaba á sentirse un calor de todos los demonios. Nosotros íbamos faldeando un cerro, por entre matas de palqui bien tupiditas y matas de cardo, que cuando uno menos pensaba le picaban las piernas. Al llegar al potrero de la viña, en el crucero con «La Esperanza», nos apeamos del coche, junto á una posesión de inquilinos á quienes encargamos nos preparasen una buena cazuela de gallina para el almuerzo, por aquello de que hombre prevenido nunca fué vencido. Serían como las ocho de la manana cuando echamos á andar por los potreros, medio agazapados entre los camellones de la viña. El Suspiro y el Clavel, los perdigueros, iban con las orejas agachadas, meneando la la cola y pisando con cuidado, como gente entendida en el negocio, agazapados, husmeando con el hocico las malezas, dando vueltas y revueltas. Yo no sé qué le había dado a Rosales por hablar en inglés: *Good hunting... very pleased... the dogs in training...* A pesar de que yo no entendía palabra, también le hablé inglés...»

—«¿Y qué le dijiste, Rafaelón?» preguntó Elisa con curiosidad, sabiendo que Lajara no hablaba ni palabra de ese idioma.

—«Yo le contesté *Happy new year*... que es lo único que sé. Y debe agradecer el joven Rosales que no le haya dicho lo que los pobres cuando oyen hablar en francés: «Pá tu madre... por si acaso...» Los perros seguían muy ligero... á parar la perdiz... y nosotros, sin resuello, detrás...

«Tomamos luego por el camino que corre á la orilla de los álamos, junto á la acequia regadora, donde hacía una sombrita bien fresca y que daba gusto; parecía como que tuviéramos un día de verano, el cielo bien azul, sin una sola nube y bien brillante. Luego comenzó á soplar un vientecito que tenía olor á menta. *Chit*, dijo Javier levantando la mano, y nosotros nos detuvimos á un mismo tiempo; era que los perros habían comenzado á olfatear y paraban ya la cola, andando despacito, por entre los alambrados de la viña. Se oyó el ruido de un gatillo que armaba: era Jenaro Saldías que preparaba la escopeta... Luego se oyó el gritito de la perdiz que tomaba el vuelo escapando de una mata de zarzamora en donde se hallaba escondida, con ese vuelo oblicuo que todos le conocen. Sonó el primer disparo... y nada, señor, que le habíamos errado. Así anduvimos como diez cuadras sin sentirlo, pasito á paso, meneando tiros y no sin echar al suelo algunos pájaros. A mí me corría el sudor... andaba con una suerte perra... en cuante le hacía los puntos á una perdiz la mataba otro. Hasta el mismo Rosales me quitó una de entre las manos y se contentó con decirme, tan fresco *All right*. Yo por no ser menos le contestó *Good morning* y quedamos en paz; sí, señor.

«Así anduvimos tiro y tiro toda la mañana, hasta

que sentimos las doce en el estómago, que comenzaba á dar señales con cierto ardor en las tripas; si hubiéramos estado en Santiago habría sido el cañonazo del Cerro el que nos hubiera señalado en el Club la hora del aperitivo, del *Gin-cocktail*. Volvimos á desandar lo andado, encaminándonos á la posesión de inquilinos en donde nos tenían preparada la cazuela. Confieso que en mi vida no he probado cosa más rica, señor. Se parecía al cantar de Pedro de Suárez Pereira, famoso cantor portugués, que cuando cantó se callaron los ángeles del cielo, diciendo: *Deus, ja nao queremos cantar*. Así era de buena la cazuela, condimentada con cebollitas y ají, su poco de color, unas papas deliciosas, que por lo grandes se parecen á las que suele contar en el Club el coronel... Don Vicente...»

—«Efectivamente, la cazuela *estaba* número uno», interrumpió Rosales, como si diera opiniones sobre el *pedigree* de algún caballo—tema ordinario de sus meditaciones.

—«No, señor, más que eso, estaba de rechupete», dijo Lajara con energía. «Y luego la acompañamos con un vinito «reservado» mejor todavía que la cazuela... En seguida unos espárragos en conserva... huevos cocidos... costillas de cordero asadas... y abrimos unos tarros de duraznos en jugo que con ellos no hay quién pegue. Nunca he probado en mi vida un almuerzo mejor».

—«Es que con buen hambre no hay pan duro, Rafaelón», interrumpió Aldana.

—«Eché después una buena siesta, mientras los niños seguian por los potreros tiro y tiro con las perdices, sin dejarlas descansar ni un sólo instante. Yo que soy de la religión de la humanidad, como don Juan Enrique Lagarrigue, acordándome de que debíamos estar en Diógenes 79 del ciento dos, y de que

la gente debe vivir en paz, sin que tengamos para qué matar á nadie, aun cuando sea una mísera torcaza ó perdiz—dejé caer todo el peso de los homicidios sobre mis demás compañeros, y me eché á dormir. ¡Cuán formidable debían de ser mis ronquidos que Saldías corrió como dos cuadras para despertarme, porque estaba alarmando á las perdicez, segun afirmaba Rosales, no sé bien si en inglés ó en francés! Pues, señor, tuve que seguirlos, disparando tiro y tiro, y hasta me parece que maté unas dos perdices por equivocación. Lagarrigue no va á quedar muy contento cuando sepa que estoy abandonando los principios de humanidad. Rosales se me acercó y me dijo con los ojos brillantes «Usté es un hombre... *you are a good fellow*» Y yo que tengo siete pies de altura y soy bastante gordo, me quedé mirándolo, á él que es chiquitito, de arriba á bajo, y no pude menos de contestarle: Ya lo sabía, amigo».

Los cazadores se habían sentado en torno de una mesa, en el vestíbulo, dejando las escopetas amontonadas sobre la banca del corredor, mientras ellos saboreaban el Whisky en grandes copas, haciendo saltar, como disparos, los corchos del Soda. Estaban cansados y satisfechos.

La joven, sentada cerca de ellos, sobre una mecedora, tomaba parte, de cuando en cuando, en la conversacion. La sombra caía rápidamente, sucediendo á los vapores de ópalo un manto oscuro y largo que iba llenando el horizonte. La risa sonora y agradable de Sandoval cortaba festivamente la conversación. Y ella sentía cierto placer de que no se daba cuenta en oir su voz, que le parecía voz de entonaciones amigas, desconocidas hasta entonces, voz que le inspiraba confianza y que los acercaba con lazos de cuya naturaleza no se daba cuenta, pero que le hacía muy agra-

dable esa risa que distinguía entre todas las demás, no sabía por qué causa.

—«Lo cierto es que traemos como doce perdices...»

—«Y un zorzal cantor...»

—«¿Dónde está el zorzal?» preguntó Rosales.

—«El zorzal es usted, joven... ¿Y por qué no vino á cazar el amigo Sandoval?»

—«Porque me había torcido un pie», contestó él con aplomo.

La verdad es que prefería la compañía de Elisa; así lo comprendió Lajara, guiñándole un ojo.

—«Malo... malo... malo llaman las monjas al diablo», exclamó con tono bonachón y marrullero, dando á entender que á él no se la pegaban.

—«Por de pronto, que pidan la comida—exclamó Aldana;—necesitamos un *gaudeamus* para los estómagos desfallecidos; temo que Rafaelón se desmaye».

—«Bueno, *primum vivere et post philosophare*», agregó sentenciosamente Sanders que de cuando en cuando metía sus latines para darse tono de leído.

Los hombres penetraron al *hall*, en donde había una mesa cubierta de periódicos. Una gran lámpara de parafina los iluminaba. Acababa de llegar el correo, que en esos días tenía grande importancia, pues todos andaban preocupados con las noticias de política.

—«¿Qué traen de nuevo los diarios?»

La lámpara de parafina proyectaba luz sobre la cabeza calva de don Evaristo, afinando su nariz grande y abultada, iluminando su rostro afeitado cuidadosamente; las patillas inglesas de fina plata, formaban contraste con la frente calva y blanca y el tono rojizo de su rostro tostado por el sol del campo. Llevaba el chambergo de paño suelto, de color plomo, en una mano; en la otra la huasca de montar, y el chamanto doblado, colgando sobre las rodillas. Aire noble y

continente aristocrático era el suyo. Al oir la pregunta enderezó el busto.

—«A mí la política me tiene sin cuidado... ¿Con qué fin luchar en contra del Presidente de la República cuando todos sabemos que ganará las elecciones por angas ó por mangas?»

—«Pero usted es Senador...»

—«Sí, lo soy, y ahora tenemos mayoría, mayoría considerable para imponernos de una vez por todas, pero... otra cosa es con guitarra. El Presidente se acaba de alzar con el santo y la limosna; no quiere despedir su Ministerio, á pesar del voto de censura franca y abierta que le dimos».

El caballero parecía descorazonado. Entretanto, el Encargado de Negocios de Hungría se ocupaba en limpiar cuidadosamente su escopeta inglesa, temiendo comprometerse al emitir opiniones, pero cuidando al mismo tiempo de darse cuenta de cuanto ocurría para informar á su Gobierno. Era personaje rubio, flaco, descolorido, de aspecto insignificante, pero buen observador y que cambiaba observaciones con el Barón de Guschmidt, Ministro de Alemania, que enviaba informes notables.

Javier Aldana enrojeció hasta el blanco de los ojos: era de temperamente sanguíneo.

—«Pero el país está cansado de semejante comedia. El Presidente no tendrá más que someterse á los deseos del país. La mayoría del Congreso ha impuesto siempre rumbos al Presidente, y hasta el mismo don Manuel Montt hubo de someterse cuando se vió en minoría. No es posible aceptar tranquilos esto que ahora estamos presenciando; un Ministerio no debe mantenerse sin el apoyo del Congreso y contra su voluntad...»

—«¿Y qué hacer cuando el Jefe del Estado no se somete?» dijo el diplomático sueco.

—«Entablar entonces la lucha legal y obligatoria, someterse ó dimitir...»

Shenk observó que ya comenzaba á pronunciarse la palabra dimisión, en los círculos opositores, y tomó nota.

Marío Sandoval, que leía los diarios, hizo un gesto, alzando la mano.—«Parece que hay novedades en Santiago—dijo.—Las sesiones del Congreso han entrado en un período ardiente. La mayoría piensa negar al Gobierno las contribuciones mientras no se mude Ministerio, dando garantías á la opinión pública en el sentido de la libertad electoral. Ayer y anteayer se han formado grandes pobladas en torno del edificio del Congreso; el pueblo ha luchado con las tropas y, según se dice, hemos tenido que lamentar desgracias... Ya comienza á correr sangre. ¿Se atreverá el Presidente á combatir de frente en contra del Congreso y de la opinión pública? No lo creo, sería locura, saltaría la valla constitucional que todos los gobernantes han respetado hasta este momento. El Presidente tendrá que someterse á la voluntad nacional expresada de una manera tan clara...»

—«Los diarios vienen llenos de noticias alarmantes—dijo Lajara.—El tono ha subido de punto, se ataca ya violentamente la Dictadura del Presidente, que se juzga por encima del Congreso y demás poderes públicos. Está muy ensimismado, se cree casi un Dios...»

—«Lo peor es que se ha rodeado de una infinidad de pelagatos, de jente sin Dios ni ley», interrumpió don Evaristo. «Ya no se ve en torno suyo como en otro tiempo, á lo más granado de esta tierra; los caballeros le abandonan.

Todos movían la cabeza con gesto sombrío, preveían una situación terrible que se venía encima á toda prisa.

Rosales contó que un amigo suyo, segundo del *O'Higgins*, le había comunicado, con suma reserva, que se había dado orden de tener listo el buque para hacerse á la mar á la primera orden, con ciento cincuenta camas para pasajeros que se aguardaba de Santiago. Se hablaba de que se conduciría á la mayoría opositora del Congreso, desterrada por el Presidente, á la Isla de Pascua. Sería un rápido golpe de Estado; se sorprendería á los opositores en sus camas, como lo hizo en Francia, Napoleón III, el dos de Diciembre, y se les conduciría á Valparaíso para embarcarles inmediatamente, antes de que sus amigos políticos se enterasen.

El Encargado de Negocios de Suecia se echó á reir ruidosamente:

—«¡Oh! ¡Oh!... ¿y ustedes juzgan eso posible? Si es simple broma. No creo que el Presidente llegue hasta esos extremos; ustedes tienen un sistema de gobierno perfectamente regular, y aquí se respeta el derecho de todos los ciudadanos, con mayor razón el de los miembros del Congreso que gozan de fuero parlamentario. No es posib e que se piense en semejante disparate»...

Marío Sandoval tuvo sonrisa mefistofélica:

—«Pues á mi parecer eso es cierto, Shenk—dijo con sonrisa enigmática—tengo motivos para presumir que en eso hay algo de verdad».

Sandoval cortejaba á la mujer de un alto personaje de Gobierno, y en hora de confidencias le había oído decir que en esos momentos se discutía con calor, la idea propuesta por uno de los Ministros, de enviar á la Isla de Pascua á la mayoría de los miembros del Congreso. Bañados se había opuesto declarando que en tal caso, él se retiraría del Ministerio, pues no apro-

baba medida tan violenta. En ese caso ¿esperaremos tranquilamente la prisión en nuestras casas?

Shenk tomó nota para sí. Ya se hablaba de enviar á la Isla de Pascua á la mayoría turbulenta de los enemigos del Presidente, y éstos, á su turno, acariciaban la idea de una acusación al Ministerio, para llevarlo á la barra del Senado y separarlo de esa manera de su puesto con arreglo á la Constitución, aún cuando fuera en contra de la voluntad presidencial.

En ese instante se oyó el rumor de la primera campanillada de la comida, con tintineo alegre. Todos corrieron á lavarse, á sus habitaciones.

De repente, Aldana paró la oreja: sentíase lejano galope de caballo que por momentos se acercaba. Luego se vió una sombra próxima á las casas, resonaron ladridos de perros. En aquellos tiempos los campos no estaban tan seguros como ahora y eran frecuentes los casos de salteos. Aldana, de golpe se abalanzó sobre el revólver y salió rápido al corredor, enteramente oscuro en esos instantes. Era bravo. Luego sus ojos distinguieron una sombra que se aproximaba; era un pobre huaso de manta deshilachada, sirviente del telégrafo á quien conocía mucho, que se quitaba humildemente el sombrero para entregarle un telegrama. ¿Qué sería? Acaso cuestión de negocios, quizás algún llamado importuno de aquella italiana que le perseguía de continuo y que casi le tenía loco.

Sus ojos se abrieron, el asombro se pintaba en su semblante de ordinario alegre. Era la comunicación del doctor Ortiz en que le llamaba apresuradamente á Santiago. «Juan Orbegoso herido; espero no sea grave, avísalo á familia y Elisa, vente luego».

Aldana no se daba cuenta de cómo habría pasado. Creyó al principio se trataría de alguna pelotera de

aquellas que frecuentemente arman los jóvenes en fiestas nocturnas; pensó también en la posibilidad de un duelo, pero no pasó por su mente la idea de la verdad de lo ocurrido que sin embargo era lo más sencillo y de explicación más fácil. Pero sintió extraño vuelco en su corazón, como si lo apretaran con tenazas; era que en el fonde le quería, le quería mucho. Una aflicción inesperada le paralizó, de repente, pintándoselo todo de colores sombríos, haciéndole creer que se trataba de caso grave, talvez peligraba la vida misma de su cuñado. Luego pasó al comedor, sentándose á la mesa; y mientras comían tostadas de caviar ó de *paté de foie*, no acertaba á dar con la manera de comunicar la noticia á su mujer.

—«Nunca había gozado más en una cacería—dijo Shenk, con acento extranjero;—los *pácaros* chilenos son muy astutos».

—«Mr. Shenk, no se dice *pácaros* sino pájaros», corrigió burlonamente Rafael Lajara.

—«Las perdices arrancan á perderse, son muy maliciosas; en cuanto divisan los perros ya están escondidas...»

—«Y lo peor es que hasta los zorzales andan con escopeta—interrumpió Lajara—¿No es cierto, Rosales?... y con escopeta de dos cañones y pólvora sin humo.

Todos embromaban y reían, mientras Aldana, preocupado con el telegrama que acababa de recibir no sabía qué hacerse.

—«¿Qué ladridos fueron esos?», interrogó Elisa como si tuviera presentimiento de una desgracia.

La conversación que comenzaba animada decayó, de pronto, sin que nadie supiera por qué motivo; soplaba viento helado y callaron. La sombra de un presentimiento que pasaba por el alma de Elisa

pareció proyectarse, invisible, sobre los invitados que hasta ese momento departían en amistoso consorcio.—Era como sugestión imperceptible, como inesperada corriente nerviosa que les dominaba sin que se dieran cuenta de la causa. Soplo trágico agitó á la concurrencia, hasta ese momento alegre; se sintió la angustia de algo que pasaba sin que nadie supiera en qué consistía, de algo superior á fuerzas humanas, qué no se veía y que sin embargo era. El *hecho* pesaba sobre la conciencia de todos como lápida.

—«Era telegrama de Santiago», contestó lacónicamente Javier. Elisa no insistió. Tenía demasiado tacto y demasiado mundo para no comprender que no debía preguntarlo nuevamente. Quedó preocupada, sin poder ocultarlo. Rafael quiso distraer la atención llevándola á otro punto.

—«A mí me parece que se trata de una cita de este perro infiel, Elisa...» Ésta sonrió, en el fondo pensaba lo mismo. «Será algún telegrama como el de la otra vez, el de la reunión de Antofagasta!...»

Javier, mientras tanto, sentía pena profunda, pena que á él mismo le sorprendió, de la noticia que debía dar a su mujer. Si tal telegrama me mandan, pensó entre sí, debe de ser porque Juan ó está muerto ó está gravísimo. Sintió que las entrañas se le apretaban, hasta una sensación de dolor físico le sobrecogía; ¡Pobre Elisa! Cuanto iría á sufrir con el golpe inesperado. El instinto de que algo andaba mal en su hogar, de que su mujer sufría por causa suya, se le imponía, de súbito, causándole remordimiento, y junto con esta angustia del mal que hacía y del sufrimiento que necesariamente habría de causar á una mujer de alma noble, de santa vida, que no tenía más delito que haberle querido, acaso demasiado, hasta hastiarle. Sintió remordimiento, y arregló la situación

como suelen hacerlo en esos casos las almas que temen; resolvió dar la noticia á su mujer lo más tarde posible y ver manera de partir sólo á Santiago, en cuanto hallase tren.

El Conde Shenk, mientras tanto, con fino tacto, sentía que algo cojeaba en la situación, viéndose también sobrecogido del malestar común, y habló de lo primero que le vino á la cabeza para romper el hielo.

—«Ustedes usan muy buenas escopetas... excelentes».

—«Ya lo creo, como que las traje de mi último viaje á Londres», contestó Aldana.

—«Esa es tierra de grandes cazadores... El inglés nace, por decirlo así con la escopeta en la mano, de igual manera que el huaso chileno nace á caballo...»

—«Y con espuelas», interrumpió Rafaelón.

—«Este Lajara es un personaje curioso», dijo el sueco á media voz á su vecino Carlos San Juan.

—«Lajara es uno de nuestros tipos de hombre de campo—le contestó el otro—y hasta en su lenguaje notará Vd. su especialidad característica. Nadie habla como él, sino él, y los de su especie. Recuerdo que durante el verano pasado estuvimos en los baños de Cartagena, y solíamos pasearnos por la playa. Cierto día que vió á su mujer que se bañaba en compañía de los niños, recuerdo que le gritó: «Josefina, mójate el *lomo*, no le *tengáis* miedo al agua que no muerde...»

La entrada de un azafate, con gallina á la valenciana, rodeada de arroz, trajo un poco de calma á los ánimos; la alegría de la mesa parecía renacer.

—«Veo que usted alaba demasiado las escopetas, Conde—dijo Lajara á Shenk;—lo que debería alabar son los cazadores. No nos portamos tan mal que digamos... los cazadores de perdices;... en cuanto á los otros cazadores, como Marío Sandoval, esos son terribles, señor...»

Aludía á la afición de Sandoval por las casadas.

—«En cuanto yo me ponga á hacerle concurrencia al amigo—agregó con aire socarrón—aplicaré mi receta para que todas las mujeres anden detrás de mí...»

—«¿A ver? dámela...» contestó Sandoval en tono alegre.

—«Pues muy sencillo: Andar yo delante de ellas; es cosa infalible; receta segura...»

Elisa atendía á sus invitados mecánicamente. Su espíritu estaba lejos de allí. Parecíale que ahora se repetía lo que acababa de pasarle á su marido. Andaba metido en algún enredo, en lío turbio; y para eso iba á Santiago y se hacía el preocupado.

Javier se inclinaba al oído del sirviente, recomendándole que hiciera preparar el coche para el primer tren. Y cuando terminada la comida, pasaron al *hall* á tomar allí el café y encender cigarrillos, Elisa se acercó á su marido, diciéndole irónicamente: —«Apuesto á que has recibido otro telegrama para la próxima reunión de Antofagasta...»

Javier la miró en silencio, con lástima, y le pasó el telegrama, con el placer innoble de hacerle mal. Elisa palideció, recogió la falda de su vestido, y saliendo con paso rápido, como de baile, se dirigió á las habitaciones interiores:

—«Zoila, prepara las maletas, pero sin meter mucho ruido para que la niña no despierte... Nos vamos mañana en el primer tren».

—«Buena cosa, señorita, si acabamos de llegar hace cuatro días...»

—«Mi hermano está grave... se muere...»

Y se arrojó sobre un sofá; su hermoso cuerpo, de líneas esbeltas y llenas se sacudía todo entero, entre sollozos, y súbitamente sintió la felicidad, el alivio de las lágrimas.

CAPÍTULO IV

Se vestía Elisa en su dormitorio, tapizado en seda clara, con amueblado Luis XV, que comenzaba a ponerse de moda por aquellos días. Las enaguas de seda producían rumores ligeros—un frú-frú agradable —y se oía otro leve resonar de alfileres cogidos en taza de cristal de Bohemia, y de peinetas de carey que la doncella colocaba suavemente sobre el peinador. Estaba visiblemente preocupada, á pesar de que Javier le había escrito algunas líneas para avisarle que Juan seguía mejor y que no tenía motivos de alarma. Ya le parecía ver a su hermano moribundo, el rostro desfigurado por alguna herida; ya creía que Javier la engañaba para tranquilizarla:—á fin de cuentas no sería esa la primera vez que lo hiciera. La duda una vez infiltrada ya en su espíritu, no le daba punto de reposo. Al través de los visillos elegantes, de estilo inglés, que cubrían la parte inferior de las ventanas, dió una mirada á la calle; desde allí se divisaba el cupé con caballos ingleses, el cochero i el lacayo rígidos, de libreas azules, sentados sobre paltóes claros;—los caballos herían el suelo con el casco. Al pie de la casa, de estilo italiano, formaban línea blanca los caminillos enconchados, que serpenteaban entre palmas y pinos enanos en el jardín, en torno del chalet, hasta la reja,

por la cual comenzaban á trepar enredaderas. Un día gris envolvía el paisaje en tules cenicientos, arrastrados y lánguidos. Se miró en el espejo de cuerpo entero—la *psyché*—que retrataba sus formas adorables de línas llenas, de curvas deliciosas, dignas de la escultura. Cubrióse el rostro de polvos—mientras sentía pena inmensa—algo inexplicable y confuso. La doncella la pasó el vestido sobre los hombros, de soslayo, suavamente.

Elisa frunció el ceño y vió cruzar por delante de sus ojos una figura conocida, la de Marío Sandoval. ¿Por qué se acordaba de él? Parecíale que debía de ser bueno, á pesar de cuanto se murmuraba en su contra. Indudablemente es bueno, pensó entre sí, me inspira confianza, pero antes no me la inspiraba. ¿Por qué? Y recordó la melancolía suave de su voz cuando le hablaba del pasado y le contaba miserias y penurias sin cuento de su vida. ¡Pobre!... —«Eudocia, tráeme los zapatos rebajados...»

Para que se los pusieran se sentó en una silla baja, mientras la sirvienta ponía sobre sus rodillas, uno en pos de otro, los piés finos, delgados y largos de la patrona, calzandolos con zapatos europeos de Ferry, el botero parisiense en boga. Elisa pensó en que Sandoval era hombre elegante y en que le agradaban los detalles bien cuidados en la indumentaria femenina. Por delante de sus ojos pasaron unos ojos y una barga negra que caía sobre la pechera blanca en una comida en que todos estaban de frac violeta. Los hombres suelen ser tan presumidos como las mujeres, pensó entre sí; mas Sandoval no era por eso afeminado. Y, de repente, sintiéndose pensar en otro hombre que no era su marido, sufrió como si cometiere una falta de pudor, algo nuevo que la irritaba á pesar suyo, —y se cubrieron de rubor sus mejillas.

—«Pásame la peineta, Eudocia», dijo á la doncella en voz alta, evidentemente con el propósito de distraerse a sí misma y de pensar en otra cosa. Y se alisó unos ricillos locos que no querían someterse. Luego le pusieron el sombrero, sacándole de gran caja; estremeciéronse las plumas. Puesto el sombrero, le colocaron la chaqueta de Astrakán y le pasaron los guantes, frescos y níveos, colocados sobre una mesa cubierta de muselina y encajes, junto al pañuelo y á un frasco de esencias, del cual sacó una gota con la tapa, como de costumbre. La doncella le roció el traje con el pulverizador de esencia *Ambrée*.

Su paso resonó ligero y rápido sobre el parquet y se perdió en la suavidad de las alfombras de Smirna. Un sonido seco de la mampara, otro de la portezuela del coche, y sintió que rodaba por la Avenida España, en dirección al «centro».

La calle se extendía muy ancha, con árboles á uno y á otro lado, y edificios espaciosos, elegantes y nuevos, muchos chalets, rodeados de jardines. Un pesado carromato de mudanza cruzó por su camino; luego una serie de carretas arrastradas por bueyes y cargadas de leña. Los coches de posta pasaban haciendo crujir sus resortes, destartalados y viejos. Una compañía de infantería cruzaba también, marcando el paso, al redoble del tambor, bien alineada, marcial, y los pantalones rojos del antiguo uniforme francés de nuestro ejército formaban una sola mancha. Esto la hizo acordarse de su hermano y súbita impaciencia la invadió, deseo loco de verle, temor de que estuviera en realidad grave y de que la hubieran ocultado la verdadera situación en que se hallaba. Parecíale que le veía todo entrapajado, desfigurado, con heridas enormes que le cruzaran el rostro, demacrado,—y semejante vista la causaba sensación de horror. Ex-

perimentaba la más cruel impaciencia, pues debió atrasar su viaje dos días por no dejar solos á los invitados y también por la súbita indisposición de su niñita, de Lisa, que había caído á la cama con fiebre: —felizmente no había sido cosa de cuidado. «¡Ay; Señor, es mucho lo que hacen sufrir los niños!» pensó entre sí. El cupé avanzaba y ella continuaba dulcemente adormecida en sus visiones. De pronto, pensó en que iba á encontrarse en presencia del doctor Ortiz y la invadió curiosidad impensada. ¿Cómo estaría? Sin duda más gordo y más fuerte, feo como siempre, pero con la dulzura que le hacía simpático. Será igualmente huraño, pensó, y tendrá miedo á las mujeres como en otro tiempo. Ante sus ojos cruzó la imagen vaga del médico, y sintió halagado su amor propio al recordar que había estado enamorado de ella:—era homenaje respetuoso, de fiel inclinado ante la estatua de la virgen, era incienso que la llenaba de melancólico encanto al recordar el cariño, al sentirse, como antaño, amada y admirada de los hombres. Y una ráfaga de súbita melancolía sopló sobre ella, al recordar cómo se habían desvanecido tantas y tantas ilusiones, deshojándose tantas primaveras. La vida no era alegre, no era cosa de juego, como ella soñara, sino algo muy grave, muy pesado, sometido al marco de hierro de los deberes; pero no le pesaban sino que, por el contrario, la práctica de los deberes constituía algo como la estabilidad de la vida. Era disciplina necesaria, marco regularizador. Un suspiro se escapó de su pecho, y con él, como la dolorosa melancolía de las cosas que habrían podido ser y que no fueron, de ensueños desvanecidos, de ilusiones no realizadas. Y luego, en la neblina sentimental, se destacó la figura de Lisita, su chiquilla, y aparecieron los recuerdos de mil detalles infantiles deli-

ciosos, de los primeros pasos, del traje corto, que por primera vez se pusiera, del catrecito de bronce que había sustituído á la cuna. Y las primeras palabras... *Pam... pasha... quico... mama...* eran unas palabritas encantadoras, pronunciadas con entonaciones deliciosas, y cara grave, seria, triste, tiesa que daba extraordinaria importancia á cuanto la niña decía. Cada una había sido recibida como acontecimiento importante y comunicada á los abuelos por cartas, referida á las visitas, como si ningún otro niño hasta ese instante hubiera pronunciado palabras iguales o parecidas. «Cuando viene la loquita dando saltitos tan monos, no hay quien se le resista, y si me pide el florero de cristal de roca diciendo *Pasha*, no puedo negárselo aún cuando sepa que pronto estará roto en el suelo, como necesariamente ha de pasar». Y luego, en pos de la niña, aparecía la figura bonachona del doctor enamorado, una figura borrosa, de perfiles vagos pero simpática... ¡Ah! el pasado... quién pudiera adivinar la vida, reconstruirla! Muchas veces cuando miramos el pasado nos parece posible rehacer el presente, como si estuviera en nuestra mano la máquina del mundo. Hombres y cosas desfilaban por delante de su vista en la calle, sin que se percatara de ello. Así vió entre nubes el templo de la Gratitud Nacional y la Alameda que súbitamente aparecía ante sus ojos, con árboles secos de hojas caídas ó resecas y negruzcas;—era una desolación en el día gris. Los tranvías pasaban lentamente, monótonos, pesados... Caras estúpidas y aburridas se asomaban á las ventanillas, con la vulgaridad irritante que forma el sello inevitable de ciertas clases sociales ó de ciertas personas.

Á la entrada de la calle de Ahumada había considerable tráfico y movimiento, como de costumbre;

los coches pasaban metiendo ruído y los campanilleos se sucedían sin interrupción, en tranvías que pasaban cargados de gente. En la imperial aparecían racimos humanos de sombreros de pita y mantas de colores que aún no habían sido desterradas por nuestra clase obrera. Muchos carruajes americanos, carretones y algunas victorias llenaban la calle ancha y luminosa. Elisa recorrió varias casas hasta dar con la del doctor Ortiz. Subió lentamente la escalera, escudriñándolo todo, sorprendida de hallarla tan elegante, al pisar la mullida alfombra de la escala. Cuando preguntó por el doctor, salió á recibirla una joven alta, de figura simpática, modestamente vestida pero con gusto. Elisa la contempló curiosamente. Talvez sea la mujer del doctor, pensaba. Y la invadió un sentimiento raro é inesperado: la desazón de que Ortiz no le hubiera sido fiel en su cariño, que no le hubiera dado su vida entera. Experiméntase ingenuo desengaño al ver que los sentimientos inspirados por nosotros no son siempre eternos, aún cuando jamás hayamos pensado en compartirlos. El ver la relatividad del sentimiento, parece empequeñecernos á nuestros propios ojos. Ortiz había prosperado; ahí estaban para comprobarlo sus elegantes muebles de estilo inglés, sillones Morris, pesadas colgaduras, mesas americanas, objetos de bronce.

—«¿Podría ver al doctor?»

—«Dentro de un momento, señora, está ocupado.»

Tal respuesta desazonó á Elisa.—«¿Cómo sigue Juan?» preguntó.

La joven comprendió que hablaba con su hermana y tocó rápidamente un timbre eléctrico: «Avíse al señor Orbegoso que la señora Elisa desea verle».

—«Veo que usted me conocía, señora», interrumpió ésta.

—«No, señora, la adivinaba», contestó la joven sonriendo.

—«A mi turno veo que hablo con su hermana... creí que era su esposa, pero veo que se parece un tanto á Samuel...»

En ese momento se abría la puerta del salón de consultas y aparecía un señor alto y fuerte, vigoroso, un tanto moreno, de cara afeitada á la americana. Elisa reconoció con sorpresa, al doctor Ortiz. Jamás se lo hubiera figurado así, con aspecto de extranjero, chaquet bien cortado, casi elegante, y lentes que brillaban en la sombra. Las transformaciones en la vida nos sorprenden siempre como cosa inesperada, por más lógicas que sean; se nos figura que todo debe estar sujeto á inmovilidad eterna. Elisa notaba sello de gravedad en la figura del doctor, algo pontifical y hierático; la sugestión médica que obraba, comenzaba por medio del físico, tratando de imponer convicción hasta con la actitud, el gesto y el traje.

Emoción inesperada embargó á la joven. Era simpatía y tranquilidad, de antigua confianza renovada; placer de tomar entre manos la antigua obra que en otro tiempo nos gustara. Y no recordó lo que ese hombre hubiera podido sufrir por ella antaño, lo que la hubiera amado, su desencanto; nada le remordía la conciencia, desde que jamás nada prometiera. El pasado renacía sin asperezas ni contratiempos. A Ortiz le pasaba fenómeno análogo: el pasado renacía para él sin que le amargaran recuerdos de aquellos padecimientos ni desencantos de amor... Así miramos nuestros muertos, olvidados de los malos instantes que nos dieron, para ver únicamente en ellos horas agradables ó instantes felices, los buenos frutos que podían ofrecernos, sin recordar traiciones falaces, ni

olvido, ni durezas, ni ofensas que pudieron inferir á nuestro amor propio.

Ortiz admiraba la elegancia de Elisa, comparándola con la de grandes damas que había divisado en palcos de la Opera ó en teatros de París y Londres. Por buen gusto, por distinción, por señorío no desmerecía de ellas. Luego recordó, con dejo amargo, cuentos que le habían referido, chismes atroces que corrían y que más de una vez le contaran, historias de amantes y de enredos. Ahora la miraba, la miraba cara á cara, audazmente, abiertamente, con impertinencia casi, y veía en ella la misma antigua mirada hecha en luz, resplandor de pureza y de bondad, sello que no mentía, que jamás podría mentir, incapaz de traiciones, el alma de verdad hecha toda en luz. Entonces penetró, en lo íntimo de su sér, el convencimiento de que cuanto le hubieran referido era solo calumnia, obra de envidia y de maledicencia que siempre persigue á cuantas mujeres se distinguen por elegancia ó belleza, aún cuando sean más puras que la virgen de los cielos. Sintió convicción absoluta de que se hallaba ante la misma antigua Elisa, acercándose ahora á ella con mayor respeto, pues la conocía desgraciada. Cogió su mano y se inclinó ante ella, besándole respetuosamente la punta de los dedos.

—«Juan está mejor... me parece que es lo primero que usted querrá saber... en unos cuantos días todo pasará; no se preocupe».

—«Cuénteme, doctor, cómo ha sido esto, pues vengo del campo y aún no he visto á Javier...»

—«Pues no fué nada... Juan mandaba un piquete durante las manifestaciones populares de los últimos días, y en lo recio del desorden le tocó una pedrada en la cabeza... y no hubo más, ni de qué alarmarse tanto...»

Elisa inclinó la cabeza. No estaba satisfecha; sabía que tanto su padre como el resto de la familia eran partidarios del Congreso y semejante herida, recibida en manifestaciones populares, la molestaba doblemente.

—«Pero consuélese, Juan sigue mejor, la fiebre ha pasado y no tardarán en ascenderle a teniente. Ha tenido muchísimas visitas y hasta el mismo Presidente de la República ha venido a verle con uno de los Ministros... Juan es hombre á la moda...»

Elisa frunció el ceño: por lo franca no sabía ocultar las impresiones. Aquello la disgustaba profundamente. Siendo su padre opositor, como el resto de la familia, Juan recibía heridas en defensa del Gobierno...

El doctor leía en ella como en libro abierto.

—«¿Es hermana suya esa joven tan simpática que salió á recibirme?» interrogó Elisa, por variar de asunto.

La cara de Ortiz resplandeció.

—«Es mi hermana—respondió sonriendo.—Apostaría á que usted creyó al principio que fuese mi mujer. Felizmente continúo soltero, y sigo pensando, con Dumas, que el matrimonio es cosa de tal manera grave que es menester meditarla toda la vida».

Elvira Ortiz entreabrió la puerta: —«Juan la espera, señora».

Elisa penetró en la pieza dejando en pos de sí una ráfaga de perfume de Chipre;—el doctor siguió con la vista su elegante y fina silueta. Era siempre la misma belleza pura, risueña y señoril, de movimientos rítmicos y líneas severas, y sintió en lo íntimo sin darse cuenta de cómo le nacía, convicción de que todo cuanto le habían referido era calumnia. Bien conocía cuán fácilmente se propaga, en sociedad, lo infame y aún lo absurdo. Veíala siempre digna del afecto respetuoso

que le llevara la primera frescura de su alma. Ahora ya no podría pensar en *eso;* no se atrevería a mancharla con miradas indignas de ella. Regocijábase constatando que permanecía merecedora del culto santo que le consagrara en regiones misteriosas y calladas de su sér.

Elisa penetró á la estancia con paso sereno, mas al ver á su hermano tendido, con la cabeza entrapajada, demacrado y pálido, sintió que el corazón se le oprimía convulsivamente, invadiéndola honda pena... Se había reducido ya tanto el círculo de sus afectos...

—«¡Pobre, negrito! quién creyera que hubieses de ser la primera víctima de estas querellas insoportables. Mucho sentí que entraras de militar el año pasado...»

—«¿Qué querías que hiciera? No me era posible seguir con mi tío en el fundo; es difícil que se avengan caracteres tan distintos como los nuestros. La vuelta de Watson al Ministerio me permitió ir al ejército. Francamente, jamás creí que llegaran las cosas al extremo de lucha armada, ni pensé en choques entre el ejército y el pueblo. Mi aventura fué cosa que espero no habrá de repetirse».

—«Por el contrario, yo temo que mañana mismo veamos empeñada la lucha en condiciones fatales. No se habla sino de revolución... Parece que el Presidente no quiere ceder y que el Ministerio se mantiene á pesar de los votos de censura.

En tal caso, quizás fuera mejor que te retiraras de ahi, para no exponerte á situación tremenda que bien puede venir... Quién sabe si nuestro padre no llega á tomar cartas en la lucha...»

—«¡Qué disparate!» exclamó Juan con aplomo. «Créeme que esto parará en nada y que todos acabarán por someterse, como ya tantas veces lo han hecho, y el Presidente dejará de sucesor á quién se le dé la

regalada gana. Nunca en Chile han triunfado revoluciones...»

—«¿Te duele todavía la herida?»

—«Poca cosa, casi nada... pero me aburro en cama á pesar de que no me faltan amigos».

En ese instante se oyeron los pasos de algunos oficiales de su cuerpo que venían á visitar al herido. Elisa le estrechó la mano y salió. Al bajar, en la escalera, se topó con un señor, joven todavía, de rostro afeitado, el ceño fruncido, ojos negros y agudos y mirar malicioso.

—«¿Cómo sigue el herido, Elisa? Vengo á visitarle directamente del Huique. El hombre debe de estar en olor de santidad en la Moneda, donde todos le mirarán la cara. Bueno, bueno, bueno... está en punto de caramelo para que pueda servirnos á los opositores. Y como toda su familia figura en la Oposición, no tardará en venir á nosotros; hay que darle tiempo al tiempo. Días llegarán en que los sables sirvan de algo; espero que el de Juanito no resulte de hojalata... Adiós, hijita, saluda á tu mamá...»

El visitante que hasta ese momento no se había distinguido aún en nuestra política, debía llegar á la Presidencia de la República, dando pruebas de astucia y de malicia especiales entre nuestros políticos marrulleros.

El cupé de Elisa tomó por la calle de Huérfanos, cruzó con el de monseñor Casanova, que en esos momentos andaba en trajines políticos, según más tarde se supo. El prelado la saludó con la mano, afectuosamente, preguntándole al pasar por la salud de su hermano. Juanito se había convertido, por lo visto, en personalidad del día.

La joven iba preocupada con la visita que acababa de hacer:—ésto de ver á su hermano metido en el

ejército, obligado á servir al Gobierno en cualquiera de las emergencias que pudieran presentarse, á combatir con armas á parientes ó amigos, á la alta sociedad que figuraba entonces en filas opositoras, le daba escalofríos. Luego recordó que debía ir donde la modista y apretó el tubo de caucho que servía para órdenes, indicando al cochero que volviera atrás. Se metió, de paso, en una joyería de la calle de Ahumada y luego donde la modista. Allí se encontró con la señora de Valdivieso, apenas se saludaron, pues las cuestiones políticas habían puesto tirantes las relaciones sociales, y los partidarios del Gobierno eran mal mirados por los de la Oposición—especialmente las señoras habían tomado á pechos el *boicoteo* social de los balmacedistas. Elisa divisó en su camino al doctor Ortiz y le saludó cariñosamente, con leve inclinación de cuerpo y sonrisa amable. Ahora le consideraba sorprendida y le hallaba elegante, de buen aspecto y traza europea; al verle sentía remordimientos. En otro tiempo le había despreciado.

Frente á la casa de don Jacinto Portal había una fila de carruajes de lujo con buenos caballos. Era casa de estilo antiguo, de un sólo piso, de las que van quedando ya pocas, con rejas en las ventanas y alto pino de California en el patio. Elisa cruzó el zaguán con paso ligero y llegó al ángulo del corredor; allí tocó el timbre y la introdujeron á uno de los saloncillos en donde se reunía la gente á esa hora.

Carmela Portal la recibió con sonoro beso.

—«¿Qué hacías ahí?»

—«Veía entrar la gente al escritorio de papá. Debe de haber algo, hay agitación, mucho ir y venir, y bastantes coches en la puerta».

Moviendo la cortina transparente que se extendía como leve sombra blanca, detrás de la pesada cortina

de seda granate, pudieron ver quiénes entraban, en esos momentos al primer escritorio.

Adelante iba un caballero de corta estatura, de cabellera blanca, ojos azules y vivos, el paso mesurado y tranquilo, suelto y fácil; llevaba la cabeza ligeramente inclinada, y tenía en el cuerpo cierto movimiento rítmico—ese algo ondeante de la raza eslava, unido á serenidad que denotaba firmeza de carácter. —«¡Ah! es don Julio... quién creyera que con su cuerpecito delgado y débil, en apariencia, es el hombre que revela mayor energía en la Cámara, según dice mi papá!»

En pos de éste penetró en el escritorio un señor de regular estatura, vestido de plomo, con levita mal cortada y sombrero de copa también plomo. Usaba melena, al estilo de la época romántica de Espronceda, y su nariz—que tenía aspecto de breva, según afirmaban diarios gobiernistas—era gruesa y ancha; llevaba el bigote caído y tenía ojos pequeños. Una perilla militar, de las usadas por los veteranos del segundo imperio, le daba traza marcial. Parecía coronel retirado del ejército. —«Es Isidoro Errázuriz, no he conocido hombre más simpático, hija... Ayer vino a comer á casa, lo que no hace nunca, pues vive un poco retirado en su chalet de la Avenida de los Monos, en donde suele dar unos almuerzos, según dicen, que recuerdan los de Lúculo. Vive con ciervos y faisanes...»

—«Hija, no quiero conocer las especies que habitan en su casa», interrumpió Elisa con donaire. Ambas rieron. «Es el primer orador de Chile...» Errázuriz había pronunciado poco tiempo antes un admirable discurso, escuchado por ellas desde la tribuna diplomática del Senado. Aún creían oir el eco de su voz plateada y sonora, sus entonaciones patéticas, sus

metáforas brillantes, en las cuales resonaba el estrepito de clarines de batalla. Creían ver aún el aspecto de apóstol y de iluminado que tomaba, transfigurándose en la tribuna. Conmovía como los grandes actores. No tardó mucho en aparecer un caballero chiquitito de cuerpo, de cabeza toda blanca, encorvado de hombros, los ojos pequeños y chispeantes de malicia que parecían penetrar hasta lo hondo, sin que pudiera escapárseles cosa alguna;—la sonrisa de su boca, de aspecto bonachón, era un arcano de picardia y disimulo.—«Ese es el jefe de los *Macucos*... es don José... tiene mucha trastienda, mucha recámara y carácter de acero... ¿Qué no ha hecho Balmaceda por atraérselo? Hasta lo imposible, pero él contesta que nadie lo mueve y que es más firme que los célebres *Colorados* del ejército de Daza, de esos que quedaron todos tendidos en el campo de batalla de la Alianza.»

—«Ahí viene don Zoro...»

Iba entrando, con paso resuelto y largo, un señor vestido con gabán de pieles, de ancho cuello gris, con aspecto simpático y retraído al mismo tiempo, desgarbado y modesto, de frente espaciosa, iluminada por resplandores de inteligencia, pero sin asomos de elegancia en el vestir, lo que para mujeres es siempre defecto grave... Uno de los periódicos de Balmaceda le había llamado «el oso gris del ultramontanismo» y él había contestado á los «palos de escoba del Gobierno». Era gran periodista, talento vigoroso, de admirable estilo, espíritu satírico y agudo. No tardó en llegar un caballero de regular estatura, la barba canosa, la nariz aguileña, boca delgada y firme, mirada resuelta, activo el paso. Llevaba las manos en los bolsillos de la americana y caminaba acompasadamente: era don Eduardo Matte.

Entretanto, en la pieza contigua al escritorio al que

habían entrado todos estos caballeros, se hallaban en conciliábulo don Jacinto Portal con don Anfión Escanilla. Portal, padre de Carmela, antiguo Senador de la República, pertenecía á esa categoría de hombres que acompañan á todos los Gobiernos y andan siempre metidos en intrigas y enredos políticos, empeñados en campañas para alcanzar nombramientos de amigos, designación de Administrador de Correos por acá, puestos de maestros de Escuela o de Gobernadores por allá... Este hombre de paz, con quien habían contado siempre los Gobiernos, se hallaba ahora en filas de oposición ardiente. Decían sus enemigos que era por no habérsele concedido nombramientos, y otros, porque se le había negado un puente en su fundo «Peldehue».

Mas eran calumnias de las que tan fácilmente se prodigan á los adversarios políticos. A la verdad, se había visto envuelto, con amigos políticos, y llevado á la Oposición por falsa maniobra de los partidarios del Gobierno que habían votado en blanco en una de la elecciones de Mesa de la Cámara, para tirar de espaldas a los del grupo de Portal. Este poseía fortuna cuantiosa, importante fundo en el sur y posición política indiscutible. Además, su yerno Watson, marido de Carmela, había sido muchas veces Ministro y tenía importancia considerable; era hombre grave, de esos que pesan palabras y actitudes.

Portal se paseaba nerviosamente por el saloncillo, echando chupadas á un cigarro puro que se le apagaba constantemente.

—«Me parece que las cosas no andan muy bien que digamos, Escanilla. El Presidente sigue firme en no mudar de Ministerio, á pesar de los votos de censura. Y ahora que el Congreso le ha negado contribuciones, en uso de su derecho constitucional, mayormente arrecia la tempestad y nacen dificultades para todo arreglo...

Si las cosas siguen por tan mal camino, no sé cómo habremos de entendernos... Llegaremos á la dictadura pura y simple, ya que el Presidente prescinde en absoluto del Congreso... ¿Crees tú que Balmaceda cederá? ¿Qué piensas de eso Anfión?»

Este se encogió de hombros. Era un señor grueso, cargado de espaldas, de aspecto vigoroso y vulgar, que jamás había figurado en Ministerio, y que sólo había sido diputado suplente. Tenía cabellera cana y cortada al rape, nariz gruesa, boca grande, pero expresión vigorosa y firme en la mirada inteligente. Apellidábase Escanilla, era de condición modesta, y pertenecía á ese mediopelo que comenzaba entonces á enseñorearse en la política. Jamás había figurado en primera línea, pero su actuación entre bastidores había sido siempre considerable, pues era muy agudo, mañoso, listo, y amigo de meterse en todo, de traer y llevar noticias y enredos. Como quien no quiere la cosa, había puesto mal, en más de una ocasión, a personajotes políticos, introduciendo la más extraña confusión en las filas políticas con su teje-maneje.

Don Anfión encendió un cigarrillo de hoja, de los que fumaba, y pasó la petaca á su amigo Portal, inclinándose con saludo respetuoso.

—«Sírvase, mi señor don Jacinto... son regular-suave, del tabaco de mi amigo Verdugo, de Los Andes. Pero qué torpe soy, si usted fuma sólo habanos...» Y le miró con cierta malicia. Sabía que las pequeñas lisonjas, esto de reconocerle como hombre que fumaba solamente cigarros de las mejores marcas, halagaba el espíritu de Portal.

—«Francamente, don Jacinto, yo le veo mala cara al negocio—añadió don Anfión.—Lo que más me temo es que el Presidente nos disuelva la mayoría, y que lleguemos á las elecciones, como el perro y el gato,

los opositores que ahora nos presentamos tan unidos...»

—«¿Por qué dice eso, Escanilla? ¿De dónde lo saca?»

—«Nada, que yo no digo nada...» Echó una bocanada de humo por la nariz, en seguida contempló atentamente sus gruesos zapatos de becerro, de doble suela, y contestó lentamente: —«El Presidente anda revolviendo la olla... ahora mete el cucharón entre los conservadores, á ver si pesca algún inocente».

—«¿Cómo así?»

—«¿No se ha fijado usted en que don Mariano anda en muchas trajines? El Arzobispo no pára en casa... Ayer se toparon, sin duda por casualidad, el prelado y el Presidente, de manos á boca, en la Casa de Huérfanos que uno y otro habían ido á visitar el mismo día, y tuvieron larga conversación... Usted sabe que José Manuel ha sido seminarista en otro tiempo... hasta pensó cantar misa antes de que el mundo le llamara por otros caminos, que le resultaron sin duda más provechosos. Pues bien, el señor Arzobispo salió encantado con Balmaceda; dijo que habían hecho recuerdos sabrosos del Seminario y de viejos tiempos. El Presidente conserva los sentimientos piadosos de antaño, y como se acerca al ocaso de la vida, comienza á poner la vista en Dios...»

—«Eso está bueno... já... já... ¿Y cree don Mariano la cosa?

—«¿Y cómo no habría de creerla cuando confirma con hechos lo que dice y se muestra arrepentido de las leyes de secularización, y hasta le propuso derogar la ley de Cementerios que fué piedra de toque de la campaña liberal?»

Don Jacinto pegó un salto... «No embromes, Anfión...»

—«Si el asunto va en serio... Acaba de firmarse el

decreto por el cual se derogan las disposiciones de Cementerios comunes...»

Don Jacinto abrió la puerta que comunicaba el saloncillo con el escritorio, en esos instantes lleno de gente, y dijo, saludando con la cabeza: —«¿Saben ustedes la noticia, señores?... La ley de Cementerios ha sido derogada. El Presidente acaba de firmar el decreto...»

Reinó grave silencio; Rodríguez bajaba la cabeza, los ojos de Matte fulguraban, don José sonreía y se miraba las uñas.

—«Eso quiere decir que Balmaceda pretende dividirnos, llevándose á los conservadores al Gobierno... El golpe es hábil—agregó Isidoro con tono tribunicio: —quiere aplastar á la Oposición, tirándole á la cabeza lápidas de tumbas y fragmentos de ruinas...»

Rodríguez no sabía qué hacerse; temía comprometer la opinión de sus amigos, de quienes en caso alguno se hubiera separado: —«Me parece—dijo—que el señor Balmaceda pierde su tiempo con nosotros, pues ya es tarde para concesiones doctrinarias. Creo que don Manuel Irrarázaval no aceptaría componendas de ese género. Solamente si hubiera de concertarse la Comuna autónoma, sería otro cantar... pero en tal caso tendríamos libertad de elecciones que es cuanto pretendemos...»

Varios de los asistentes se miraron las caras.

—«Por desgracia yo sé de más de cuatro grandes bonetones conservadores que orejean en estos momentos—agregó don Anfión—y que ya han ido á la Moneda. Ahora más que nunca es verdadero lo de Luis XI: dividir es reinar...»

Don Eduardo puso cara larga; don José sonrió. Llevaba el rostro limpio y bien afeitado, como de costumbre y las patillitas blancas le daban parecido con Mr. Thiers.

—«Pues á mí la cosa no me parece mal... Si José Manuel anda intrigando es porque reconoce la necesidad de procurarse mayoría en el Congreso para gobernar... y eso está bien... y además que ya no piensa enviarnos á la Isla de Pascua, como se decía... y eso está mejor...»

Y luego, echándose á reir francamente, agregó con aire socarrón y listo: —«A Balmaceda se le han olvidado los números que no enseñan bien en el Seminario... Yo, modesto comerciante, algo he aprendido en el Banco... sumen ustedes á conservadores y balmacedistas... verán que el negocio no les resulta claro... no tienen mayoría en el Congreso...»

Al oir estas palabras hubo distensión en los nervios del auditorio: la tranquilidad volvía.

—«Irarrázaval es hombre de grande energía, de carácter caballeroso—dijo Errázuriz.—Después de su discurso en favor de las mayorías parlamentarias, antes de volver atrás se caería muerto. No nos dividirán...»

Mientras tanto, don Anfión, á media voz, dió el nombre de cuatro grandes bonetones que deponían las armas en vista del decreto.

Isidoro Errázuriz opinó que debía intentarse arreglo con Balmaceda, siempre que éste se aviniera á mudar de Ministerio, pues no cabía inteligencia mientras no fueran reconocidos los fueros del Congreso. Tiene razón Pedro Montt en su proyecto de acuerdo—que interpreta la única teoría constitucional: «Los Ministros de Estado, si bien elegidos á discreción por el Presidente de la República, no pueden desempeñar su cargo con eficacia y honra sin el asentimiento y cooperación del Congreso Nacional. Abandonar este camino sería ir al suicidio, agregó, y colocarnos á más bajo nivel que Bolivia en tiempos de Melgarejo».

Un personaje de elevada estatura que penetraba en ese instante les saludó cariñosamente con la mano, se atuzó el bigote puntiagudo que le daba traza de matamoros, y exclamó con voz ceceosa: «No ze alarmen uztedez por el partido conzervador... Nozotroz eztaremoz en la brecha por la libertad electoral como hemoz eztado ziempre. No crean que Balmaceda noz conquizta con carameloz...»

Hablaba en tono convencido y franco, tomando la actitud valiente que debía conquistarle tanta popularidad. Era Carlos Walker. Sintióse alivio. La atmósfera estaba pesada y cargada de humo.

Don Jacinto Portal pasó al saloncillo del lado en compañía de don José y de Escanilla que les había hecho una seña misteriosa. Oíase sobre el parquet el rumor de los zapatos crujidores de este último que con rostro sudoroso y brazos caídos se echó sobre un sofá.

—«Mucho hablan los conservadores de que jamás se apartarán de nuestro lado, dijo, y los creo sinceros; pero la verdad es que el Presidente ha logrado perturbarlos... A mí me consta que *La Union*, de Valparaíso, tiene ya compuesto un artículo de Rodríguez titulado *Corderito sal de mi huerta*, en el cual ellos se colocan como simples espectadores del conflicto...

Don José miraba el techo; Portal se paseaba nervioso. Escanilla continuó:

—«Lo mejor que podría hacerse sería buscar puerta de escape, como en los incendios de teatro. He sabido que el Presidente ha llamado á don Mariano Casanova, para que su Ilustrísima le ayude, y que piensa nombrar Ministerio de transacción, entre personas alejadas de la política y que no inspiren recelos á la opinión pública. Lo más divertido es que mientras el Jefe del Estado sigue adelante estas negociaciones, se reu-

nió el Ministerio el 21 de Julio y acordó, por unanimidad, un arreglo sobre las bases siguientes: «No aceptar como condición la renuncia del Gabinete, y conseguir que se aprueben las contribuciones mediante el concierto de una Convención amplia que dé garantías de libertad electoral».

—«¿Será efectivo el hecho?»

—«Me consta...»

—«En tal caso, agregó don José con la risita taimada que tenía, yo creo que vamos bien, pues si queda en claro que á pesar de las declaraciones de sus jefes, los conservadores flaquean, me parece que no podrán entenderse con el Presidente; hay demasiadas animosidades y recelos entre ellos. Pero lo que más me divierte es que el Ministerio tome el acuerdo de no pactar aceptando la condición de cambio de Gabinete; y mientras tanto, Balmaceda conferencia con el Arzobispo para arreglar el negocio y obtener el despacho de las contribuciones mediante un nuevo Ministerio... já... já. Los tira por la borda y ellos siguen muy sueltos de cuerpo. Yo creo que debe aceptarse cualquier Ministerio tranquilo, que no sea el actual;... con esto cedería el Presidente. Una vez ensillado, se verá lo conveniente... ¡Y los Ministros discutiendo convenciones electorales!... já... já...»

—«Si no vamos al arreglo estamos perdidos», exclamó Portal, que seguía de cerca las opiniones de Escanilla, personaje anónimo é inteligente cuyo nombre jamás sonaba y que siempre traía alguna idea oportuna, á veces muy astuta, aprovechada de otros, para tejer la tela de la historia.

Mientras esto pasaba en el escritorio, en su sala Carmela Portal de Watson cosía lazos de cinta roja que las damas debían llevar en la cabeza en la fiesta ó *Kermesse* de caridad á beneficio de los huérfanos.

Sobre el piano de media cola había cestos de mimbre llenos de distintivos que parecían manchas de sangre.

—«¿Has visto á Manonga Silva? Ayer nos encontramos en una tienda... pero no me resigno á saludar á mujeres de balmacedistas...»

Por aquel tiempo, la política había tocado tal punto de tensión que las familias se dividían y cortaban relaciones las de bando diverso.

—«En cambio, ella se me acercó para darme prueba de entrañable cariño, según me dijo, revelándome algo reservado... El Gobierno está resuelto á tomar medidas extremas, por la negativa del Congreso á conceder contribuciones mientras no se mude Gabinete. Las huelgas de Valparaíso han asumido proporciones terribles, hay muertos y heridos. En el Gobierno se habla de enviar al destierro á todos los personajes importantes de la Oposicion parlamentaria: «Muerta la perra, se acaba la leva», decía Godoy, en los salones de Palacio. El Ministro de Marina ha mandado colocar cuarenta camas en el *O'Higgins*...»

—«¿No será broma para meternos miedo? insinuó Elisa. Considero imposible que el Presidente llegue á tales extremos. No creo en golpes de Estado. No faltaría más sino que encerraran á la mayoría del Congreso en calabozos, como en tiempos de la Patria Vieja y de los españoles...»

—«No me parece cosa de broma, insistió la otra, eso de la amenaza del Presidente. En torno suyo se agita un grupo de exaltados que le aconseja medidas extremas y le habla sin término, de que su dignidad le obliga á resistir al Congreso. Más de una vez le han insinuado que recurra á la fuerza para amedrentar á los contrarios. ¡Jesús! esto es terrible... De una parte, el Congreso exige cambio de Gabinete en nombre de sus derechos constitucionales, y de la otra el

Presidente no quiere cejar, pues sostiene que según la letra de la Constitución tiene derecho exclusivo de nombrar Secretarios de Estado. Si no quieren ceder ni uno ni otro, el país va al caos. ¡Qué horror! Ya me parece que veo á mi marido corriendo por los tejados para escapar á la policía que le quiera llevar á la Isla de Pascua... Vamos á tener melodrama... eso me da escalofríos, hijita...»

Y mientras ambas charlaban animadamente, vieron salir, uno en pos de otro, numerosos caballeros, del escritorio de don Jacinto Portal. Pertenecían á diversos grupos de oposición. El último fué don Anfión Escanilla, á quien hablaba en voz baja Portal... «Averígüeme bien eso, amigo, que e... es muy importante» El señor Portal tenía la desgracia de ser tartamudo, lo que le impidió desempeñar los altos puestos de gobierno á que hubiera tenido derecho, mas no por eso carecía de legítima influencia que su fortuna y su elevada posición social le procuraban.

—«¿Quién es ese que acompaña á tu papá?»

—«Escanilla»

—«¡Ah!»

Y ni una ni otra se dió cuenta de que el tal personaje, con ser oscuro y modesto, figuraba entre los fautores de revoluciones, en el número de resortes ocultos que no apunta la historia y llenan poco hueco en política, pero que suelen decidir situaciones con una sola palabra ó con un consejo oportuno. Escanilla no existía, no era *persona* á los ojos mundanos, pero concentraba aspiraciones, zozobras, los ideales de libertad de un pueblo, de la clase media que pensaba como él y esperaba pacientemente las reivindicaciones sociales, comprendiendo que si amigos y valedores la miraban en menos, día llegaría en que su influencia fuera tan poderosa como los flujos y reflujos del mar.

———

CAPITULO V

La calle Dardignac aparecía débilmente iluminada en aquella noche de invierno, desapacible y fría, por uno que otro farolillo macilento que boqueaba en la sombra. Por la Avenida Recoleta se oía el grito monótono de muchachos que pregonaban *La Libertad Electoral* diario de la tarde, con voz avinada y ronca. Escaso era el tráfico en las calles de aquel barrio, de ordinario quieto, cuya única distracción era presenciar entierros de personas conocidas. El vecindario andaba feliz cuando moría un Presidente, deplorando que no le tocara dia a dia la ganga de algún muerto ilustre, con acompañamiento de músicas marciales y estandartes de Bomberos.

—«No recuerdo fiesta más linda que el entierro del último Presidente, hijita, decía misiá Rosenda Cavada viuda de Aguilar... ¿Te acuerdas, Lolo?, agregaba, dirigiéndose á una de las Ampuero, sentada á su lado. Una se sentía verdaderamente impresionada con tantísima banda de músicos y todas las banderas y estandartes de las Bombas en torno del carro fúnebre, arrastrado á mano por los Bomberos. Nosotras presenciábamos el paso en una casa amiga, donde las Vandorse, en la Recoleta, cerca de la Viñita. Para más seña, la Dolores estaba en cinta

de Joaco y enteramente fuera de cuenta. ¿Te acuerdas, Lucindita?... Son esas las únicas fiestas que tenemos en el barrio: los entierros. Y mientras más encumbradas sean las personas, mas linda resulta la cosa, y más impresionante, particularmente cuando se mueren coroneles ó generales de la Campaña del Perú, a quienes por fuerza tiene que acompañar tropa, condes cargas cerradas en el cementerio... desde aquí se oyen... ¡Qué gusto!... Parece que una asistiera á batallas de veras... El finado Aguilar decíaque así era en Loncomilla... A mí me gusta mucho escuchar redoble de tambores, y ver soldados de infantería con pantalones rojos y morriones con plumas; desfile de cañones de artillería y de granaderos á caballo, con sables relucientes que parecen afilados á molejón, como los de la campaña... El entierro de un personaje es fiesta para la Recoleta, sí, señor. Si no fuera por los entierros, no sabríamos cómo pasar la vida, pues desgraciadamente los fuegos artificiales del Dieciocho de Setiembre quedan reservados para los de la Alameda ó el barrio de Yungay».

Después de tan juiciosas reflexiones, la señora Rosenda Aguilar enderezó los parches de papas que llevaba sobre las sienes, para el dolor de cabeza, y que se le habían corrido.

—«No hay como la papa, hijita, solía decir á la mayor de las Ampuero, sentada junto á ella; sirve para todo: si una tiene la cabeza mala, no hay más que hablar, para eso está la papa; que si tiene uno ciática, con echarse dos papitas escogidas en el bolsillo, ya está segura de sanar al tiro...»

La sala de misiá Rosenda estaba amueblada al uso de la Patria Vieja, con sofáes Imperio; de caoba, tapizados de crin; sillones y sillas del mismo estilo y época. De las ventanas, bajas y anchas, colgaban

cortinas de punto, blancas ó más bien amarillas. Había cómodas y consolas arrimadas á las paredes, y sobre su cubierta de mármol se veía al Niño Dios debajo del fanal de vidrio, y candelabros con lágrimas de cristal, sobre paños de crochet, caracoles laboreados, monigotes de porcelana que figuraban bandidos calabreses, un pavo de filigrana de plata hecho en el Perú, que servía de sahumador, y un mate igualmente de plata, con bombilla. Colgaban de la pared grabados iluminados con figuras y escenas de la pasión de Cristo, y en la testera principal, el retrato al *óleo*, como solía decir la buena señora, de don Timoteo Aguilar, su difunto esposo, vestido de levita, el cuerpo rígido, el chaleco arreglado para que luciera la cadena del reloj. La cara del difunto nada decía, con ojos inexpresivos, vulgar en grado sumo. Sobre la mesa del centro, con cubierta de mármol blanco, había vasos con flores de mano, rosas y camelias tiesas, que guardaban en sus hojas las huellas de muchas generaciones de moscas.

Rosita Escanilla, hijita menor de don Anfión, tocaba el piano, extremando la expresión de notas sentimentales. Era un vals de Lucero. Juan de Dios Araneda, su pretendiente ó pololo, le había mandado una colección de valses del mismo autor, en paquete amarrado con cintas celestes. Los nombres eran sugestivos: «De tus brazos al cielo», «Sin esperanza», «Por ti me muero» y «Viva mi amor». En la familia admiraron la ingeniosa manera que tenía el joven militar y pretendiente de manifestar los sentimientos de su alma con tan casto fuego. Era buen partido, según le decían á Rosita, capitán á los treinta años, con quince de servicios y dos acciones de guerra y las barras de tres campañas. Por otra parte, el capitán Araneda tenía buena figura, perilla militar á la francesa, boca bien dibujada, aun cuando nariz un tanto

roma, y unos ojuelos pequeños y penetrantes. Tenía fama de tuno y era aficionado á copas, como casi todos los oficiales del antiguo ejército. Hasta solía cantar, cuando se achispaba, la cancion de «la botella y la mujer»... «Yo sólo amo dos cosas».

Mientras Rosa tocaba el vals «Dulces cadenas», recordando acaso las que le proponía el militar, y dando golpes mui fuertes, seguidos de otros apagados, misiá Rosenda conversaba con Lolo Ampuero, sentadas ambas á uno y otro lado de la ventana. De repente, un ramo cayó á los pies de la joven, arrojado por mano del pretendiente que la creía sola, al pasar por la calle. Era un tanto ciego, por desgracia, el pobre Rufino Paredes y no había divisado á la señora. Por otra parte, eso de arrojar ramos por las ventanas era recurso válido, por aquellos tiempos, en la clase tan injustamente llamada de medio pelo, sobre todo en el barrio de la Recoleta, y en la Chimba, en donde vivían muchísimos estudiantes y militares, dados al amor casi todos ellos. Pero misiá Rosenda se puso furiosa.

—«¡Qué se habrá figurado ese mequetrefe! Creerá que puede faltarle á una señora como yo!... tirando ramos á su casa... Los jóvenes de estos tiempos ya no guardan miramiento alguno á las señoras... Si Aguilar estuviera vivo, de fijo que le hubiera corrido con su bastón al sinvergüenza, dándole su castigo correspondiente;... era hombre de muchísima dignidad. En cuanto alguien le faltaba, en el acto le cortaba el saludo...»

Lolito Ampuero creyó necesario intervenir en favor de su cortejante.

—«Si no es para tanto, misiá Rosenda... El pobre Rufino lo habrá hecho sin intención, creyéndome

sola en la ventana... no habrá querido ofenderla. Es tan corto de vista...»

—«Es que cuando se es corto de vista, no hay derecho para cortejar á las niñas de esa manera», contestó la señora, que jamás se quedaba callada. ¡Qué quieres! hijita, pero no acierto a disimularlo: á mí no me gusta Paredes. Dicen que está en la Escuela de Medicina, que es arreglado y trabajador y que cumple con la Iglesia. Así será, pero á mí no me gusta esa gente de clase inferior á la de una,» agregó misiá Rosenda, alzando la cabeza con la conciencia de elevada alcurnia. Su abuelo era español y había tenido ferretería en la calle de San Diego, por lo cual, cuando creía que alguien la miraba en menos, alzaba la cabeza dando un respingo.

En la callejuela solitaria se oían pasos á larga distancia; resonaban huecos y misteriosos, como en oscuras noches coloniales. Eran de hombre, por lo recios. Al llegar frente al viejo portalón de la señora Rosenda, hiciéronse más lentos, como si la timidez sobrecogiera á los personajes. Así era, en efecto, á pesar de que uno de ellos, el capitán Araneda, había visto el fuego y tenía bien sentada reputación de valeroso. Mas, siempre que se juntaba con Rosita Escanilla le pasaba lo mismo; sentía como si le flaquearan las piernas y se le desmayara el ánimo; y ahora, sabía que habría de encontrarla en casa de misiá Rosenda. Harto le gustaba la chiquilla, desde años atrás, pero no se atrevía á declararse, aún cuando el caso pareciera cosa de broma. Entrábale, de súbito, junto con verla, inesperada timidez que le cortaba las alas; habría preferido encontrarse solo ante el fuego de una batería, como en el asalto de Arica. Su amor había ido creciendo, creciendo, pues le parecía que la cosa no andaba del todo mal y que la muchacha

coqueteaba con él, sí, señor... Viendo esto, había dejado las cosas para cuando le ascendieran á capitán. Por fin, había llegado el tan ansiado día en que lucieron los tres galones en la bocamanga, pero entonces tampoco se atrevió á decirle á la muchacha que la quería. Muchas veces, tirado sobre su cama del cuartel, en mangas de camisa, fumando cigarrillos Maryland, se había puesto á echar cuentas á ver si ya tenía con qué casarse, sumando el alquiler de casa, el precio de la comida; en lo cual podría ayudarse con su rancho, y el de la servidumbre, que acaso ahorraría con el pago del asistente que le daba el ejército, una puchada. Pero el sueldo en verdad era escaso, por culpa del Congreso que no quería aumentarlos en sus rivalidades con el Presidente... Ese sí que quería al Ejército... A todo esto el capitán, aún cuando la política no le importara un rábano, echaba sapos y culebras en contra de los que en tan mala condición le mantenían, hallando, en su fuero interno, que el Congreso tenía la culpa de cuanto acontecía de malo, incluso huelgas en Valparaíso y en Iquique. ¡Ah! si él, Araneda, fuera Presidente, no tardaría mucho en enviar desterrados los Congresales á la Isla de Pascua. Prefería ésta á Juan Fernández, por hallarse más lejos, siendo, por lo tanto, más difícil que de allí se escaparan los *habladores*, como principiaban á llamarles los hombres de espada. A pesar de todo, su sueldo, unido al producto de una viñita que tenía en Rengo y á unas cuantas fanegas de tierra de sembradura, bastarían para formar hogar honrado, particularmente si miraba lo modesto de su vida y las ningunas pretensiones de su novia. Rosita era trabajadora y sabría hacerse los propios vestidos con cualquier cosa que le dieran. Con tales consideraciones, el capitán había trazado su línea de conducta,

pero cuando la ocasión se presentaba, ya era distinto otra cosa era con guitarra. Ahora, venía resuelto á jugar el todo por el todo. Ya no se contentaría con declararse por medio de los valses de Lucero.

Con el corazón palpitante cruzó el zaguán de la casa de misiá Rosenda, en donde estaba seguro de encontrarse con su amada. La vieja casa de la colonia tenía mojinete triangular y gran portalón de dos hojas, con muchísimos clavos de cobre. Nunca le parecieron más atrayentes los arriates de flores que mostraba el centro del patio, en donde había macetas de claveles y rosas en torno de los naranjos. Dos lámparas de colgar, de parafina, iluminaban el zaguán, mostrando exquisita limpieza, que jamás había brillado tanto á los ojos de Araneda. Semejante bienestar, esa modesta holganza, el puchero pronto, la jaula del canario colgada en el patio, la voz alegre de Rosita, convertida en dueña de casa—de su casa—hubieran sido la felicidad para él. Y acaso todo dependía de un acto de valor. Pues, pecho al agua y ahora se decidiría su suerte como Dios quisiera. Por eso entró con paso resuelto el capitán Araneda á la sala, á la «cuadra», como decía su abuelita, en donde estaban reunidos. Rosita, al verle, interrumpió su pieza y se tapó la cara con la mano, como si la hubieran cogido en infraganti delito. «¡Jesús!» dijo, ruborizándose y riendo medio cortada. Resonaban los espolines de Araneda y los broches del cinturón del sable que desabrochaba torpemente; nunca sus manos habían estado menos listas. Por fin, se acercó á la muchacha, como quien se quiere tomar un reducto.

—«Buenas tardes, Rosita... hum... tengo que hacerle una pregunta... no se ría, es cosa seria...»

A Rosita le palpitaba el corazón con fuerza. «¿Qué será?»

—«Tenía que preguntarle... quería saber... si aprendió el valse que le mandé la semana pasada...»

La muchacha, comprendiendo su timidez, se echó á reir á todo trapo; no era la primera tentativa que hacía el desgraciado, que en esos momentos sudaba frío. Sería para otra vez.

Junto con Araneda entró á la sala Rufino Paredes, estudiante aventajado de medicina y empleado en la Contabilidad, que cortejaba á Lolito Ampuero. Misiá Rosenda no le miraba con buenos ojos, mas no se le daba una higa al estudiante, que tenía descaro de sobra, y era tan largo de genio como tímido su amigo inseparable el capitán. Su especialidad eran las bromas. Así, en cuanto se hubo quitado el abrigo, aprovechando la distraccion de la pareja amorosa, cogió los floreros de la mesa, metiéndolos detrás del piano, y el sable del capitán dentro de la caja de música del instrumento, al cual volvía la espalda Lolo.

Hecho esto, tosió, y dió unos cuantos pasos metiendo ruido.

—«Buenas tardes, misiá Rosenda. Ya calculaba yo que habría gente esta noche».

—«Entonces cuando estoy sola en casa ¿no hay nadie?» le contestó la señora en tono un tanto agrio, y con bastante lógica. Miraba mal á ese estudiante osado y bromista, que se metía en su casa sin que le convidaran, porque un día que las había acompañado se la habían ofrecido por mera fórmula. El tal Paredes era capaz de meterse por el ojo de una aguja.

—«No se enoje, misiá Rosenda», agregó el estudiante con desparpajo.

«Mire que á pesar de venir acompañado de un militar, todavía no salgo del susto que he pasado; figúrese que nos salieron ladrones. Felizmente, apenas vieron que venía conmigo el capitán—y como tiene

fama de bravo—echaron á correr.—Se me figura que andan robando por las casas».

Misiá Rosenda, junto con oir esto, se apartó del balcón, cerrando la ventana como si los ladrones pudieran penetrar á la casa al través de la reja. Obraba por esos movimientos instintivos y no razonados que nos hacen inclinarnos al pasar bajo un arco, por alto que sea, ó de la puerta de algún edificio. Mas al llegar á la mesa se demudó, dando una gran voz: «Lucindita, ven ligero... ¿Dónde pusiste los floreros de la mesa del centro?»

—«Ahí están, mamá, contestó desde la pieza vecina la voz de la joven. Encima los puse, nadie los ha tocado, á no ser que fueran las ánimas...»

—«Qué ánimas ni qué niño muerto...»

—«Entonces los ladrones habían sido», observó con voz fúnebre Paredes...

—«Ninguna persona sensata cree en ánimas; sólo pudieron ser ladrones que entraron sin que nadie los sintiera...»

Rosita Escanilla, que conocía al estudiante, no podía contener la risa.

—«Puede ser que los hayan colocado en otra parte,» dijo.

Todos se echaron á buscar los famosos floreros. El capitán se tendía por debajo del sofá. Las niñas buscaban sobre las consolas, detrás de las sillas, en la pieza vecina, por el comedor, detrás de las camas, en el vestíbulo, por el zaguán; no dejaban rincón que no hurguetearan. Las Ampuero, papá, mamá y Zulema, la menorcita, que venían entrando, tomaron parte en la rebusca. Cuando todos echaban los bofes, el estudiante de medicina, con gran pachorra, se acercó á la mesa, poniendo las manos sobre ella. En aquel tiempo entraba la moda del espiritismo.

—«Decidme, espíritus, ¿qué se han hecho los floreros? exclamó Paredes... Sócrates expresa que detrás del piano se encuentran...»

Y luego el estudiante, sacándolos triunfalmente, los colocó donde antes se hallaban.

—«Francamente es asombroso esto del espiritismo», exclamó con entusiasmo la señora de Escanilla.

—«Muy extraordinario, en verdad; el Conde Parini hace crecer la yerba, yo lo he visto, exclamó el capitán, dispuesto á dar de sablazos al que lo pusiera en duda. Yo lo he visto echar un grano de semilla en un tarro, y luego, después de poner los dedos encima, como los Fakires de la India, vi que salía una mata de no sé qué... con hojas verdes...»

—«Te la pegaron, héroe, sería cosa de prestidigitación, interrumpió el estudiante... ¡Sócrates! has que desaparezca la espada del capitán...»

Maquinalmente Araneda miró al rincón en donde la había dejado y vió, con sorpresa, que ya no estaba en su sitio. Mas comprendió que se trataba de broma, dando mirada furibunda al estudiante que reía.

—«¡Espíritu de Napoleón! ¿En dónde se encuentra la espada gloriosa de Araneda?... Napoleón dice que dentro del piano...»

Lolito sacó el arma del lugar indicado en medio de la risa de la concurrencia.

—«En cuanto salgamos te voy á hacer humear» le dijo el capitán á media voz.

—«Nada hay más terrible que los héroes en tiempo de paz», contestó el otro.

La sirviente—muchacha vestida de negro, á medio peinar, pies calzados con zapatillas de orillo, viejas, chaqueta rota en los codos, y pañuelo prendido al cuello con broche de corales—penetró á la sala, llevando una bandeja con botellas de aloja y refrescos

y una fuente con panales y alfajores. El capitán y el estudiante se apoderaron de vasos y botellas, para servir á las señoras galantemente. Las visitas, al principio, se negaban, para hacerse de rogar, á pesar de que se morían por los refrescos.

En ese momento penetró á la sala de la señora Aguilar un caballero de aspecto robusto, pelo cano y cortado en forma de escobillón, paso lento y pesado, la frente surcada de arrugas y sudorosa: era don Anfión Escanilla que venía acompañado de su hija Tránsito, mayor que Rosita, y de la señora Remigia Pacheco de Iturriaga. Misiá Rosenda la recibió con abrazos y manifestaciones ruidosas de cariño. Mirábala con cierta consideración, pues tenía casa propia en la Recoleta y salón al estilo Luis XV, grande espejo en la pared y una jaula dorada con canario que cantaba cuando le daban cuerda.

—«Hijita, cuanto gusto de verte... ¿Qué te habías hecho?... Hacía más de un siglo que no te aparecías por acá, desde el día de Lucindita... Sólo se te vé por la muerte de un obispo...»

—«Já... já... Tú siempre bromista y alegre; bien digo yo que en esta casa no se conocen penas. Pues ayer, no más, quedamos con Escanilla de venir juntos.

Este afirmó con un gesto, sin pronunciar palabra, la verdad de lo que decía la señora Pacheco, y al mismo tiempo se miraba la punta cuadrada de un zapato de charol reluciente, con elásticos. Escanilla era muy amigo de la señora Pacheco y las malas lenguas afirmaban que entre ambos existían lazos más íntimos.

—«Pero las ocupaciones de la política no le han dado tiempo á Escanilla para pasar por acá, por lo cual, contra toda mi voluntad, he tenido que diferir mi visita hasta ahora... como no puede una señora salir sola de noche... ustedes comprenden...»

—«¿Conque el señor, dijo Paredes, es aficionado á la política?, pues corríjalo usted, señora, que á la mujer corresponde enmendar los yerros del marido».

El pobre estudiante, que no conocía mucho á la señora de Iturriaga, había cometido una plancha fenomenal, dándole de marido á Escanilla. Ella se puso lacre, mientras Escanilla palidecía.

Misiá Rosenda se echó á reir á todo trapo, encontrando el caso muy gracioso. Todos la acompañaron, menos el estudiante que no sabía que cara poner, comprendiendo su plancha ó maliciándola.

A todo esto, se oyó un estrépito espantoso: era que Panchita, la menor de las chicas de Ampuero, había echado al suelo un florero, haciéndole trizas. Don Anfión halló la oportunidad de dar rienda suelta á su cólera:

—«¡Por san Blas! exclamó dando un salto, y por los doce Apóstoles! Parece que esta chiquilla tuviera el diablo en el cuerpo. Dale, señor, con que ha de hurguetearlo todo... hasta que rompe las cosas no para.

A todo esto la chiquitina se echó á llorar, como Jeremías, y Puntete, perrillo faldero de la señora Rosenda, salió ladrando de debajo del sofá, donde dormía tranquilo, y la sirvienta, por no pisarlo, se enredó en la alfombra, echando á rodar la bandeja con aloja, copas, galletas, panales y botellas.

—«¡Salvaje, que me ha manchado el vestido nuevo!» exclamó en tono irritado y con aguda voz de tiple, la señora Pacheco de Iturriaga.

—«No se apure misiá Remigia, que mi mamá conoce una receta admirable para las manchas de aloja», insinuó la Lolito.

La llegada del doctor Ortiz, en compañía de otros señores, vino á tranquilizar los espíritus agitados con los varios incidentes. Misiá Rosenda le acogió con el

cariño que siempre le manifestaba. Recibíale como á personaje de importancia. Don David Ampuero propuso que se echara una mano de tresillo. Sentáronse los viejos en compañía de las señoras Aguilar y Escanilla. Los jóvenes conversaban en grupos que se habían formado naturalmente. El capitán halló manera de colocarse junto á Rosita, á quien requebraba, sin declarársele; estaba colorado y le hablaba de flores, y de cuán feliz sería si hallase quien compartiera su suerte... «A mí me basta con una choza, un plato de papas para el puchero y un ramo de violetas para el ojal...»—«Pero los militares no tienen cómo llevar flores», contestaba ella con malicia.—«Pues será cuando me vista de paisano...»

Mientras tanto se había extendido un chal sobre la mesa, en torno de la cual se hallaban los jugadores. Misiá Rosenda repartió cartas con presteza, quedándose de *zángano*.—«¿Conque muy ocupado está usted con la política, don Anfión?»—«Así es, señora, contestó éste, examinando su juego y poniendo en orden las cartas. Juego...—Juego más... «Está bien... ¿á qué? —«Oros»—«¿Cuántas cartas?»... —«Cinco».—«Sí, muy revuelta anda la cosa, pero en manos está el pandero que sabrán muy bien tañerlo. No creo que Balmaceda se salga con la suya de burlarse del Congreso Nacional. Hasta ahora, jamás se había visto que un Ministerio pudiera mantenerse en el poder sin mayoría en el Parlamento. Si lo consintiéramos, se acabaría la Constitución, y el Presidente quedaría con más autoridad que el Sultán de Turquía... Eso no puede consentirlo el país... ¡Y cómo se derrochan los caudales públicos, ¡santo cielo! Parece, como dice don Pedro, que hubieran entrado á saco en las arcas fiscales...»

—«Pero las provincias están contentas con el Presidente», exclamó Ampuero que tenía fundo en Curicó,

en donde el Presidente gozaba de simpatías. Este es movimiento exclusivamente santiaguino, y sin raíces en el país. A las provincias no les importan estas discusiones estériles; lo que desean son ferrocarriles, puertos, caminos, puentes y obras públicas... El Presidente se ocupa de eso, y es bastante popular en todas partes. A nadie le importa, entre nosotros, que el Ministerio no tenga mayoría si gobierna bien... Por otra parte, el régimen parlamentario es todavía problema en países más adelantados que el nuestro, y en donde existen partidos bien organizados, en vez de grupos ó montoneras, como aquí... Tan sólo la facultad dada al Presidente de disolver el Congreso podría permitir el funcionamiento correcto del regimen parlamentario entre nosotros...»

Don Anfión, muy ocupado en defender su solo de oros, saltó, al oir estas palabras, con energía inusitada, en contra del Presidente, á quien acusó de aspirar á la Dictadura, prescindiendo del Congreso, lo que no se había atrevido á ejecutar ningún Gobierno. Él conocía el espíritu que animaba al pueblo, como que en más de una ocasión había podido pulsear á sus amigos de la Sociedad Democrática y á todos los obreros. Sus sentimientos habían sido pisoteados por los últimos Gobiernos, y la población quería ver implantado alguna vez el régimen de la Comuna Autónoma que daría verdaderas elecciones, poniendo término al abuso del Poder Ejecutivo que había llegado á ser intolerable.

Las señoras acompañaban á Escanilla en sus opiniones políticas.

—«Todo eso es música celestial—dijo Ampuero con calma, pues el Presidente cuenta con la fuerza pública y se hará respetar.»—«La fuerza!—replicó Escanilla, con ojos chispeantes—veremos si con ella cuenta,

una vez llegado el caso. El ejército no acompañará al Presidente... ¿Qué dice de esto el capitán?»

—«Yo creo—contestó éste con calma—que la fuerza armada es esencialmente obediente, según el precepto constitucional, y que no puede deliberar; en consecuencia, nosotros no haremos sino obedecer lo que nos mande el Gobierno; de otra manera entraríamos por el sistema de revoluciones de cuartel, que todos hemos condenado en otras Repúblicas americanas».

El capitán era balmacedista y había leído eso en *La Nación*, órgano presidencial. Por otra parte, ideas tales entraban en sus conveniencias, pues ¿quién sino el Gobierno tenía la facultad de ascender á militares? ¿Acaso no le hubieran echado á la calle, con sus veinte años de servicios, si se hubiera permitido murmurar del Gobierno?

Escanilla se exaltó al oir tales palabras y estuvo un tanto duro con el pobre militar.

—«Da lástima—dijo—que mozos jóvenes y que pueden trabajar en otra cosa, estén dispuestos á servir de genízaros á un tirano que pretende aplastarnos con el taco de la bota...» Aún cuando Araneda no supiese, de manera cabal, lo que significaba aquello de *genízaros*, sintió vagamente que se le infería injuria. Mas no podía replicar al padre de Rosita, de su adorada Rosita, á quien quería desde hacía varios años en silencio. Cólera y pena, á un mismo tiempo, le invadían, sin que hallara palabras. Púsose rojo, y una lágrima asomó á sus ojos. Rosita acudió á su defensa:—«Papá, no hay razón para ofender á Araneda, tan fino con nosotros, por cuestiones de política que nada le importan; cada uno tiene su manera de pensar... y usted que defiende todas las libertades debe dejar que cada uno haga de su capa un sayo y piense como le dé la real gana...»

Araneda, en el fondo de su alma, sintió nacer gratitud profunda por la hermosa chiquilla que le apoyaba con semejante calor. Parecíale que le encumbraban al cielo, y que ella, su diosa, le daba con esto, pruebas inequívocas de cariño. Sentíase correspondido. ¿Qué importaba no haberle dicho palabra alguna si ella le comprendía sin necesidad de tales declaraciones? Nunca, ni en días de victoria, había experimentado placer igual, ni horas tan intensas como las de ese fugitivo instante en que vió correspondido su cariño. Corrientes de simpatía volaban por el espacio, para unirles, sin necesidad de leyes ni de fórmulas. Se amaban. Y junto con el placer exquisito de constatar su dicha, al mismo tiempo que nuevos horizontes parecían abrirse para él, constataba el pobre que había gérmenes de disolución en la familia, que sentimientos encontrados y adversos les separaban á unos de otros: el señor Escanilla le había ofendido por partidario del Presidente. Ahora consentía en perdonarle sus injurias, si bien no estaba cierto de que en otra ocasión procediera en igual forma. Neblina sutil de desconfianza penetraba en los hogares, y comenzaba á dividirlos y anarquizarlos con vientos de política. Rosita le amaba, acaso; mas si su padre llegara á oponerse ¿qué recurso quedaría para él? Las mujeres, señor, son abismo impenetrable; nadie pudiera afirmar si ella, en caso de choque, le permanecería fiel. La autoridad del padre es grande;... sería menester de pasión loca para que la hija rompiese por el atajo, decidiéndose. Desgraciadamente, ahora ya no se ven quereres como los de Julieta y Romeo ó Eloísa y Abelardo. Araneda sintió el peligro que vagamente le amenazaba como nubarrón de tempestad cercana:— así, las cosas de la vida pública suelen rozar aún á las personas más apartadas de ella. ¿Qué le importaban

á él, ni el Gobierno de Balmaceda, ni el sistema parlamentario? Sentía en todo eso, fórmulas huecas, palabras vacías de sentido, por las cuales estaban dispuestos unos cuantos millares de hombres á romperse los huesos, á matarse, á emplear armas vedadas, los unos de acusación al Ministerio y deposición del Presidente; los otros de la fuerza armada, la disolución del Congreso, el destierro, la clausura. Tales propósitos sólo aparecían formulados, á medias, en diarios de partido ó esbozados en el Parlamento; mas en corillos comentábase ideas tales, propósitos íntimos, planes oscuros y proyectos terribles que debían conducirnos á la catástrofe final, á la hora trágica. Sentimientos de esa índole pasaron como ráfaga de angustia sobre el ánimo de los hombres y de las señoras ancianas, mientras Rosita, con despreocupación propia de la juventud y el buen espíritu de acallar la querella surgida entre su padre y el soldado, tocaba en el piano un vals de Lucero. Sí, las pasiones enconaban las almas con fuerza corrosiva y venenosa, rompiendo lazos y desatando intereses, desuniendo familias, arrojando al viento esperanzas de unos y alegrías de otros. Cuando la pasión política logra adueñarse de tal manera de las almas es porque ha sonado la hora de las tremendas liquidaciones. Don Anfión sentía la obra de fuerza inevitable y poderosa, por cima de las voluntades de los hombres y más alto que ellas; ni el Congreso ni Balmaceda sabían á donde se encaminaban: el uno á la revolución, el otro al suicidio.

Y mientras tanto, obraban leyes superiores á la voluntad de hombres y de partidos, tejiendo la trama de la historia en forma que nadie sospechara. Ahora, pasando de lo grande á lo pequeño, veía Escanilla que durante largo espacio de tiempo el capi-

tán había cortejado á su hija, con lo cual, tanto él como su mujer, se hallaban vivamente complacidos. Era buen muchacho, tenía reales, viñita en Rengo, grado de capitán y hermosa carrera en el ejército. Y de pronto, sin saber por qué, le había ofendido en presencia de muchísimas personas. Había sido pasión, impulso desconocido de lo imprevisto que rige nuestros actos por rumbos que no nos explicamos. ¿Y qué sacaba él, personalmente, con semejante desmedidos entusiasmos por causa que si triunfaba le dejaría de seguro entre los olvidados, como quien dice entre los muertos?

Las campanas de la Recoleta dieron lentamente las doce. Las señoras se pararon, calándose capas y bufandas, pues hacía frío. —«Ya tocan retirada», dijo el capitán calzándose los guantes. A la salida, don Anfión le puso la mano sobre el hombro, con gesto cariñoso. Deseaba reparar su rudeza, la gratuita ofensa inferida, pues su ánimo generoso no se avenía con injusticias cometidas en horas de acaloramiento. —«Véngase á comer mañana á casa, en familia, á la suerte de la olla...» El militar aceptó agradecido, olvidando al instante la ofensa y el pasado agravio.

Salieron todos á manera de batallón, como anotaba con gusto Araneda, á quien le tocaba caminar junto con Rosita. Experimentaba placer, dulzura, dicha inexpresable. Así debía ser la felicidad, según él. Nada de riquezas, ni de coches, ni ostentaciones, sino calma, paz, tranquilidad del hogar, la mujer y los niños al lado. La ida á misa los Domingos, seguido de un grimillón de chiquillos, dando el brazo á la señora, y pasando á comprar empanadas á la vuelta. Por eso estaba tan feliz ahora... Y cuando sintió, apoyado en el suyo, el brazo de Rosita, le pareció que estaba en el cielo. Andaban de prisa, como si alguien

les persiguiera, era tal su confusión, cuando lo que precisamente les convenía era caminar despacio. El militar sentía el alma henchida de gratitud, perdonaba la ofensa del padre, pero no la olvidaba, ni que la niña le había defendido en el momento crítico. Y apretándole suavemente el brazo: «Gracias», le dijo. Luego, sintiendo que ella temblaba, cobró brios, valor que jamás había tenido hasta entonces y que nunca volvería á tener con las mujeres. —«¿Qué podría decirle, Rosita, que usted ya no supiera? ¿Qué me estoy muriendo de amor por usted?... hace ya tanto tiempo—agregó en voz baja—pero no me atrevía á decírselo...»—«Cállate, tonto—replicó Rosita—si yo también lo sabía...»

Nunca el militar había pasado por momento más impresionante. El mundo giraba de manera suave, y felicidad inmensa le invadía junto con sensaciones de triunfo, en la misma forma en que debe de sentirse un ejército derrotado que se ve de repente victorioso. Una gran ternura le impedía hablar; sólo sabía apretar el brazo de la muchacha contra el suyo, fuertemente. Sentíase dueño del mundo entero, sin que fuera dable contemplar más horizontes.

El doctor Ortiz iba muy preocupado, mientras el señor Ampuero le hablaba de política; su espíritu se hallaba á mil leguas de distancia, siguiendo el rastro de cosas que hasta aquel momento habían pasado desapercibidas para él, pero que ahora, sin saber cómo, habían surgido ante sus ojos cerrados. Había notado que Lucindita le miraba de manera particular. Cuando estaba lejos de ella ó no se acercaba á ella, parecía triste y amurrada, pero en cuanto él le dirigía la palabra, se iluminaba su rostro como por ensalmo, y sus ojos negros brillaban con fulgor particular. No solamente lo había notado él, sino que Escanilla le

había embromado en una ocasión, señalando el hecho. Evidentemente, Lucinda tomaba desde hacía tiempo una actitud particular para con él, esa actitud algo romántica, un tanto melancólica, de la mujer que comprende la inutilidad de un ensueño, imposibilidad de esperanza. Le caía mal semejante actitud—que en el primer momento había halagado su amor propio—comprendiendo luego los inconvenientes de semejante cariño.

Lucinda bien sabia que Ortiz no podría olvidarse de citas dadas por ella á Javier Aldana en otro tiempo, cuando les sorprendiera en los jardines de la Recoleta. Acaso él no sospechara hasta dónde llegaron las cosas, ni que ella había sido amante de Aldana, engañada de sus promesas y enloquecida en sus brazos. Pero el doctor sentía entre ambos la sombra de un pasado irreparable. Y ella se había enamorado de él, comprendiendo que jamás habrían de unirse y de formar familia honrada, hogar feliz. Nunca habían hablado de estas cosas; mas entre ambos existía como la complicidad de un pasado y de la falta cometida por Lucinda. Hallábase enamorada del doctor y le quería ahora sin esperanza alguna. Pero ni uno ni otro podrían olvidar ese pasado.

—«Vea, doctor—le dijo Escanilla en tono cariñoso:—Lucinda le quiere...»

—«No sea bueno, señor, usted entenderá en achaques de política, pero no en cosas de corazón...»

—«No, amigo mío, he observado atentamente á la muchacha, y veo que está perdidamente enamorada de usted ó bien yo no entiendo jota de las cosas de este mundo. Cuando usted no viene, en días de recibo, pasa la noche triste y sin ánimos, pero en cuanto usted llega parece como que le dieran cuerda, su cara se ilumina cuando le dirige la palabra, y si usted dice

algo que los demás aprueban ó celebran, se pone colorada y lo recibe como cosa propia. ¿Que no se ha fijado usted en eso? Lucindita le quiere...»

—«Está usted en un error, don Anfión. No dudo que me tenga cariño, por haber yo vivido en su casa de pensionista durante tantos años...»

Y Ortiz sufría de las cosas que callaba, de aquel secreto sorprendido en otro tiempo y que abría entre ambos abismo insalvable. No, jamás cortejaría, ni aceptaría por mujer á quien hubiera tenido amores con otro. Quería un corazón fresco, sano, lleno de vida, que le ofreciera primicias de alma, las primeras ilusiones, ¿Cómo pudiera tener de madre de sus hijos, darle su nombre, colocarla en el santuario de su casa á mujer que hubiera estado en brazos de otro, estremecida con sus besos y embriagada en sus caricias? ¿Quién pondría vallas á su imaginación, aún dado caso de que Aldana se hubiera portado con ella como cenobita? Viviría entre ambos la sospecha del pasado, y eso, tan sólo, bastara para amargarles la vida para siempre.

Cuando ese hombre les viera juntos, acaso sentiría en lo íntimo, placer de haberle inferido humillación, dándole las sobras del banquete. Ortiz sintió que, vivo ese hombre, no podría jamás mirarla. No se daba cuenta del monstruoso egoísmo y vanidad humana que acibaran los goces y á menudo nos cortan el camino de la felicidad. La noche era oscura y sin estrellas... Ortiz sintió dentro de sí algo que se confundía con la noche.

———

CAPÍTULO VI

Mientras se limpiaba las uñas con la serie de aparatos de acero, escobillas, antes y polvos que las mujeres usan, el pensamiento de Elisa vagaba lejos, muy lejos de ella. Sin quererlo, sin saber cómo, una misma figura aparecía en sus recuerdos, en las ligeras reminiscencias de baile ó de comida que vagaban por sus horas muertas. Ya en cama, recién despertada, acudía la imagen de Mario Sandoval, vestido de frac, la barba negra cayendo sobre la pechera inmaculada, el rostro largo y los ojos oscuros, la tez morena, la nariz un poco tosca, los labios bien modelados, y en ellos la sonrisa graciosa que atraía de manera inquietante. Aún le veía charlando con Javier Aldana en uno de los pasillos del Teatro, y luego junto á la orquesta con aire displicente y elegante—cansancio prematuro de la vida. Había tenido en sus conversaciones de campo ocasiones de conocerle á fondo, según creía, y de ver una naturaleza de hombre de bien. Es bueno, decíase; y esta idea daba á sus relaciones sencillez que la absolvía ante su conciencia timorata de ordinario. Elisa jamás había permitido que nadie la cortejara, ni siquiera en broma, y la maledicencia que azota á cuantas mujeres se distinguen, á quien nadie escapa, no había conseguido salpicarla. Y si bien ha-

blaran en alguna ocasión, en realidad todos sentían por ella respeto y nunca pusieron su virtud en tela de juicio. La imagen de Sandoval volvía á su imaginación con frecuencia que ella no acertaba á explicarse. «¿Por qué le encuentro donde quiera que vaya? decíase á sí misma. Eso me pasa solamente ahora; antes no me sucedía. Era raro que me viera con él más de una vez al año, en tanto que ahora le encuentro á cada paso, en cuantos algo á la calle.» Anteayer iba por el Centro, distraída, cuando vió levantarse un sombrero y divisó el rayo de unos ojos negros y el suave fulgor de una mirada: era Sandoval, en medio de un grupo de jóvenes elegantes, en la esquina de Huérfanos. Al verla, hiciéronle saludo respetuoso y ella tuvo la curiosidad de mirar quiénes eran. Antes, poco le hubiera importado quienes fuesen, y ahora experimentaba sentimiento de curiosidad. En sus ojos creía ver la misma expresión de amistoso cariño, sin pretensiones, que tanto le había agradado cuando le llegara á conocer en aquella charla inesperada en que se vieron hasta el fondo de las almas. Elisa estaba segura de sí misma, era una de aquellas mujeres de sólida virtud, hechas para el bien, henchidas de nobles sentimientos, sobre las cuales resbala el mal como sombra sobre la superficie transparente de un espejo, sin dejar huellas. Su mirada, toda en luz, no comprendía las asechanzas que de todas partes cercan á los que viven en el mundo y para el mundo. Su lujo, el prestigio social que la rodeaba, su gran familia, su belleza, la colocaban en situación de tal manera elevada, que hasta le parecía, en su orgullo ingenuo, hallarse por cima de asechanzas y de tentaciones. Además, había sido educada en la escuela cristiana y pura de una familia ejemplar: su padre, don Santos Orbegoso, pertenecía á raza de viejos puritanos que dieron por la patria fortuna y vida,

hombres forjados en la escuela del deber y del sacrificio. Su madre, doña Magdalena García del Valle, era santa y había llevado la vida abnegada que tanto enaltece á las damas de nuestra vieja aristocracia, obligadas á mantener tradiciones y posición social con recursos escasos, en lucha terrible con exigencias sociales. Ahora su hermanita estaba ya grande y comenzaba á descollar en fiestas y saraos, en teatros y carreras. Bien veía Elisa á cuántas inmolaciones estaba habituada su madre á trueque de que la hija menor se presentara con la elegancia y el boato tradicional en la familia. Era grande escuela de fortaleza y de privaciones la que le había tocado presenciar en la vida, en medio de santos y nobilísimos ejemplos.

Y luego, por cima de todo, tenía fe, fe profunda en los principios de religión que sus padres le habían enseñado desde las primeras horas de la infancia. En las contrariedades de la vida que á todos nos tocan por parejo, á ella la habían salvado y consolado sus ideales religiosos, la esperanza de un más allá, en la misteriosa región desconocida de los ensueños y de la vida eterna, donde el bien halla premio y el mal castigo, y solución los grandes problemas que eternamente nos inquietan, sin que acierte a resolverlos la ciencia con su presunción y vanidades, ni mucho menos la filosofía—pues los grandes misterios, según ella pensaba, sólo hallan satisfacción en lo íntimo del sentimiento, en santos abismos del corazón humano. Su acendrada piedad no admitía dudas ni vacilaciones de ninguna especie, convirtiéndose en antorcha y guía de los trabajosos caminos por los cuales el Señor la encaminaba, sin duda para bien de un alma y para mayor esperanza de la vida eterna. Las penas y amarguras á que Dios nos somete en el curso de nuestra vida, son peldaños que nos ayudan á escalar las altas

cumbres de la gloria perdurable, son forma de la divina gracia que nosotros no acertamos á comprender en su verdadero valor y altísimo alcance. Y si á pruebas estaba sometida en el matrimonio, en cambio su niñita le había procurado muchas y variadas formas de felicidad en este mundo.

Involuntariamente, la vista de Elisa se dirigió al jardín sembrado de plantas y de flores, de árboles tropicales finísimos, sicas e Ibiscus, palmas i jazmines del Cabo. Las Araucarias brasileras alzaban sus ramas pintorescas, todas encarrujadas. Las estatuas mostraban su forma nívea al través de la verdura, y los caminillos enconchados blanqueaban á la luz de la tarde. Poseía fortuna y con ella los goces que procura en forma de bienestar y de consideraciones. Particularmente su niña, Lisita, la más hermosa creatura que existiese bajo el sol, era encantadora y única;—sus ojitos azules, trozos de cielo, y sus cabellos rubios, cosecha de oro. La gracia divina habitaba en ella. Mirando á lo pasado, veíala de nuevo comenzar la vida, abrir los ojos, llamarla con la mirada, con el clamor único de los hijos á los padres; hacer las primeras gracias, dar los primeros pasitos cortos y luego echarse á andar con movimientos vacilantes. Las primeras palabras que pronunciara habían sido puro encanto para ella, con la divina lengua de trapo que decía «mamá... besha... ahiba... upa...» Jamás ninguna sinfonía de Beethoven tuvo el encanto delicioso de las primeras palabras de un niño á los ojos de sus padres. Cada gesto, cada mirada seria, cada carrerita poseía valor único, irresistible. Más de una vez, cuando se hallaba triste, sentía Elisa su corazón iluminado por una caricia de la niña. En cambio, mucho la hicieron sufrir las enfermedades; cada fiebrecilla creía que hubiera de llevarse á la chica, dándole sinsabores de

muerte. Recordaba que más de una vez se había juntado con su marido ante la cuna de la niña y que un mismo sentimiento había unido sus almas, tan distantes, por momentos demasiado breves. ¡Ay! Los niños jamás saben cuánto hacen llorar á las madres, así como siempre ignoran la felicidad que sus sonrisas les procuran.

Elisa apoyaba sobre el vidrio de la ventana su hermosa cabeza de líneas nobles, sin ver la claridad que se dilataba entre los árboles de casas colindantes, rodeadas todas de jardines. La Avenida España se extendía á sus pies, ancha y luminosa, con alegrías de bulevar parisiense, con rumores de carruajes que pasaban a esa hora de visitas, de carros llenos de madera sacada de barracas próximas, en la parte de movimiento industrial, y carretas con verduras ó carretones de lecheros que hacían resonar sus cazos de metal. Algunos vendedores pregonaban mercadería con voz monótona; resonaba la corneta de algún afilador ambulante de cuchillos y tijeras. Oíase, lejano, el melancólico lamento de una piano mecánico—armonía callejera que repetía valses que fueron de moda, con monotonía desesperante, mientras el músico hacía bailar una mona vestida.

Dorotea Escalante penetró á la alcoba como torrente, invadiéndola á su modo, con paso ligero y el torrente de palabras habituales en ella. Vestía traje nuevo, sombrero con plumas y cintas de color de fuego, del cual venía oronda.

—«¿Cómo te va, hijita? Hacía más de un siglo que no te veía; es necesario, como á Lázaro, resucitarte de entre los muertos. Para eso he venido y aquí me tienes resuelta á todo. ¿Qué locura te dió por irte al campo en pleno invierno? ¿Quieres decirme? No te comprendo...»

—«Á Javier se le ocurrió invitar amigos, y entre ellos al Encargado de Negocios de Hungría, á una partida de caza, y era indispensable que alguien les acompañara... Sabes lo que son los hombres, no sirven para maldita la cosa... Si yo no hubiera ido, todo habría andado á la diabla, sin que hubieran tenido ni siquiera comida regular... Además, el médico me había dicho que unos días de campo no vendrían mal á la niña. Aquí tienes la razón de mi destierro».

—«Hum...» contestó la otra con cierta sorna. A mí no me la pegas tú, niña, mira que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Apuesto que andas en algún *flirt*... No pongas esa cara, mujer, que no lo digo con mala intención. No creas que voy á contárselo a tu marido, ni á suponer cosa mala, sino, por el contrario simplemente juegos sin consecuencia».

Elisa frunció el ceño:

—«Francamente, Dorotea, mucho te quiero, pero no me gustan esas bromas; bien sabes que soy mujer seria. Déjalo para otras. No aceptaría *firt* ni coqueteo con hombre alguno...»

—«Niña, no te enojes, que no es para tanto. Bien saben todos el secreto á voces de que no te entiendes bien con tu marido... Lo natural es que si él anda por un lado, tú te distraigas del otro; en eso no hay mal, siempre que una mujer se mantenga dentro de la corrección y de sus deberes...»

—«Pues yo pienso de otro modo—contestó Elisa.— Aún cuando mi marido, en realidad, me engañara, en lo que no creo, de ninguna manera aceptaría que una traición suya me autorizara para tomar represalias inaceptables é indignas. Una falta no justifica otra falta, ni un delito otro delito. Preferiría seguir con frente alta, aún cuando la gente me mirase como tonta, antes que darme á coqueteos indignos de mi posición y de

mi vida. No tengo carácter para eso... tú me conoces...»

Y luego, después de un silencio, agregó, mordiéndose las uñas: —«¿Y á qué vienen esas bromas? Porque tú no hablas así no más, mujer...»

—«Si no te enojas... bueno... pues oí decir últimamente que andabas en *flirt* con Sandoval, y que en el campo lo habían pasado bastante bien mientras los demás cazaban... en conversaciones románticas... en confidencias...»

—«Francamente, no comprendo, pues nada hubo de particular entre nosotros, sino lo corriente...»

—«Así será, pero dicen que Sandoval está loco por ti, buscándote por todas partes. El Viérnes último fué al baile de Echagüe, y después de dar un paseo se retiró porque no habías ido... Será casualidad, pero lo mismo hace en todas las fiestas. No creo que tú le autorices para eso, ni que le correspondas—agregó Dorotea—pero el hecho es el hecho, y cuantos tienen ojos para ver, los usan. Puede que no lo hayas notado todavía, pero créeme que la gente se da cuenta cabal de que ese hombre anda enamorado de ti.»

—«Tonterías... Si una hiciera caso de lo que la gente murmura, acaso no se pudiera salir á la calle sin pareja de guardianes. De los hombres de talento se suele decir que no son honrados y de las mujeres elegantes que no son honradas—agregó Elisa encogiéndose de hombros.—No creo que Sandoval intente cortejarme... Sabe que se llevaría chasco... ¡A mí nadie me corteja!... He pasado con él ratos agradables. Nada hay más ridículo que esas virtudes que se defienden cuando nadie piensa en atacarlas;...»

—«Confiésame que no tiene buena reputación;... se habla mal de él, dicen que persigue á cuantas mujeres halla en su camino; que ha tenido aventuras;... que se complace en comprometer la reputación de cuantas

halla en su vida. Es, por lo menos, personaje equívoco. ¿Ignoras que le han corrido amores con la... y con Juanita?...»

—«Mira, Dorotea—interrumpió la otra, poniendo mala cara,—somos amigas antiguas y bien sabes que no me agrada ese género de conversaciones. Lo mejor es no tocar ciertas cosas. En mi vida nada malo he hecho, ni en pensamiento ni en obra... pues bien... yo misma siento que el rubor me sube á las mejillas al recoger semejantes miserias sociales...»

Elisa estaba impresionada, y su voz temblaba ligeramente. Ahora, cosas inocentes tomaban á sus ojos importancia desmedida; echaba á la cuenta de Sandoval las fábulas sociales absurdas que corrían; y sintió, en contra suya, especie de odio cuya causa no comprendía bien, como si él fuera responsable de los absurdos rumores. Vaga tristeza la invadía al pensar que ninguna mujer en este mundo, por santa que sea, puede escapar á chismografia que se arrastra con la baba de la envidia. Parecíale pequeño el mundo y muy oscuro y muy triste. Acaso la vida no valía la pena de ser vivida, ya que ella, con su carga de sacrificios y de abnegación por marido que no la comprendía y que le era infiel, sólo hallaba calumnias y murmuraciones odiosas. Helóse la sonrisa de sus labios y vaga mezcla de tristeza y de inquietud se adueñó de su ánimo. Sin necesidad de palabras, Dorotea adivinó lo que su amiga sentía.

—«No te inquietes—le dijo en tono cariñoso;—las que te conocemos, jamás dudaremos de ti; en cuanto á las demás ¿qué te importa? Distráete, niña, no te eches á muerta antes de tiempo. No se puede hablar con seres impresionables como tú. Vamos, ánimo, y comprenderás que la vida no es tan mala como ahora crees. Échate las penas á la espalda, ponte el sombrero

y ven conmigo. Ahora sí que vas á tener sorpresas extraordinarias. Deja tu coche y vente en el mío donde Carmela Portal, á quien tomaremos de paso para ir á una visita curiosa...»

Elisa, sin voluntad, se dejó arrastrar por su amiga, lo que le pasaba siempre en horas de crisis nerviosa. Púsose el sombrero de última creación que su amiga admiró declarándole de elegancia perfecta. Luego, antes de salir, pasó Elisa á la pieza de Lisita, á quien besó apasionadamente; cada vez que la dejaba, sentía una especie de inquietud, remordimiento de que pudiera sucederle algo durante su ausencia. La quería tanto... se miraba en ella como si fuera luz de sus ojos. —«Adiós, linda, perrita china adorada, encanto del mundo... Cúidamela mucho, Deidamia... no la dejes sola ni un instante... A ver un besito y otro...» Y luego, de la puerta volvió atrás para darle el último. Las pisadas de Elisa se perdieron, ahogadas por la gruesa alfombra, en el amplio *hall* de palacio con vidrios de colores y anchos ventanales, de los que caía luz tamizada, de templo. Siempre miraba con gusto los muebles de estilo gótico de su vestíbulo, de elegancia severa y lujo señorial. En un rincón, talladas en madera, parecían las armas de los Aldana: León en campo de gules y orla de oro, con las aspas de San Andrés.

Al sentarse en el coche, arrellanándose en cojines suaves y muelles, mientras el carruaje resbalaba por el pavimiento, sintió alivio, descanso moral.

—«¿Adónde vamos, Dorotea?»

—«En busca de Carmela Portal, con quien he quedado de juntarme para ir donde la Teobaldi, la adivina á quien todos visitan. Dicen que es persona maravillosa. Figúrate que á Manuelita Carvajal se le perdieron unos candelabros de plata y fué derecho donde la Teobaldi. La hizo esperar más de una hora,

á pesar de lo estirada que es, como tú sabes; por fin salió, tiró las cartas y luego hizo hablar á su hermana hipnotizada. En seguida dijo á Manuelita que el ladrón era un sirviente de su casa á quien habían despedido poco antes, por amores con la cocinera. Estaban empeñados en una agencia. En seguida le reveló la adivina que echaría de menos unos aros de brillantes que tenía guardados en un joyero de ébano dentro de su cómoda... y todo resultó al pie de la letra...»

Elisa quedó sorprendida y maravillada con lo que la otra contaba, mas no pudo dejar de recordar lo aficionadas que eran las Escalantes á lo increíble, su gusto por los cuentos adornados y la extraordinaria fantasía que gastaban. Así y todo, descontando mucho, aún quedaba bastante que ver.

En sociedades convulsionadas por agitaciones políticas ó sociales, en época de guerras ó de epidemias, cuando causas superiores á la voluntad de los hombres agitan á un pueblo, se presenta cierto fenómeno curioso; la credulidad humana aumenta, toman ocasión los aventureros para papeles arriesgados de profetas ó de videntes; surgen tipos como el de Cagliostero, en vísperas de la revolución francesa. La excitación nerviosa que domina á una sociedad entera, toma formas variadas y extraordinarias. En Santiago, conmovido por la agitada lucha entre el Presidente y el Congreso, que ya comenzaba á tomar caracteres trágicos y que era evidentemente dramática, se pusieron en boga las consultas á la Teobaldi, llegada á la ciudad un año antes, sin que nadie la tomara en cuenta. De repente se hizo de moda y todos acudieron á ella, unos para saber quiénes habían sustraído especies de su pertenencia y hallar el paradero; otros para saber si harían fortuna; niñas que deseaban dar

con novio; otras que preguntaban por el alza de las acciones en Bolsa ó por la fidelidad del marido.

Carmela Portal, que las esperaba impaciente, subió en el acto al coche y tomaron por la calle de Bandera en dirección á San Diego. Por el camino se vieron detenidas al paso de una procesión patriótica compuesta de numerosos obreros y estudiantes que desfilaban en dirección al Congreso, dando vivas á la Oposición y mueras al Presidente, con banderas desplegadas... «¡Viva la Constitución de la República! ¡Abajo la Dictadura!...» Ya comenzaban á ensayarse esos inmensos coros populares en que sólo se pronuncia una palabra en forma de salmodia... «Constitución... Constitución... Constitución...» Expresábase una idea, pensamiento común, aspiración nacional, enérgicamente formulada en forma persistente y grave, como cosa apremiante, como exigencia en que fuese la vida misma. Dijérase que era voz en la cual un moribundo, urjido por el tiempo, lo condensase todo en una sola fórmula. La multitud pasaba como río, abriéndose al llegar al coche, y desfilaba con paso militar, como queriendo indicar que estaba ya pronta á recurrir á extremos y á levantarse en armas si preciso fuera. Elisa alargó su mano enguantada de blanco por la portezuela del carruaje, sus dedos finos agitaban el pañuelo: «¡Viva el Congreso...!» Un grito inmenso le contestó: «¡Vivan las señoras de Santiago!» Las damas sintieron el escalofrío, el estremecimiento supremo de los grandes entusiasmos en las multitudes, de las grandes pasiones colectivas, impulso extraño que suele arrastrarlas al asalto de fortalezas ó al encuentro de ejércitos, aún desarmadas y expuestas á morir—como el oleaje del mar en tempestad, del trueno que ruge, del rayo surcando los cielos. Estalla de súbito, sorprende y aterra, subyuga y arrastra.

El carruaje tomó el trote al llegar á la Alameda y por San Diego, que ya en aquella época comenzaba á ser emporio del comercio de media ciudad. Por todas partes se veía tiendas de géneros, de música, de pianos y máquinas de coser, colchonerías y abarrotes que colgaban de las puertas, artefactos; zapatos en las vidrieras, pañuelos y vestidos, mantones de espumilla. Las tiendas de ultramarinos arrojaban el vaho de comestibles y los bares de baja estofa daban carácter equívoco á barrios enteros. Hormigueo continuo, constante cruzar de carruajes de servicio público, y carretones, hacían zumbar los oídos y causaban mareos desagradables. Pasaron frente al Conservatorio de Música y llegaron al Mercado de San Diego, que ya comenzaba á decaer visiblemente. Más allá comenzaban las casas de préstamos de mala catadura, á las cuales solían llevar especies robadas; cocinerías populares, casucas de mala traza, y caserones de reputación dudosa. Cruzaba el carruaje por la Avenida Matta, llamada entonces Camino de Cintura, y penetró por callejuelas desconocidas, en medio de las cuales se amontanaban chiquillos á la puerta de conventillos cenagosos. A lo lejos se destacaban manchas blancas de ropa tendida en cuerdas por lavanderias. Olores pestilentes subían de la calle como de pantanos en putrefacción, y los chicos se revolcaban sobre montones de basuras entre perros y animales domésticos, con los cuales habrían de compartir en la noche la comida y el cuarto. Unas mujeres desgreñadas se insultaban furiosamente, mostrándose los puños, ya prontas á devorarse con los dientes y á hincarse las uñas en las carnes sucias y manchadas a trechos de negro, en vestidos hechos jirones, por los cuales asomaban chinches y pulgas. Era la miseria lastimosa de unos harapos humanos, esa mi-

seria que causa lástima á la vez que da náuseas. La miseria cuya existencia pasa desconocida.

Detuviéronse delante de una casa viejá, de apariencia pobre, más baja que la calle; de ancho portalón, tejado cubierto de yerbas y ventanas con barrotes. El patio tenía dos naranjos y numerosas plantas en maceteros. La vieja que salió á abrir las introdujo á una sala de reducidas dimensiones, baja de techo y de muebles ordinarios. Floreros azules colocados sobre paños de crochet eran el único adorno de tal gabinete, que parecía cuarto de costurera pobre. Trascurrieron algunos minutos y salió á recibirles una mujer entrada en años y en carnes, de buen ver, enjuta de rostro, pelinegra, los ojos zarcos, nariz aguileña.

—«Señoras—les dijo doblando el cuerpo—no esperaba tan grande honor... á pesar de que suelen visitarme altas personalidades, como que los hombres, por encumbrados que sean, tienen interés en descorrer el velo de Isis que encubre el porvenir. Yo sé que son ustedes muy altas damas—agregó—lo que no era difícil de adivinar, por cierto, con sólo ver el aire naturalmente altivo de Carmela, el magnífico paltó de pieles que llevaba Elisa. Las tres habían tenido cuidado de ponerse velos que les cubrieran la cara, mas el corte elegante de los trajes, la desenvoltura de movimientos, la sencillez de buen tono de las maneras, hasta el leve perfume de ellas desprendido, todo revelaba, aún á ojos menos expertos, la elevada alcurnia de señoras tales. No podía escaparse esto á la penetración de la adivina, con bastantes años de práctica, y conocimiento de nuestra sociedad, de la cual había tomado informaciones en paseos y espectáculos públicos, en carreras y fiestas á las cuales asistía. Después de inclinarse profundamente delante de ellas, les dijo:

—«¿Qué prefieren ustedes, señoras mías? ¿quieren

pasar todas juntas á mi modesto gabinete de consultas ó entrar por separado? Quizás sea mejor esto último, pues así yo podré decirles con mayor claridad lo que las cartas traigan, sin temor de que otras se enteren, por íntimas amigas que sean. Todos tenemos nuestros pequeños misterios,—agregó sonriendo, con cierta malicia no desprovista de gracia.—¿Quiere pasar adelante usted, señora Carmela?—exclamo dirigiéndose á ésta.—¿Tienen más prisa las señoras Aldana ó Escalante?»

Las tres se miraron extrañadas, estupefactas.

—«No se sorprendan señoras—agregó en tono modesto la adivina.—Cuando una llega á país aristocrático como éste, lo natural es que conozca á personas como ustedes... No es, pues, de extrañar que yo las distinga por sus nombres, ó los adivine... Adelante, señora Portal, á usted le corresponde entrar primero por ser la casada más antigua de las que ahora me honran con su visita».

Alzó una cortina, abrió una puerta oscura, y mostró el camino á Carmela que todavía no volvía en sí de la sorpresa. El cuarto al cual penetrara estaba oscuro y tenía ventanas cerradas, por lo cual la dama, que traía los ojos encandilados, no veía. Luego se acostumbró al tono grave de la pieza, tendida con paños negros, un gran dios Budha en un rincón y una calavera en el otro. Iluminábala una luz de vela. La habitación tenía espesa alfombra que impedía resonar los pasos, haciendo que las personas se movieran sin ruido, como en sueños. Sentáronse una en frente de otra, delante de la mesilla central, iluminada por dos candelabros de siete ganchos, según prescripciones cabalísticas. Sobre el paño negro de la mesa extendió la Teobaldi su naipe, haciéndole alzar repetidas veces y repartiéndolo luego en varios montones, de los

cuales fué sacando cartas que apartaba. Luego las reunió todas, barajándolas de nuevo y repartiéndolas, según orden prescrito, en tres columnas, de la cuales fué sacando otras con cuidado y colocándolas en rueda.

—«Espero que ahora las cartas sean mejores con usted de lo que fueron ayer con dos altos personajes que vinieron á consultarme. Concentre usted toda su atención en las cartas y míreme con fijeza... así... en la niña de los ojos... El As de oros significa buena suerte, señora, muy buena en esta situación. Créame que su marido llegará lejos en su carrera política, á pesar de que ahora se encuentra caído y lejos del Gobierno. Pero esto está malo—agregó, rascándose la oreja.—Veo que le persigue un jinete que corre... le tomarán *preso*... Francamente no lo comprendo ni me lo explico... Ya que su marido no ha cometido robo ni asesinato, no parece probable que hayan de prenderle... pero las cartas insisten... Usted sufrirá mucho con esto—agregó—porque quiere á su marido...» Y luego, sonriendo, con cierta malicia que le hacía perdonar su audacia: —«A pesar de su cariño, señora, usted tendrá que sufrir contrariedades de corazón... un amorcillo... dos amorcillos... tres amorcillos... ¡qué barbaridad, señora, pero eso dicen las cartas!»

Cuando Carmela salió, reía de buena gana y dijo á sus amigas: —«*C'est de la blague... c'est la boite a Fursy sans le champagne, mais avec l'adition...*»

Entró en seguida Dorotea que no quiso demorarse ni un minuto más en saber lo que la suerte le deparaba. En seguida le tocó el turno á Elisa, que penetró con paso firme, á pesar de hallarse un tanto turbada, y eso que no tenía mucha fe en lo que la adivina decía. Razonaba como ciertos ateos que suelen decirse ¿y si á pesar de todo hubiera un más allá? El espectáculo

de los paños negros comenzó por darle mala espina y así lo dijo á la señora Teobaldi. «Esos paños no son para usted, señora, sino para otro público diverso. La mayoría de los que vienen se sugestionan con estas cosas. Mi teoría es la siguiente, que puedo explicarla á persona de tanta educación como usted: cada persona viene al mundo con su destino marcado»... «Es decir que la libertad humana no existe?» —«No existe, pues todo habrá de suceder como Dios lo haya dispuesto de antemano. Las tempestades vienen cuando las nubes se han cargado de agua dentro de ciertas condiciones de electricidad y de calórico... estallan cuando deben estallar, porque así estaba escrito; la voluntad humana es mera ilusión, señora. Las leyes de la vida obran por cima de nosotros y á pesar nuestro, como las mareas, como los vientos, producidos por acción fatal del sol sobre ciertas capas atmosféricas. En la misma ley de fatalidad se apoyan las cartas, así como se apoyaba la antigua astrología, como la frenología de Lavater para adivinar los caracteres por las sinuosidades del cráneo. Así se adivina la suerte de las personas en las líneas de la mano, el carácter y el porvenir mediante la lectura de una carta en la grafología... He visto cosas asombrosas, señora. A mi compatriota Lombroso le remitieron una carta escrita en papel viejo y arrugado. Contestó que era de un ser en extremo sanguinario, que había causado muchas muertes... ¿Sabe usted de quien era? pues, de Napoleón I.»

La Teobaldi hablaba con grandísima facilidad de expresión, si bien con dejos de italianismos que de cuando en cuando salían á su paso... *ecco*...

Tiró las cartas después de este ligero exordio que llamó vivamente la atención de Elisa; quería visiblemente sugestionarla, adivinar su pensamiento, pene-

trar en su vida deslizándose á manera de serpiente. La expresión de su rostro era grave, de ligera que antes pareciera. Echó las cartas y se quedó preocupada, meditando...

—«Pocas veces he visto suerte más extraña y contradictoria—dijo.—Veo en su pasado un gran cariño, seguido del desencanto... de repente asoma en su vida otro cariño... usted quedará deslumbrada como por una aurora... es vida de ensueño, fugaz, algo enteramente fulminante... y se salva usted por otro amor que ignora... ignora... veo una carta que será el punto culminante de su vida y su suerte... entónces renacerá el pasado, así como renace una primavera. Será un pasado nuevo para siempre... un grande amor quedará supultado en una tumba, entre flores pálidas, son lirios. Usted tiene una vida muy hermosa, señora, pero no una vida feliz. Lo que no puedo entender es esa carta que rehace el pasado... me intriga.

«Lo mismo me pasó ayer. Figúrese que vino á verme un alto personaje... figúrese lo más alto... en este momento. Venía acompañado de otro, á quien veía por primera vez en mi vida. Al primero ya le conocía por retratos que todos han visto. Al oir mis primeras palabras sonrió. —«Usted puede decirme lo que se le dé la gana, señora», me dijo, pues todos en Chile conocen mi vida entera... los hombres políticos pertenecemos al país, del cual somos los primeros servidores, nada más»...

«Pero cuando me vió tirar las cartas se puso pálido».

—«¿Qué le dijeron las cartas?» preguntó Elisa.

—«Muchas cosas—contestó la Teobaldi—muy largas de decir... En la última vuelta apareció una profecía siniestra: «Morirá de muerte violenta, sobre un charco de sangre...» —«No me extrañaría que me asesinaran,

dijo con estoicismo. —«No, señor,—le contesté,—pues ántes escribirá usted un testamento que será memorable... Uno de los dos caballeros se estremeció, el otro se echó á reir».

«Era un señor de grande aspecto, un gran señor de hermosa fisonomía cana, la nariz aguileña de emperador romano, los ojos vivos, con aspecto de energía y muy elegante al mismo tiempo. Me recordaba los retratos de Julio César y lo que se dice de Petronio. Llevaba levita abrochada, guantes amarillos y bastón con puño de oro, hablaba alzando la frente. No quería que yo le tirara las cartas, pues no creía en esas cosas, según me dijo, pero como el otro insistiera en tono de broma, dejó hacer. Le descifré cuanto decían los naipes, pero aquí viene lo curioso. Al final vi lo siguiente: «Usted será... y no será Presidente de la República...»

«Rióse á mandíbula batiente, diciendo á su compañero: «Ahora sí que puedes burlarte, hombre, pues hemos encontrado un nuevo oráculo de Delfos... es imposible errarla. Sólo que es un solemne disparate, pues no es posible ser y no ser á un mismo tiempo. Hamlet decía *To be or not to be*. Pero usted está equivocada, señora, porque yo nada pretendo, he servido á mi país en la medida de mis fuerzas, y los viejos sólo deseamos el Pritaneo cuando hemos cumplido nuestros deberes públicos y privados.»

—«Lo curioso es que yo le hallo perfecta razón á ese caballero, pues... —agregó la Teobaldi—pero las cartas decían una y otra vez lo mismo. Al salir me pasó un billete de cien pesos... es un gran caballero».

Y cuando las tres damas subían al americano para volver á sus casas, á pesar de que reían y trataban de echarlo todo á broma, iban seriamente preocupadas con las predicciones de la adivina. A veces suelen

haber percepciones misteriosas, en las cuales se rasgan los velos del futuro. Acaso la propia sugestión nos hace deducir de nuestro carácter las líneas de la suerte y expresamos lo que creemos ver en nosotros mismos. Isis había levantado la punta de su velo y las tres damas reían, hondamente preocupadas.

———

CAPÍTULO VII

Vivía Mario Sandoval en la calle de Morandé, en casa de altos bastante pequeña, pero que para él era grande. No estaba mal puesta, aún cuando en ella se notara ausencia de mano femenina que le diese el ligero toque de elegancia y de gracia que ameniza la vida. Las cortinas caían pesadamente sobre las puertas de los corredores, con tonos rojizos, en tanto que las alfombras apagaban los ruidos, permitían un deslizarse blando, y daban entrada discreta á las alcobas y gabinetes. El escritorio del joven tenía comunicación con la escalera, y recibía luz de amplias ventanas, cubiertas con trasparentes italianos de seda crema. Los muebles eran de estilo americano, el escritorio de cortina, los archivadores de colores claros de cedro. Junto al sofá de Maple, una mesilla sostenía cajas de cigarros puros con todos los adminículos de fumar, lamparillas y cortadores de bronce y de acero empavonado. La gruesa alfombra, la elegancia y comodidad de los objetos, las plantas en vasos de metal, las estatuas y cuadros, acuarelas españolas, librería en cajones americanos superpuestos, los papeles en orden, debajo de aplastadores, todo revelaba culto del buen tono y de la elegancia que formaba como segunda naturaleza en Sandoval. En vez de

trabajar, como de costumbre, pues no era perezoso, habíase arrojado sobre el sofá, reclinando la cabeza sobre un almohadón de cuero.

Era Sandoval personaje interesante y nada común en la sociedad santiaguina, dado á mujeres, el hombre galante que ha venido á sustituir á la tan gastada figura del Tenorio antiguo. Las sociedades nuevas en que se vive al día, rápidamente, con idea de crearse familia, posición social ó posición política, en lucha permanente de intereses, con preocupaciones de índole encontrada y varia, no permiten á los hombres el papel de Tenorio, hecho para aquellas en las cuales predomina el ocio, en donde hay tiempo sobrado para ocupar la imaginación en cosas de arte, de amor ó de belleza. No existen Tenorios en sociedades jóvenes, por la misma razón por la cual no caben artistas, ni escritores ó músicos en ellas, á no ser aficionados ó meros diletantis. La lucha por la vida apremia de tal modo, que para el amor no existe más camino que el del matrimonio liso y llano, en el cual los hombres buscan la compañera de su vida al azar de encuentro fugitivo de baile ó de teatro, de *pololeo* callejero. Es menester que exista en el hombre fuerza excepcional de temperamento, vigor extraordinario de naturaleza, fuerza tan sólo comparable con las de vientos ó tempestades, para que un hombre, dentro de la somnolencia colonial de la vida santiaguina, pueda consagrarse á mujeres. Pero el tipo aquí como en Jaén existe.

Hay una casta de hombres que ha nacido para seguir mujeres al través de la vida, como los cazadores para perseguir por cordilleras ó desiertos á sus presas. Obran movidos de instinto especial de su naturaleza, obedeciendo á causas que ellos mismos no aciertan á explicarse, movidos de fluídos nerviosos, de exalta-

ciones de fantasía, de ímpetus extraños de temperamento, de preocupaciones intelectuales ó sentimentales. No son ni pueden ser normales por completo, pues en tal caso la especie humana toda sería destruída por la fuerza implacable de la lucha, y por el apasionado hervor de apetitos, poi exaltaciones de la carne, por el desborde de los sentidos. Semejante casta de hombres no tiene más preocupaciones en la vida que perseguir mujeres; fuera de ellas, lo demás aparece como indigno de atraerles, como cosa de poco más ó menos. Si se mezclan en negocios, si buscan minas, si tratan de enriquecerse, ó de levantarse, es únicamente con la idea de formarse pedestal atrayendo las miradas de víctimas que acechan — pedestal de oro, de fama ó de estrépito. No comprenden el poder por el poder, como los ambiciosos de la política; ni la fortuna, por el goce de atesorar, como los avaros; ó de lucir, como los vanidosos; de gozar, como los vividores. Si llegan á buscar el dinero, es simplemente como elemento de combate indispensable para presentarse ante sus ojos de manera conveniente y deslumbrarlas, fascinarlas ó envolverlas, sea mostrándose con aureola de elegancia y de poesía, como superiores en refinamientos al vulgo de competidores masculinos. Si quieren fortuna es para ofrecer, llegado el caso, á Margarita el collar de perlas que habrá de inclinarla, mediantes suaves y opacos reflejos, á mirar á Fausto con ojos piadosos. El amor es una fuerza, para él, como cualquiera otra, que se ejercita porque sí, como el soldado va á la batalla, como el marino se arroja á mares desconocidos, como el vapor empuja el émbolo de la máquina. Sigue á todas las mujeres, una en pos de otra, porque necesita seguirlas, como el río desbordado se arroja sobre la campiña. Es necesidad sexual ó fuerza moral—es algo desconocido que ni

filósofos, ni fisiólogos han sabido explicarse hasta el presente—pero algo que obra de suerte incontrastable y segura en ciertos temperamentos y en ciertas épocas de la vida.

Sandoval pertenecía á este género de hombres, aún cuando la gente no lo supiese. Era mal mirado y no contaba con simpatías en el sexo masculino, por lo cual muchos se inclinaban á creer, y hasta afirmaban en tono solemne, que no pasaba de ser farsante, personaje dudoso, séi equivoco y ridículo que se daba trazas de Tenorio sin serlo. Él reía y callaba, pues, con todo, era personaje discreto que prefería el goce oculto á las apariencias engañosas, la realidad á oropeles de vanidad humana. Y no había placer igual, para el joven, como ver cruzar por un salón de baile, adulada y cortejada de todos, del brazo de un amigo, que se inclinaba respetuoso ante ella, á la misma mujer que acaso había tenido entre sus brazos, en gabinete misterioso, sin que nadie lo supiera, á esa misma mujer cuyos encantos él solo conocía. Y se reclinaba muellemente en un sofá para saborear, entornados los ojos, las voluptuosidades recordadas, sabor de besos sobre piel satinada y suave, sobre labios candentes. Y si tal mujer fué tenida por fría, tachada de insensible y rehacia á sensaciones y goces de amor, tales recuerdos saturaban su alma de placer satánico, incomparable y único, sobre todo si á esto se unían impresiones poderosas é inolvidables de algún grave peligro corrido, de instantes en que el honor y la vida estuvieron en juego—en que se puso la fortuna entera en una sola carta que triunfó por la audacia de un segundo.

Cualquiera que le hubiese contemplado allí, tendido sobre el sofá de Maple, blando y muelle, con aspecto perezoso y lánguido, indiferente y frío, jamás hubiera

podido creer qué especie de hombre tenía por delante.

Mario Sandoval nada mostraba del tipo clásico, forjado en imaginaciones populares, del tipo del Tenorio en la leyenda. No era buen mozo; carecía de esa corrección de rasgos que deja pensativas á las muchachas de veinte años, cuando por primera vez dan en su camino con hombre que encarna la belleza masculina en las formas esculturales de un Apolo. Ni tenía la gracia gentil y seductora del paje, del Querubín del Matrimonio de Figaro. No era alto y fuerte como Hércules; ni tenía la apariencia vigorosa de luchador romano. Era su estatura mediana apenas; su rostro atezado, revelaba un si es no es de energía oculta, de persistencia en los propósitos, aún cuando no fuera lo que ordinariamente se llama «un carácter», ni cosa parecida. Tampoco poseía uno de esos talentos brillantes que mantienen en suspenso á un auditorio, con charla prodigiosa; tenía buen juicio, y suma discreción, tacto para tratar á las mujeres, para adivinar su estado moral, para comprender la oportunidad de hablarlas en circunstancias en que una palabra suya cayera en terreno apropiado.

«*Sabía llegar a tiempo*», como él decía en lenguaje vulgar á sus amigos. «En amor más vale llegar á tiempo que ser convidado». Es sentido especial de adivinación que ciertos hombres poseen y aplican con seguridad y sangre fría pasmosas. Sabía esperar, y sabía llegar á la hora oportuna—á esa hora en que las mujeres puras también caen. Aldana, otro gran calavera, pero de diversa índole, pues prefería las mujeres fáciles y las de medio pelo, huyendo siempre de las damas de alta sociedad que acarrean compromisos y esclavizan, tenía para el juego dón especial de sugestión que sus amigos le envidiaban y uno de ellos formulaba en esta frase sibilina: «A Javier Aldana, cuando

juega, no se le escapa nadie, *nadie se le arranca...»* Y así era en realidad, pues cuando tallaba una mesa de bacarat, los gananciosos no se atrevían á pararse de la mesa á *embuchar* las ganancias; su mirada les perseguía y les dominaba hasta que rayaba el alba y había tenido tiempo de recuperar lo perdido: era como el magnetismo de sus ojos negros. Sandoval tenía dón parecido en materia de mujeres; sus ojos penetraban en el alma femenina y dejaban siempre algo en ella; recuerdo, impresión, sugestion, que si él quería y la ocasión se presentaba, pudiera convertirse en germen de sentimientos tiernos, en semilla de amor. Y aún las que le miraban en menos o murmuraban de él, solían guardar, sin advertirlo, la picadura del aguijón misterioso. Por otra parte, era prudente y sabía que cada mujer tiene su tipo especial de hombre, fuera del cual no sentirá jamás las fuertes impresiones amorosas que obligan á saltar todas las vallas ó á romper todas las puertas que le impiden arrojarse en brazos de un hombre. Con apariencias ardientes que perturbaban á las mujeres, dando á su palabra, en ciertos instantes, entonaciones apasionadas y cálidas, con desbordes de volcán en ebullición, era, sin embargo, Sandoval, hombre de alma fría, casi helada, calculadora siempre. Pero su temperamento y su imaginación tenían exceso de savia y de vida que necesitaban desfogarse en oleajes de pasión, en brazos de mujeres; en estallidos frenéticos ocultos á los ojos de la gente. De ordinario, no le tenían por hombre peligroso, á pesar de cuanto de él se dijera. Más tarde, cuando los registros de Policía pusieron en manos de los esbirros multitud de cartas de amor halladas entre sus papeles, el descubridor quedó lelo al ver cuántas grandes damas de quienes jamás se había murmurado, figuraban en tal correspondencia con papeles compro-

metedores y epístolas incendiarias. Las cartas de Anita Escobedo á Sandoval, caídas en manos poco escrupulosas, fueron el resorte mediante el cual hubo de pasar el marido al campo de Gobierno. Sólo fueron de vueltas una vez conseguida la adhesión deseada.

Sandoval fumaba un cigarrillo egipcio de los que comenzaban á estar de moda entre la juventud elegante. No le era posible trabajar, á pesar de que un escrito urgente para el juzgado le apremiaba. Acababa de cerrar su puerta á la clientela. Tenía la cabeza confusa, el ceño fruncido. Vió que uno de sus calcetines de seda acababa de romperse y esto le produjo desagrado. Pero la seda—por asociación de ideas— le hizo pensar enl a mujer que le traía preocupado y displicente, en Elisa. Vió surgir su imagen encantadora, vestida con elegancia exquisita; la vió andar con la gracia majestuosa que hacía volverse á los hombres en la calle cuando la encontraban, contemplándola con ojos de deseo. La plenitud de sus líneas, en las cuales se unían la finura irreprochable del talle con lo mórbido de sus caderas, dábale corte de distinción y de señorío insuperables. Sentía la superior á las demas mujeres, más alta, más inaccesible, más bella, de aristocracia de raza que no podrían igualar las líneas vulgares de advenedizas que pretendían, con caudales, eclipsar á las demás señoras en fiestas y teatros. Ese dón señorial lo poseía ella como nadie:—con sólo verla, sin conocer su nombre, ya se sabía quién era Elisa. Pensó en ella largamente, con fuerza de ensueño y de deseo que jamás sintiera hasta ese punto, y fué tan palpitante la visión, tan exacta la reproducción de belleza milagrosa, que sintió abrasada su frente en fiebre desconocida, en ansia nueva. Mas, al mismo tiempo, por vez primera, sentíase intimidado en presencia de una mujer que codiciara; hallóla muy alta, lejana, inacce-

sible;—sintió escalofríos del desaliento, él, que tenía como principio no dudar de su poder sobre el espíritu femenino. La veía, la adoraba, extendía sus brazos hácia ella con la fuerza poderosa del deseo, y la miraba alejarse, impalpable, inalcanzable y lejana. Siempre le atrajeron las mujeres por despuntes de vicio, ésta le enloquecía por su divina santidad:—veíala en altares. Pero le arredraba, como profanación, el anhelo de sus caricias. Sandoval nunca había tenido escrúpulos en materia de mujeres ni de amores, y ésta se los creaba con el nimbo de virtudes y de pureza. Siempre estaba dispuesto á aceptar, como cosa indiscutible, las calumnias ó chismes que de ordinario circulan en toda sociedad. Sabía que las mujeres están expuestas á tentaciones de las cuales no siempre salen victoriosas, dejando jirones de carne y de sangre entre las zarzas del camino, junto con la blanca lana. Pero, mirando dentro de sí, veía con sorpresa que nada de cuanto se hubiera murmurado respecto de Elisa le parecía verosímil ó posible; ya la ponía en la situación inaccesible y única en que los amantes colocan á las amadas.

Resonó el timbre eléctrico y entró la sirviente á decirle que un caballero quería hablarle.

—«Di que no estoy...»

—«Es el señor Javier Aldana...»

—«Que pase adelante...»

Y sintió que el corazón le palpitaba fuertemente, de manera nueva, de la cual creía haber perdido la costumbre años atrás. Era una especie de ansiedad deliciosa;—había bastado el solo nombre de persona ligada á la mujer que amaba para que tan impensado fenómeno moral se produjera... Iba á estar cerca de *alguien* que vivía con ella y esto lo acercaba á ella.

Javier entró con sombrero echado atrás, según su

costumbre, haciendo molinetes con el bastón de caña de India.

—«Es terrible esto de ser hombre público, personaje importante como yo, hijito... Desde que soi diputado suplente no respiro ni de broma... Ahora comprendo lo que le oí decir á la señora de un coronel que volvía victorioso de la campaña del Perú. Abrumábanla á paseos, á fiestas, á comidas... ya no sabía qué hacerse para descansar. Entonces tuvo esta frase sublime: —«No hay nada más terrible que ser mujer pública...» de un hombre público quería decir la infeliz».

«Tengo que ir á la Cámara, á uno de esos debates feroces en que estamos metidos... ¡vaya con el lío terrible, hombre, vaya!... De aquí no nos sacan ni con diez yuntas de bueyes. Balmaceda firme en no ceder; yo no sé lo que le pasa con este Ministerio. Quiere mantenerlo, guardándole como hueso de santo. Si tuviera un poco menos de vanidad, ya estaríamos del otro lado. Al fin y al cabo las mayorías tienen que gobernar, y así lo hemos practicado desde hace ochenta años...

«En fin, yo no tengo para qué meterme en estos asuntos, pero creo que el Presidente debería ceder... Pero lo que más me interesa en este momento es mi pleito con mi vecino Ampuero...»

—«Estas cuestiones de aguas son el caballo de batalla de los agricultores», le dijo Sandoval.

—«Pero si son nuestra vida, aquí donde las lluvias son tan irregulares y los terrenos se riegan con canales hechos por el hombre... Yo viviría muy tranquilo sin el tal Ampuero, que tiene su fundillo de mala muerte, regado con el agua que me roba, aprovechando lo difícil de la vigilancia en fundo de mil quinientas cuadras. El muy bribón se vale también de sus relacio-

nes con el Gobernador, y como es gobiernista y en todas las elecciones entrega sus votos al Gobierno, éste, en cambio, le ayuda en los nombramientos de juez de aguas y le facilita la fuerza pública. Y ahí tienes al hombre que me vuelve loco: rompe cercas, introduce animales en el fundo, me roba el agua,.. y la policía, sorda y muda. El día menos pensado le rompo la crisma, y ahí tienes cómo tu amigo Aldana podrá parar en la cárcel pública, con fuero y todo. ¿Se hicieron ya las notificaciones del escrito de demanda?»

—«Estas tramitaciones de querella de obra nueva son difíciles. Ampuero se hace humo para las notificaciones... Cuando le buscan en el fundo, dice que está en Santiago, y cuando lo hacen aquí, resulta en el fundo. Ese hombre es una anguila... pero no tengas cuidado que ya le cazaremos con *loro*».

Sandoval se manifestaba visiblemente obsequioso con Javier Aldana. Quería servirle como si con esto diera gran paso en su futura empresa. Deseaba estar bien con su amigo, atraérselo blandamente, suavemente, como lo hiciera antes con otros en el mismo caso. A eso llamaba «emborrachar la perdiz». Eran antiguos amigos y más de una vez habían ido juntos á picos pardos. Conocíanse con la intimidad especial que trae la convivencia en partidas alegres. Ambos formaban parte de un círculo que solía reunirse en casa de muchachas equívocas, á quienes visitaban como si se tratara de damas de alta sociedad, asistiendo á sus comidas de frac. Ahora Sandoval se preparaba para la nueva empresa.

—«¿Un cigarro?» exclamó, pasándole la caja abierta.

El otro le cogió dándole vueltas entre los dedos con satisfacciones de conocedor.

—«Los Cabañas no son malos;... serían mi perdición si Balmaceda me enviara una caja de cigarros

de estos. A mí podrían comprarme con nicotina;... á otros como tú, invitándoles en compañía de una buenamoza, picarón».

No acertaba á darse cuenta de la ironía enorme de su frase aplicada al hombre que comenzaba á cortejar á su mujer.

—«Vente á comer á casa», agregó, y dándole una palmada en el hombro, cogió su bastón y su sombrero, saliendo con el paso desganado y largo que le era peculiar.

Sandoval despachó algunos escritos urgentes y salió en dirección á los Tribunales de Justicia. Después de recorrer las secretarías oscuras y sucias, de ver si se habían ejecutado algunos trámites indispensables y urgentes, y de hablar con receptores, salió por pasillos estrechos y húmedos, junto á bancas en que suelen sentarse jureros profesionales y tinterillos de oficio que explotan á infelices caídos en sus garras. Contestó, de mala gana, el saludo de tales personajes equívocos. La profesión de abogado no le agradaba, pero debía someterse á ella como á fuente principal de recursos. Un Sandoval no podría ser médico, cosa para gente inferior, según su criterio; la ingeniería no le agradaba, pues jamás le entraron las matemáticas. En tales condiciones, había optado por las leyes. Y la necesidad de someterse á trabajo deprimente, de alternar con receptores y gente de mala traza, haciendo antesala para pruebas ó para solicitar audiencia de jueces, el verse continuamente envuelto en cuestiones enojosas con gente de mala fe, con arbitristas de varia especie, con individuos que negaban su firma ó robaban expedientes ó sustraían documentos agregados en autos, todo le causaba desazón íntima por el contraste entre semejantes tareas y la imagen de mujer que comenzaba á cristalizarse en el fondo mismo de su alma.

¡Cómo se le hacía pesada la vida al levantar los ojos de sus expedientes y ver pasar por ellos la imagen de Elisa, radiante de belleza, única entre todas las mujeres; y luego, por esfuerzo poderoso de voluntad, debía sumirse de nuevo en los escritos y en el papel sellado. Había que hacer una notificación ó pedir copias. Y así, arrastrado por la prosa de la vida, duramente, seguiría empequeñecido ante sus propios ojos, sintiéndose indigno de la mujer amada. ¡Ah! por qué no la había conocido antes, cuando soltera... quizá hubieran sido felices. Sentía cómo la habría adorado, cuidando hasta los más mínimos detalles de su existencia para hacérsela llevadera. Por las tardes hubieran salido siempre juntos, del brazo, como lo hacían entonces las personas casadas. Veía las habitaciones suntuosas y Elisa en ellas. Lo raro era que no podía figurársela sino rodeada de elegancia, como ahora se encontraba, con los mismos atractivos y encantos, el mismo lujo, coches, trajes y joyas, sin pararse á considerar que casada con él, acaso hubiera pasado por crisis de pobreza que modificara su vida y hasta su físico. ¡Ah! si Elisa se hubiera presentado en su camino antes, la suerte hubiera sido bien diversa... las horas hubieran pasado rápidas, sin los instantes de *spleen* amargo que le hacían despreciar la vida. Le hubiera tocado el piano—así la veía—y con esto recordaba haberla encontrado en los últimos tiempos, junto al teclado abierto y blanco á la manera de una dentadura que saliese de la caja negra de caoba. Del instrumento colgaba un mantón de Manila bordado en colores, con larga y elegante flecadura que caía de la tapa levantada. La joven apoyaba en el piano sus largos brazos de nieve. Imaginábase que siempre la encontraría en la misma actitud romántica, rodeada de mesitas sobre las cuales hubiera monos de porce-

lana de Sajonia y vasos con flores, de largos talles como cálices de cristal cortado.

Sentía vivísima impaciencia, como siempre que habría de ver á Elisa. Todo nervioso, fué á las cinco á los remates de caballos que entonces se hacían en la Secretaría del Club Hípico, en donde se encontraba con algunos sportsmen conocidos, entre ellos Javier Silva y Julio Rosales. Ambos habían visitado previamente los animales por la mañana; sabían cuáles se hallaban en buenas condiciones de preparación ó de *training*, como ya comenzaba á decirse. Dábanle aviso de los «batatazos» posibles y de la condición de animales y jinetes.

Juntos se encaminaron al Club Jimnástico, en el cual se reunía la juventud dorada de entonces. En una de las salas practicaba esgrima Sandoval todas las mañanas en compañía de Lajara, Aldana, Rosales y otros. Por la tarde se reunían en torno de una mesa, en la cantina, los muchachos conocidos que más tarde habrían de figurar en primera fila social, en política y en letras. Bebíase champaña y se fumaba cigarros habanos de subido precio. Pocos eran los que como Aldana y Rosales tenían caudales que derrochar, pero todos figuraban en el grupo de tono y gastaban á la par, tuviesen ó no tuvieran fortuna. Era una juventud alegre y generosa que prodigaba su sangre y su vida, sin contarla, resueltos á luchar todos en contra del Gobierno monopolizador de empleos,—ellos que no tenían en donde caerse muertos, —capaces de todas las locuras, así como de todas las generosidades.

En una mesilla charlaban Aldana y Ortiz.

—«Yo que estoy recién llegado del extranjero—decía el médico—puedo juzgar estas cosas políticas con mayor imparcialidad que ustedes, en medio del

fuego y que movidos por los ardores de la lucha, no se paran á mirar lo que haya de justo en sus pretensiones. Á mí me parece que en el fondo hay guerra de clases. Balmaceda tiene razón, la vieja aristocracia está corrompida, las clases altas en Chile ya no sirven para nada, y si los partidos se han puesto en contra del Presidente Balmaceda es porque no quiere concederles facultad de designar el nuevo Presidente... Es Gobierno de casta corrompida y que no debe de gobernar más tiempo».

El doctor repetía, sin comprender bien su alcance, y nada más que porque se avenían con sus propios sentimientos y sinsabores pasados, las frases que oyera á Balmaceda, no hacía muchos días, en su propia casa.

Aldana le miró de hito en hito, con ojos encandilados, mirada altiva, sonrisa en los labios, burlón y desdeñoso á un mismo tiempo.

—«Bien se echa de ver, amigo, que usted ha estado largo tiempo fuera del país, y anda ya olvidado de las cosas del terruño. Recuerdo haberle oído decir á mi padre que una señora de su tiempo emprendió viaje á Europa; mas, por contrariedades imprevistas, hubo de bajarse en Talcahuano, en mitad del país... ¡oh! influencias poderosas de la imaginación! ya se le había olvidado el castellano... A usted le ha pasado otro tanto... «La aristocracia corrompida que nos gobierna...» esa es frase de Balmaceda para legitimar planes en contra de las libertades públicas. Vea usted lo que es nuestra *aristocracia corrompida*... Cuando éramos una mísera colonia española, sin instrucción pública, ni pueblo, ni riqueza, ni opinión que nos moviera, ¿quiere usted decirme quién le dió á Chile independencia, quién organizó los primeros ejércitos llevándolos al combate, para convertirse en nación

libre y soberana? Pues, hombre, fué la aristocracia corrompida. De ella salieron nuestros héroes, nuestros estadistas, los fundadores de la República, los que crearon la primera escuadra nacional, llevando nuestras armas al Perú con la Expedición Libertadora... ¿Quiénes establecieron la representación constitucional, implantaron las primeras escuelas y colegios públicos? ¿Quiénes fundaron la hacienda en forma seria y honrada, con escrupuloso manejo de los fondos nacionales? ¿Quiénes emprendieron la campaña en contra del general Santa Cruz y de la confederación Perú-Boliviana, con los recursos ordinarios de la nación, sino los de esa aristocracia corrompida? ¿Quiénes han gobernado á Chile con las rentas más exiguas que jamás se hubiera visto durante un siglo entero, dándole administración famosa en América por sus escrúpulos en el manejo de caudales públicos? ¿Quieres decirme de dónde salió la oficialidad de los regimientos que alcanzaron las victorias de la guerra del Pacífico? Pues de «la aristocracia corrompida». En días de batalla casi todos los hogares de Santiago se enlutaban por la muerte de alguno de sus miembros, por la herida del padre ó del hermano. Hubo un jefe de cuerpo que vió morir á todos sus hijos en el campo de batalla; hubo familias que perdieron á varios. Los *futres* de nuestra sociedad elegante colgaron los fraques y se quitaron las corbatas blancas para coger el fusil y empuñar la espada de combate, acudiendo á la vida de campaña, en la cual no siempre se comía, ni se bebía en las marchas fatigosas del desierto, cogiendo fiebres palúdicas que arrebataron la vida á muchos jóvenes de nuestras primeras familias. ¿No recuerdas que hace dos años tú mismo formabas parte de una ambulancia, durante la epidemia del cólera en Santiago? Pues entre los muchachos que

recibían enfermos y les llevaban en hombros, ó recibían sus vómitos con peligro de contagio, ¿no viste á toda la juventud santiaguina? Ahí tenías un grupo de muchachos dispuestos á morir por la humanidad, abnegadamente, sin recompensas, ni glorias. Y si mañana llega otra guerra, si tenemos que tomar las armas para defender nuestra Constitución y las leyes que nos legaron nuestros padres, y que debemos devolver intactas, como herencia, á nuestros hijos, no tengas la menor duda de que esos mismos jóvenes sabrán morir en los campos de batalla, ó en las calles, enfrente de las barricadas... Esa es la «aristocracia corrompida»... ¡pero, hombre, semejantes frases no se han hecho para hombres de talento, como tú...»

Ortiz era sincero, jamás, por motivo alguno disimulaba impresiones; por lo tanto, se inclinó en silencio, admirando el fuego y la claridad de raciocinio de Aldana, sin comprender cómo un hombre de tan buenas partes, de inteligencia excepcionalmente clara, voluntad firme, imaginación y honradez, pudiera entregarse á vida de calaveradas y locuras.

—«Tienes razón—le dijo con hidalga franqueza—acaso yo me haya dejado influenciar por sucesos extraños, quien sabe si por vanidad ó por egoísmo... Quizá miro las cosas de ese modo, porque yo he sido desdeñado y mirado en menos por carecer de nombre y familia conocidos como tú...»

—«No seas tonto—interrumpió Aldana con la espontánea franqueza que le hacía simpático—aún en sus peores locuras.—No seas tonto, si no eres ni más ni menos que cualquiera de nosotros. Eres inteligente y tienes alma noble y bien puesta que vale un Perú... de los antiguos tiempos. No necesitas armas ni pergaminos... Mejor así, que serás hombre de provecho, en vez de ricacho inútil como yo, que he nacido bueno

para todo y que no sirvo para cosa mayor. Ahora trabajas con éxito, en todas partes te reciben bien, te consideran y te respetan. ¿Qué más quieres? Si pretendes casarte con la hija del Rey... puede ser que te la otorguen... ¿Qué mejor? No debes tragar bilis buscando manchas y tachas á los que sólo quieren la integridad de nuestra Constitución y de las libertades públicas; pero veo que gasto un tonillo altisonante bastante ridículo. No lo tomes en cuenta, que al cabo, cuanto digo es verdad, Ortiz; tú no debes emplear el lenguaje de los *siúticos* despechados porque no tienen maneras, ni inteligencia, ni fortuna, ni saber, ni figura, ni educación, y pretenden figurar y que les den la mano de la hija del Rey, y como no la alcanzan, y se la niegan porque ellos huelen mal, declaran que el Gobierno está en manos de una «aristocracia corrompida». Balmaceda, que es muy habiloso, aprovecha esas ingenuidades del medio pelo en beneficio de su causa.»

—«Balmaceda es honrado... es gran personalidad».

—«Pues lo creo... solamente los periodistas cursis hablan en contra de sus dotes de caballero... Si Balmaceda también pertenece, aunque se le haya olvidado, á la «aristocracia corrompida». Balmaceda es hombre de grandes dotes de inteligencia, es honrado, caballeroso, tiene amor á su país, á su manera... pero... con todo su patriotismo, que considero turbado, anda ciego al pretender concentrar en sí, en la Presidencia de la República, toda la suma del poder público... Eso sería la dictadura, y en contra de eso lucha el Congreso...»

Ortiz meditaba en que el calor de los ánimos, el fuego de los espíritus había llegado á tal punto que no podía charlar sencillamente, en el Club, sin que la conversación recayese, por angas ó por mangas, en

lo candente de la política, de tal manera comenzaba á caldearse ya la atmósfera en Chile.

Julio Rosales se acercó, poniendo la mano en el hombro de Javier Aldana. —«¿Sabes la noticia, hombre? Lord Jackson está enfermo, ya no tomará parte en las próximas carreras; estamos fritos.»—«¿Cómo lo sabes?»—«Vengo del corral...»

Aldana se puso de pie, vivamente preocupado. Así era; cosas insignificantes y frivolidades ocupaban casi tanto su ánimo como graves asuntos. Ortiz no se paraba á considerar que la humanidad tiene intereses y pasiones que la mueven, de importancia varia según el momento y la hora, el estado de ánimo de cada cual, sus expectativas ó sus esperanzas. No sólo se ha de ocupar la sociedad en política, sino en negocios, enfermedades, intereses y chismes. Y mientras el Doctor cortaba el ala de pollo con su cuchillo, después que Aldana se hubo despedido, notó que en una mesilla á su espalda se sentaban Jenaro Saldías con Carlos San Juan; habían bebido ya bastantes copas y tenían el propósito de continuar en su tarea. Estaban en el momento clásico de las confidencias, después de haberse jurado eterno cariño y fraternidad hasta la muerte, llamándose el uno al otro «hermanito». Mientras el camarero hacía saltar el corcho de una botella de champaña, comenzaron las charlas íntimas sobre materias amorosas.

San Juan se las daba en ese instante de Tenorio, repitiendo una y otra vez que con las mujeres se necesitaba audacia, audacia y más audacia. La virtud femenina era cosa de ocasión, de momento oportuno, y de saberse dejar caer. Luego refirió varias anécdotas suyas en las cuales se veía claramente que algunas mujeres interesantes no habían podido resistirle, y que al fin habían cedido enloquecidas por él.

Saldías le escuchaba con visible envidia, creyéndole cuanto le refería; y el otro, para más seguridad, acumulaba detalles. —«Fué una tarde á la hora de la siesta, mientras su marido recorría potreros... Llevaba vestido azul, muy suelto, como de espumilla, con lazos del mismo calor y medias oscuras de seda». El otro, si hubiera estado con su cabeza firme, habría visto que se trataba de una sarta de disparates y mentiras, pues ninguna mujer anda en el campo, de diario, con traje de espumilla y medias de seda, á la hora en que el calor aprieta; pero Saldías estaba en esos instantes de credulidad en que vamos dispuestos á ver volar los bueyes. San Juan daba á entender, sin nombrarlas, que muchas mujeres habían tenido historias. También cruzaron nombres... y de repente, escuchó Ortiz, sin quererlo, el de Elisa Orbegoso. —«Francamente — murmuró Saldías — yo creía que nunca se había hablado de esa;... la tenía por mujer honrada y muy seria.—Psh... ¿y que no habías oído sus enredos con Mario Sandoval? Pero si eso es del dominio público, hombre; si no hay perro ni gato que lo ignore en Santiago, hasta los que vienen llegando de provincia te lo cuentan con pelos y señales... Es cosa del dominio público, como las plazas y las riberas del mar...»

Ortiz escuchaba indignado semejantes murmuraciones, de las cuales no salía bien parado el nombre de ninguna dama, por respetable que fuese; todas tenían líos, todas engañaban á sus maridos, todas estaban dispuestas á saltar por el atajo. Las reputaciones salían hechas añicos de los labios de aquellos desvergonzados, que habían convertido su mesa, en mesa de disección, hundiendo agudos bisturíes en el cuerpo de las víctimas. ¿Qué fundamento tenían semejantes acusaciones? El de una charla callejera;

el haberles visto juntos alguna vez en sitio público, donde las señoras se juntan con cualquier caballero que se les acerque; el de haber oído que... «Sandoval no sale de casa de Aldana... en el teatro siempre visita su palco; en cuanto sale Javier á fumar un cigarro, entra Mario». «Hombre, yo creo que los maridos no deberían fumar en el teatro:... se exponen á que se los fumen» —«A pesar de todo, yo no lo creo de ella, tú no sabes lo rígidos que son en esa casa de Orbegoso; si son muy beatos, el viejo no sale de la iglesia».—«Pues, los beatos suelen ser los peores».

Los dos jóvenes prosiguieron su charla, llena de murmuraciones infames y sembrada de rumores calumniosos. Ortiz sentía dentro del cuerpo que la indignación le bullía; de buena gana hubiera dado bofetones á ese par de imbéciles que vomitaban chismes callejeros con la seriedad con que se comenta asuntos religiosos en los templos, en día de sermón, pero temió el escándalo. Y luego se sumió en honda melancolía, pensando que la baba de aquellos deslenguados llegaba hasta una de las mujeres más puras que hubiese encontrado en su camino, hasta una de las almas nobles y santas. Nada se escapaba á las murmuraciones; el armiño habría de manchar su blanca vestidura. Y pensó en que el mundo está lleno de vanidades y de calumnias, de hombres dispuestos á juzgar mal de las mujeres, para ver si con semejantes murmuraciones, que hacen pasar como artículos de fe, consiguen corromper á otras, y seducir á las que topan en su camino con el ejemplo de las que ya se han entregado. Mas, de repente, surgió en su ánimo la idea de si tendrían razón, si en realidad Elisa amaría á otro hombre—y sintió la garra aguda de una tenaza que le cogiera entre sus dientes. Pero eso no podía ser, no podía ser. Al mismo tiempo sentía odio

profundo en contra de Sandoval, que con su actitud se prestaba á que se murmurase de aquella noble y santa mujer. No, Elisa no podía caer... jamás lo creería, aunque se lo jurasen de rodillas. Pero Ortiz quedó turbado, y se sorprendió, de súbito, en actitud devota delante de la mujer que tanto había querido en los tiempos de su primera juventud; esto le inquietó, levantando en su alma tumulto de pasiones encontradas. No quería quererla, temía quererla, sabiendo que sería siempre la mujer de un solo hombre, esclava del deber, santa que castigaría con cilicios de renunciación las ilusiones fugaces de su alma, las incontenibles aspiraciones á la felicidad que sienten los seres poi fuerza inevitable y dominadora. El mundo le causaba honda tristeza al pobre doctor Ortiz, que guardaba en su vida interior inmensa fuerza de ingenua confianza, á pesar de arranques malhumorados de aparente cinismo...

Delante de la casa de Aldana, estacionaban varios carruajes de lujo que fueron partiendo vacíos, unos en pos de otros. Era Viernes, día en que solían irse á comer algunas personas amigas. El cupé americano de Ortiz se detuvo un momento, dando paso al Doctor, que penetró al jardín de la hermosa y elegante casa de estilo inglés. A medida que sus pasos hacían crujir la blanca arenilla de concha de los caminos, entre árboles bien cuidados y plantas raras y costosas que señalaban las preocupaciones de elegancia y de lujo de sus dueños, iba Ortiz meditando en lo que acababa de oir en el Club de Esgrima; la cólera le azotaba el rostro. ¿Por qué no les había dado un par de mojicones, como fué su intención primera? Acaso el temor al escándalo, á que los otros se desdijesen, corriéndose los motivos del incidente para empeorar todavía más el caso. La mancha de aceite podría extenderse demasia-

do. Ahora, con entera sangre fría, se convencía de que todo aquello no era, no podía ser, sino calumnia. Y así era en efecto; la sociedad mezcla unas cuantas historias de escándalos verdaderos, con mil otras de asuntos que sólo han existido en la imaginación de algún envidioso ó de algún malévolo. Los verdaderos culpables se apresuran á repetir historias que conceptúan falsas, á todas luces, con el propósito de disimular de esa manera los enredos propios. El corazón saltaba dentro del pecho al doctor cuando penetró á la casa de Javier Aldana, y vió abrirse la puerta de grandes cristales del vestíbulo, y pisó el *parquet* de madera de haya que formaba complicados y lujosos arabescos. Desde la puerta, partía la alfombra espesa que apagaba las pisadas. Por todas partes, muebles ingleses, mesitas con floreros de metal que contenían una ó dos flores, y monos de porcelana de Copenhague ó Sajonia, bandejas de plaqué cubiertas de tarjetas, estatuas, paños ingleses calados, y muebles de estilo Missión, sillones Morris. Todo era cómodo todo confortable y nuevo, sin ese sello horrible de improvisación que desluce lo bello. Veíase comodidad, sin rebuscamiento de elegancia, y eso solo ya daba el sello particular de buen gusto sobrio y de tono severo, en el cual ningún detalle había sido olvidado. Esa era la casa en donde vivía la mujer que Ortiz adoró en su juventud. Experimentaba sentimiento de religiosidad, mirando á lo pasado, en donde parecía aquella imagen de mujer con gesto de diosa dominadora. Y al mismo tiempo se desmayaba en el fondo de su ser algo de melancolía, pensando que acaso hubiera podido quererle. Sin las preocupaciones de raza que la embargaban, habrían sido tan felices;... mientras que ahora, la pobre debía sufrir la desilusión de una vida muerta, desflorada, con los enga-

ños de Javier y sus traiciones que necesariamente debería conocer Elisa. Ortiz suspiró, penetrando con lento paso en el vestíbulo. Ella salía á su encuentro, vestida de blanco, traje que permitía ver, en todo su esplendor, las líneas finísimas y llenas de su cuerpo que se mantenía siempre esbelto y delgado como en tiempos ya lejanos de soltera. Esas líneas indecisas, de vaguedad tenue, flexible, no podían ser confundidas con otras, y bastó su simple vista para que Ortiz comprendiera que era la misma de antaño, en toda su fuerza. Sus ojos surcados de ojeras muy castas de santo sufrimiento disimulado, tenían expresión grave, como si hubiera madurado con las enseñanzas de la vida. Le alargó sus manos con sonrisa afectuosa, en los labios, en los ojos, en el hoyuelo de su mejilla;—era sonrisa de las mujeres que nada tienen que reprocharse. Y ese perfume de santidad hizo experimentar á Samuel Ortiz un júbilo, una alegría inesperada, como si le hubieran levantado del pecho la montaña que le oprimiera. Así reconocemos en ciertos instantes de la vida el eco de una música en la cual vibraron nuestras almas en épocas remotas, y sentimos renacer en infinita renovación del ánimo esa misma delicada emoción del tiempo viejo con su exquisita y fugaz melancolía.

Las cortinas de *moirée*, pendientes de barras de bronce, parecieron estremecerse para dar paso al doctor que se sentía invadido por la misma deliciosa inquietud experimentada cuando conociera á Elisa. Y al notar que le palpitaba nuevamente el corazón como en tiempos de joven, experimentó una alegría inesperada:—era la sorpresa de algo nuevo, de horizontes que se abrían, de renovada juventud. Con rápida mirada se dió cuenta de la gente del salón. Eran personas conocidas, del mismo grupo que en todas partes apa-

rece reunido, de los que figuran en listas de comidas y de bailes, en *garden parties*, ó escondidos en el fondo de los palcos. Allí estaba Gallter con cabeza rubia y monóculo enclavado en el ojo, el pelo liso, en grandes ondas que caían sobre su frente, elegantísimo y cuidado en el vestir—que era la ocupación principal de su vida—el frac bien cortado ceñía su cuerpo como si llevara corsé. Estaba sentado junto á unas señoras, entre las cuales Anita Escobedo.

—«Ya no se puede salir en Santiago — decía ésta—sin que uno corra peligro de toparse, en el Teatro, ó en paseos, *con esas damas*, vamos, con esas señoras de nombres raros... cuando los tienen... *demi-mondaines*, más ó menos elegantes, que vienen á conquistarnos á nuestros maridos. ¡Se visten con un lujo y una insolencia!... van casi tan elegantes como las señoras. Si esto sigue así, no sé qué será de nuestros hijos».

—«¿Qué edad tiene el suyo, señora?» preguntó Gallter.

—«Cuatro años cumplidos...»

—«Nos queda tiempo para temblar por él», exclamó Dorotea Escalante.

—«Pero los niños de estos tiempos son adelantados, fuman a los cinco años, se enamoran y pololean á los diez...»

—«Y concluirán por divorciarse á los quince...»

—«Será ese el primer acto de cordura...»

—«La muela del juicio sale tarde...» observó Aldana.

—«¿Que ya le ha salido á usted?» preguntó Dorotea.

Ortiz sonreía; era la misma sociedad de antaño, igualmente alegre, despreocupada y frívola; mujeres muy elegantes que se miraban unas á otras, á hurtadillas, detallándose con cuidado, conocedoras en materia de trapos y de cintas, de brillantes y de rubies, que se tasaban con miradas de joyero».

—«¿Dónde compraste estas perlas?» preguntaba Anita Escobedo á Dorotea.

—«Mi marido las encargó á París, al Palais Royal, donde Gorichon».

—«Tienes un marido ideal, hijita...»

—«Más vale que sea mi marido y no... un amigo, como suele verse en Europa. No estamos tan adelantadas, á pesar de que en las Cámaras nos proponen de modelo grandes países de viejas civilizaciones».

El Encargado de Negocios de Suecia avanzó hasta las señoras. —«Me creo en el deber de defender á Europa, señoras. La civilización nada ha inventado de nuevo. Cuando visiten ustedes las ruinas de Pompeya y Herculano, verán que ya nuestros tatarabuelos, griegos y romanos, conocían cuanto hay que saber... estaban muy adelantados... eran deliciosamente corrompidos».

—«*Shocking*...» dijo Carmela.

—«Me gusta el nuevo portaestandarte de la moral al uso y de la mística á la moda», murmuró á media voz Antonio Maltrana.

El piano estaba abierto, junto á las columnas que separaban el primer salón del segundo, y la blanca dentadura de las teclas resaltaba sobre la caja negra. Una mano delicada se paseaba formando escalas caprichosas, mientras Elisa charlaba con Sandoval, mirándole con esa especie de lánguida distracción que era una de sus características desde hacía tiempo. Junto con ver el cuadro, sintió Ortiz que despertaban en su alma las aprensiones vagas que hiciera nacer la conversación recientemente oída en el Club, y en la cual tan mal parada habían dejado á Elisa. Las calumnias siempre dejan algo: por eso, acaso, sintió en su alma el doctor una especie de contracción dolorosa, y se puso en acecho, pero nada vió en la ac-

titud de la joven que pudiera fortalecer las insinuaciones de aquel muchacho de Club. Elisa permanecía seria, con gravedad extraordinaria. No era la suya fisonomía de mujer que se empeña en agradar, en seducir, en perturbar á un hombre. La actitud de Sandoval tampoco se prestaba á comentarios; era sencilla, correcta, indiferente, aún cuando en sus ojos se notara cierto brillo que los hacía relucir, contrastando con lo pálido de la frente y lo negro de la barba.

Era que había comprendido á la mujer delante de la cual se hallaba. No podía tratar á Elisa como á cualquiera de las conquistas hechas al pasar, en giros de vals, ó en conversaciones ligeras de salón, con alegres vapores de champaña en la cabeza; no pertenecía á esa categoría de mujeres á las cuales un hombre puede hacer insinuaciones de simpatías ó de ternura en instantes de abandono. No era de esas con las cuales siquiera se puede tratar el tema siempre peligroso del amor, ni tampoco era dable dirigirse, en ella, á las suavidades escondidas que todas las mujeres guardan, esperando la llegada del hombre que pueda tocar la nota desconocida con mano delicada. Sandoval tenía mucho tacto, acaso era su habilidad más importante. En la clase de esgrima no figuraba entre las primeras espadas, pero en los asaltos era temible, pues sabía esperar ese momento de cansancio en los hábiles, el minuto en que los más firmes se descubren, la vacilación imperceptible del sér en que los más valientes y animosos saben perder el contacto. Hay en esgrima una adivinación milagrosa y sugestiva, según la cual, aún antes de que la espada contraria se desprenda, ya sabemos adonde irá dirigido el golpe. Semejante dón lo poseía Sandoval, y su tacto, aplicado á las cosas ordinarias de la vida, le había llevado muchas veces al buen éxito. Con Elisa se doblegaba

se encubría, abandonaba la sonrisa atrayente, su actitud se hacía reservada, como poniéndose al diapasón en que creía sentir el alma de su amiga.

Y Elisa, con sorpresa, esperaba ver á Mario Sandoval en actitud de galán joven, según las crónicas le presentaban, y le hallaba correcto y frío, sin pretensiones, sin *pose*, sin actitudes de falso conquistador, sin frases equívocas ó de gusto dudoso, como ella recordaba con otras damas á quienes hacía abiertamente la corte. Le causaba sorpresa tal que no volvía en sí. O bien ese hombre se había transformado ó era persona distinta de lo que se había figurado ella. Junto con esto, aún cuando no lo confesara, le habría agradado que Mario le dirigiera cumplidos de mal tono, indirectas de las que suelen acostumbrar los hombres que cortejan, alguna insinuación siquiera vaga, para ponerlo en su lugar y manifestarle lo que ella era, el temple de su alma. Hubiera querido hacerle ver el fondo de su espíritu, en una de esas súbitas revelaciones que arrastran á un hombre, le conmueven y le llevan á nueva vida. «Vea usted que yo no soy como todas». Pero el joven no daba paso que no estuviera en perfecta consonancia con el sentimiento de hondo respeto,—que únicamente ella parecía inspirarle.

—«¿Qué ha hecho usted este tiempo?»

—«Vivo retirado, trabajando—contestó Sandoval.—Al fin es lo mejor que puedo hacer; me preparo para conquistar mi independencia, ganando algún dinero. No quiere decir que yo sea aficionado á la plata, no; pero pienso, con un gran escritor francés, que el dinero es un buen servidor y un mal amo... Por eso trabajo con tesón... Además, en Chile se llega donde uno quiere con la carrera de abogado. Un amigo mío, que también es abogado, solicitó hace años el puesto de ayudante del Observatorio Astronómico».

—«Sabría mucho de Astronomía?...»

—«Ignoraba hasta los nombres de los planetas y creía, con el personaje de la zarzuela, que la Grande Osa era la mujer del Oso Mayor...»

—«Eso no me extraña», dijo Aldana que acababa de acercarse al grupo que Sandoval y su mujer formaban. «No hace mucho nombraron sub-secretario del Ministerio de Hacienda á un joven que acababa de publicar un vals titulado «El Paso de Venus» y que además era abogado, lo que confirma la teoría de que los abogados sirven para todo entre nosotros».

Sandoval reía con la risa franca que le hacía tan simpático. Y, súbitamente, se alejó de ellos acercándose á Dorotea, con quien se dirigió al otro salón, hacia la puerta del conservatorio, de alto techo de vidrio que aparecía por el fondo. Ortiz le miró con curiosidad observando la pareja con el rabillo del ojo; iba adquiriendo la interesante costumbre, tan común en sociedad, de ver sin mirar. No sabía por qué causa, pero á él se le había metido en la cabeza de que allí había algún enredo—y así era.

Y cuando hubieron quedado solos, Sandoval, poniéndose de pie ofreció el brazo á Elisa. ¿Quiere que vayamos al conservatorio un momento, mientras sirven la comida? Me dicen que usted tiene plantas nuevas...»

—«Sí, hay unas orquídeas recién llegadas», contestó la joven, pensando entre sí que algún motivo tendría su compañero para buscar semejante lugar apartado; la cosa no le parecía bien, y frunció el entrecejo, para que Sandoval tomara nota con tiempo. Dorotea y Aldana habían penetrado también y se inclinaban, en el fondo, sobre una planta, como examinándola. Sandoval les miró con curiosidad á la vez que con disimulo. Elisa, de pronto, se paró, dirigiéndose á él con la franqueza encantadora que le era propia:

—«Usted tenía que hablarme ¿no es verdad?

—«Sí, señora, pero antes tengo que pedirle una promesa. No diga palabra á nadie de lo que ahora voy á contarle, ni trate de averiguar por donde lo sé; son asuntos de tal manera graves que no pueden hacerse públicos. Voy á darle una prueba de mi cariño más sincero y hondo. En estos momentos, dos personas para usted queridas corren grave peligro:

Su marido y su padre...»

—«Hable...»

—«El Presidente ha tenido hoy conferencias con varios jefes del ejército, entre otros con el general Barbosa, Arellano y con Marzán, comandante de Cazadores, con Lopetegui, del Buin y Solo Zaldívar, del 4.º ¿Sabe usted de qué se trata? Pues nada menos que de dar un golpe de Estado, disolviendo el Congreso y tomando presos á los Diputados y Senadores de Oposición, así como á diversos miembros del poder judicial, entre otros á su padre don Santos. Han celebrado varios Consejos de Ministros en estos días y ha quedado acordado en ellos que en caso de que la Cámara de Diputados formule acusación al Ministerio, el Presidente disolverá el Congreso, tomándose presos á los congresales opositores. Balmaceda asumirá, con la Dictadura, toda la suma del poder público...»

—«¿Cómo lo sabe? preguntó ansiosamente Elisa, aferrándose de la manga del frac de Sandoval...

En ese instante Dorotea se dió vuelta, por casualidad, y vió el movimiento de la joven; una sonrisa imperceptible se dibujó en sus labios. Del gesto maquinal de su amiga había deducido una serie de hechos graves, formándose convicciones definitivas de intriga amorosa. Ya había oído varias veces murmurar de su amiga, sin dar crédito á tales chismes, y ahora

veía con sus propios ojos algo en extremo revelador... ella se había cogido de su brazo.

Sandoval bajó el tono de la voz:

—«No puedo decírselo; pero el hecho es absolutamente exacto. En la Moneda hay trajines, se sondea á los jefes militares, solicitando su concurso. Todos lo han prometido con entusiasmo, dispuestos á derramar hasta la última gota de sangre por el César. Se han repartido municiones á la tropa, acuartelándose dos de los cuerpos. Un militar que conozco, el capitán Araneda, me dijo que habían pasado una noche toledana; los soldados están durmiendo vestidos y con las armas en pabellón, listos para el primer toque de corneta. Barbosa ha recorrido los cuarteles hablando con los jefes de servicio. En casa de Julio Bañados, velan los soldados de Cazadores y todas las casas de los Ministros están custodiadas. Se ha mandado llevar ametralladoras á la Moneda, aumentándose las guardias extraordinarias. Por allí no se oye más que arrastrar de sables y un ir y venir de ordenanzas. Velásquez ha dicho al Presidente que está dispuesto á todo por él y que cuente con la fidelidad del ejército; Solo Zaldívar ha pasado el día entero haciendo revisar el armamento. Estamos sobre un volcán, amiga mía. Anoche, con motivo de la suspensión del Cobro de las Contribuciones hasta que el Ministerio caiga, hubo manifestaciones en la Plaza de Armas, con bastantes heridos... En Valparaíso, en las huelgas, han caído ya muchísimos... la ciudad parece campo de batalla. Y si Balmaceda llega á dar el golpe de Estado que prepara, es cosa segura que su marido será enviado en la *O'Higgins* á las islas dePascua, en caso de que no le manden á la Penitenciaría. Las listas de proscripción están hechas, y pronto el decreto de Disolución del Congreso y el Manifiesto que Balmaceda piensa dar al país. Ya me figuro la

sorpresa de las familias cuando la policía se presente á media noche á llevarse á padres y maridos...

«Javier es exaltado y está muy comprometido en el movimiento de Oposición, á pesar de que sólo es Diputado suplente. Se lo llevarán preso... yo sé que está en lista. Y Dios le libre de un tiro—que en estas cosas se sabe cuándo se principia pero no dónde se acaba».

Al oir las revelaciones de Sandoval, Elisa experimentó en las entrañas sensación desconocida de frío, que la sorprendía, á ella, que se juzgaba tan valiente; era algo como esos escalofríos que muchos sienten al contacto de una hoja de acero que penetra en las carnes:—algo instintivo y no razonado. El golpe la hería de manera abrumadora. Y al sentir que su corazón palpitaba en extremo grado de excitación, vino á comprender que amaba á su marido, que su antiguo cariño no se había desvanecido, á pesar de los desencantos y angustias de los últimos tiempos. A pesar de la traición presentida, casi palpada, algo de sangre y de carne los unía; seguía siendo el padre de Lisita, el hombre á quien había dado las primicias de su corazón y de su sér, el iniciador de una existencia nueva. Y vió que el corazón suele tener reservas inexploradas, desconocidas, en las almas santas de mujer. ¡Ah! y su padre caería también en la hornada sangrienta de proscripción y de terror.

—«En cuanto concluya la comida, llame á Javier y comuníquele lo que pasa, es muy grave, demasiado... Que se esconda, que huya, preparándose con tiempo á las catástrofes que vienen. Si usted quiere, esta misma noche yo podría llevarle á lugar seguro. Sobre todo, mucha reserva... Por usted, en estos momentos, estoy faltando á mi palabra...»

La última frase fué dicha por Sandoval en tono

bajo, emocionado, que sorprendió á Elisa, produciéndole turbación.

—«Gracias, Mario», le contestó, y desde ese instante sintió hacia él gratitud, afecto de intimidad más estrecha. Era un sentimiento que no sabía definirse, dulce y grato, á la vez que misterioso;—eso era una complicidad dulce, era algo que no podía revelarse. Tenía que guardar secreto, salvo en cuanto se refería á la salvación de su padre y de su marido. Y la misma seguridad de que Mario acababa de prestarle un gran servicio para con dos personas queridas—dos grandes y santos cariños,—hacía que no viese nada malo en esta nueva y discreta suavidad que se esparcía sobre su alma. ¿Cómo podría ser malo eso que servía para salvar á los suyos? Acaso contribuiría á fortificar en ella los sentimientos del deber y del sacrificio. Absolvíase, de antemano, complacientemente, de un sentimiento que juzgaba gratitud. ¿No debemos agradecer á las personas que sirven á los que amamos?

Lisita entró corriendo al invernadero, y se echó en brazos de su madre con la encantadora ligereza de los niños, con el delicioso atropellamiento de los que no ven nada más allá de las personas queridas. Sus cabellos rubios caían sobre sus hombros y en la frente tenía un cerquillo, como los de los pajes de la Edad Media, que dejaba tersa y lisa aquella su admirable frente luminosa y pensadora de niños que guardan algo del cielo. Y sin saber por qué, Mario recordó el verso de Elisa, cantado allá en los corredores de su hacienda, y lo dijo en alta voz:

—¿De dónde vienes?
¿A dónde vas?
—Vengo del cielo...
Me vuelvo allá...

—«¿Cómo te va, linda? que te has hecho en el día que no te he visto ni para remedio?»

—«Salí á pasear con la *miss*. En la Alameda corrí bastante, haciendo rodar mi rueda. El italiano que vende barquillos me dijo que yo era una persona extraordinaria...»

—«¿Por qué hijita?»

—«Porque siendo tan chiquitita, hablo tan bien español...»

Javier que venía se echó á reir.

Admiróse un portugués
de ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supieran hablar francés...

El sirviente, de fisonomía rapada, de librea verde oscura con botones de monograma, abrió los dos batientes de la puerta principal del salón, inclinándose:

—«Vamos—dijo Elisa, dándose vuelta hacia Dorotea—que la comida está en la mesa».

—«Hagamos algo por la vida», agregó Aldana con su voz ronca y alegre.

———

CAPÍTULO VIII

El cupé de Elisa cruzó por las calles del centro comercial, á tal hora — tres de la tarde — bastante animadas en aquella época, en los primeros días de Agosto de 1890. La agitación nerviosa que por aquel tiempo se adueñaba de los espíritus, empujaba la gente hacia la calle. La vida ordinaria seguía su curso, á pesar de todo, y la sociedad su marcha, que sólo son parte á perturbar acontecimientos superiores á la voluntad de los individuos. Unos iban á sus compras, otros á sus negocios de Bolsa, este á ver al médico, el de más allá á vender productos agrícolas ó á comprar animales en las ferias. Todo seguía regular, monótono, en el engranaje ordinario. Los apetitos de lujo, los bríos para la lucha por la vida, las envidias, las cóleras, las ambiciones, los desencantos, los mil resortes que mueven á la humanidad, seguían obrando subterráneamente. Pocos, muy contados, eran los que conocían la gravedad inmensa de la crisis por la cual acababa de atravesar el país en aquellos instantes. Elisa, reclinada muellemente en su cupé, que dos caballos ingleses arrastraban, no se daba cuenta cabal del precipicio que por aquellos momentos bordeaba la sociedad chilena. La gravedad profunda del alma nacional, á la cual son extrañas las ligerezas de andaluces y de

gascones, como forjada en el yunque de los vascos, primeros colonizadores de nuestra tierra; esa gravedad melancólica se trasluce en la mujer, por la educación, en el andar, en la modestia del trato, los ojos bajos, el animo retraído, virtud acendrada, costumbres castas y cierta reserva dolorosa de quien cifra en el más allá lo mejor de sus ensueños y sus más altas esperanzas. Así abstraída, caminaba la joven, cuando al pasar por Ahumada, frente á la vieja casa de Mac-Clure en donde vivía el banquero Edwards, un enredo de carruajes detuvo su coche frente á otro, muy lujoso, con las armas del Arzobispado en la portezuela. La voz cariñosa de don Mariano le dijo con alegría:«—Ya se han arreglado las cosas, cuéntaselo á tu papá... Tenemos nuevo Ministerio de acuerdo entre el Presidente y el Congreso... Prats organiza». —«Lo felicito, Don Mariano, por la parte tan importante que le ha cabido en esto». —«Gracias, ha sido la salvación del país; ahora es ya otra cosa, respiramos; sin esto, quién sabe adónde habríamos ido á parar... y ha sido gran triunfo para la Iglesia que me haya tocado este papel de mediador; Dios me ha protegido inmerecidamente: el Señor se ha dignado oir las súplicas de su siervo».

Elisa sintió inmenso alivio, como si se libertara su pecho de peso insostenible, al ver que ya había nuevo Ministerio y que todo estaba al parecer arreglado. Una ola de optimismo la invadía, creyendo, como la sociedad entera, que ya el peligro había sido conjurado y que en adelante la paz y la concordia volverían á los ánimos. Pero en su espíritu no se concertaba esto con las noticias dadas anteriormente. ¿Cómo era posible conciliar los preparativos de resistencia del Presidente, las resoluciones de cerrar violentamente el Congreso y llevar sus miembros á la cárcel, con

tentativas continuadas de arreglo, mediante la organización de Ministerio que contara con la opinión y al mismo tiempo con la aceptación del Jefe del Estado? Con una mano se hacían los preparativos del arreglo y con la otra los del golpe de Estado. La dama resolvió aclarar este punto, en el cual estaba comprometida la existencia misma de su hogar, la tranquilidad de sus padres y de sus amigos, de cuantas personas conocía ella. Sandoval le había comunicado los detalles del movimiento militar... La tropa estaba lista, hablados ya los jefes de cuerpo, entre ellos los de Cazadores, Artillería, y varios batallones de infantería. Barbosa encabezaría el golpe de Estado militar... En las sombras de la noche se pondrían en marcha los batallones, en dirección al Congreso, ocuparían la plazoleta de Bello y pondrían sellos sobre las puertas del edificio. El lacre rojo cubriría esas puertas de la representación nacional, como las de las cajas de los bancos en quiebra. Su marido se echaría á la calle, quién sabe con cuántos otros más, para ser destrozado por balas ó ametrallado con cañones; ella le conocía muy bien: Javier era exaltado y no vacilaría en lanzarse á la revuelta, en luchar con la tropa de línea, en las calles, como ya lo había hecho más de una vez á la salida de la Cámara. Y su padre, viejo, achacoso, pobre, enfermo, iría al destierro, que para él sería la muerte. Todo eso aparecía conjurado por las palabras del Prelado. «*Pax... pax multa*». Inmensa felicidad, júbilo incontenible embargaban su alma. Sí, era el fruto de tantas y tantas oraciones elevadas al cielo por madres chilenas, en favor de sus esposos, y de sus hijos; el cielo las había escuchado esta vez. Veíase en el templo, con el alma llena de ansiedad y trémula de terror, al entrever los males que tan de cerca la amenazaban y sus rezos subían

al cielo como suben todas las cosas puras y santas. Sentía dentro de sí el júbilo del triunfo; era milagro, sin duda, y todo lo atribuía á intervención de la Divina Providencia que velaba sobre pobres y ricos.

Y como sucede siempre, en casos tales, lo dió ya todo por llevado á feliz término; borradas como por ensalmo las asperezas de la lucha cruel de los últimos meses. Era que su alma noble y santa, pronta á otorgar el perdón, creía que los demás corazones eran como el suyo. El arco iris le ocultaba la furia y el encono indomable de los vencidos y el orgullo humano de los victoriosos. En su corazón desbordado se asilaba la paz. En vez de pasar donde la modista, como intentaba, se asomó por la ventanilla y dió al cochero la orden de ir á casa de su madre.

En la calle de Huérfanos había numerosos grupos de hombres, entre los cuales divisó caras de personas conocidas que la saludaron con sonrisas alegres, estaban radiantes. —«¿Sabe la noticia? preguntó Rosales, desde la esquina en la cual se hallaba en un grupo. —Tenemos nuevo Ministerio... Balmaceda ha sido vencido y se rinde ante la Cámara... el Congreso triunfa... ahora sí que tendremos libertad electoral...» Elisa pensó entre sí: ¿Cómo será la agitación de los ánimos que éste, que sólo ha vivido para las carreras y para el *sport*, que nada entiende fuera de caballos, aparece feliz, porque cree en el triunfo del Congreso. Y no sabía que Rosales repetía lo que acababa de oir en el club á políticos astutos que cantaban el triunfo en alta voz, sabedores de que las multitudes siguen siempre al feliz éxito. Por eso, Rosales también cantaba victoria, movido por la opinión pública, que se imponía en inmensa oleada.

El cupé seguía, arrastrado por caballos de cuello nervioso y elegantes hechuras; la mirada de Elisa

examinaba involuntariamente las vidrieras de tiendas, lujosos escaparates en los cuales se amontonaban géneros costosos de seda y adornos de encajes y de gasas, plumas de sombreros y frascos de esencias, ó bien veía brillar piedras preciosas de joyerías, brillantes, perlas y zafiros, collares de aguas purísimas, en las cuales la luz se quebraba reflejándose. El lujo marea á las mujeres, las joyas las atraen, son su perdición y su consuelo. El oriente de una perla de gran tamaño, entregada á tiempo, hace olvidar á veces la falta del marido. No podía negar que á ella le encantaran ahora que podía tenerlas; así como jamás le habían hecho falta en sus días de pobreza.

La calle estaba animadísima, con el tráfico de coches de lujo y de carretones de grandes almacenes que comenzaban á repartir mercaderías. Un batallón pasaba, con música á la cabeza, los soldados de porte airoso, la frente alta, mirando á diez pasos, como la ordenanza lo indica; los pantalones rojos se movían á compás, con la uniformidad admirable de la tropa de línea, y brillaban las bayonetas. El ruido del tambor la hizo acordarse del júbilo de Lisita cuando veía pasar tropa de ejército; eso le hacía decir á Javier que habría debido ser hombre. Sintió, de súbito, una ráfaga de ternura, recordando á su niñita que todos encontraban tan linda, y dijo á media voz... «La lindita, la rica, monona, encantadora ¿dónde estará? ¡qué falta me hace!... cuando ando sin ella es como si se me hubiera olvidado el reloj...»

Era caso de telepatía, pues precisamente Lisita paseaba en esos momentos por la Plaza de Armas. De súbito Elisa experimentó cierta inquietud; quién sabe si ahora no se repiten las manifestaciones de otros días y las cargas de la tropa... Muchas veces había encargado á la Zoila que tuviera cuidado con la niña

cuando saliera á pasearse por el centro. Las sirvientas suelen ser tan imprudentes. Y cuando la mamá hubo divisado á la chica corriendo con un aro de madera, parecióle que la veía salvada de gran peligro y mandó parar el coche. Allá, por uno de los caminillos laterales, corría la niña vestida como una muñeca lujosa. Elisa casi se la comió á besos... «Monona, estaba temiendo que te hubiera pasado algo».

En ese momento se detenía junto á ella Mario Sandoval, sombrero en mano, siempre respetuoso y con sonrisa en los labios. Vestía, como de costumbre, con elegancia irreprochable, sin nada que llamara la atención, traje de colores oscuros, de corte recto y suelto, de líneas sobrias. Se veía de buen gusto, cuidado, atento, distinguido, pero sin preocupaciones vulgares de indumentaria. Su distinción tenía sello peculiar, era mezcla de insolencia desdeñosa y de frivolidad con gravedad, siempre que se hallara en compañía de mujeres. No quería fatigar demasiado su atención con grandes palabras para expresar ideas que según él no cabían en esas lindas cabezas de pajaritos, y por eso las cosas de política, ó cuestiones económicas y los problemas más serios de la vida los trataba con sonrisa de ligero escepticismo.

—«No hay espectáculo más agradable, señora, que el de una madre, que besa á sus hijos. Para mí, sobre todo, que no he conocido á mis padres, á no ser que por tal tenga al honorable caballero que se quedó con mi herencia. En eso me he parecido á Demóstenes; en que he comenzado la vida litigando con mi curador, para salvar unos cuantos reales del naufragio... Pero veo que me encumbro... ¿Y Javier?»

—«Bien, gracias... pero con estos trajines de la política me ha hecho pasar muchos desagrados. En estos tiempos á una ya no le cabe el alma en el cuerpo.

Ahora iba donde mamá, para dejarla tranquila, á contarle que ya se arreglaron las cosas...»

—«Prats organiza, y esto será gran triunfo para la Oposición», dijo Sandoval, con tono en el cual se traslucía el placer de la vanidad satisfecha. Y luego, calculando que á Balmaceda, por la inversa, no debía dejarle tranquilo la cosa, agregó en tono lento: «Mucho me temo que esto no sea de larga duración, pues el Presidente no habrá quedado muy contento que digamos con el resultado...»

—«No sea pájaro de mal agüero;... quedémonos en paz de una vez, que no haya luchas en la calle; fíjese en que casi me mataron un hermano».

—«Felizmente, Juan está ya de alta, le vi ayer en el Club. Pero no habla de política ni á tiros; está muy sentimental».

—«Demasiado...» agregó Elisa.

Hubo silencio, en el cual, sin referirse á ellas, pensaron ambos en las historias que corrían del entusiasmo de Juan con Elvira Ortiz, hermana del doctor; decíase que durante su convalecencia, ella le había atendido con cuidado extremo, y de aquí había nacido un *flirt*.

—«¿Y qué le parece la cuñada?» preguntó con malicia Sandoval.

—«¿Qué me ha de parecer? Como usted comprende, yo no mando en el corazón de los demás. Juan querrá á la mujer que su alma le señale, á la que le está destinada desde tiempos remotos, quizás antes de que las actuales estrellas nacieran. En el amor hay siempre una fatalidad oculta que manda á pesar de la voluntad de los hombres, ley misteriosa que aún no conocemos y que rige á los seres humanos con tanta seguridad como la gravitación universal á los astros y la atracción á la materia. Yo aceptaré la mujer que

Juan llegue á querer, pero... ha querido á tantas... quién sabe cuál habrá de ser la última».

—«Eso sí que su padre y doña Magdalena se opondrán. Hay leyes sociales que es inútil resistir:—los matrimonios deben de ser iguales, entre personas de una misma condición. Debe existir ese equilibrio necesario. La democracia es solamente un nombre, pues siempre las costumbres serán más fuertes que las leyes mismas».

Mario calló. Habían echado á andar por uno de los caminos que pasan por debajo del tabladillo de la música, y penetraron entre bosquetes de arbustos que ya daban sombra y tenían aspecto pintoresco. Los prados estaban verdes y la nota clara del mármol de la estatua central de la Plaza se destacaba sobre la verdura con suavidad deliciosa, entre bambúes que suavemente se mecían y árboles japoneses que, por el fondo, retorcían sus ramas nerviosas y deshojadas como esqueletos, entre los de follaje permanente. Experimentaba la sensación deliciosa de marchar en compañía de Elisa, de sentir balancearse á su lado el cuerpo airoso y flexible de la joven, cubierto por funda de seda clara que ceñía las formas, revelando las bellezas misteriosas de aquel cuerpo divino. Y luego, junto con esto, la brisa desprendía de ella un perfume sutil y delicioso, de esencia desconocida, que permanecía en la atmósfera después que ella había pasado, dejando surco.

Varias veces se habían encontrado en distintos paseos, principalmente á la caída de la tarde, en la Alameda, y había sido para Mario momento delicioso aquel en que la veía venir, y notaba, de lejos, su fina silueta que hubiera reconocido entre mil, sin necesidad de ver su cara, por algo único, por la gracia peculiar de ella desprendida, por cierto no sé qué difícil de

explicarse, ya fuera el paso largo que imprimía carácter á sus movimientos, ya la manera de levantar la cabeza con gesto elegante á la vez que desprovisto de toda pretensión. Y luego, al llegar á ella, se juntaban, sin que en esto hubiera nada de particular, pues jamás se habían dado cita, ni fijado siquiera hora. Lisita corría y saltaba á su encuentro, recibiéndole como á viejo amigo, y la actitud cariñosa de la chica influía en la manera de ser de Elisa, para con él. Los obreros volvían de sus quehaceres con paso tardo, cansados y lacios, mal trajeados, con mantas deshilachadas y zapatos rotos. Pasaban dependientes de tiendas, de regreso del centro comercial, apurados por llegar á sus hogares, con el andar rápido del hombre de trabajo que espera la sopa humeante, y los hijos, en torno de la lámpara encendida. Crujían dolorosamente los ejes de alguna carreta que volvía de vacío; sonaban campanas á lo lejos—y era la hora en que el ocaso se teñía de rojo, mientras en las lejanías se apiñaban techos sórdidos de casas de arrabales en la Estación Central. Encendíanse los faroles del alumbrado público, súbitamente, con fulgores pajizos, haciendo relumbrar los charcos de las últimas lluvias y la conversación se enhebraba, agradable y sencilla entre ambos, sobre cosas del día, cuestiones sociales ó políticas. Parecíale á Mario que desde que se había entablado entre ambos una amistad más íntima, él era mejor—y así se lo había dicho á Elisa. Sentíase con el cuerpo más ligero y el ánimo feliz.

Elisa solía aconsejarle, dábale nuevas líneas de conducta, le inclinaba por caminos místicos y tenía placer en obligarle á cumplir con deberes religiosos que había descuidado. ¡Ah! ella sentía voluptuosidad, placer nuevo, en decirse á sí misma que levantaría el alma de ese hombre que valía más que su reputación, y era,

ante todo, un desgraciado; y su alma sentía también goce de redención, como si creara un alma nueva conquistada para Dios. En cuanto mujer, nada era para ella mayor dicha que consolar, consolar siempre, disminuir un dolor, matar una pena, y le parecía que esos paseos de la tarde siempre dejaban buen sedimento en el fondo á Mario. Así se explicaba á sí misma la especie de contrariedad experimentada por ella cuando no hallaba en su camino al nuevo amigo. ¿Cómo hubiera podido pensar otra cosa cuando estaba tan segura de su virtud, de sí misma, de su educación, de su voluntad, de la gracia divina que la acompañaba como compensación de los padecimientos de la vida entera, de pequeñas contrariedades vencidas, de obstáculos salvados? Y como ella también se sentía desgraciada, veía en esto, apoyo de un dolor en otro dolor—de lo cual recibía fuerza entre tantos desengaños como en los últimos tiempos la abrumaran.

Dieron la vuelta por la Plaza de Armas, entre niños que corrían, llamándose á gritos, y sirvientas inglesas, de cofia blanca, ó caballeros que leían *La Libertad Electoral* recién salida, ó comentaban entre sí noticias de política. En la esquina de la calle de Monjitas, Elisa tomó su coche, alargando á Mario la mano enguantada de blanco—esa hermosa y fina mano de largos dedos nerviosos que tanto conocía y que conservaba siempre autoridad.

Cada vez que iba á la calle de Santo Domingo, á casa de su madre, experimentaba la misma impresión deliciosa de sentirse en lo suyo, de volver á días de infancia, entre juegos y alegres bromas, en la feliz edad de la inocencia. Aquel pedazo de cielo azul, aún en invierno, sobre el cual se destacaban aleros de casas coloniales de anchos portalones y puertas guarnecidas de clavos de cobre; la palmera en las lejanías, la aguja

aguda del campanario de una iglesia, y la vuelta brusca de la calle por el fondo, semejante á las revueltas de callejas españolas; todo resucitaba á sus ojos los días de la infancia tan despreocupada como alegre. Y ahora miraba dentro de sí, y veía, con sorpresa, una mujer enteramente distinta de la muchacha soltera. Parecíale que en cada etapa de su vida hubiera surgido una persona distinta, sin puntos de semejanza con las personas anteriores;—así la Elisa de hoy día era diversa de la Elisa de soltera y tenía alma diversa, con diversos sentimientos, distinta manera de contemplar las cosas de la vida y de reflejarlas. Diríase que la influencia del medio y de la nueva situación que atravesara la dieran vuelta del revés, como esos trajes viejos que les remozaban á sus hermanos de niños, hasta presentarla á sus propios ojos como persona distinta, capaz de ejecutar actos que antes no le hubieran parecido posibles á ella. Cada vez que se encaminaba á la calle vieja donde estaba su casa, sentía en sí, por anticipado, el mismo calor reconfortante de nido que hacía renacer su corazón, como en el día aquel en que su madre recibió las primeras confidencias del hogar agitado por la primeras tempestades; —entonces sintió verdaderamente que se hallaba en su antigua casa, en puerto de refugio. La niña, que había tomado consigo, parloteaba sin cesar, contentísima de ir donde la abuelita.—«Mamá ¿has visto la muñeca nueva que exhiben en el Bazar Holandés? Es muy notable, cierra los ojos, los abre y habla, dice «papá», «mamá» y cuando le dan cuerda, también anda... y ¡qué traje el que tiene!... es una maravilla, mamaíta». Lisita tenía una manera encantadora de pronunciar las frases con su media lengua; decía «maraílla», «bazá», «cosha» y suprimía los finales ó se saltaba letras, con gracia deliciosa que hacía su

lenguaje, á veces ininteligible, pronunciando en ocasiones de manera pasmosa. La tal cháchara resultaba como una música para la madre. Así llegaron á casa de la abuelita. Lisita saltó al patio, echándose á correr, mientras daba voces para que le abrieran la puerta.

Elisa penetró en el zaguán con largo paso y andar flexible. En cuanto había sentido parar el carruaje, se había asomado doña Magdalena.

Micha, la hermana menor de Elisa, venía saltando; era siempre niña á pesar de sus quince años cumplidos, pero alta y hermosa como una mujer:—nariz griega, ojos azules, de azul profundo, caballera rubia, de rubio dorado de Venecia. Ya tenía «pololos» y coqucteaba desesperadamente con ellos, á espaldas de la mamá. Abrazó á Elisa, besándola en las mejillas; cogió en brazos á la chica, cubriéndole el rostro de sonoros besos... «Mi linda adorada, que no has venido en tanto tiempo... ¿Que ya no me quieres, monona? Juan está en casa». Los ojos de la chica se encendieron, adoraba al tío Juanito, á cuya pieza entraba para revolverle todo, encantada con los sables, charreteras y morriones, muy de moda por aquellos tiempos. Luego apareció en el vano de la puerta, la figura esbelta, á pesar de los años, de doña Magdalena, con la cabellera ya blanca, pero con ojos brillantes y mirada joven.

—«Llegas muy á tiempo, hijita; aquí está el señor Zelada, que desea hablar contigo... Ya sabrás la feliz noticia; todo está arreglado, tenemos Ministerio presidido por Belisario Prats, que es hombre capaz de ponerle al Presidente las peras á cuatro. La Oposición triunfa...»

Y cogiendo á Elisa de una mano, sin darle tiempo de quitarse el sombrero—lo que siempre hacía cuando llegaba á casa de su madre—la introdujo al salón rojo, en donde habían tomado asiento unas cuantas señoras

presididas por un sacerdote, el señor Zelada, Canónigo de la Catedral de Santiago, hombre culto, bien educado y de prestigio en la alta sociedad que le recibía con respeto y asistía á sus sermones de cuaresma, de fama en círculos místicos. De regular estatura, el rostro cuidadosamente afeitado, la nariz algo tosca, ojos chicos y penetrantes, llevaba siempre en el rostro sonrisa bonachona que le conquistaba simpatías. Teníanle por persona de grandes influencias en el Arzobispado; hombre de consejo, servicial y familiar —en todas las casas grandes le guardaban asiento en la mesa para días en que solía comer.

—«¿Cómo te va, hijita?» dijo á Elisa al verla entrar. «Más vale llegar á tiempo que ser convidada». «No hice más que divisarte, y ya me dió un vuelco el corazón... que Dios Nuestro Señor te enviaba. Bueno...» Al decir estas palabras, se sonó, y tomando una caja de rapé, se taconeó bien las narices, sacó un pañuelo fino de hilo, á cuadros azules y blancos, de esos que ya no se usan, estornudó y prosiguió con su acostumbrada sonrisa:

—«¿Ya sabrás la grata nueva del triunfo de la Iglesia? Las graves diferencias entre S. E. el Presidente Balmaceda y el Congreso, que amenazaban llevarnos á la guerra civil, á trastorno terrible, quién sabe á qué abismo, están arregladas definitivamente y de manera honrosa para ambas partes, gracias á la intervención del señor Arzobispo. Don Mariano ha obtenido gran triunfo con este arreglo que se debe á sus buenos oficios, y su acción ha redundado en inmensa, en incalculable honra para el altar y sus Ministros que han sabido llevar adelante la obra de paz, venciendo vanidades y susceptibilidades de los hombres de esta tierra. En fin, á Dios gracias, todo ha terminado. Pero... ahora falta que rematar la obra

haciendo desaparecer las... ¿cómo diríamos?... pequeñas rivalidades... las sombras que afean el cuadro. Esta es sociedad eminentemente aristocrática, altiva, de grandes tradiciones... Mas, desgraciadamente, adolece del vicio, del feo pecado del orgullo. Se mira en menos á los que ocupan posición social inferior, aún cuando tengan grandes virtudes...»

La voz del señor Zelada tomaba entonaciones clericales, un tanto nasales, á pesar suyo, como si predicara, y sonreía siempre, como para hacerse perdonar la rudeza con que hablaba.

—«Sí señoras mías... ustedes tienen el defecto de mirar en menos á las damas del bando del Gobierno. Es verdad que hoy en día figuran en la Oposición, de parte del Congreso, las principales familias de Chile, conservadoras y liberales... Pero deben suavizarse un poco, no *asiuticar* tanto á los balmacedistas. Esas heridas de amor propio son las que más dificultan los arreglos. Yo sé que algunas de ustedes no saludan en la calle, y mucho menos visitan, á las señoras de los hombres que apoyan á S. E. El señor Arzobispo piensa, con muy sabio criterio, á mi ver, que debe olvidarse el pasado y todas ustedes darse la mano, llevando en ella la oliva de la paz».

En el grupo de señoras hubo ligero movimiento de resistencia, breve agitación que no se tradujo en palabras sino en movimientos, como suele pasar cada vez que habla sacerdote ó persona constituída en dignidad á quien no se arriesgan á resistir abiertamente.

Una señora gorda, doña Eufrasia Retamales, se abanicó fuertemente, poniéndose colorada; no se atrevía á protestar, pero deseaba que alguien lo hiciera, y al mismo tiempo quería manifestar celo político delante de las demás señoras. Era buena creyente y sus hijos estaban en el Seminario, á pesar de que su

marido, Don Timoleón Retamales, figuraba entre los corifeos del partido radical. Hasta los últimos tiempos había vivido un tanto *boicoteada* en la sociedad de tono, á pesar de que ella, personalmente, era de buena familia, pero el radicalismo y el medio pelo de su marido, la tenían en situación dudosa. Últimamente, con la estrecha unión de radicales y conservadores en el Congreso, habían subido sus bonos, y algunas señoras, aconsejadas por los maridos, la habían llevado á la «Sociedad de la Misericordia», una de tantas consagradas al alivio de la miseria, en la cual figuraba lo más encopetado de la sociedad santiaguina. Ahora andaba feliz de hallarse en centro aristocrático, segura de que cuando diera la fiesta que meditaba para el santo de su hija mayor, tendría en su salón á lo mejorcito de Santiago.—«Uf! dijo á media voz á su vecina: yo no quiero nada con las *siúticas*... apestan».

—«Es indispensable—agregó el señor Zelada—que admitamos en la Sociedad de Misericordia á unas cuantas señoras del partido balmacedista, y que llevemos al Directorio á la mujer de alguno de los Ministros...»

—«¡Eso si que no!—exclamó llena de energía y echando chispas por los ojos una señora chiquitita, flaca, pero nerviosa y brava. Eso si que no lo consentiré jamás. En el Directorio no entrará ninguna de esas;... antes, que me descuarticen». Y sin más, extendió el índice amenazante, un dedo flaco y huesoso, en el cual se conservaban las huellas de los reumatismos que en nada menoscababan su espíritu de combate. Era la señora de uno de los caudillos del partido conservador, dama de gran posición y de considerable fortuna. La radicala se sintió alentada y protestó más fuerte que la otra: «Nadie es más religiosa que yo,

señor Zelada; nadie me aventaja en sentimientos cristianos, en sumisión á las autoridades de la Iglesia, pero—agregó levantando la cabeza fieramente—no puedo aceptar que lleguen al Directorio nuestro, personas de... medio pelo...»

Con esto se formó un tole-tole tremendo entre las damas, y el señor Zelada tendió la vista á todos lados, buscando auxilio entre sus ovejas, para salvar el proyecto del señor Arzobispo, sin chocar con amigas personales cuya casa visitaba y en donde era muy bien recibido. Elisa le comprendió, y con su buen corazón, queriendo sacarle del pantano, tomó resueltamente la palabra:

—«¿Me permite, doña Rosaura?»

—«¡Cómo no, hijita, con el mayor gusto!»

—«Pienso como usted, que quizás sea prematura la idea de llevar al Directorio las señoras de esos caballeros...

«Pero bien podríamos buscar un terreno de conciliación en el cual comenzáramos á entendernos, para ir acercándonos poco á poco... Yo sería de opinión de que diéramos una fiesta de caridad, á beneficio del «Asilo de Niños» y de la «Sociedad de Misericordia». Hay algunas de ellas en el Asilo y nos pondríamos al habla, sin rozamientos ni mayores dificultades...»

—«Hija mía, dijo el señor Zelada que sintió abierto el cielo por esta puerta de escape, el Señor te inspira sin duda; el Espíritu Santo que ha descendido sobre el señor Casanova, nuestro dignísimo Arzobispo, te ilumina para que interpretes sus ideas de una manera que no podría ser más oportuna. Eso es... eso es... pongámonos de acuerdo sobre la idea de dar un gran concierto á beneficio de los desgraciados, y esta grande obra, que el cielo bendice desde luego, se completará con el acercamiento entre balmacedistas y

constitucionales. Eso es: *Pax multa*, como dice el señor Casanova... *Pax multa*...»

Después de breve silencio, las damas se pusieron á gritar todas á la vez; esforzaban la voz para ser oídas, dándose importancia. Doña Eufrasia Retamales acababa de sentarse junto á la señorona conservadora, llamada doña Jacinta Ormazábal del Valle, á quien solía prestar apoyo en las reuniones;—saludáronse cordialmente. Ya doña Eufrasia creía llegada la hora de subir al pináculo social, en su afanada lucha por la alta sociedad: *high-life*... como decía Rosales; parecíale que á sus fiestas asistiría lo selecto de Santiago, y sin apurarse mucho, daba por sentado que su hija Carmela habría de casarse con algún joven nieto de Oidor ó de Padre de la Patria, dueño de fundo valioso y bien regado, con crédito en los Bancos y bonos en la Caja, aún cuando sus ideas no estuvieran del todo conformes con las de su marido. Acaso él fuera el primero en celebrarlo y en conseguir votos en las elecciones para el yerno. Doña Eufrasia se abanicaba, toda encendida y satisfecha de su actitud, á la vez que forjaba castillos en el aire. Sí, ella casaría á Carmelita, y muy bien, corriendo á palos á los abogaditos que su marido solía llevar á casa, recién llegados del norte, con cartas de recomendación del Patriarca Matta y las respectivas bendiciones del Jefe del radicalismo.

El señor Zelada, después de conferenciar un rato con algunas damas recalcitrantes, impuso silencio, abriendo nuevamente la sesión, con el gesto amable y suave, pero firme, que le era característico. —«Creo, señoras, que nos estamos ahogando en un dedal de agua. He consultado separadamente á varias de las señoras aquí presentes y todas están de acuerdo en el fondo. Bien saben ustedes que nadie, como yo,

conoce la importancia y el valor de las tradiciones sociales. De ninguna manera impondría á tan distinguidas señoras la molestia, el desagrado, de alternar con personas de diferentes educación y cultura... inferiores y ¿por qué no decirlo francamente, empleando una palabra española ya muy usada entre nosotros? damas cursis... Pero al mismo tiempo la idea del prelado, ante la cual me inclino respetuosamente, consiste en solidificar los arreglos políticos que vienen á salvar el país del abismo, poniendo más en contacto, borrando un tanto las asperezas de la lucha, entre balmacedistas y constitucionales. Sólo á este precio conseguiremos obra duradera... La idea del concierto de beneficencia me parece magnífica, siempre que solicitemos el concurso de algunas señoras del partido presidencial, como desea el señor Casanova...»

Carmela Portal se enderezó, en cuanto vió que la idea de concierto iba por buen camino; ella era la directora y representante legítima del grupo de señoras jóvenes, de damas elegantes, y desde tiempo del cólera, ella había dirigido fiestas y *kermesses* de beneficencia.

—«A mí me parece excelente esta idea del concierto á beneficio del Asilo de la Infancia—dijo—y algunas de mis amigas me habían hablado al intento. Se me figura que tendrá feliz éxito. Podríamos dar fiesta y concierto en el Teatro Municipal, representando una comedia con actrices y actores de sociedad, toda gente de lo más conocida...»

—«¿Y qué haríamos con las balmacedistas?» preguntó en tono de alarma doña Jacinta Ormazábal del Valle. Su tonito frío y un tanto chillón introducía el pánico entre las conciliadoras. Hubo silencio:—todas se miraban las caras, interrogándose, perplejas.

—«Claro está que no representarían—insinuó misiá Eufrasia Retamales, abanicándose,—pues de otro mo-

do volveríamos á las andadas... á menos que se les dieran los papeles secundarios, con entrada y salida rápida».

El clérigo vió que la cosa se le ponía mala, se taconeó la nariz de rapé, sonóse con estrépito y pidió favor á Elisa con la mirada. Carmela Portal voló en su auxilio; la cuestión del concierto quedaba como cosa de ella y tenía interés en que no fracasara.

—«Tranquilícense ustedes, no veo motivos de alarma, «que haya paz entre los Príncipes cristianos», como decía el general Blanco á mi abuelito el marqués de Sobremonte».

Carmela—que era muy habilosa—buscaba el apoyo de la señora Retamales, á quien semejante cita parecería convincente. Y en seguida dirigió una mirada circular con la cabeza aristocrática ligeramente levantada y una sonrisita á la señora del Valle, como diciéndole: «á mí no me tose nadie, ni siquiera usted».

Viendo que su afirmación producía buen efecto, agregó la señora Portal:

—«Yo me encargo del Concierto. Podríamos hacer representar una comedia de Bretón de los Herreros, algo moral y picante que hiciera reir á gritos; y daríamos algunos números de concierto á niñas cuidadosamente escogidas entre las hijas de los que apoyan á Balmaceda. Se me ocurre—agregó, tocándose la frente con el dedo,—que podríamos dirigirnos á la familia del antiguo Ministro de Relaciones: son parientes mías, y aún cuando las niñas no sean grandes músicas, pueden salvarnos del conflicto...»

Se oyó un murmullo de satisfacción entre las damas, pues el antiguo Ministro de Relaciones era persona de abolengo; el peligro aparecía conjurado y el sacerdote respiró á sus anchas...

—«No me parece mal—interrumpió la señora del

Valle;—no está mal pensado, y quién sabe si así atraemos á la Oposición á las pocas señoras que aún andan por esos trigos...»

—«Bueno—prosiguió Carmela—daremos por aprobada la idea del concierto, con pieza dramática. Podríamos dirigirnos á Elisa, que es joven y sería una espléndida actriz; yo la he visto hace muchos años en las monjas: era la más aplaudida...»

—«Si creen que puedo servirles de algo, cuenten conmigo, expresó la joven.

Viendo las dificultades y peligros de que estaba preñado el camino quería eliminarlas. «Cuenten conmigo».

—«Y conmigo, agregó Dorotea Escalante, que se entusiasmaba con la idea de aparecer en el proscenio del Teatro. Propongo á Mario Sandoval que es muy amigo de casa», agregó aturdidamente.

Diéronse nombres que fueron aceptados de antemano, porque las señoras quisquillosas no querían que representara cualesquiera, y deseaban dar el pase á los actores. Entraron á tratar de la pieza; unas querían que fuese *Flor de un día*, otras estaban por *Espinas de una flor*, otras proponían *Echar la llave*, *La llave de la gaveta*, ó bien *Marcela ó cuál de los tres*.

—«¿Y por qué no se representaría la *Norma* sin música?... sólo un acto» dijo doña Eufrasia entre risas generales.

En esto se oyó ruido espantoso en la pieza vecina, como de muralla que se viene al suelo.

—«¡Jesús! ¡temblor!... parece que tiembla» dijo una de las señoras. Todas se pararon, algunas saltaron hasta la puerta que se abrió de par, en par, y las damas vieron, con gran sorpresa, tendidos en el suelo á don Evaristo Sanders y á don Jacinto Portal, vestidos de levita y muy prendidos... Más allá gritaba como

un barraco el joven Pepito, llamado *Caco* en la casa, hermano de Elisa, que contaba ya sus guapos quince años. Estaban en la pieza contigua, escondidos detrás de la división de vidrios del salón principal, y se habían trepado sobre una mesa para ver por el tragaluz lo que pasaba y el cariz que tomaba el asunto de las damas y el proyecto del Arzobispo. De repente, Caco se había cargado de un lado de la mesa, haciéndola perder el equilibrio y dando con todos en el suelo.

Hubo risas, sorpresas, carreras y sustos, acabándose el ruido cuando entraron los sirvientes con bandejas de refrescos, aloja, alfajores y pastas. Sirvióse champaña, pues en la casa todo se hacía siempre á lo grande, y las damas comenzaron á comer *sandwichs* y á charlar como cotorras.

Carmela Portal, Elisa y Dorotea reían á gritos en un rincón; Caco les contaba el lance, que las tenía muy entretenidas, con vivísimos colores, y el señor Zelada, un tanto corrido, ponía cara agridulce, sin dejar por eso su sonrisa; era político romano y al fin y al cabo había conseguido su propósito y el señor Arzobispo quedaría satisfecho. *Pax multa* «Señor, vamos barajando las cartas balmacedistas con las congresistas á ver qué resulta... En ningún caso será peor que lo que existe...» El agudo político de sotanas sonreía.

Y en lo interior, reía á gritos, al pensar en la plancha de aquel par de Senadores de la República, escondidos detrás de la mampara de cristales para oir lo que decían las señoras y ver los resultados de su plan.

El más feliz era Caco, que decía á Elisa:

—«No hay mal que por bien no venga; casi me he roto una canilla y haré de cuenta que he sido herido en acción de guerra. En cambio, mi tío Sanders me regalará, de fijo, buenos pesos para que no hable en

la mesa de este asunto. ¡Qué susto! creí que era el terremoto de la Martinica. Es que las mesas del salón no han sido hechas para sostener el peso del Senado de la República... Aquello parecía un voto de censura... con muertos y heridos...»

CAPÍTULO IX

—«¿Frutos?»

—«Mi capitán...»

—«Anda ligero, bestia, con la ropa que te mandé limpiar...» Y sin más, el capitán Araneda alargó un puntapié á su asistente, que le traía el dormán nuevo. «Si te hubieras demorado más rato te habría mandado dar cien palos».

El capitán estaba de buen humor, y como le pasaba en esos casos, ofrecía siempre dar de palos á destajo. Las noticias que le habían llegado del sur eran excelentes; la viñita de su propiedad estaba sana y crecida y prometía buena cosecha. Ya veía de antemano la chicha en los lagares, los grandes fudres rellenos, y las barricas en carretelas, de paso para el pueblo, donde sus licores se venderían como pan caliente. Allí tenía casita baja, de reducidas dimensiones, pero con piezas suficientes para pasar la luna de miel debajo del emparrado, con harta sombra para los días cálidos de verano; los pies de su huerta daban al estero que se deslizaba entre árboles coposos, boldos y laureles-rosa, sauces y avellanos. El capitán Araneda jamás había sentido la poesía de la naturaleza, ni se había preocupado de cosas sentimentales; cuando, tendido en su cama, fumaba un cigarro en el cuartel,

jamás le preocupaba la poesía del cielo azul, ni de nubes que le surcaran, blancas como copos de algodón. Meditaba solamente sobre el producto de unas cuantas arrobas de mosto que todavía le quedaban, y de la manera de hacer pagar á deudores recalcitrantes. ¡Ah! si fueran soldados de su cuerpo, bien sabía lo que habría de hacer con ellos... los cincuenta palos no se los despintaba nadie. Pero con estos comerciantes, ya era otra cosa; había que andarse con mucho tiento. Solía, además, echar sus cuentas sobre los gastos de cuando se casase, lo que le correspondería de lavado, por arriendo de casa, servidumbre y comida,—contando con la buena ayuda del rancho que el Gobierno paternalmente le otorgaba. Y de pronto, entre guarismos diabólicos, aparecía la figura de Rosa Escanilla, gordita y colorada, aunque no muy alta de estatura, como á él le gustaban las mujeres; los buenos colores es lo principal en la vida. Su espíritu no volaba muy alto ni muy lejos, pero dominaba en él la lealtad, afirmada en valor á prueba de bomba. Sus galones habían sido ganados en campaña, frente al enemigo, después de terribles caminatas por el desierto, sin agua, con malos porotos y charqui apolillado, que los contratistas enviaban para enriquecerse á costa de los infelices que defendían la bandera en el desierto. A más de unas tercianas que le habían hecho padecer bastante, había recibido dos heridas, de las cuales la última durante la campaña de la sierra, en lo interior del Perú. Ahora tenía esperanzas de que le ascendieran, y aguardaba con paciencia los nuevos galones que no podrían tardar. El día en que le trascribiesen el decreto de ascenso, de fijo se pegaría *una gran mona*, como era costumbre entre los bravos de aquel tiempo. Muchos de los oficiales y jefes lo hacían sin necesidad de ascenso:—en todo tiempo el Dios

Baco y el Dios Marte han sido amigos fieles... Y la imagen de la niña Escanilla volvía á presentarse ante sus ojos, con todos los atractivos que su imaginación alcanzaba á comprender en la mujer amada. El amor para Araneda, consistía en perpetua embriaguez sensual, en los encantos de las formas, en la delicia de los besos y de los abrazos, en caricias prolongadas y ardientes; no comprendía ternuras delicadas, cariño tranquilo, amor sereno y espiritual. La mujer debería cuidar de la casa, darle buena comida, guisar excelentes platos; las empanadas le agradaban en extremo y las *humitas* se le hacían agua en la boca. Muchas veces, tendido en un sofá del cuarto de bandera, se puso á recordar platos que le hubieran servido en días de santo, donde las Escanillas o donde las Ampuero. Ahora, justamente, estaba invitado al día del santo de don Fidelis, en donde se «trataban muy bien» y comerían de «mantel largo» multitud de platos y número interminable de guisos que de antemano saboreaba el hijo de Marte, pensando en galantinas de pavo, huachalomo salpreso, espárragos en conserva, *pâté de foie gras*, criadillas al canapé, huevos saltados á la Pompadour y multitud de guisos que bien sabía apreciar en su justo mérito. Sobre todo, sabiendo que en días de santo entraba la mano de las niñas Ampuero en los guisos y que las Escanillas solían regalar postres como hechos por «mano de monja», se saboreaba de antemano. En esos días solemnes, se pedía prestadas fuentes y floreros á los vecinos. Bien sabía él que aún se conservaban en la Recoleta esos hábitos coloniales de pedirlo prestado todo en ocasiones importantes.

No pensaba, por cierto, en la indigestión, Araneda cuando se ponía el dormán nuevo, la ropa buena, para ir á casa de las Ampuero, en donde siempre estaba á sus anchas;—eran tan cariñosas, y además le hacían

buen tercio con Rosita. A Lolita había referido la historia de su pasión desesperada, en la cual lo más terrible había sido la dificultad de declararse, pues las palabras se le atajaban en la garganta, sofocándole, pero desde la visita á casa de misiá Rosenda Aguilar, ya se sentía con más hígados. Tenía un ánimo de todo los demonios; ahora, después de la retreta, solía pasearse por casa de las Ampuero en donde Rosa Escanilla estaba de visita siempre, á esa hora, y el capitán se detenía á conversar por el balcón, á pelar la pava. Era mucho lo que le gustaba la chiquilla, que parecía hecha para él «sobre medida», como le decía el estudiante de medicina Rufino Paredes. Pero no se atrevía á contarle que la encontraba deliciosa, que sin ella no podría vivir, que sus ojos le parecían divinos y que lo mórbido de sus formas era para él tentación diabólica. Bien pensado lo llevaba, mas, en cuanto se hallaba en presencia de «su adorado tormento», como la llamaban las Ampuero, ya perdía el ánimo y le decía cosas insignificantes que después le llenaban de vergüenza. Hasta se había puesto á disertar un día sobre la manera de hacer lenguas ajamonadas, cosa impropia de enamorados como él. Quería expresarle su cariño, pero las palabras no le llegaban á la boca, y todo se reducía á unos apretones desesperados de manos y de pies, cuando la ocasión se presentaba. El capitán estaba enamorado de veras; acaso nunca había recibido impresión tan fuerte como la que Rosita había dejado en su alma. Por ella pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, paseando como león enjaulado por la pieza. Y cuando iba, de noche, al paseo de la Plaza, en el cual los hombres dan vueltas de un lado y las mujeres de otro, sentía palpitaciones súbitas de corazón al verla pasar, tan airosa, vestida con trajes que le parecían admira-

bles, de colores vivos, fuertes, como le agradaban. Cada vez, al cruzarse, devorábanse con los ojos y Rosita sonreía. Más de una vez había tenido celos que le mordieron rabiosamente;—parecíale que los hombres andaban detrás de la mujer que entre todas amaba. Al cabo, las cosas parecían encaminadas, por lo menos.

Se puso cuidadosamente el dormán negro que resaltaba sobre el color grancé de los pantalones bombachos, usados en aquellos tiempos; ciñó la espada inclinó el kepi, y salió encendiendo el cigarrillo, después de haberse atuzado bigote y pera en el espejo roto que tenía en la pieza. Su cuerpo fornido hacía temblar las tablas del piso, lo cual le producía satisfacción.

Los compañeros le embromaron de pasada; ya estaban en autos de sus amores. Algunos le miraban con envidia, pues le veían en camino de matrimonio. En el «centro», un amigo le invitó á tomar el aperitivo, lo que hizo con cierto recelo de alegrarse, pues estaba «de comida», «de mantel largo», según tenía cuidado de decir á gritos para que todos le oyeran. Dió fuerte propina á Mateo, el mozo que le servía en la mesa del rincón, y salió pisando recio y haciendo sonar los espolines.

De paso, cogió tranvía de Recoleta para ir á casa de las Ampuero—antes visitaría á unas señoras mayores, amigas de su familia, á quienes no veía desde hacía tiempo, pues quería aprovechar la compostura y la afeitada fresca, que según el dicho, en uso entre militares, servía para las damas. Su mala suerte quiso que las señoras no estuviesen en casa, y encontró que era todavía temprano para ir á la comida, y si volvía al centro se le haría tarde.

Con esta perplejidad, cruzó por el Mapocho, sin ver

el admirable paisaje de Cordillera que allí se desarrolla. La poesía le tenía sin cuidado; jamás había comprendido ni las noches de luna, ni puestas de sol, todo lo cual le parecía extremadamente ridículo é indigno de un hombre de pelo en pecho como él, que sabía mandar con voz estentórea.

«Flanco derecho... á la deré... de frente... mar...»

Por fin, se decidió á presentarse á las Ampuero, aunque fuera demasiado temprano para la comida. Detúvose frente á una casa de apariencia nueva,—pero sólo de apariencia, pues se trataba de transformación a la moderna, por la fachada, á la cual habían cortado el antiguo alero que protegía á los pasantes de las lluvias. También habían angostado las ventanas, poniéndoles tragaluces y sacando las antiguas rejas. En el patio se colocaron ladrillos de composición, de colores vistosos, arrancándose de cuajo los antiguos naranjos para sustituirlos por palmas ordinarias y grandes matas de bambúes verdes. El patio había sido pintado al estilo pompeyano, con fajas amarillas y rojas y le habían adornado con estucos de estilo Luis XV. Esto producía de ordinario muy buena impresión, en los visitantes, y llenaba de orgullo al señor Ampuero. Araneda le envidiaba, y pensaba, suspirando, en el día en que pudiera, á su turno, tener casa semejante.—Sabría adornarla de manera idéntica, pero más barato, pues la haría pintar por un maestro pintor muy afamado que había en el cuerpo, y sólo compraría los estucos.

Cuando el militar apretaba el botón de la campanilla eléctrica, sintió que le tapaban los ojos por detrás, diciéndole con voz ronca: «Si adivinas te suelto...» Era Rufino Paredes que acababa de divisarle en el momento en que cruzaba la calle. Aunque estaba invitado, no pensaba presentarse á esa hora tan temprana, pero se

adelantó para acompañar á su amigo. La reja que hacía de mampara estaba abierta de par en par. A cada instante entraban mandaderos con botes de helados ó canastos de pasteles, con botellas de vino ó fiambres y comestibles de todo género. La sirvienta de la casa vecina llegó con un par de candelabros que la señorita mandaba prestados para la mesa; otra vino con aguamaniles que faltaban, además de unas cucharas. En el fondo, que se divisaba desde la puerta, al través de largo parrón, despojado de hojas en esa época del año, veíase constante ir y venir de gente; servidumbre, señoras con delantales blancos, niños que gritaban, discusiones, constante preguntar dónde estaba esto y lo otro y lo de más allá.—«Maruja ¿dónde pusieron la coladera?» —«Allá encima del molde de dulce de membrillo...»—«La cuchara para revolver no parece;... ese maldito chiquillo la habrá escondido;... con ese demonio no hay quien pegue...» — «¿Sabes, Adela, si me trajeron el vestido nuevo?»—«No, señorita».—«¡Que tocan la campanilla!... Si serán visitas... ¡Jesús que fastidio!... Y esta Adela que no se mueve y se queda ahí como estafermo... Una tiene que hacerlo todo, porque si no, resulta mal, y estas chinas que no sirven ni para abrir la puerta... Todo se ha echado á perder en este país... Señor, ¡dame paciencia!» La que hablaba era doña Robustiana, la señora de Ampuero.—«Mamá, no hable tan fuerte, mire que hay visitas y pueden oir...»—«Ah! es el capitán, en compañía de Cucho:... ahí vienen... Caballeros... cuánto gusto de verles;... como ustedes son de confianza, los recibiremos aquí adentro... para que sirvan», agregó la dueña de casa con risa precipitada que quería ser de broma.

Ambos pasaron adelante y se metieron de rondón

en el segundo patio, en donde fueron recibidos con grande algazara por las niñas.

—«A ver, Araneda, si usted sirve para algo... ¿Sabe batir huevos?... Pues tome este tenedor y este plato, agregó pasándole uno con clara de huevo... Hay que hacerlo bien ligerito, de manera de formar bastante espuma... así... ¿ve?»

A los pocos minutos el capitán sudaba el quilo y se veía en la necesidad de desabrocharse el dormán.

—«Es bueno que aprenda á batir, para hacer huevo molle, le decía Juanita, con malicia; por si alguna vez se casa... puede que su señora lo ocupe en esas cosas y en otras por el estilo...»

—«Apuesto á que piensan hacerte pasear la *guagua*, cuando llore de noche», agregó Rufino.

—«¿Qué me has visto cara de *guagüero?*» contestó el militar mal humorado.

—«A todo hay que hacer el cuerpo en este pícaro mundo... Yo conozco un padre de familia que le muda paños al niño cuando están sucios... Ya debe tener las narices curtidas», expresó el estudiante de medicina.

—«¡Jesús qué barbaridad, si con este Rufino del diantre no se puede hablar! gritó Juanita Ampuero; cuando le dan la mano se toma hasta el pie...»

—«No me querría otra cosa, si siempre fuera tan bonito como el suyo...»

Y disimuladamente, detrás del emparrado, trataba de cogerle una mano, de paso, mientras la niña le decía á media voz: —«Estése quieto... ¿que no le amarraron las manos cuando niño? *Asosiéguese*... que nos están *aguaitando* y qué dirán...»

Al estudiante se le habían encandilado los ojos mirando á Juanita, fresca y rozagante, con brazos

fornidos, arremangados hasta el codo, para los trajines de la comida, el vestido recogido y sujeto á media falda, con alfileres de gancho, lo que permitía ver su piesecito bien calzado y unas medias rojas de hilo, todas listadas de negro, que enfundaban unas piernas bien torneadas y robustas.

El militar se balanceaba en la silla de paja, golpeando el plato con el tenedor furiosamente.—«No tan fuerte, que hará pedazos el plato... cuidado...»

Mientras tanto, el estudiante hacía piruetas y no se estaba quieto ni un momento. —«¡Cuidado!—decíale Lolo—fíjese en la gelatina». En efecto, entre dos sillas habían colgado una especie de filtro de franela, del cual caía gota á gota la gelatina al molde. Sobre una mesa rompía huevos la cocinera, una ayudante pelaba papas, otra levantaba la tapa de las cacerolas, ésta probaba un guiso, la de más allá revolvía, y la atmósfera se saturaba de olores culinarios, de apio y perejil, vaho de guiso. De repente se oyó el ruido de un coche que paraba; era uno de esos americanos de alquiler, estacionados de ordinario en la Alameda. Bajáronse cuatro personas: un caballero de edad, vestido de levita y con sombrero de copa un tanto pasado de moda; una señora gorda, con pesado abrigo de terciopelo y capota, que se balanceaba al andar; dos niñas vestidas de azul, con sombreros adornados de tules y zapatos nuevos que relucían. Todos hablaban á media voz, mientras el caballero tocaba la campanilla con cierto gesto de importancia;—llevaba gruesa cadena de oro en el chaleco, alfiler de brillantes falsos en la corbata; la gordura le formaba doble barba en el cuello y tenía el aspecto vulgar de una estúpida satisfacción burguesa contenta de sí misma. La señora, mientras abrían la reja, deshacía unos pliegues que había descubierto en la chaqueta de la hija mayor.

—«¿Por qué le recibiste á la costurera el traje con semejantes arrugas?» —«¡Pero mamá!...» —«Se conoce que no lo pagas». —«Si no me fijé...» — «Es que debías fijarte... para eso Fidel echa las bofes trabajando en la Contabilidad... ¿Qué te has figurado que la ropa no cuesta plata? En mi tiempo mi padre me daba cinco pesos para que comprara unas cuantas varas de tafetán para el vestido de baile... y yo me presentaba mejor vestida que figurín... y no me quedaba sentada un solo minuto en toda la noche, pregúntaselo á tu papá... Mientras que ahora, una gasta un sentido, y las niñas tienen que ir donde modistas porque no saben coser ni cortar y luego *planchan* que es un contento...»

—«Pero, mamá, si yo no tengo la culpa de las arrugas...» decía la niña con lágrimas en los ojos...

—«¡Basta! Rufina, ¡basta!» gritó el caballero, con voz ronca é imperiosa que no admitía réplica. —«Yo no me callo... ¡á mí no hace callar nadie!»—«Mira que vienen, hija, y ¿qué irán á decir?...»

La sirvienta introdujo á la familia en la sala de recibo, la señora se sentó en el sofá, el caballero en un sillón y las niñas en las puntas de las sillas, todos en círculo, dejando el hueco en el sofá para la dueña de casa. Antes de salir, la muchacha apretó el botón de la jaula dorada del canario mecánico, que tenía cuerda por ser día de santo, y el pajarito se puso á cantar.

—«¡Qué lindo, mamá!» exclamó una de las niñas.

—«Sí, me agradan estos animalitos de cuerda, son muy elegantes... pero es mejor el de las Elguetas, la jaula más grande y el canario grita más fuerte... Uno puede oirlo desde el zaguán...»

La menor de las niñas se paró á mirarse en un espejo de grandes dimensiones, que había en la testera;

acercábase, se alejaba, se ponía de frente y luego de perfil. —«Siéntate, que ya vienen», dijo apresuradamente misiá Rufina.

Doña Robustiana, la dueña de casa, después de hacerse esperar buen espacio de rato, penetró al salón con solemnidad y pausa por lo gorda. Abrazó á su amiga con grande aparato de cariño y besos á una y otra mejilla. También besó ruidosamente á las niñas, que extremaban las manifestaciones de afecto.

—«Cuántos años á que no las divisaba, hijitas»,—les dijo, á pesar de que en la semana anterior había estado con ellas en casa de la señora Aguilar, amiga común, pero creía que la mejor manera de manifestar simpatía consistía en hacerse la que no veía á sus amigas desde hacía mucho. —«¿Han pasado bien este tiempo?» añadió.—«Sí, gracias».—«Pues me habían dicho que ustedes tenían novedades... que se casaba la Adelita con un joven empleado en una sociedad de Seguros contra incendios...» — «Eso no es verdad, no pasa de rumor callejero...» respondió la visitante, mientras su hija hacía señas con el dedo de que nó, sonriendo como que la cosa le agradaba. —«Nada hay de cierto, Robustiana; son cosas que inventan los desocupados que no hallan qué hacer para matar el tiempo. Apenas ven á una niña conversando con un joven, cuando echan á correr matrimonio, como si todo fuera soplar y hacer limetas. Sobre todo, cuando se trata de niñas conocidas, no hay con quién no les corran matrimonio. La María Eduvigis debería haberse casado ya como cien veces, si fuera cierto cuanto de ella suele decirse. Mis niñas han sido educadas á la antigua escuela, y no se casarán á dos tirones, porque no entiendo de coquetear, ni miran á los jóvenes por la calle, como otras muchas que yo me sé. A mí me gusta que se mantengan en toda su pureza;

las niñas deben de ser como castas azucenas, según decía el padre Remigio en un sermón muy bonito...»

—«Sí, yo asistía el día en que lo predicó—agregó misiá Robustiana;—la iglesia estaba llena y no habría habido en dónde meter una cabeza de alfiler siquiera... ¡Qué sermón más lindo!... Como decía Macario, era de de chuparse los dedos. El padre Remigio es hombre muy hábil, y un santo que sabe hacer llorar á la gente y pinta á lo vivo los horrores con que se castiga en el infierno á las mujeres infieles y corrompidas». Al oir estas palabras, las niñas bajaron la vista y se ruborizaron, mientras el papá tosía de manera particular, para indicar á su esposa que el tema era peligroso y que no debería tocarse delante de jóvenes solteras.

—«¿Y han estado ustedes en las carreras?» preguntó misiá Robustiana, para deslizarse del incidente.

—«Iremos á las del 20 de Septiembre, á las cuales siempre nos lleva mi mamá, dijo Carmela, la mayor. A mi papá no le gusta que vayamos á menudo porque á él no le agrada que nos vean siempre en todas las fiestas; dice que las niñas se mosquean y que los hombres arrancan de las mujeres demasiado paseadoras». Las pobrecitas andaban buscando disculpas de que no las sacaran á fiestas, pues los sueldos fiscales no daban para vida regalada, ni para semejantes derroches.

Doña Robustiana no pudo resistir la tentación de pintar un poco los reales que tenía su marido.

—«Pues á la Juanita le encanta ir á las carreras, i hasta las del fundo le atraen; allá en Cuneo, no perdía ninguna, aún cuando fueran de caballos brutos; con mayor razón en Santiago asiste á las del Club Hípico. Son las tradiciones, hijita; tanto mi padre como mi abuelo fueron hacendados, y recuerdo que solía decir que á él le habían comprado el caballo

overo que le regalaron al general Bulnes después de Yungay; dieron por él veinte onzas, una sobre otra, y muy bien que las valía, y aún sahumadas».

Después de visita bastante corta—como de rigor en día de santo—las damas se pusieron de pie. Al despedirse, doña Robustiana las invitó á comer con ella si «querían hacer penitencia», porque no sabía cómo estaría la comida y tendrían que disculpar... Doña Sinforosa se hizo de rogar, por política. «No puedo, hijita, será para otra vez, quizás haya demasiada gente... somos tantas...» —«Házme el servicio, Sinforosa; como antiguas amigas, es preciso que te sacrifiques por ahora junto con tu marido y una de las niñas por lo menos». Miráronse todas, como en consulta, y don Timoteo dió las gracias aceptando. Doña Robustiana las acompañó hasta la puerta.

A las ocho de la noche estaba lleno de gente el salón de Ampuero; los hombres vestían de levita, las señoras trajes de seda un tanto pasados de moda, pero que debieron ser costosos en su tiempo. El señor Escanilla andaba muy asiduo con la señora Pacheco de Iturriaga, lo que tenía un tanto contrariada á su digna esposa, que de cuando en cuando se volvía á ellos.

En el centro de los caballeros, en medio del salón, había un señor de aspecto joven, flaco, de ojos biscos, y pelo cortado en forma de escobillón. Hablaba con solemnidad, expresando en toda materia sus ideas como última palabra, indiscutible y decisiva. De cuando en cuando se entonaba, para prorrumpir en voces que fuesen oídas de todos, pues de esa manera le darían la importancia que le tocaba de derecho. Cuando estaba contento, prorrumpía en risa nerviosa. Llamábase el tal, Rolando Farías, y era periodista de oficio. Había figurado en distintos diarios, de los

más encontrados matices, con una soltura de cuerpo verdaderamente asombrosa y digna de *clown* de circo. Tenía espíritu agresivo y audaz que le hacía temido entre algunos infelices de los cuales abusaba atrozmente. Nunca se daba el trabajo de explicar la causa por la cual se mudaba tan á menudo de camisa política. En el fondo era escéptico, para quien todas las opiniones eran iguales ó indiferentes. Sólo contaba, para sí, con el buen éxito como único programa, entendiéndose incluídas en él cuantas ventajas pudiera alcanzar en el camino. Ahora militaba en filas de oposición. Pretendía saberlo todo, hasta lo más oculto, y era su indiscreción verdaderamente proverbial.

—«De buena nos hemos escapado, decía don Rolando atuzándose hacia arriba su largo bigote de matamoros; hemos librado la vida en un pelo».

—«¿Cómo así?» preguntaba curiosamente un jovencito de voz aflautada.—«Ya estaba acordado, en Consejo de Gabinete, que se disolvería el Congreso, tomándose presos á diputados y periodistas de mayoría. Yo sé por un amigo, que estaba comprometido en la maniobra, detalles del asunto. Y los Ministros no las tenían todas consigo; á mí me consta que Julio Bañados había pedido que hicieran dormir en su casa un piquete de Cazadores para defenderle, pero tuvo que contentarse con la promesa de que le darían dos. Debe de ser muy fuerte la popularidad de un Gabinete que necesita ser escoltado por regimientos para que no se lo coman vivo por el camino...»

Y luego, mirándose las uñas y poniendo un pie delante del otro, lo que era su actitud favorita:« Estuvo en un periquete esto de que nos deportaran á la Isla de Pascua, en donde sólo hay ratones, según me han dicho. Algo hay que padecer por la libertad...» agregó en tono de víctima, y queriendo rodearse de

aureola gloriosa; «no podemos dejar hundirse las instituciones nacionales...»

—«Las instituciones nacionales no correrán peligro alguno mientras tengamos en la Presidencia al Excmo. señor Balmaceda», interrumpió en tono agrio un señor alto de cuerpo, de color moreno, fuerte; tenía la voz sonora y hablaba en tono convencido. Llamábase don Leucatón de la Maza y aspiraba al puesto de juez suplente de Santiago, vacante en aquellos días, por lo cual había venido de Curicó; Ampuero, que estaba muy bien puesto entre los amigos del Gobierno, le patrocinaba ardorosamente. Por eso hacía gala de lo robusto y firme de sus convicciones políticas favorables á la Administración.

—«Sobre todo, mientras tengamos á Prats en el Gobierno», dijo el periodista, en tono cortante.

—«Por supuesto», agregó don Leucatón, poniéndose colorado; era que se hallaba en un atolladero. Si hablaba mal del Ministerio, podría hallar tropiezos en el nombramiento;—y como era público y notorio que el Presidente no se avenía con el nuevo Gabinete que consideraba como imposición de la mayoría del Congreso,—no era dable manifestar entusiasmo. Don Leucatón no sabía qué hacerse.

Ampuero vino en su auxilio, pronunciando unas cuantas palabras de adhesión incondicional hacia la persona del Presidente. Dijo que jamás había conocido persona más simpática, más afable con los pequeños, más demócrata en todo, ni más atento, en lo cual tenía razón, pues el Presidente era persona de educación fina y de maneras atrayentes.

Mientras tanto, don Anfión Escanilla escuchaba sonriendo los ataques de su correligionario, el periodista Rolando, y la defensa del pretendiente al juzgado. La humanidad le parecía chiquitita, mirada por

la faz de los intereses. ¿Por qué atacaba el periodista con tanta furia, negando á Balmaceda el agua y el fuego, declarándole traidor á la patria? Por simples intereses personales que se hallaban en juego, por puesto que le habían negado, Ahora se creía sinceramente partidario de las libertades públicas. De igual manera, el señor don Leucatón, que aspiraba á un juzgado, veía de color de rosa los actos del Presidente. En esa máquina compleja de una sociedad, entra todo: pasiones, intereses, preocupaciones, simpatías. Sólo el núcleo toma bandera por causa que juzga grande y sacrifica por ella tranquilidad, hogar, y hasta fortuna. Pero esos pocos suelen llegar á formar mayoría en la opinión pública, pues la humanidad no es tan mala como generalmente se cree, y en ella bullen pasiones nobles y sentimientos elevados.

Don Anfión Escanilla era uno de esos hombres que ocupan posición inferior de la que debiera corresponderles en justicia, si se toma en cuenta méritos personales para dar á cada cual el puesto que le corresponde. La falta de dinero, la modestia de su posición social, las dificultades de la lucha por la vida, la necesidad de mantener á familia numerosísima con recursos contados, no le permitían tomar vuelo en política, á pesar de que sus amigos, como el señor Portal y otros, le apreciaban en lo justo y jamás procedían sin oirle. Había nacido en la clase media, y en esa clase había contraído matrimonio con mujer que carecía de bienes de fortuna, si bien le sobraban esas riquezas de alma que de nada sirven á los ojos de la vanidad mundana. Y á fuerza de visitar personalidades políticas de importancia, con las cuales se rozaba por asuntos de partido, y de entrever una sociedad más culta, de mayor refinamiento, más elegante que la suya, más selecta por hábitos y tradición, había

llegado á sentir, en lo hondo, una especie de malestar, semejante al de los que viajan á menudo por Europa y se ven obligados á volverse á la patria que encuentran atrasada y vieja—con la vejez de las cosas coloniales, anticuadas, sin sello propio ni carácter gráfico. Sentía la política de manera muy alta, con ideales hermosos de mejoramiento social, de libertad electoral, de independencia de los poderes públicos; quería pueblo que luchara por darse á sí mismo sus propios representantes, sin que el Presidente de la República se los impusiera; quería un pueblo instruído que emitiera libremente el voto, y clase media de gobierno, digna de ejercerlo, capaz de comprender las grandes necesidades nacionales, de dar la mano al pueblo á su turno. Y sentía pena profunda al ver, en el seno de esa misma clase media, á la cual pertenecía, el espíritu pequeño y calculador de los tenderos de ultra-marinos, ocupados tan sólo en el puchero y decididos á tomar bandera según conveniencias personales, unos por el Gobierno, que les buscaba en ese instante, otros por la Oposición de la cual esperaban ventajas. Veía la ridícula parodia que de la sociedad encopetada allí se hacía, sin poder alcanzarla, y con sordo rencor de no conseguirlo. Parecíanle afectadas las actitudes de las damas de aquella sociedad de medio pelo, como doña Robustiana, que no podía moverse de puro apretada en su corsé, ó su amiga, la señora del empleado de la Contaduría; ridículo el traje de seda tornasolada de la señora de Iturriaga, que ponía ojos de carnero ahogado al señor Ampuero que visiblemente la cortejaba á la vista de su propia mujer, de ojos llorosos. En las niñas había risitas taimadas que le ponían los nervios de punta, así como la ficción de alegría y de elegancia, su manera de andar en las puntas de los pies, y de pronunciar las finales. Era

que había salido á medias de su propio terruño, sin penetrar suficientemente en la sociedad de viso, y de aquí nacía para él malestar visible. Ahora comprendía los sacrificios de la pobre doña Eufrasia Retamales que trataba á toda costa de casar á su hija con algún joven de tono, perteneciente á las viejas familias consagradas de la sociedad chilena—y los sacrificios de la pobre señora, las humillaciones que sufría, los pasos que daba para alcanzar que asistieran á sus fiestas personas de importancia social. Quería salir de su medio y no podía; era desesperada lucha por la *high life,* en la cual quedaban jirones de su dignidad y de su vida. ¿Acaso no había hecho un regalo magnífico á Dorotea Escalante cuando se había casado con Martín Ugalde y Villagarcía, nieto de los antiguos condes de Villagarcía? Al novio le había conocido apenas en una temporada balnearia en el sur, y eso bastó para que enviase á su futura un regalo, que le valió invitación á la fiesta: á la ceremonia religiosa, se entiende, pues á casa de la Escalante no llegó. Todo lo sabía y lo veía don Anfión, con su dón de gentes y sus cualidades positivas de observador mundano.

Y cuando el señor Escanilla se hubo juntado al grupo de hombres, vió que el periodista aprovechaba la ocasión de disparar tiros y agotar reservas de veneno. Para Rolando Farías no había dama honrada, y si las nombraban delante de él, luego saltaba con aventuras inventadas por la maledicencia, obra de envidia y del chisme santiaguino. Ahora dejaba tranquilas á las mujeres; se ocupaba en despellejar á los políticos amigos del Presidente.—«Balmaceda era grandísimo pícaro y tenía millones en Europa, cuya procedencia... ¡hum!... era dudosa. ¿Y qué se podía decir de los Ministros? Si se mantenían en el Gobierno era por comi-

siones que recibían, pues de otra manera no habrían sido tan necios en desafiar al Parlamento y en saltar por encima de la Constitución... Eran pícaros redo mados...»

El muchacho flaco escuchaba interesadísimo esto que decía don Rolando, tomándolo todo, naturalmente, al pie de la letra. Don Anfión que lo escuchaba no pudo contenerse:

—«Usted se equivoca, joven, y sus papeles están bastantes mojados... No repita semejantes calumnias ridículas. Bien sabe usted que yo soy opositor de los más firmes. Pues bien, yo, Anfión Escanilla, que estoy bastante interiorizado en los círculos que dirigen el movimiento de oposición constitucional, puedo afirmarle á usted que cuanto acaba de decir es pura invención y calumnia. No se debe combatir de esa manera. Balmaceda es hombre honrado á carta cabal, su patriotismo me parece á mi indiscutible, y nadie puede echarle en cara la incorrección más pequeña en materia de dinero. Ha hecho grandes obras públicas que serán de importancia en el futuro. Creo, sí, que está perturbado por malos consejeros, imbuído por nuevas ideas que considero perjudiciales para el país y contrarias á la letra y al espíritu de nuestra Constitución política. En el mismo error han caído sus Ministros, pero todos ellos son, para mí, personas honorables... Los móviles que les guían pueden ser errados, pero jamás nadie podrá tacharlos de indignos. Me da pena ver que hombres jóvenes, como usted, dañen nuestra causa con semejantes dislates...»

Don Rolando se mordía los labios. De allí arrancó el rumor, dado por algún diario más tarde, de que don Anfión se había *pasado*.

Felizmente, la llegada de un nuevo invitado distrajo al grupo, dando término al incidente. Era un

joven militar de bizarra presencia, de traza marcial y elegante á un tiempo, grandes ojos negros, bigotes levantados y varoniles, fuerte y esbelto, cuerpo nervioso como el de los animales de carrera, como en seres escogidos. Bastaba tan sólo la manera de verle entrar para comprender, por su paso, movimientos tranquilos y sencillos, elegancia innata, y por su manera de dar la mano, que pertenecía á sociedad bien distinta de aquella en la cual se presentaba ahora. Parecía militar europeo, uno de los oficiales elegantes del segundo imperio napoleónico. Avanzó, primero, directamente á la dueña de casa, dejando con la mano estirada al aspirante á juez, que se le metió por medio, en su ansia de manifestar que conocía nuestra sociedad de tono. Y como el joven hiciera que no le había visto, el futuro juez le cobró antipatía mortal. En seguida saludó á las demás señoras y niñas; le presentaron á la de Retamal, que aprovechó la ocasión para decir que conocía mucho á su madre.—«He sido muy amiga con la Magdalena del Valle de Orbegoso; fuimos compañeras de colegio, y si después nos hemos visto poco, ha sido porque mi marido está siempre tan ocupado en política que no puedo conseguir me acompañe á parte alguna».

—«Pues mi madre, señora, mucho gusto tendrá al saber que he pasado algunas horas en compañía de una de sus amigas de infancia. Son esas las mejores amistades, las más sinceras y desinteresadas. Entonces llega á conocerse á fondo el alma de aquellos con quienes vivimos. No puede figurarse, señora, el placer que me causa conversar con alguno de mis amigos de colegio, pasados algunos años sin vernos...»

Ampuero se acercaba muy orondo:

—«El señor es un héroe, uno de los más brillantes oficiales del ejército; cayó herido, hace poco tiempo,

defendiendo el orden público y la causa de S. E. el Presidente de la República. En la Moneda lo estiman mucho, y bien lo merece, pues ha sabido cumplir con sus deberes en forma honrosa. El señor general Zilleruelo me dijo que este caballero era una de las esperanzas más legítimas del Ejército de Chile y que si no hubiera sido niño cuando la campaña del 79, ahora sería coronel. Bien, joven, bien, usted honra nuestra casa... es un honor para nosotros tenerlo aquí. Usted es muy amigo del capitán Araneda, ¿no es verdad? Y nosotros le queremos mucho, es oficial pundonoroso».

—«Sí, somos amigos, en efecto, contestó el teniente, aún cuando pertenecemos á distintas armas. Usted sabe que los de caballería no se entienden muy bien, de ordinario, con los infantes», agregó con sonrisa de broma.

Entre las niñas, la llegada del joven oficial había producido impresión. Todas le miraban y le comentaban en voz baja. «¡Qué buen mozo es!» «Muy arrogante...» «¡Y qué bien lleva el uniforme! En mi vida había visto un militar que me agradara más», exclamó, sin poderse contener la menor de las Ampuero. La señora le presentó á la redonda, á niñas y caballeros, aún cuando á muchos conocía. Y cuando al llegar al rincón quiso presentarle también á Elvira Ortiz, ésta se puso de mil colores. Estaba turbada, lo que no pudo notar doña Robustiana, pues todo en este día de santo la llenaba de confusión...

—«Si ya nos conocíamos, y Juan ha pasado una breve temporada en nuestra casa... unos cuantos días...»

—«¿En el campo?» preguntó la señora Ampuero.

—«No, señora, en casa, en Santiago, cuando cayó herido en la Plazuela del Congreso. Su familia estaba

entonces ausente; su padre en Viña del Mar, por salud, y su hermana, en el fundo».

—«Ha sido un ángel, señora—interrumpió el joven oficial—y jamás podré olvidar la bondad que han tenido conmigo en aquella casa. Eramos antiguos amigos con el doctor Ortiz, y le conocía desde hace años, pero desde mi herida le miro como á hermano. Para pintarle la manera cómo me han tratado, sólo diré, señora, que si tuviera seguridad de que habrían de llevarme á casa de Ortiz, desearía que me hiriesen de nuevo».

Elvira le dirigió una mirada suave, sonriendo y bajando los ojos. Se consideraba pagada con semejante frase de cortas molestias de sobra compensadas con amistad tan valiosa. La joven se había embellecido súbitamente, con esa suerte de belleza particular creada por el afecto, ilusión interior de las mujeres, como luz súbitamente encendida dentro de taza de blanca y fina porcelana.

Juan Orbegoso, desde que la hubo visto, se consagró á ella en cuerpo y alma; sintió que respiraba mejor, y le pareció como si todo en aquella casa se iluminara para él, tomando tintes familiares y amistosos. Desde que recibiera aquella bendita herida, Elvira Ortiz se había consagrado á cuidarle como hermana de caridad, sin dejarle de mano un solo instante; y no eran cuidados maquinales, en cumplimiento del deber, que reciben en hospitales los enfermos, sino aquellos más solícitos que miran al agrado junto con atender á las prescripciones de la higiene. Así, la joven le daba conversación, leíale periódicos, le traía cuentos y rumores de la ciudad, sucesos políticos, decires, ecos de la chismografía corriente que le parecían tan sabrosos. Juan supo que su aventura no había sido bien recibida en sociedad; todos se extrañaban de que

hubiera mandado cargar en contra del pueblo indefenso en aquellas terribles peloteras de la Plazuela del Congreso. ¿Cómo era posible que un hijo de don Santos Orbegoso, una de las figuras del viejo partido conservador, estuviese metido en aquellos andurriales, sirviendo á Balmaceda en empresas para acabar con las libertades públicas? Era cosa que á nadie le cabía en la mollera. Y, junto con la llegada de su padre de Viña del Mar, tuvo Juan el sentimiento de ver que no le recibía con el afecto de antaño; el caballero parecía disgustado, y no tardó en hacerle violentos reproches. Juan, en la intimidad absoluta de la confianza, le reveló el secreto de su actitud. La junta directiva de la Oposición le había mandado llamar, pidiéndole encarecidamente se mantuviera en su puesto del ejército. No podía abandonar las filas cuando se necesitaba precisamente mantener los hilos de contacto con las instituciones militares, para el caso, si no probable, á lo menos posible, de conflicto armado con el Presidente. Además, en la Oposición ya se conocía el plan de Balmaceda de clausurar violentamente el Congreso y tomar presos á los principales miembros de la Oposición parlamentaria. No debía retirarse. Por eso había debido quedarse en Granaderos. Así y todo, su padre desaprobó su conducta; no le agradaba que un Orbegoso estuviera sirviendo al Presidente, en el ejército y entregándose en secreto á la Oposición. Semejante papel no era leal ni correcto;—el viejo magistrado lo reprobaba, aún cuando los amigos políticos lo exigieran como necesario. Quien llevaba su nombre debía proceder con absoluta lealtad. A don Santos no le agradaban papeles dudosos, ni aún cuando fueran *ad majorem Dei gloriam*, para gloria de Dios y en servicio de la patria. A Juan le desagradaba abandonar el uniforme, al cual había tomado cariño, pues la ca-

rrera militar encuadraba perfectamente dentro de su temperamento y de sus hábitos; en aquella época los militares no estudiaban como en el día, y su principal tarea era el *dolce far niente*, calaverear de noche, beber en cafées, dormir de día, cuando no estaban de guardia, y fumar, en ocio perenne, sumidos en en vida perezosa y tranquila de eterna somnolencia. A sus oídos no resonaba más rumor que el de toques lentos y agudos, notas largas de corneta, perdidas en la calma de horas muertas, como lamento melancólico. De tarde en tarde salía con su tropa á ejercicios, al Parque, por la mañana, en columna, al trote, al paso, al galope. Ejecutaba una serie de evoluciones, siempre las mismas, y una vez al año ejercicios de campaña, de avanzadas, de reconocimientos. Era vida agradable y cómoda; por eso recibió con gusto la insinuación de quedarse en el ejército que de los círculos opositores le venía. Su padre, que miraba las cosas de distinto modo, lo tomó á mal. «Chocheces del caballeio—decía Juan á su madre;—si lo natural es que yo les haga caso á los que dirigen el movimiento político, y saben lo que conviene á los intereses del país mejor que él». Así seguía sus propias inclinaciones y desconocía la voz severa, pero levantada, de su padre, que que le predicaba lealtad. El interés nos inclina á seguir consejos que halagan nuestras pasiones ó sirven nuestros intereses y nos benefician. De aquí nació cierto desvío entre Juan y su padre, que le causó tristeza. Elvira le vió decaído, y compartió su pena, sintió necesidad de ayudarle cuando le abandonaban los suyos. Era corriente de simpatía que les acercaba, y les hacía pasar horas muertas contemplándose, embebidos, felices en el momento fugaz, entretenidos en nimiedades que les parecían graves, charlando. Y mientras llegaba la hora de salir, ella le hacía olvidar

el trascurso del tiempo que huía demasiado rápido. Allí, donde Ortiz, conoció el militar á la señora Rosenda Aguilar, en cuya casa había estado hospedado el doctor, durante muchos años, y á su hija Lucinda Cavada. Ambas tenían casa de huéspedes, de la cual se desprendieron cuando la señora hubo heredado unos reales de su tía. Allí, en casa de Ortiz, tuvo ocasión de conocer la clase media que, de ordinario, es más desconocida de nuestras clases superiores que los habitantes de China ó del Anam. Veía por primera vez de cerca una casta social en la cual todo era nuevo para él, divirtiéndole. No sin cierta dificultad penetró en el llamado «medio pelo», pués todos le miraban con recelo al principio, temiendo se presentara con el exclusivo propósito de burlarse y de seducir muchachas para fugarse con ellas, como ya tantos otros lo habían hecho. Juan visitaba á esa gente con el propósito de divertirse, según creía, y solía decir á sus amigos, mas en realidad para ver á Elvira, para encontrarse con ella. Así apareció en casa de doña Rosenda Aguilar de Cavada, y así fué también donde las Ampuero y otras de las relaciones de Elvira. Insensiblemente se había desarrollado en su alma un sentimiento de ternura por aquella muchacha encantadora, dulce, modesta, de cuerpo hermosísimo, fino, delgado, elegante. Notaba la visible emoción que producía en ella, la turbación que invadía su sér. Más de una vez, cuando sus amigas le pedían que tocara el piano, al verla resistirse, Juan había insistido, á su vez, y la había visto ceder en el acto, como si le fuese imposible decirle que no, y sentarse al piano mientras sus manos temblaban al dar vuelta las hojas de la pieza de música. Aquella súbita palidez que la invadía, el sonrojarse por cuanto la dijera, el brillo de los ojos, un imperceptible temblor convulsivo que solía agi-

tarla, no le pasaban desapercibidos. Recordaba que cierta vez que involuntariamente había tocado su pie, oprimiéndolo, Elvira, al retirar el suyo, había palidecido intensamente como si fuera á desmayarse, tan grande había sido la emoción, de ligero roce inesperado. Juan era hidalgo de raza, jamás hubiera querido abusar de la hospitalidad que tan cariñosamente le diera el doctor, su amigo; por eso no intentó siquiera tocarle la orla del vestido, ni cogerle un dedo, ni besar sus cabellos cuando por casualidad se rozaran. Sentía por ella respeto, aún más caballeresco y acendrado al verla indefensa, sin voluntad, dispuesta á darse, entregada por la delicadeza y la sinceridad misma de su espíritu virginal, que le admiraba sin ocultarlo por su belleza varonil, su elegancia, su tono, por la superioridad que emanaba de su persona toda. Le sentía encima del medio en que vivía ella, por las maneras distinguidas, lo refinado del porte, la cultura. Lo que más diferencia entre sí á las distintas clases sociales es la educación, indefinible pequeñez en detalles, matiz imperceptible para los no iniciados. Era perfectamente exacto lo que decía, en cierta ocasión, á Elisa Orbegoso, Mario Sandoval, recién la conoció: —«Señora, para saber sentarse y dar la mano como usted lo hace, se necesita trescientos años de abolengos, y abuelos que hayan pisado los estrados de los Gobernadores ó marqueses de antaño, bailando en ellos el «minuet». Las tradiciones sociales constituyen una herencia que no se reemplaza ni con dinero, ni con talento, ni con observación, ni sentido artístico». Eso bien lo notaba Elvira al ver la diferencia que había entre Juan Orbegoso y los demás jóvenes que le rodeaban, como el capitán Araneda, por ejemplo, ó el joven Paredes. Miraba á Juan con sentimiento nuevo, del cual ella misma no llegaba á darse cabal cuenta,

respeto y admiración á las veces, con cariño, y casi casi con temor, como si viera en él un abismo en el cual pudiera perderse. Estaba dispuesta á todo lo que le agradara, y si Juan le hubiera pedido se fugase, no habría vacilado en hacerlo, de tal manera la había sugestionado con aquel insensible y suave mareo que en su presencia la invadía, y que en su ausencia tomaba los velos transparentes del ensueño, de una deliciosa humareda con la cual construía castillos encantados.

La vieja sirvienta, de zapatillas, entró sin hacer ruido al salón, para avisar á su patrona que la comida estaba en la mesa. Levantáronse todos, dando el brazo los caballeros á las señoras, por parejas, muy solemnes y estirados. Usaban la más abigarrada indumentaria: levitas, los más; otros, como el juez, smoking y corbata blanca. Paredes, frac y corbata hecha; Escanilla lucía frac y corbata negra que juzgaba más apropiada á sus años. Las señoras presentaban igualmente una extraña y rara mezcla de colores oscuros y claros:—doña Remigia Pacheco lucía en el pecho el retrato de su marido, en miniatura, de cuando tenía veinte años, y llevaba capa de abalorios que daba gran dignidad á su persona, cayendo sobre el vestido de seda. Se la había regalado su marido años atrás, en el día de su santo, junto con el prendedor de corales.

Ampuero abría el cortejo, dándole el brazo; alzaba la cara con aspecto severo y dignidad de hombre importante. Don Anfión, detrás de él, llevaba á la señora de la casa, también muy compuesta, con pañuelo de espumilla prendido al pecho con un gancho que decía en letras de diamantes falsos: *Recuerdo.* Las niñas Aldonso, hijas del empleado de la Contaduría, llevaban zapatitos de charol nuevos que crujían al pisar. La procesión de invitados se deslizó por el

pasadizo, al comedor, situado entre el primero y el segundo patio; era sala espaciosa y el techo tenía artesonados de yeso en colores rojo y amarillo, con flores en el centro, y un letrero que decía *buen apetito*. Los muebles eran tallados, hechos en el país, y en los vidrios de sus puertas ostentaban monogramas en los cuales brillaban entrelazadas las iniciales del dueño de casa. Varios floreros alegraban la mesa, junto con multitud de copas de diversos colores, amarillas, rojas y verdes, destinadas á vinos generosos. De trecho en trecho había platos con pirámides de tajaditas de queso del país, y latas de sardinas abiertas y azafates con alfajores ó frutas; en el centro de ella, un enorme castillo de cascos de naranja confitados y pasta de almendra; en lo alto de la pieza de confitería, se alzaba un ángel de azúcar, con las alas extendidas y una trompeta en la mano, colocado sobre trozos de alambre, lo que le hacía balancearse en cuanto se movía la mesa. «Este castillo es de los buenos», dijo una de las niñas Aldonso á su vecino, pues don Benito Camino pide por estos cuarenta pesos, porque tienen en lo alto *figuras de movimiento*». Demoráronse largo rato en colocar á los invitados con arreglo á su jerarquía, poniendo á las niñas al lado de los jóvenes, después de reservadas las testeras para la dueña de casa y personas de importancia como Escanilla, el juez suplente y otros por el estilo. Sirvieron fiambres, malaya, que el dueño de casa anunció como famosa, regalada por una de las monjas Claras, parientes de doña Robustiana; además le había enviado el flan y tomatitos en dulce.

El estudiante de medicina se dió á todos los demonios al ver que le habían puesto lejos de la Lolita Ampuero, pero resolvió desquitarse con la señora Pacheco de Iturriaga, que tenía de vecina, dirigiéndole todo

género de cumplidos. Era todavía joven, á pesar de que estaba ya más próxima á los cincuenta que á los cuarenta; había engordado bastante en el matrimonio, por falta de ejercicio, cosa frecuente en las mujeres chilenas que cuando creen «haberla pegado» se descuidan así en trajes como en detalles de la existencia doméstica, perdiendo flexibilidad del talle y ligereza en el andar. Doña Remigia estaba bastante bien aquel día; era vigorosa y sana, de buena cara. Vendía salud, como vulgarmente se dice, y tenía unos ojos negros que brillaban lánguidamente. El estudiante la encontró apetitosa, y después de pasarle un plato con fiambres, se deshizo en cumplidos. Ella no quería recibir los platos, y era una de: «Sírvase usted primero..,»—«No puedo permitirlo, señora, á usted le toca...»—«No se moleste que ya me tocará el turno...» —«De ningún modo, a las damas primero...» Sirvieron unas copas de Jerez, que no estaba malo, y el joven Paredes invitó á brindar á la señora Iturriaga, chocando las copas. La mesa comenzaba á animarse, después de unos instantes de estiramiento. El capitán Araneda se había colgado la servilleta del cuello, anudándola fuertemente por detrás, de miedo de mancharse el uniforme; Rosita, á su lado, comía poco, no tanto por falta de apetito, sino porque le parecía cosa de mal tono comer mucho, y esperaba que los dueños de casa le dijeran de cuando en cuando: «Parece que estas niñas se mantienen de alpiste, como los canarios...» —«Si he comido muchísimo, misiá Robustiana, no he perdonado plato». —«Cuidado, hijita, no hay que tomar por lo serio la broma de Ampuero de que los habíamos invitado á ayunar á esta casa. Coma de todo, que la vida es corta y hay que aprovecharla, no más».

El mosto de Cauquenes comenzaba á producir su efecto, iluminando mejillas y encendiendo miradas; se

hablaba con mayor animación á cada instante. El estudiante de medicina emprendía en regla el sitio á la señora Iturriaga, en los instantes en que el dueño de casa, que estaba al otro lado de la señora, daba conversación á los demás invitados. «Francamente, señora, estoy envidiando á su marido... usted es capaz de hacerle perder el seso á cualquiera. Las niñas solteras no valen nada comparadas con damas como usted; son botones... en tanto que usted es una rosa perfumada y abierta en todo su esplendor y magnificencia... una flor que embriaga...» —«¡Jesús!—decía la señora Pacheco abanicándose—¿usted creerá que yo no tengo espejo? pues está equivocado... Sé que no valgo nada». Rufino Paredes menudeaba los brindis con su vecina, que ponía los ojos en alto, con dignidad de matrona á quien semejantes libertades no agradaban, tomando continente de recato. De repente notó misiá Robustiana, con extrañeza, que la señora Pacheco daba saltitos en la silla, como si quisiera pararse, mirando á todos lados, como buque náufrago. Era que el estudiante comenzaba á ejecutar exploraciones por debajo de la mesa, con sus botas, en dirección á la señora Pacheco. Esta, muy colorada, comenzaba de nuevo á repetir los saltitos, diciendo á media voz al estudiante: «Asosiéguese, Paredes, mire que si no, grito...» La dueña de casa, al ver la maniobra, dijo inocentemente de un lado de la mesa al otro: «Remigia, ¿qué te ha pasado? ¿necesitas algo? Estas sirvientes nunca se han de preocupar de la gente... ¿Que te falta servicio...?» El estudiante se puso á sudar la gota gorda: hubiera querido esconderse debajo de la mesa.

El doctor Ortiz contemplaba esta escena con sonrisa en los labios, adivinando lo que pasaba. El capitán sólo veía á Rosita, entregado por entero á su felicidad que en esos momentos se completaba con una pechuga

de pollo que acababan de servirle. No sabiendo ya cómo atender mejor á su amada, dijo al oído á la sirvienta: «Micaela, tráigale el *contri* á la Rosita... Yo sé que le gusta mucho...» Y mientras tanto, cogiendo un bocado en la punta del tenedor, lo pasó á la muchacha, agregando: «Recíbame esta fineza, señorita, ya que no puedo pasarle mi corazón ensartado...» Ella comió la presa, ruborizándose; la galantería del militar le había gustado mucho, y pensaba contarla en casa, al día siguiente, á la hora de almuerzo, cuando se hicieran comentarios inevitables de la fiesta de la víspera, mientras su padre encendiera un cigarrillo, fumándole beatamente con manos entrelazadas sobre la barriga, echado atrás en el sillón de reposo, de flores verdes.

Misiá Robustiana notó que Ampuero se «hacía huincha» cortejando á la señora Pacheco de Iturriaga, que le recibía mucho mejor que al estudiante, prodigándole miradas lánguidas, á la vez que comía de todo con bastante apetito. Aquel manejo amoroso de la dama con su marido tenía preocupada y furiosa á la pobre mujer, y no sabiendo cómo desfogar su cólera, la emprendió á gritos con la infeliz Micaela: «Si estos sirvientes ya no sirven para nada, absolutamente de nada, y quieren ganarse la plata con los brazos cruzados... ¿Háse visto desvergüenza igual? ¿Por qué no le pasas un plato al señor Orbegoso? ¿que no ves que le falta servicio á la Lucindita Cavada? Anda bestia...» La sirvienta caminaba toda encendida, y con lágrimas en los ojos, mientras doña Robustiana se desfogaba con un torrente de voces y reparos.

Doña Eufrasia Retamales conversaba animadamente con doña Rosenda Aguilar. Hablaban de la alta sociedad santiaguina que aparentaban cono-

cer al dedillo: «Dicen que estuvo muy lindo el baile en casa de la Carmela Portal; asistía la *creme*, todo muy *chic*; parecía un sueño de las *Mil y Una Noches*, como dice *Pas Pouce* en *La Libertad Electoral*. Hace muchos años conocí á la mamá de la Carmela en una fiesta de caridad; me pasó un boleto de rifa... por cierto que no me saqué nada: tengo tan mala suerte...»—«Dime interrogó la otra:—¿este joven Orbegoso es hijo de don Santos Orbegoso?» —«Sí, del mismo, y su madre es la Magdalena del Valle... Estuvimos juntas en las monjas del Sagrado Corazón... Era la niña más linda y peripuesta de mi tiempo... Tenía gran fortuna, pero la perdieron en malos negocios...» La otra señora, con curiosidad agregó: —«Parece que al teniente Orbegoso no le disgusta la niña Ortiz... Debe de ser bien picado de la araña, como todos estos militares». —«Sí, toditos los hombres son así, hijita; no hacen más que ver una muchacha bien presentada y se lanzan sobre ella como tigres de Bengala;... pero si éste viene con malas intenciones, se equivoca de medio á medio, porque la Elvira es muchacha seria, y tiene además quien mire por ella en cualquier caso...»—«Entonces mucho me temo que en casa de Orbegoso le hagan oposición... son tan enterados estos diantres. Pero si resultara, mira que suerte para Elvirita, bien se la merece...»

Ampuero que alcanzaba á oir la conversación, metió su cuchara: —«A mí me agradaría en extremo; es joven de porvenir, de carrera asegurada en la Moneda. Barbosa dice que tiene la primera condición del militar, es valiente, leal y pundonoroso... no será muy leído en milicia, pero eso de nada sirve; con razón dice el proverbio:—«Suerte te dé Dios, hijo, que el saber de nada vale».

La alegría se pintaba en todas las caras, ya con-

gestionadas, en la viveza de las conversaciones, en llamados que de una parte á otra se dirigían los comensales invitándose á beber.«—Don Anfión, por usted y familia...» —«Gracias, Ampuero». —«Por que las niñas se casen este año...» —«¡Por Dios! misiá Remigia... quién se ha de fijar en nosotras... nadie tendrá tan mal gusto...» — «Por la prensa nacional, decía el pretendiente á juez, dirigiéndose á Rolando Farías; que siga siempre sirviendo los intereses del país...» El periodista se inclinaba con falsa modestia. Don Anfión, que oyó esto, se sintió entusiasmado, exaltándose, y completó el brindis del juez... «¡Por que la prensa continúe atacando la tiranía, y nos ayude á combatir un mandón como el actual Presidente, que atropella con todo decoro y con la moralidad política...» No alcanzó á concluir su frase. El capitán Araneda le había escuchado y tenía copas, se ponía intensamente pálido. Él no podía tolerar que se hablase de S. E. el señor Presidente de la República de semejante manera... Con las frecuentes libaciones se le despertaba el espíritu de combatividad, así como á Farías, el periodista, le daba por abrazar, tratando á sus vecinos de «hermanitos» y jurándoles fraternidad hasta la muerte. El militar creía llegada la hora de morir por el Presidente; inesperado espíritu de sacrificio y de abnegación se despertaba en él— todo lo daria en aras de su adhesión al Jefe del Estado y de su política, ardiendo en deseos de librarle del yugo humillante del Congreso, que le había impuesto Ministerio con la suspensión de las contribuciones. Y rompiendo con todos los respetos, á pesar de que trataba con el padre de Rosita, con su futuro suegro, no pudo contenerse... —«No tolero que nadie hable del Presidente de la República en términos semejantes... el ejército está con él, por deber,

por lealtad, y yo estoy dispuesto á tirarle un plato, al que se atreva á insultar en mi presencia al más ilustre mandatario de la República chilena». Don Anfión, extremadamente pálido, se puso en pié, arrojando la servilleta sobre la mesa. La escena se había desarrollado en uno de sus extremos, y con tanta prontitud como violencia, en tal forma que nadie vino á darse cuenta de ella sino cuando ya era demasiado tarde para evitarla. Ampuero, muy ocupado en hablar en voz baja con la señora de Iturriaga, no vino á reparar en el escándalo, sino cuando las voces subían el diapasón. —«Caballeros, no se acaloren —dijo— que hay señoras presentes... tengamos la fiesta en paz... A ver Deidamia... destapa la champaña de una vez; con un trago se tranquilizarán los espíritus alborotados sin razón... en este día que nadie se enoje. No haya duelos ni quebrantos... en noche de Jueves santo, como dice en el drama Don Francisco de Quevedo».

—«No lo eches á broma, Ampuero—replicó Escanilla;—la política no me importa un rábano... pero lo que no puedo soportar es que este mentecato cobarde, porque arrastra sable, se crea con derecho de decir impertinencias y tonterías». —«¡Señor Ampuero! me insultan, ¡me faltan en su casa!» interrumpió Araneda muy colorado, casi congestionado de la impresión.

A todo esto Rosita no sabía qué hacerse; tiraba de la manga al militar diciéndole: «Por Dios, Araneda, asosiéguese, mire que es mi padre». La señora de Escanilla dirigía á su marido miradas desesperadas, temiendo que con esto se acabara el tan deseado enlace, tan bien encaminado ahora, de su hija con el capitán, que era buen partido. Sus ansias de madre, su cariño por la niña regalona cuyo afecto por el militar le era bien conocido, temores al mismo tiempo,

de que el militar las emprendiera con su marido, infiriéndole ofensa irreparable, de esas que para siempre cortan relaciones, todo llenaba á la infeliz de angustia. Es preciso comprender las dificultades de la vida en ciertos hogares modestos, la lucha diaria con la existencia en forma abrumadora, cosiéndose las mismas niñas los vestidos y haciéndose con sus propias manos los sombreros, á costa de mil sacrificios, recorriendo tiendas desde el centro hasta San Diego, para dar con alguna donde pudiera ahorrarse unos cuantos céntimos; era preciso haber visto el interior de semejantes hogares, de pobreza honrada, en los cuales se batalla noche y día por disminuir gastos y mantener apariencias, imitando exterioridades de la gente de fortuna, con poco dinero. Llegaban á las altas horas de la noche cosiendo, bordando, preparando postres ó guisos para la comida del día siguiente, cuando había invitados; recorrían media ciudad buscando papas á precio más bajo ó cajón de azúcar con cuenta. Los novios eran escasos, y cuando se presentaban, ó no agradaban á la niña, ó no era posible aceptarles por lo pobres. Así, habían despachado á varios que llevaban vida de zánganos y de corredores de portal, de mañana, ó que vegetaban en empleos de mínima cuantía. Por fin se había presentado Araneda, que satisfacía los deseos de la señora Escanilla, el asunto iba por buen camino, y ahora por cuestión de política en que nada les iba ni á uno ni á otro, parecía que todo se lo llevaba el diablo. Por eso le salían unos gritos raros, sordos, imploraciones del fondo del alma.

—«Por Dios, Escanilla, calma, calma, no te exaltes por cosas que no valen la pena».—«¡Cómo no ha de valer la pena la suerte del país!... y si este hombre, este soldadote, principia faltándome al respeto ahora...

¿qué no hará después, si sus jefes ó el Gobierno se lo mandan?... Más vale que todo se lo lleve el diablo».

Rosita se echó á llorar á gritos, presa de accidente nervioso, y unas señoras se pararon para socorrerla; otras cogieron los aguamaniles con agua, en los cuales mojaban las servilletas para rociarle el rostro; la de acá daba voces, la de más allá trataba de tranquilizar los ánimos. Todas las mujeres hablaban á un tiempo, y nadie se entendía. El dueño de casa creía componerlo todo llenando las copas de los combatientes, á quienes quería obligar á beber para que hicieran paces. Aquello parecía el campo de Agramante, en el cual hubiera sembrado cizaña la política, de tal manera las cuestiones públicas lo llenaban todo, se introducían en estrechas intimidades del hogar y comenzaban á dividir á padres y á hijos, á hermanos y parientes, separando á los amigos de la vida entera, convertidos por su acción disolvente en enemigos irreconciliables. Al fin se tranquilizaron los ánimos, como era natural, y volvieron la calma y la alegría á los espíritus. La sala y la antesala se llenaron de gente, señoritas del barrio, estudiantes de medicina que vivían cerca, y agricultores amigos de Ampuero.

Mientras fumaba, en el escritorio del dueño de casa, el capitán parecía sumido en honda meditación, sin prestar oídos á la canción entonada por Juanita Ampuero en la pieza vecina... «*Ciribiribin quel bel nassin.*»

«Por qué, señor, me dejaría llevar de mi maldito genio? se preguntaba el pobre Araneda. Soy arrebatado, bien lo sé, y por eso trato de dominarme, pero mi temperamento es fuerte y no entiendo de bromas. ¿Háse visto una salida más estúpida que la mía en contra de ese buen señor, que se limitaba á simples declamaciones como las de los meetings y reuniones

públicas?... no había motivo para tanto enojo. Estuve demasiado terco é irascible, lo que no tiene perdón de Dios, especialmente si se considera que trataba con mi futuro suegro, á quien debía todo género de miramientos. Perdí la cabeza. No sé lo que le dije; pero, en tocándose el honor militar, soy intransigente y, al fin y al cabo, yo recibo el pan del Gobierno y como no puedo ser mal agradecido ni traidor, no debo desentenderme de estas cosas.» Una pena profunda invadia al militar, comprendiendo la gravedad de lo ocurrido con su futuro suegro que estaba justamente indignado con él.

Lo peor era que había salido con semejante barbaridad precisamente cuando la situación se aclaraba, y parecía próximo el arreglo de su matrimonio con Rosita. Se había derrumbado todo como castillo de naipes y la maldita afición al licor le había perdido, con tanto jerez y tanto mosto. Pena inmensa le invadía como si se desplomara el mundo y se perdiera, en un inmenso naufragio de su vida toda. Adiós las esperanzas de casa, de hogar propio... Pero no se resignaba á malbaratar el fruto de tantos trabajos, ni á ver borradas tantas y tantas ilusiones. Araneda era buena persona, formal, noblote, leal á toda prueba, valiente como león, pero con el defecto gravísimo de ser arrebatado, y más de una vez había tenido historias desagradables en el cuartel por este motivo. Eso sí que tan pronto aparecía la cólera como se iba, en explosiones rápidas y fulminantes de relámpago que nada dejaba en pos de sí. Volvía á la superficie el temperamento generoso y noble, sin envidias ní miserias, abierto. Ahora que reconocía en lo íntimo su ligereza tuvo arranque de naturaleza noblota y honrada. Se paró, dirigiéndose al grupo en el cual se encontraba el señor Escanilla,

y le dijo con voz entrecortada:—«Señor Escanilla, tengo que reconocer que he obrado con ligereza... Dispénseme el arranque involuntario de mi genio arrebatado... Excúseme». El otro no parecía dispuesto á perdonar tan pronto; estaba ofendido en lo más hondo, y sin decir palabra le volvió la espalda. El capitán se retiró, asomándose al salón de baile sin ver á nadie, mientras Juanita Ampuero cantaba con voz desafinada... «*Ciribiribin quel bel nassin... Oh! quel sguardo assasin...*» La música le zumbaba en los oídos; parecíale derrumbe general, un terromoto le sacudía; que nada de lo que pasaba era verdad, no podía ser que por unas cuantas palabras debidas al vino, se hubiese derrumbado su porvenir entero y hubiera de renunciar á la mano de Rosita, á quien quería desde lo más hondo de las entrañas, á la única mujer que le hubiera conmovido el alma... al ensueño de diez años casi... «*Ciribiribin quel bel nassin...*» Recordaba haberla divisado, por primera vez, en un concierto de Beneficencia á beneficio de los pobres del barrio; unas niñitas vendían boletos de rifa en la puerta, vestidas de faldas listadas de percal.

Era verano y hacía calor; él iba en compañía de un amigo que llevaba chaleco de terciopelo negro, y corbata de satin con hebilla atrás y se pasaba el pañuelo á cada rato por el cuello sudoroso. Allí había visto á Rosita por primera vez, sin atreverse á que lo presentaran; le había ofrecido unos boletos que él había regalado, negándose á recibir el vuelto del billete de diez pesos, por lo cual le dió gracias. Iba ella en compañía de una muchacha morena, bizca de un ojo y con dientes picados. Así acudían los recuerdos á saltos, risueños y dolorosos á la vez... «*Ciribiribin...*» El acompañamiento de piano marcaba unos compases rápidos y alegres.

Entretanto, en el rincón, Escanilla escuchaba las amonestaciones amistosas de su viejo camarada Ampuero. Había estado muy duro con el pobre oficial... pero una voz de orgullo le respondía en lo interior: «Te ha ofendido gratuitamente y de manera brutal, como soldadote, y te ha faltado al respeto, siendo que el tal pretende casarse con tu hija; esto es imperdonable y no admite disculpa de ningún género». Y no se paraba á meditar que por extraña contradicción, él no había hecho sino repetir en voz alta lo que tanto le había indignado en el periodista, antes de la comida; había espresado, en el fondo, lo mismo, con más cultura, pero con idéntico sello de acritud... Era, acaso, que más le desagradaba la persona que los conceptos emitidos por el hombre de pluma, á quien despreciaba, á pesar de verle figurar en las mismas filas;... acaso hubiera preferido hallarle del lado del Gobierno... Escanilla experimentaba fuerte desagrado al sentirse ilógico, en contradicción consigo mismo; de verse pequeño, sumido en bajas pasiones de odio, él de ordinario equitativo. Pero la vanidad hablaba, y la herida, hecha en público, cundía y cundía, en vez de tranquilizarse con las explicaciones que acababa de darle. Sólo veía un hecho: ese soldadote grande y gordo, reluciente, fornido, de musculatura hercúlea y aspecto de matón, le había ofendido amenazándole con «rajarle el alma», y semejante impresión física de abuso de fuerza bruta, le llenaba de indignación y de cólera. Prefería que su hija se casara con cualquier otro... hay tantos hombres en el mundo; con cualquiera, menos con aquella bestia. La vanidad le impedía ver las bellas cualidades de aquel hombre.

Vivas, salvas de aplausos, saludaron á Juanita Ampuero que había concluído su canción. Una de las niñas del empleado de la Contabilidad, sentada al

piano,. comenzaba *La Gallina* de Gostchalk, con variaciones... y seguía con el *Rigoletto*, también con variaciones. Misiá Robustiana se acercó á Ortiz que conversaba con Juan Orbegoso, fumando cigarrillos y les ofreció copitas de licor. No debían negarse á beberlo, porque era *Mistela de Amor*. La había fabricado en la casa.

Luego, Rolando Farías, después de mucho hacerse de rogar, recitó versos románticos de Gutiérrez Najera, muy aplaudidos de la concurrencia, en los cuales se afirmaba que en la vida...

«Se suele llorar con carcajadas...»

Y muy fresco dijo que los versos eran suyos. No les parecieron malos. La una de la mañana sería cuando la mayor parte de la concurrencia comenzó á despedirse. Las señoras se pusieron abrigos, envolviéndose la cabeza con pañuelos de lana, y los hombres se calaron gabanes de invierno;—los jóvenes iban en cuerpo: —ya la primavera comenzaba. Echaron á andar en grupos. El capitán acompañaba á la señora Rosenda Aguilar, pues después de lo ocurrido no se atrevía á juntarse con Rosita. Iba silencioso. Acaso jamás le pareció más lúgubre la Iglesia de la Viñita que surgía con estilo colonial, á uno de los costados del Cerro Blanco, junto á la avenida del Rosario, camino del Cementerio. Le sugirió ideas lúgubres como nunca las había sentido hasta entonces, mas dado lo sano de su temperamento, á pesar de que para él se hundía el mundo como por obra de terremoto, después de lo acontecido, no cruzó por su cerebro ni por asomo la idea de venganza. En la oscuridad, la Avenida de Recoleta aparecía ancha y larguísima, como boca de abismo. Por allí pasaban los que iban al descanso eterno, y por allí pasaría también, cuando su hora llegase, el veterano de la campaña del Pacífico. ¡Cuan-

tas veces él había mandado compañías que rendían honores fúnebres á generales ó á servidores públicos y desfilaban con tambores enlutados, para hacer, terminada la ceremonia, las descargas de ordenanza! Nunca le había tocado cruzar por aquellos parajes con ánimo tan triste, con tantas desilusiones, con tan honda amargura almacenada. Araneda era hombre en quien predominaban goces de orden sensual; buena comida, guisos suculentos, el buen vino, y los placeres de la digestión. Era de los que saborean platos recordados después de una buena comida y experimentan exquisito placer en decirse que han probado esto, aquello y lo de más allá. No daba, en su alma, gran lugar á cosas sentimentales, y sin embargo, ahora, con todo, sentía un vacío como si acabara de sepultar á un muerto amado, y á cada instante aumentaba su pena, hasta hacerse insoportable, de tal manera vivimos á costa de nuestros nervios y de nuestra imaginación. No podía concebir la idea de que hubiera concluído con Rosa, y á medida que trascurría el tiempo, veía su situación con más lúgubres colores. De repente se dió cuenta de que la señora Aguilar, para distraerle, sin duda, le hablaba de noches de teatro del invierno último, de la *prima donna* que cantaba con hermosa voz aún cuando algo débil, pero *con buena posición escénica.* Todo pasaba por sus oídos mecánicamente, así como veía entre neblina oscura y áspera las luces de los faroles del alumbrado público, perdidas en lontananza, y el edificio de la Recoleta Domínica, de ladrillo, con albas columnas de mármol que desentonaban blanquecinas sobre el fondo oscuro de la muralla. Aquello imponía la impresión de algo inacabado. Y de súbito, en medio de la pena que le atenaceaba cruelmente las entrañas, el capitán interiormente se formuló esta pregunta, del todo

extraña á la que tan duramente le golpeaba: —«¿Por qué, señor, no habrán concluído el templo teniendo los padres tantísimo dinero?» Era pregunta disparatada que nada tenía que ver con su pena, pero que le sobrecogía á manera de obsesión, como si en aquel propio instante el dón de sentir y el de pensar se hubieran divorciado en su espíritu, produciéndose la más extraña dualidad. Marchaban juntas en su interior, varias personas: la ocupada en accidentes exteriores... otra que oía á la señora de Aguilar sus disertaciones teatrales... y la que sufría intensamente, sin poder resignarse á los hechos consumados, la que se resistía á creer que fuera posible la catástrofe de su hogar en germen. Gran pena le hacía sollozar por dentro, con lágrimas invisibles, sintiéndose dispuesto á humillaciones sin cuenta siempre que el señor Escanilla le perdonara y que Rosita le conservara su cariño. El hombre firme y entero de los campos de batalla estaba dispuesto á las abdicaciones, con tal que le dieran la mujer amada y le admitieran de nuevo, á ese paraíso perdido por su culpa.

Misiá Rosenda, que era buena mujer, comprendió las tribulaciones del espíritu de su amigo, y cambiando de táctica, creyó también mejor encarar la situación de frente. —«No se apene tanto... Araneda... veo que usted sigue preocupado de la riña con Escanilla. Le conozco mucho, es persona excelente y le perdonará por cierto. No crea que todo está perdido, no, señor. Confiese la violencia de su carácter, como de potrillo chúcaro... Sobre todo no llego á explicarme cómo pudo usted tratar á su futuro suegro de semejante manera... Yo creía que tales cosas sólo se veían en *El Cid*, de Corneille, que leíamos en clase de francés, y que mata al hermano de Jimena, su amada. Pero en la vida real eso está pasado de moda, es simple

anacronismo. Una debe guardar respeto á la gente sobre todo á personas con quienes tiene que habérselas en la vida».

—«Usted sería una suegra admirable, misiá Rosenda», murmuró el militar, con voz cobriza y varonil un tanto embargada por la emoción.

Reinó silencio durante el cual la señora pensó en la posibilidad de que Araneda, perdida la esperanza con Rosita, cortejara á su hija Lucinda, aún cuando había notado que ella pensaba en el doctor Ortiz. Para las madres lo del matrimonio de las hijas entra en las preocupaciones grandes de la vida, sobre todo para las que han tenido que batallar constante y duramente, como la antigua dueña de casa de huéspedes que albergara un tiempo á Ortiz. Este matrimonio sería, de fijo, la felicidad suprema para Lucinda. Pero el doctor ya no pensaba en ella, comenzaba á tener entrada en la sociedad de viso, en donde le llamaban como á médico de moda, y se casaría probablemente con alguna niña de buena familia empobrecida, ó de madre divorciada, de las que siempre están dispuestas á unirse con hombre inferior en posición social. Y si no se había de casar Lucinda con Ortiz, ¿qué mejor partido podría presentarse que el capitán? ¿No le quería? No sería primera muchacha que se casase por mero convencimiento: el amor se cria con el matrimonio, con el tiempo y la garúa, como se dice en nuestros campos chilenos...

Atravesaron frente á la calle de los Olivos, en donde está situada la casa de locos. A la izquierda, una callejuela aparecía lúgubre, con casas bajas, de anchos portalones y ventanillas estrechas, guarnecidas de hierros salientes. Una luz vacilaba en mitad de la calle, debajo de una imagen de la Virgen, en su hornacina, con velones encendidos al pie y ramas de flores

secas, de algún ex-voto, colgadas de la reja. La callejuela serpenteaba tortuosamente como calle de la Edad Media, de aquellas por las cuales persiguiera don Juan Tenorio á la visión medrosa y fatal de Sevilla que al descubrirse le mostrara, en vez de la mujer adorable que esperaba, la imagen espantable de la muerte, de huesos descarnados. Araneda, que carecía de imaginación, no pensó, por cierto, en eso, pero frío involuntario, el frío de las impresiones reflejas y no razonadas, producidas por asociaciones de ideas de las cuales á menudo jamás nos damos cuenta—le sobrecogió de súbito.

Los grupos de invitados habían salido compactos de la fiesta; ahora se apartaban unos de otros, pues las señoras, ya viejas, caminaban con paso lento, y los jóvenes lo apresuraban para quedar más solos. Así, media cuadra más allá iba el doctor con Lucinda, á quien la indiferencia de su amado ponía triste, y Juan Orbegoso con Elvira. Eran estos dos los únicos para quienes la noche había sido feliz. ¿Qué podía importarles que el capitán tuviera desagrado con Escanilla? Allá se las avinieran como pudiesen; mientras tanto, entregábanse por completo á la inconsciencia alegre de la hora que pasa. Elvira sentía nacer en el joven sentimiento de dulce protección, de amor callado, algo suave y dulce, muy dulce, que las palabras humanas no podían expresar. Comprendía vagamente que el afecto cuando es hondo no necesita de palabras, porque las palabras cuando llegan, son incapaces de reflejarlo en su infinita plenitud, son pobres, míseras, quedan lejos, como queda lejos el vidrio de imitar al diamante. Y hablaba con él de cosas indiferentes, mientras su voz le iba diciendo siempre la misma canción deliciosa; mientras sus entonaciones le acariciaban el oído, como jamás mujer alguna lo

sintiera. Parecíale que era reina y señora de la creación y Juan su dios...

Quiso conocer las intimidades de su casa y de su vida:

—«Dígame ¿cómo es su cuarto?»

—«Está situado en el segundo patio de una casa vieja. Pero al frente tengo unos nísperos en los cuales hacen nido las diuquitas que cantan desde por la mañana, con el alba».

—«Entonces usted las oirá muy á menudo... cuando se acuesta...»

—«No sea mala, Elvira».

—«Ya lo creo; algunas veces se quedará en el club y jugará... á los jóvenes elegantes les encanta el juego...»

—«Hace ya mucho tiempo que no juego, contesto el joven con voz sombría, como si se agolparan á su recuerdo visiones terribles de antaño En una ocasión prometí solemnemente no jugar... y he cumplido mi palabra...»

—«Entonces bendigo el juego», interrumpió ella atropelladamente.

—«¿Por qué?» preguntó, rudo.

—«Porque el día en que pueda oirle á usted una promesa cualquiera, ya sé que usted habrá de cumplirla».

—«Un Orbegoso cumple siempre, señorita», dijo él ceremoniosamente.

Se sintió halagada al verle caballeroso, en tono de hidalguía castellana de los buenos tiempos. Juan no le había hecho promesa de ningún género, ni había dado palabra comprometedora, pero ella comprendía que no las necesitaba, sintiendo por intuiciones su nobleza. Hay hombres que creen lícito dar á entender á una pobre muchacha que la quieren, cortejándola

á sol y á sombra; que la comprometen sin comprometerse; que despiertan en su alma, tranquilamente, emociones y esperanzas desconocidas, le abren horizontes, le dejan ver un cielo... y luego se retiran, porque no han pronunciado la palabra que liga, el juramento que encadena públicamente. Cometen un crimen, á pesar de que en apariencia nada deben, y parten dejando desesperada una mujer que ni siquiera tiene el derecho de quejarse, obligada á llorar callada, á devorar lágrimas con las sensaciones acremente voluptuosas del amor desgraciado. Pero adivinaba que Juan no era de esos, era de los Orbegoso hidalgos y firmes. Abrigaba por él adoración y confianza, á un mismo tiempo. Veíale bueno, hermoso, grande, considerábase indigna del cariño que desde lo alto le concedía, como Dios. Juan, á su turno, sentía por ella inmensa ternura, afecto de cuya naturaleza no acertaba á darse cuenta cabal, pero en el cual entraba como reflejo del amor de Elvira. Pertenecía á la categoría de seres que prefieren ser queridos á querer; para quienes el amor viene por exceso de adoración que les embriaga, como humareda de incienso, endiosándolos á sus propios ojos. ¿Será que en ellos el amor es forma de vanidad envuelta en egoísmo, del cual no aciertan á darse cabal cuenta, y que se quieren á sí mismos al través del cariño ajeno? ¿Será que experimentan necesidad de ternura tan grande que en su corazón se forma el vacío cuando no reciben la palabra conmovida de un afecto ajeno, como aceite de lámpara en altar misterioso?

Ahora seguía caminando, junto á Elvira, suavemente apoyada en su brazo, y sentía dulzura exquisita en el mero hecho de adivinarla suya, dada por entero, capaz de cuanta locura imaginase, cierto de que si por extraña aberración le propusiera la fuga,

no le rechazara ella, y si el suicidio, aceptaría ella la sentencia como fatalidad necesaria. Alguna vez había pasado por su alma esa extraña aspiración confusa y misteriosa, á sumirse en la nada, á desaparecer para siempre, y había sido durante la crisis más grave de su vida, en circunstancias en que su honor se hallaba comprometido por caudales que había tomado, sin poderlos reponer en el momento oportuno, pero la había desechado porque, en el fondo, aquel hermoso muchacho era ser normal y equilibrado, sano y fuerte, salvo locuras y extravíos propios de la edad. Y el hecho de ser dueño absoluto, jamás lo había sentido de manera tan completa con ninguna otra de las mujeres que había topado en su camino. ¡Ah! sí... Pepita Alvareda le había querido locamente; en los momentos crueles, en las horas de tempestad había estado á su lado, pero había flaqueado, al fin, casándose con otro, cediendo á imposiciones de familia; no había sabido tener el heroísmo de sacrificarlo todo. Esta otra, en cambio, era capaz de morir, de matarse, si él la abandonaba, y de la extensión del sacrificio entrevisto nacía en él una suerte de orgullo satánico, forma deliciosa de vanidad humana que se transformaba en amor, así como las grandes caídas de agua forman electricidad; son fuerzas inmensas llenas de misterio, que elaboran, en la sombra, grandes sentimientos que á la humnaidad agitan y de los cuales pende el perfeccionamiento de la especie en desarrollo misterioso y fecundo.

Todo eso lo pensaba el teniente Orbegoso de manera confusa, mientras caminaba, sintiendo sobre su brazo la dulce presión de aquel fino brazo adorable que era suyo. Y, de vuelta de aquella reunión de medio pelo, que en cualquier otra circunstancia le hubiera hecho reir hasta llorar, sentía emoción nueva é imprevista,

al ver cómo surgía, fina y elegante, en aquel medio cursi la joven, viéndola más adorable todavía por el contraste que formaba con el medio en el cual naturalmente había debido crecer. Aquella mujer que acaso habría pasado por alto de hallarla en cualquiera de los salones aristocráticos en los cuales estaba acostumbrado á moverse, contemplada allí, en casa de la familia Ampuero, cobraba importancia. Y eso era justo, en el fondo, ya que para dar delicioso perfume había necesitado vencer resistencias, así en ideas recibidas como en usos y maneras corrientes. Es que existe una distinción especial, la más fina, la más rara, la más aristocrática, la más valiosa, que no depende ni del traje, ni del tono, ni de las maneras, ni del nacimiento; es una especie de distinción que nace del alma, de la nobleza moral, de la delicadeza íntima, de la finura de sentimientos, de la pureza reconcentrada en las entrañas del ser humano. Esa distinción era precisamente lo que daba á Elisa Orbegoso, unida á sus demás condiciones de raza, puesto excepcional en la sociedad santiaguina; y la misma distinción moral se anidaba en el alma oscura y modesta de Elvira. Eso era lo que la acercaba socialmente á Juan, y por eso no echaba de menos en ella condiciones de refinamiento sin las cuales jamás hubiera podido pensar seriamente en ninguna mujer de las muchas que encontraba á su paso.

Los faroles del alumbrado público temblaban á lo lejos iluminando una casa de aspecto vetusto y colonial, de alero saliente y balcón corrido que en la plazuela de la Recoleta mostraba las huellas de una sociedad y de una época ya borradas. Con la vista perdida en el semicírculo de luces que surgían al otro lado del río, entre las sombras poderosas del templo de Santo Domingo, y las de palmas y pinos

de California, encumbrados como gigantescas agujas, al sentir que abandonaba el barrio de las Ampuero para penetrar en ciudad de palacios y de pergaminos, experimentó una duda terrible que le apretaba de súbito el corazón. Con ser tan hermosa la romanza de su vida y la muchacha encantadora ¿cómo la recibirían en su casa, entre los Orbegoso y las señoras García del Valle, allí donde se vivía en el culto de los antepasados, donde se guardaban miniaturas de abuelos y armas de familia? Hasta ese momento se había dado por completo á la embriaguez deliciosa del amor, pero su felicidad tocaba á ese punto en el cual nos sentimos tan completamente dichosos que se palpa la fatalidad de que la dicha no pueda ser completa, y el temor de sombras que surjan—como surgían, de súbito, las sombras aplastadoras de palacios más allá del río, en el barrio aristocrático de grandes fortunas y de nombres consagrados y tradicionales. Y una pena aguda, sorda, que no se atrevía á confesar á Elvira, atenaceó el pecho del joven, junto con el temor de tempestades que presentía y que fatalmente habrían de producirse.

———

CAPÍTULO X

Elisa cruzó por el *hall* de altísimo techo, iluminado por claraboya de cristales de colores que tamizaban la luz dulcemente, y tuvo la misma sensación de iglesia y de recogimiento que esa luz la daba cada vez que su ánimo estaba tranquilo y que cruzaba por aquel punto. La luz bañaba de lleno el antiguo escaparate del siglo diecisiete, por entero tallado, en tal forma que no hubiera habido donde colocar un arabesco más; era todo de cedro, con fajas incrustadas de caoba, y una coronación que representaba la doble águila de la Casa de Austria, por lo cual se veía que aquel mueble, si bien provenía del suntuoso mobiliario de algún Gobernador ó Virrey, databa del siglo en que aún dominara la casa de Austria dentro de tierras «donde no se ponía el sol». En un ángulo, veíase delgado y alto bargueño del siglo dieciocho, con incrustaciones de marfil sobre fondo de carey y nácar, magnífico ejemplar auténtico de los restos de mobiliario colonial que Elisa había recibido como regalo de sus tías García del Valle y Alvarez de Toledo. Entre las columnas colgaban tapices persas de Chirazi, en los cuales se combinaban colores extraños y artísticos y dibujos raros. Vislumbrábase, en el fondo de los corredores, el brillar de las antiguas cornucopias

de nuestros abuelos, como manchas de estaño, y también lucían antiguos espejos de marco de plata cincelada, y colgaban de cadenas dos lámparas de bronce nielado en plata, del más puro estilo árabe. Por el mármol del *hall* se deslizaban las pisadas sin que las sintieran, por el espesor de las alfombras. La escalera monumental, subía desde la mitad del vestíbulo, partiéndose en dos brazos, á derecha é izquierda, de manera que dejara ancho ventanal de colores en el centro, en donde aparecía Santa Cecilia rodeada de flores de lirio, de largos tallos virginales, admirable y bellísima composición tomada de un cuadro de Burn Jones, maestro de la pintura pre-rafaelita que gozaba de gran boga por aquellos tiempos en Inglaterra. La luz lateral, combinada con la cenital, que bajaba de la claraboya, producía pálidos destellos sobre el mármol y bañaba los objetos en una claridad dulcísima de templo, en el cual se mezclaran suntuosidades españolas y elegancias florentinas. Elisa experimentaba allí descanso visible en los nervios, algo sedativo, de reposo de vida mundana tan agitada. Javier Aldana, su marido, muy dado á las antigüedades, las buscaba recorriendo, uno por uno, los viejos conventos de Santiago, las casas coloniales, cultivando relaciones con señoras de familias oscurecidas, recorriendo callejuelas apartadas de arrabales á donde fueron á parar muchas de semejantes cosas, una vez muertos sus antiguos dueños. Por otra parte, las exigencias de las nuevas modas enviaron á las casas de ventas objetos de valor, traídos de Europa, vasos y porcelanas de Sevres ó de *Vieux Saxe*, y cuadros, mediante lo cual había llegado hasta ese vestíbulo el admirable retrato de la Dubarry pintado por Latour, así como incensarios de plata cincelada y primorosas capas pluviales recamadas de oro que

aparecían en vitrinas. Habia relicarios de marfil curiosamente tallados, uno en forma de medio huevo de plata, en cuyo interior se veía la Anunciación de María Santísima, desprendiéndose el ángel de un verdadero encaje de marfil y plata. Paños de iglesia curiosamente bordados, cuadros antiguos sobre caballetes, viejos misales iluminados con soberbias miniaturas; de todo había en casa del amigo y compañero de Ernesto Molina, que ya iniciaba entre nosotros su paciente rebusca en descubrimiento de verdaderas maravillas. Los tonos de rosa añeja y de seda blanca recamada, servían de fondo al carey trasparente de inmensas peinetas que se usaron junto con vestidos llamados de medio paso, un carey calado y bordado en tal forma que parecía más fino que los encajes de Inglaterra ó de punto de Venecia, de la abuela de Elisa, conservados aún en la familia.

De todo aquello parecía desprenderse atmósfera sutil de selección y de lujo; veíase la obra de civilización y de siglos que se superpusieron hasta formar la sociedad refinada de nuestros días; esa civilización de la cual aparecía como exquisito producto una mujer como Elisa,—toda forjada en elegancia y en delicadezas.

Oyóse un paso leve, y el roce de un traje, algo como la caída de una hoja, apenas perceptible. El cuerpo fino y esbelto de la joven apareció cruzando el vestíbulo rápidamente, á la vez que resonaron órdenes dadas á la miss que cuidaba á Lisita. Era preciso que no permaneciera demasiado tiempo fuera de la casa con la niña, como el otro día en que cogió la pobrecilla el resfriado... que no volvieran demasiado tarde. No ignoraba, por cierto, que la inglesa tenía novio con quien solía juntarse precisamente á esa hora, en que salía de su trabajo, y tal era la causa de los fre-

cuentes retardos, pero creía necesario hacer la vista gorda, pues sabía por experiencia cuán difícil era tener entre nosotros buena servidumbre.

Y en seguida, recogiendo el vestido, atravesó con paso rápido los corredores que la conducían al saloncillo que la servía de retiro íntimo, sentándose junto al escritorio de señora, de palo de rosa incrustado en marquetería, con relieves de bronce finísimos. Estiró la cubierta interior de felpa verde sobre la cual se hallaba colocada la carpeta de marroquí muy sencilla, con simple monograma de oro en la esquina, sobre la cual escribía cartas y llevaba cuentas de casa. Cogió un cartoncito en el cual se hallaba escrito, en la parte superior, á guisa de monograma, la palabra «Elisa», y trazó una breve misiva de esas que las mundanas necesitan enviar á cada momento, para dar gracias y aceptar ó rehusar invitaciones, darse cita con alguna amiga, tomar hora, ó cualquiera de las tantas menudencias de las cuales se compone la vida extremadamente ocupada y ociosa, á las veces, de una mujer de alta sociedad. Y mientras despachaba su correo no podía dejar de ver, con diferentes pretextos, la imagen de Mario Sandoval. Ahora, sin darse de ello cuenta, surgía á cada paso en las conversaciones con amigas, y éstas, á su turno, se lo nombraron con frecuencia como la cosa más natural del mundo. Jugando poker en casa de Carmela Portal, había dicho que iría á la mañana siguiente á una mueblería de lujo del centro. Al llegar se había topado con Mario que se hacía el encontradizo. Ahora experimentaba disgusto al pensar en un hombre que no era su marido, aún cuando estuviera cierta de que su corazón no corría peligro, ni creyera posible nada que redundara en mal. Durante su vida entera había sentido tan hondo y sincero desprecio por las mujeres

que cometen faltas, sea que se aparten del camino que sus deberes les imponen, sea que se presten simplemente á comentarios, que no podía comprender sentimiento fuera de las líneas trazadas por usos y costumbres sociales. Su familia le había dado esos admirables ejemplos que forman naturaleza en los seres é imprimen los preceptos morales como reglas que humanamente no es dable traspasar á mujer que se respete. Y las enseñanzas habían sido en tal forma sólidas y fuertes, que Elisa no admitía la mera posibilidad de un extravío, ni de una falta. Habría preferido la muerte. Por eso no daba importancia á las nuevas intimidades que invadían su vida, sin que ella misma lo notara.

Sin embargo, poco a poco la nueva amistad había llegado á ser indispensable para ella, y naturalmente, en la conversación repetía juicios que le había oído á Mario, y maneras de ver que eran enteramente suyas, como si hubiera tomado posesión de su ser intelectual. Esa tarde escribiendo cartas particulares y algunas de negocios, tuvo distracciones, recordando cosas de Mario. Le habían dicho, en casa de Pepa Alvareda, que se hablaba del matrimonio de su amigo con una niña Zaldívar, de buena familia, ya que no de gran fortuna, bastante bonita, aún cuando sin gracia ni elegancia; decíase que estaba enamorada de Sandoval, que la cortejaba. ¿Y por qué no se habría de casar? Uno de los caballeros presentes, Rafael Carvajal, se había puesto á murmurar incendios en contra del joven. No comprendía cómo pudieran darle una señorita en matrimonio á tarambana semejante, calavera cuya mejor ocupación era jugar en el Club de Noviembre. Eso de la abogacía era simple apariencia, pues no atendía su bufete. —«Ya lo creo, ni lo necesita, ya que su vida se pasa en perseguir mu-

jeres y en manejar cartas;... es un simple aventurero».

Elisa había callado, al oir semejante filípica, y sin embargo sentía que en cualquiera otra ocasión habría tomado su defensa, pero en aquel momento le agradaba que hablaran mal de él, casi gozaba con el pelambrillo. Era que no le complacia eso de que se casara Mario sin decir agua va; más aún, alguna vez que se había tratado de las tristezas de la vida de soltero, se había comprometido, en broma, a buscarle novia, y Mario habia jurado que no se casaría sino con mujer elegida por ella.

Mientras acababa de terminar su correspondencia, entre meditaciones y recuerdos, en el fondo de su gabinetito Luis XVI, saltaba de un asunto á otro: de la petición de socorros, presentada á la sociedad de la cual era secretaria, á la carta del administrador del fundo de campo; de una respuesta con informes de un cochero, á las dos palabras con que pensaba mandar un regalo á su amiga Dorotea.

Luego, en una mesita de mármol de la galería interior que daba al patio, hizo colocar las flores que le habían sido enviadas de Viña, de la quinta que arrendaba su madre. Sacaron de una caja de madera con mimbre manojos de claveles sonrosados, enormes; de rosas Ney, general Schablikine. Otras especies raras, de formas nuevas, deliciosas, se doblegaban como graciosos sombreros de pastoras, se alzaban rizándose en la punta, entre narcisos pálidos, y mimosas doradas. Súbita ráfaga de perfume surgió embriagadora, como si esos seres exquisitos, de vida fugaz, que nos encantan con su perfume y sus colores, quisieran darnos el alma exhalada en los perfumes con sus nostalgias de sol y sus agonías, en víspera de marchitarse. Aspiró Elisa rápidamente su perfume y las hizo colocar en hermosa pieza de porcelana de Copenhague, para enviarlas

de regalo, y luego arregló floreros para el salón—largos tubos de cristal muy sencillos, de embocadura angosta, sobre los cuales se enrollaba una cinta á manera de serpiente. Acababa de colocarlos sobre mesillas de laca blanca, en las cuales una cubierta de cristal protegía el *Vernis Martin* de la cubierta, cuando el sirviente, de librea azul, se acercó, presentándole en bandejita de plata una tarjeta, la de Mario. Al principio no había pensado recibir, sintiéndose con jaqueca, ó más bien tomándose de ese pretexto para darse libertad para las horas deliciosas en las cuales las mujeres suelen recordar triunfos mundanos, el éxito feliz de sus trajes ó de sus comidas, ciertas murmuraciones deliciosas, algunas reticencias perversas y encantadoras, perfiles vagos que cruzan por su recuerdo de un amor que pudo ser y que no fué, impresión fugitiva y luminosa de alguna de esas horas en que se peca en la imaginación — y se recibe de sí misma absolución discreta. Pero al ver el nombre de Mario, cambió de parecer y mandó que le hicieran entrar. Recibía la señora.

¿Por qué le palpitaba levemente el pecho cuando llegó á su saloncillo el joven? No era que temiese de él indiscreción alguna; á pesar de su mala reputación, de su fama de tahur insigne y de *vividor* profesional, de hombre que andaba persiguiendo infatigablemente mujeres, siempre con ella había sido de tacto y de prudencia consumadas, en extremo respetuoso, fino, cortés, sin que palabra de doble sentido, ni ademán vulgar turbaran los instantes en que se veían. Jamás le había dicho Mario cosa parecida á lo que jeneralmente se entiende por cortejo, ni tuvo ademán de galantería, ni palabra turbadora de amor, y sin embargo sentía que en él todo se encaminaba respetuosamente á ella.

Recordaba que cuando había *descubierto* á Mario, como solía decirle con gracia picaresca, había hallado un hombre de más valía que su reputación, y en eso, precisamente, había consistido el encanto de la confianza establecida entre ambos, sin asomos de *flirt*, porque le parecía que concediéndole su amistad reparaba la injusticia social para con hombre que en el fondo no era malo y que había sufrido en su vida intensamente, mucho más de lo que había gozado. Cuando vió la silueta de Mario esbelta y vigorosa á un mismo tiempo, deslizándose ágil, entre las mesillas que llenaban el salón con retratos de amigas en marcos de metal, floreros con una sola flor—una orquídea—bomboniéres y cajas de porcelana con miniaturas, monos de Sèvres ó de Capodimonte, sin rozarlos y sin mirarlos, como solía hacer con las estocadas en sus asaltos de esgrima, sintió verdadero placer. Algo sugestivo y atrayente se desprendía de aquella fisonomía de vividor un tanto pálida, que conservaba en sus ojeras toque afinado de cansancio y en su cara alargada indecible melancolía, sugestión dolorosa. A primera vista no se comprendía que pudiera atraer hombre semejante. No era buen mozo, carecía de la belleza que enloquece á las mujeres de veinte años y que deja frías á las de treinta; no tenía la gran posición que atrae á pesar suyo, aún negándolo, á muchísimas mujeres, haciéndoles inclinarse al lado al cual la vanidad las lleva, ni tampoco poseía gran fortuna que le permitiera los refinamientos y atenciones de lujo que tanto sirven con la oportunidad debida. Ni poseía talento brillante, sino, á lo sumo, tacto fino. No había escrito libros, ni pronunciado discursos, pero en todo momento sabía á dónde iba y tenía una energía de carácter dominadora y encubierta—puesto que ni siquiera sospechaban sus rivales sus verdaderas condiciones.

Y del contraste entre la realidad de su energía y su máscara vigorosa, con la dulzura súbitamente descubierta en ciertos momentos, resultaba interés hipnotizante, fuerza real, de la cual él tenía conciencia. Ortiz había dicho de Mario en cierta ocasión: «Pueden decir que ese hombre no es buen mozo, que es calavera, sin Dios ni ley, jugador; será lo que ustedes quieran, pero *no es un hombre vulgar*». Donde quiera que fuese, Mario tenía lugar propio que nadie podía quitarle y en el cual era invencible. Nunca ninguna palabra suya reveló en qué punto se hallaba en sus empresas amorosas, ni jamás lo dió á entender con sus reservas, pero se sabía que había sido amado algunas veces locamente, aún cuando jamás nadie conociera las historias que había tenido en esta sociedad, estrecha y murmuradora, de la cual nadie se escapa. No era hombre vanidoso, que se creyera irresistible; adivinaba á quiénes podría dirigirse con éxito y cuáles mujeres estaba ó estarían siempre fuera de alcance, porque no existían afinidades de temperamento ni contacto de imaginación. Y conocia la gran ciencia de esperar su hora y de presentarse á tiempo.

Elisa dejó caer sobre una mesita de laca blanca el libro que tenía en la mano, con el cuchillo de marfil y plata metido entre las hojas. Era novela francesa de cubierta amarilla. Mario, observador sutil, vió que el libro aún no había sido abierto y que la joven acababa de cogerlo cuando él llegaba. Sin ser vanidoso, comprendió que su nombre despertaba emoción, esa turbación especial en las mujeres que las lleva á tomar cierta actitud.

La fisonomía de Elisa se destacaba melancólica y grave sobre la seda clara del sillón en el cual se reclinaba lánguida, entornados los ojos negros—todos en luz—y su frente cándida, más pálida aún por el con-

traste con el biombo recubierto en seda antigua que, colocado á su espalda, le servía como de marco. Una expresión de tristeza cansada vagaba por sus labios.

—«¿Qué tiene usted hoy?» le preguntó Mario afectuosamente.

—«Nada en particular, amigo mío; sigo mi camino como todos, regular, segura, sin pedirle más á la vida de lo que la vida puede darme... y sigo andando».

—«Usted parece triste, acaso más triste que de ordinario...» Y al pronunciar estas palabras el acento del joven tomaba entonaciones dulces, parecía arrastrarse, tratar de ponerse al diapasón de una pena sentida y compartida.

—«Pequeñas contrariedades;»... y queriendo dar giro diverso á la conversación, en el anhelo de guardarse para sí misma, de no entregar nada de su sér íntimo, ni aún á las amistades más desinteresadas, agregó Elisa: «Ayer estuvo aquí mamá; venía molesta. Parece que Juan no deja disparate por cometer.

«Voy á contárselo, pero en reserva, en suma reserva, ¿me entiende? Pues á Juanito se le ha metido en la cabeza enamorarse de la hermana del doctor Ortiz, á quien conoció mucho durante los días que siguieron á su herida. ¿Recuerda? Ortiz se portó muy bien con él; le llevó á su casa, le atendió como si fuera hermano, supo avisarnos con suma delicadeza para no producir alarmas innecesarias. Elvira se llevaba noche y día junto á él cuidándole como enfermera, sin omitir sacrificios. Felizmente no fué cosa de peligro... así y todo, le debemos agradecimiento...»

—«Pero el agradecimiento no debe llegar hasta casarse con ella».

—«Eso es... Este muchacho se ha enamorado perdidamente de la cuidadora, que no es bonita; simpática, eso sí, de buen gusto y de una modestia natural que

la distingue. Á mí me cayó bien, muy bien, ¿para qué negar la verdad? Pero usted comprende que mi madre no consentirá jamás en semejante matrimonio; tiene demasiado orgullo de familia, es aficionada á pergaminos, y ha vivido siempre en círculo estrecho, estirado, cerrado, en el cual se miraba dos veces antes de invitar á los jóvenes. En casa, jamás ha penetrado ninguna familia que no fuera de antecedentes claros, ni joven que no perteneciera á casa conocida, salvo naturalmente invitaciones de compromiso, como la del doctor Ortiz. Mis tías se volverían locas ante la sola idea de que se sentara á la mesa de casa una persona de... clase media».

—«Francamente, de medio pelo...»

—«No tanto...»

—«Sino más ó menos... Y tienen razón sus padres, amiga mía. Una sociedad tiene el deber de perpetuarse, y una clase social elevada el de defenderse de impurezas, de no contaminarse con advenedizos que le lleven nuevas costumbres, que perturben las existentes, que disminuyan su capital moral de educación, de maneras y de ideas. ¿Por qué valemos nosotros sino por semejante herencia moral? Yo lo he comprendido eso muy bien, cuando me encontré en la calle, despojado por mi tutor que había malbaratado mis haberes; sin padre que me protegiera, pues ya había muerto.

«No tenía entonces más recursos que el orgullo de mi nombre, la conciencia de que un Sandoval no podía decaer, la necesidad de mantenerme á flote por medio de un esfuerzo tremendo en contra de la mala suerte. Y en los momentos difíciles de mi existencia, el respeto debido á mi nombre me servía de moderador y de lastre, para no decaer socialmente; era freno. Dígase lo que se quiera, la educación, las

maneras, el fundamento moral de las sociedades dependen de que una clase superior sepa mantener esas leyes de cultura, tradiciones necesarias, ideas que se transmiten de padres á hijos y que no puede comprender un advenedizo, por más talento que tenga, porque el talento es cosa distinta de la moralidad, como el tacto de la fuerza. Una persona que penetra de golpe, por matrimonio, á un hogar de nivel distinto, por educación y tradiciones, no puede adaptarse, fácilmente á la nueva atmósfera. Si Elvira se resignara á vivir con sus padres y éstos la aceptaran, jamás llegaría á penetrarse de los mil hábitos que componen la existencia cotidiana y las tradiciones de una familia como la suya. Desde la manera de sentarse á la mesa, hasta la de coger el cubierto, opiniones y maneras de ser, todo sería motivo de críticas mudas y silenciosas, de críticas proferidas sin palabras pero que ella sentiría á cada paso y le causarían mil pequeñas heridas, haciéndole la vida insoportable de todo punto. Hasta las amigas de la casa tomarían con ella cierto insoportable tonito de protección que la retraería, ó la alejaría del mundo—y esto influiría sobre el carácter de Juan, apartándolo del hogar, llevándole á vida poco digna. Sería el castigo forzoso de una ruptura moral de equilibrio».

—«Yo no miro las cosas con tanta severidad—interrumpió Elisa—y probablemente recibiría bien á Elvira si llegara á casarse con mi hermano, á pesar de que encuentro razón en mucho de lo que usted dice».

—«Vea, prosiguió Sandoval. Hace un momento atravesaba por el *hall* y esperimentaba, como siempre, una sensación especial producida por la contemplación de tantas y tan hermosas antigüedades, la mayor parte adquiridas en Chile, y que provienen de la pasada

época de la colonia, de cuando éramos simple dependencia de España. Muchas de esas cosas, bien lo sé, han pertenecido á la familia Aldana, otras á los García del Valle, todas á la antigua sociedad del siglo dieciocho. Hay verdaderas maravillas, muebles tallados de manera primorosa, sedas recamadas en plata, viejos trajes de Oidores bordados en seda de manera exquisita, encajes valiosos... Sobre todo tiene usted en su vitrina un abanico de ancho varillaje de concha de perla, tallado é incrustado en oro, que es maravilla. El varillaje es largo, muy largo, de tal manera que las varillas parecen dedos finos de mujer... el país angosto, y en su cabritilla han sido pintadas admirables acuarelas que representan pastoras elegantes y pastores muy bonitos, con colores rosa viejo y oro desvanecido que producen impresión deliciosa de cosas muertas, de exquisita distinción, de finura galante y rococo. Las mujeres que usaron en Chile semejantes muebles y que se dieron aire con semejantes abanicos, constituían evidentemente una clase social distinguidísima, cuyo refinamiento era igual al de las damas encumbradas de la corte de la madre patria. Acaso muchas de ellas fueron damas de honor de Reinas de España, así como sus maridos segundones de grandes casas y hermanos de marqueses ó duques auténticos. Usted jamás le había dado importancia á las antigüedades, ¿no es verdad? Pues ahora ve que la tienen, y con esto queda demostrado que esos hábitos, esas maneras de comprender la vida, esas relaciones de familia, esas compenetraciones de alma, son fruto de muchísimas generaciones y no pueden improvisarse... Por eso hace bien una sociedad en mantenerse impenetrable, en no admitir gente de otras clases y de otro medio y otra educación. Sus tías García acaso no ahondan tanto las cosas;

pero así y todo, tienen razón en el fondo como sus padres...»

—«Pero no quita que mi pobre mamá haya tenido que sufrir con esto... Pero pasemos á otra cosa. ¿Cómo va la comedia? ¿Sabe ya su papel?»

—«Así, á medias.... no crea que un actor se improvisa. He representado, sin embargo, algunas piezas, entre otras el *Puñal del Godo*, en la cual tuve grande éxito. Era en los Padres Franceses, en aquellos tiempos de niño, cuando concurren á las reparticiones de premios las hermanas de los alumnos, y recuerdo que esa noche, conocí á la de uno de mis compañeros que era muy hermosa. Fué mi primera conquista...» Y Mario sonreía recordando la ingenua página de su vida de estudiante.

—«Y después siguieron otras muchas—agregó Elisa, en broma.—Usted no ha perdido su tiempo...»

—«No sea mala».

El tono de Mario, aún en frases insignificantes, tenía entonaciones suaves que caían como caricias, palabras aladas que rozaban suaves como si con ellas pretendiera insinuarse; su voz se hacía queda y blanda con blandura que contrastaba con su virilidad. «No sea mala».

—«Pero dicen tantas cosas de usted, Mario; goza de tan mala reputación, ó mejor dicho de tan pésima reputación, que casi no puede acercarse á ninguna mujer sin que al instante murmuren... Me parece que yo he sido la única amiga suya á quien el mundo ha dejado tranquila».

—«Y con razón, pues usted está por encima de toda sospecha, es más pura que un lirio, es alma luminosa... Nadie, á menos de ser un infame, podría murmurar de una santa... porque usted es santa».

—«No diga disparates, Mario; si soy como otra

cualquiera, como son todas las mujeres entre nosotros, ni más ni menos...» Su voz resonaba sencilla, sin pretensiones, con ese aire de naturalidad con que lo decía y lo hacía todo. Pero las palabras de Mario le agradaban como incienso, al verse respetada y comprendida en el ardoroso anhelo de ser buena, de no faltar jamás á sus deberes... antes morir. Había sufrido y sufría mucho dentro de su hogar. Lo que fué sospechas en contra de Javier Aldana, se había cambiado en realidades amargas y dolorosas, en semiconfidencias que habían llegado á sus oídos, junto con la frase compasiva de alguna amiga que deseaba hundirle el puñal en el pecho y revolverlo, movida de sentimientos de envidia, de esos que constituyen la hez de vanidades sociales, no pudiendo resignarse á verla rica y hermosa, elegante y aristocrática. Era necesario que le hicieran pagar su felicidad lo más caro posible. Elisa no sabía por qué causa, pero la admiración respetuosa, á la mujer, á la virtud, á la santa, de parte de aquel empedernido calavera, de cuyas historias se habían ocupado tantas veces, la halagaba como un homenaje del vicio á la virtud, y encontraba en sus palabras el desinterés que se las hacía gratas. El hombre que había tenido entre sus brazos á tantas mujeres, la reconocía á ella como santa. En esto había fina flor de voluptuosidad secreta, de atractivo misterioso. El homenaje halaga siempre á las mujeres, venga de donde viniere, siempre que sea sincero, y éste venía del fondo del alma. Además, había en aquel tono de voz una caricia delicada, impalpable, alada casi, imperceptible. Se sentía de tal manera sola, aislada entre todas las mujeres, sin tener con quien desahogarse. ¿Con su madre? No podía pensarlo, por cierto. No era dable que después de haber padecido, de tantas y tantas crujidas en la vida, ella

fuese á poner la gota de acíbar que desborda el vaso, afligiéndola, sin que le fuera dable ayudarla en nada; hundiéndole el puñal, de sentir á su hija en tan inmenso desamparo. La primera vez que tuvo certidumbre de que su marido había vuelto á las andadas en su vida de calavera, comprendió que se imponía el silencio. ¿Cómo hubiera podido quejarse á sus padres que se habían opuesto al matrimonio? La dignidad la obligaba á callar. Y, sin embargo, hubo una hora en que pensó en separarse y fué donde su padre con el alma cargada de llanto. Sus reflexiones la hicieron volver sobre sus pasos. Tenía una hijita, y la posición de la mujer divorciada en sociedad es falsa, arriesgada siempre; sus hijas se casan con cualquiera, con el primero que se presenta, siempre que tenga fortuna aunque sea quidam ó advenedizo. ¿Y no habría sido golpe demasiado cruel para misiá Magdalena? Recordando ese momento, parecíale ver la cabellera blanca de la madre, las arrugas precoces de su hermosa fisonomía y los ojos empañados por contratiempos y tristezas. Acaso la adivinaba. Elisa sentía que no debía, por decoro, hacer confidencias á sus amigas de miserias de su propio hogar, ni admitir alusiones malévolas ó humillantes. Con Mario era otra cosa. Tenía demasiado tacto para no hablarle jamás de la causa íntima de sus dolores; sabía llevarle una simpatía delicada, sin pedirle en cambio cosa alguna:—era discreto en extremo. Su voz conocía el camino de las almas de mujer; tenía entonaciones enternecidas para revelar que sabía acompañarla en sus penas, sin decírselo, y cuando le preguntaba hace un momento «¿por qué sufre?», había en la sola manera de interrogar un suave consuelo.

Mario no se presentaba ante ella como seductor, ni pasaba siquiera por su ánimo la idea de que pudiesen

existir entre ambos relaciones que no fuesen de amistad ingenua, tierna, casi lazo fraternal de mutuo apoyo, de acercamiento de almas que se buscaban á tientas en la sombra, y esto se producía naturalmente, no porque Sandoval tuviese escrúpulos morales, sino porque la creía de todo punto inaccesible; porque temía que la menor insinuación suya, en diverso terreno, le expusiera á dar término á una situación tan dulce, en la cual su alma se bañaba como en la calma deliciosa del crepúsculo. El sentimiento desconocido y peligroso había penetrado en tal forma dentro de su sér, que temblaba á la sola idea de que Elisa, asustada, le desterrase para siempre de su vista; y presentía que á la primera palabra de amor, su alma inflexible se retirase de él.

Acaso por eso, dominando la emoción que comenzaba á invadirle, habló del ensayo de la pieza en la cual ambos desempeñaban los principales papeles. Sara Bernhardt acababa de estar en Chile, y la huella de su genio dramático había quedado impresa en las imaginaciones. Su admirable interpretacion de *La Dama de las Camelias*, de *La Esfinge*, de *Frou-Frou* y de *Fedora*, aparecía viva, haciendo rebosar de lágrimas los ojos. Carmela Portal había querido á toda costa que se dieran los dos primeros actos de *Fedora*, y así se había resuelto. Pepa Alvareda debía cantar algo de Tosti, muy en boga; Edmundo Silva y Blanco debía tocar en el violoncello melodías de Schumann; tres niñas de la colonia Norte Americana se habían comprometido á cantar un coro con baile *The rollicking Girls*. También aparecerían unos Christie Minstrels, ó jóvenes disfrazados de negros que cantarían canciones alegres: *A Jolly Fellow*, y otras, concluyendo con un Cake Walk de esos que aún no estaban de moda en Europa, grandemente populares en

la América del Norte. La parte más importante de la fiesta sería la interpretacion de *Fedora*. Los aficionados rivalizarian con grandes artistas que acababan de presentarse entre nosotros, imitándoles. Era acto de audacia, propiá de Carmela, que iba de casa en casa, apuraba á sus artistas, les obligaba á repetir, infatigable y mantenía en sus puestos á los que se atemorizaban y querían dejar los papeles asignados.

—«Jenaro Valdés Astor no puede continuar;... tampoco le agrada el suyo á Cárlos Alvareda».

—«Parece que fueran actores de veras y que quisiesen lucirse á todo costa...»

—«Lo más divertido—agregó Elisa—es que hasta don Jacinto Portal interviene, temeroso de que su plan se desbarate; para él, nuestra representación tiene considerable trascendencia política, busca el acercamiento de gobiernistas y opositores, desea que las señoras de uno y otro bando se mezclen y se acerquen, para solidificar la situación, como él dice».

Mario se encogió de hombros. La política le parecía cosa insignificante comparada con esta nueva vida que comenzaba á vivir, con esta satisfacción tan rara, en la monotonía desesperante de su existencia. Cada mañana se levantaba pensando en los ensayos que se harían un día en una parte y otro día en otra; donde Carmela, en su saloncito Luis XV, lleno de biombos y mesillas, de rincones apropiados á la charla íntima; ó donde Dorotea Escalante, en el *hall* espacioso, lleno de muebles americanos, de *rocking chairs*, de sillones Morris, en los cuales uno se hundía muellemente, conversando á media voz, entre biombos de madera y jarrones de flores. Hacíanse los ensayos, resonaba el piano de cola, para acompañamiento de romanzas ó del *cello* en que debía tocar su melodía de Schumann el joven Silva y Blanco. Y luego, allí, entre decoración

de palmeras en tinas y grandes cortinajes de *hall*, recitaba Mario, convertido en Loris Ipanoff, escenas con Elisa, convertida en Fedora, deseosa de vengar á su marido asesinado. La del segundo acto producía á los amigos el mismo admirable efecto de siempre.

—«Elisa es una Sara Bernhardt», decían comparándola, sin el menor empacho, con la gran trágica. La elegancia, la distinción, el fuego de nuestra amiga nada dejan que desear... es admirable.

Pero ella estaba descontenta, nunca faltaba algún detalle que necesitara corregir.

Y ahora se le ocurría, de súbito, la idea de ensayar. Era que comprendía la necesidad de justificar á sus propios ojos tan frecuentes entrevistas con su amigo. Si no era para ensayos de representaciones, ¿con qué objeto se verían diariamente en una ú otra parte? ¿Qué justificaría semejantes asiduidades? Es necesario que nos veamos, solía decirse, cuando algún escrúpulo surgía en su alma: ¿cómo, sin ensayos frecuentes, podríamos dar una representación mediana siquiera de la obra de Sardou, particularmente delante de público que la ha visto interpretada por tan grande artista? Era preciso ensayar sin descanso... y se trataba de fiesta de caridad, á beneficio de los niños pobres. Lo santo del objeto perseguido se presentaba á sus ojos como excusa de aquel constante encontrarse con Mario. Cuando los niñitos desamparados recibieran el óbolo de santa caridad, los diez ó doce mil pesos de la fiesta servirían para aliviar numerosísimas miserias. Y al hablarse de esta suerte, Elisa experimentaba suave calor en el alma, se mistificaba á sí misma, se mecía en sueño de virtud, sentíase en el camino del bien, pero de una virtud agradable de practicar, sin espinas ni molestias. ¡Cuán lejos estaba de aquellas horas en que su confesor le había dicho, con

el Padre frai Luis de Granada, que tenemos á nuestra vista dos caminos, el uno alegre y sonriente, con cielo luminoso, por terreno blando; amargo y sembrado de espinas el otro, con guijarros que destrozan nuestra plantas y nos hacen sangrar cruelmente—y este último es el sendero de la virtud! En su alma quería conciliar prácticas de virtud con felicidad. Esos ensayos, fiestas permanentes en que jóvenes y niñas, y aún damas casadas, vivían en perpetuo *flirt*, en las varias casas del mismo círculo elegante, obedecían á medidas piadosas de caridad, y á exigencias de vida política.

—«¿Quiere usted que ensayemos? Creo que á fuerza de tanto trabajar no resultará la cosa tan mala... si no como en tiempos de Sara, lo haremos quizás mejor que artistas italianos».

—«Esos no pueden representar bien, porque no saben vestirse—dijo Mario en tono sentencioso;—ignoran que la elegancia forma parte esencial de la realidad. Los sentimientos deben justificarse hasta cierto punto por el aspecto exterior y el porte».

—«Ensayemos».

Mario fué en busca del rollo de papeles que traía consigo, poniéndolos al alcance de la mano, por si era menester. Elisa tomó asiento en sofacito elegante y bajo. Sus caderas se dibujaban en líneas voluptuosas y firmes, ceñidas por la seda maleable de su traje; las piernas juntas, alargándose por obra de los muebles bajos, acaso construídos en París para producir precisamente semejante efecto de prolongación de líneas. Una ráfaga de viento, abriendo de par en par la ventana, mostró la gloria del crepúsculo en el jardín de la casa. El sol, casi al ras del horizonte, no enviaba ya sus rayos bastante calurosos para disipar la ligera neblina que subía lejana. Los techos aparecían en tono

casi oscuro, entenebrecidos, mientras el azul del cielo palidecía, se enfriaba, se neutralizaba en atmósfera sin nubes. Unos cuantos minutos trascurrieron hasta que el sol, poniéndose, incendió de súbito el horizonte, con globo de fuego, ancho, rojizo. La luz se proyectó sobre el jardín reverdecido, en capas de rosa tierno, trasparente, como pétalos de flores de porcelana, cambiando súbitamente en lilas, de manojos delicados y finísimos. Formáronse como pórticos de oro, allá en la reja, junto á las pilastras de ladrillo por las cuales trepaban enredaderas de rosas. Las estrellas comenzaron á despuntar, y las luces de la ciudad á encenderse, primero los faroles de alumbrado público y luego ventanas de casas del frente. Elisa aspiró con fuerza el perfume que subía del jardin—de su jardin—y de los jardines de los alrededores, como para concentrar en sí y reflejar mejor la divina serenidad de las horas claras que se iban, de la tarde y de su alma, reemplazadas por el esplendor del minuto fulgurante que presentía. La melancolía de un descolorido crepúsculo, llegaba envuelta en el engañoso miraje de la tarde de primavera.

El sirviente, de librea, entró silenciosamente llevando lámparas de pantallas amarillas con encajes negros que flotaban. Púsolas sobre columnas de ónix, y se iluminaron los espejos, de súbito, con sombras blanquecinas y reflejos metálicos.

—«Princesa...»

—«¡Ah! Estaba usted aquí... pues yo creía que ya se había ido...»

—«¡Sin verla!... pero eso no ha podido creerlo usted».

—«¿No quiere escuchar esa música?»

—«Prefiero oir esta otra... la suya...»

—«Me obligará, por cortesía, á cantar cualquiera cosa, lo que nunca he podido hacer...»

—«Princesa, no se burle...»

Elisa avanzó, y sentándose lentamente, como debía hacerlo la princesa Olga Sukareff, puso la mano sobre una mesilla de cubierta de cristal, acariciando con sus largos dedos un manojo de lilas que palidecían sobre un vaso de Bohemia. La manga de su bata se corrió, dejando al desnudo el brazo de admirable blancura sobre el cual azuleaban las venas. Y mientras jugaba con las flores, dijo la princesa:

—«¿Que ha hecho hoy de bueno, amigo mío?»

Loris (*sentándose*): —«He pensado en usted...»

—«¿Durante todo el tiempo?»

—«Todo el tiempo, señora».

—«Mentiroso...»

—«Yo no miento, y eso usted lo sabe... Me dijo usted ayer, que podría esperar verla esta noche. He esperado, pero el día me ha parecido largo... Me dijo igualmente que no pasaría la tarde en casa. Pues bien, todo ese tiempo en que no me era lícito verla, ni esperarla, lo he pasado en frente de su casa, cerca de su puerta».

—«¿Es verdad?»

—«¿Que no se lo habían dicho?»

—«Sí... lo han visto...»

—«Ya ve que no miento...»

—«¿Y por qué hacía guardia delante de los árboles de mi calle, en mi acera?»

—«¿Me perdonará usted si se lo confieso?

—«Sí, se lo prometo... ¿Me espiaba usted?»

—«Es verdad».

—«Gracias».

—«Me asaltaron las más locas ideas de celos... siempre el amor necesita de celos... ¿Por qué no recibe? ¿Será solamente para mí la consigna severa?... ¿Y

para los demás? ¿se guardará?... ¿Habrá salido realmente? ¿Estará sola?»

Y á medida que hablaban, parecíale á Mario que era realmente Loris Ipanoff y que Elisa, convertida en Princesa, le oía, así, con interés amoroso, con curiosidad interesada que habría de convertirse, llegado el momento, en pasión verdadera. Y por una de esas casualidades extrañas que en la vida suelen presentarse inesperadamente, mientras el diálogo se desarrollaba á media voz, con intensidad de pasión contenida, no se sabía, por óptica teatral, si era positivo drama de amor ó si era sencillamente la pieza de Sardou, como Elisa imaginaba. Mientras las palabras salían tiernamente intencionadas de labios de la Princesa, apasionadas en boca de Loris Ipanoff, se oyó una música velada en la casa vecina. Era la *Simple Melodie* de Rubinstein, que Mario había escuchado ya muchas veces. Era música predilecta suya, oída en circunstancias dramáticas de su vida. La había tocado con sus dedos flacos y trasparentes una mujer que le amara con delirio, que había sacrificado por él, nombre, posición y reputación, entregándose, sin reparo alguno, á murmuraciones de la gente y al desvío de su propia familia. Esa música le traía siempre rumores de besos, sensaciones voluptuosas y amargas de felicidad embriagadora. Veía un cuerpo flaco, demacrado por la tisis, unos ojos ardientes, muy negros y muy grandes, húmedos—no se sabía si en melancolía ó en dulzura,—una boca pequeña y quemante que no se apartaba de la suya y que sabía dar á los besos sabor de eternidad en un minuto. ¡Pobre Carmen! Desde hacía tiempo estaba ya sepultada en el cementerio de los recuerdos, relegada á las horas de grandes desencantos y de tristezas infinitas, cuando

necesitamos volver la vista hacia atrás para convencernos de que alguna vez nos han amado.

Elisa, al oir la misma música, había sentido despertar también horas de amor, con Javier, en aquellos tiempos en que ambos se amaban y eran felices. ¿Estaban ya casados ó simplemente de novios la noche aquella que oyeron esa pieza de Rubinstein en un concierto? No sabría decirlo, pero se veía junto al hombre que amaba, y se sentía tan adentro de su corazón que todavía parecíale percibir el tibio contacto de aquellas horas fugaces de amor. Entonces ella tenía fe, fe profunda en la vida y en la eternidad del sentimiento.

Veíase muy elegante y muy hermosa, triunfadora, envidiada de las demás jóvenes, con traje de tul blanco bordado de plata y *echarpe* de seda japonesa, también maravillosamente bordada. ¿Por qué surgía en su recuerdo el detalle frívolo junto con el detalle sentimental? No sabría explicarlo, pero la vida es así, las vulgaridades del medio ambiente vienen á imprimirse en nuestro pasado cómo para prolongar las sensaciones. Sentía que había amado profundamente á su marido, hasta que los desencantos habían barrido de su alma esas dulces memorias. Y bastó que oyera unas cuantas notas de Rubinstein para que la evocación del pasado surgiera como estremecimiento de renovación del amor, que á ella le pareciera eterno. ¿Acaso no creyó que Javier la amaría siempre como loco? Y todo eso estaba lejos... había pasado. Estremecióse pensando en lo fugaz de cuanto creíamos que iria á durar la vida entera. Ambos—Elisa y Mario—sin saberlo, fueron á parar al mismo punto, por diversos caminos, arrastrados por evocaciones de la música—al desencanto de la vida, á una inquietud vibrante y nerviosa que les hizo mirar casi

con miedo hacia la negrura de la noche, en la cual apenas asomaban las estrellas, lentamente, una por una. En sus almas se había reflejado la misma divina serenidad de las noches claras; habían resonado notas de amor fulgurantes, estremecimientos voluptuosos, deliciosas languideces,—y había llegado la misma hora fatal del desencanto.

Esto pasó rápido, con la infinita rapidez del pensamiento, mayor aun que la del rayo, de tal manera que la voz del joven continuó vibrando apasionada en aquella forma que le permitía revelarlo todo sin decirlo:—era voz cálida y sonora, llena de melancolía. No hablaba Mario sino Loris Ipanoff.

—«Entonces parece arreglado, pobre amigo mío, esto de que usted me quiera... así como suena, amigo... ¿está bien seguro?»

—«Seguro,—contestó Loris—y usted también».

FEDORA.—«¡Dios mío! ¿qué entiendo yo de esas cosas?... algo he creído notar... pero á tal punto no lo creía (*Levantándose y dirigiéndose al centro del escenario*). No necesito de semejantes aventuras en mi vida.

«¿Qué espera usted de tal amor?»

LORIS.—«Todo...»

FEDORA.—«¿Cómo así?»

LORIS.—«Sería triste amor, en verdad, si no tuviera la fuerza de conquistar el suyo...» •

FEDORA.—«Le impondría silencio...»

LORIS.—«Usted no hablaría...»

FEDORA.—«¿Y si fuera para impedirle, para prohibirle que jamás tocara ese asunto?»

LORIS.—«Una mujer que no quiere ser amada no prohibe que la amen... siquiera... pues ni siquiera se digna notarlo... no lo ve...»

FEDORA (*Sonriendo y acercándose al sofá en el cual*

se recuesta á medias).—«Usted verá que al fin tendré que responder á ese sentimiento».

LORIS (*Acercándose al respaldo del sofá hasta el punto de rozar casi sus cabellos*).—«Sí, usted se verá obligada... Sí, usted me amará; porque hay una fuerza invencible en el corazón que adora, para despertar en usted los mismos sentimientos... Usted ve demasiada pasión en mi alma para no creer, á lo menos, en semejante amor, y desde el momento en que usted ya sienta placer en sentirse amada es porque ya comienza á querer (*Movimiento nervioso de Fedora. Loris gira en torno y concluye por caer sentado en una silla junto á ella*). No respondas... no digas nada... no trates de huir de mí... de engañarte respecto de tus sentimientos secretos de rendirte. Si tu mirada me evita, es porque tiene miedo de decir demasiado á la mía (*Coge una mano de Fedora*). Si tu mano se estremece y huye, es porque teme responder al estremecimiento de la mía... Tu brazo que me rechaza, me atrae... tus labios que me desvían, me llaman. Y todo eso que parece decirme: «No me quieras», me dice muy bajo: «Te amo»...

Cuando murmuraba estas palabras prohibidas, que el drama le obligaba á pronunciar, sentía Mario que su alma toda se iba en ellas, en aquel momento en que por primera vez ensayaba la escena á solas. Palpitaba temblorosa la mano de Elisa entre las suyas... ¿Era efecto de la emoción nerviosa que la escena producía, ó era que comenzaba á sentir la realidad en sus entrañas y que el drama de Sardou con el drama de su vida se fundían y se penetraban mutuamente? Pero Elisa estaba próxima á desfallecer, tan pálida se mostraba.

El piano de la casa vecina tocaba ahora una Barcarola de Schumann, delicada y tenue; los acordes

surgían nítidos en el silencio de la noche. Y cuando Elisa sintió dentro de sí embriaguez inesperada, que la sobrecogía de súbito y por sorpresa, traición de sus nervios, acaso la impresión peligrosa de una voz que llegaba candente, impregnada en ardorosas ternuras, á saciar las angustias de su alma; cuando la voz de Mario penetraba en ella, turbándola, sintió un paso muy suave que avanzaba discretamente por la alfombra. Y á pesar de que nada había de culpable en ella, á pesar de que para su conciencia podía decirle que se limitaba á un mero ensayo de la escena culminante que debía representar en breves días, experimentó sobresalto de sentirse culpable, de sorprenderse en falta, de no ser leal á juramentos de mujer honrada, y en el súbito despertar de su conciencia vió inmenso peligro, boca negra del abismo que tocaba sin darse cuenta.

El doctor Ortiz tosió ligeramente, y penetró al salón con paso reposado. Su largo cuerpo se doblaba por costumbre y educación viciosa; relucían los espejuelos de sus lentes de oro y su cara rapada, á la americana, le daban traza rara. Elisa, poniéndose de pie, avanzó á su encuentro, radiante, como si la libertaran de peso enorme, como si volviera de súbito á renacer á su vida moral, salvándose de inmenso peligro. Le alargó las dos manos con extremo de afecto desusado en ella. El doctor tuvo rápida intuición de lo que había sucedido, aún cuando sin darse cuenta cabal de lo que su intervención inesperada significaba en la vida de aquella mujer. Algo, en lo íntimo, le decía que acababa de salvar á la joven, si no de caída, á lo menos de una de esas situaciones complicadas que suelen turbar la vida entera de una mujer, por más honrada que sea. —«Doctor —le dijo Elisa— usted no sabe lo que ha perdido con llegar tarde; nada menos

que el ensayo de la escena principal del segundo acto de *Fedora* que representaremos en el Concierto. Si en el escenario estuviéramos como en los ensayos, tenga usted la seguridad de que haríamos olvidar á Sara, á la gran Sara». Y luego, sonriendo, con la fácil ductilidad de las mujeres de mundo, agregó: «Casi hubiera sido de creer que Mario me hacía el amor y se declaraba en serio, si alguien fuera capaz de cortejarme... Ha sido de admirable verdad, á lo Calvo, á lo Salvini...»

Mario, dueño ya de sus nervios, reía con risa clara de muchacho que sabe compartir una broma, sintiendo que había pasado la hora decisiva, la hora irreparable en que las mujeres, aún las más honradas, pueden caer, hora definitiva en las batallas, momento en que se decide misteriosamente quiénes sean vencedores ó vencidos. Sintió angustiosamente que la hora posible había pasado para no volver y que esa mujer, casi vencida por no haber explorado sus propios sentimientos, ahora sabría ponerse en guardia y que sería imposible la sorpresa. En alma tan vigorosamente modelada para la línea recta, no cabía más que sacrificio y renuncia de sí misma, si su corazón llegaba á comprometerse por entero. Nunca había entrado en sus cálculos que semejante victoria le llegase de improviso, mas era entendido en mujeres y solía tener las supremas intuiciones de los grandes afortunados, y por una de ellas comprendió que había tocado las almenas de las murallas enemigas para ser arrojado en seguida á los fosos, por inesperada reacción. Luego, volviendo por sus fueros, con poderoso dominio de sí mismo, expresó:

—«¿No es cierto, Elisa, que la escena fué tan á lo vivo y tan sumamente real que casi creyó usted que yo verdaderamente estaba loco de amor? Confiéselo,

que con esto rinde justo homenaje á mis dotes de artista. Si el Presidente diera orden de matarme, acaso yo podría decir, como Nerón: ¡Qué gran artista va á perder el mundo!»

—«Pero no hay miedo de que usted vaya á incendiar á Roma», agregó irónicamente Ortiz.

Sandoval sacó su reloj; eran las siete.

—«¡Vaya!— dijo —ha pasado tan rápidamente el tiempo que es tarde, y apenas alcanzo á ponerme frac para ir á casa de Julio Rosales; estoy de comida... Es fiesta en honor del doctor Grenchen, celebridad médica, de paso entre nosotros. ¿Cómo es que no le han invitado á usted, doctor Ortiz?»

—«En Chile, cuando se festeja á un médico, generalmente se invita á militares, ó astrónomos», contestó.

—«A militares no me extraña—interrumpió Sandoval—porque unos y otros son peritos en artes de matar, pero con los astrónomos no veo qué relación tengan los médicos... á no ser por aquello de que suelen mandar á sus clientes á otros mundos...»

Y sonriendo, elegante, fino, cogió la mano de Elisa, besándole la punta de los dedos y se fué con paso largo, pausado, indiferente, como quien sale del teatro y siente que la vida no le corre prisa.

Cuando resonó el golpe seco de la puerta del vestíbulo que se cerraba, el doctor, sin decir palabra, dirigió á su amiga una mirada íntima y dolorosa, en la que se mezclaba interrogación angustiada al reproche.

—«Amiga mía, pobre amiga mía... ¿qué debo pensar? ¿qué...?»

—«Nada que no sea correcto... nada que... usted me comprende. Créame que siempre soy la misma Elisa que usted conoció de cerca en otros tiempos... más felices...»

Y al hablar de semejante manera, la joven suspiró

con tal dolorosa fuerza que pareció mostrarse la palpitación dolorosa de una confidencia. Luego se preguntó entre sí: ¿sabrá el doctor la verdad de lo ocurrido? En la duda de que pensara mal, sintió pena de suposición injuriosa, que le dolió; al mismo tiempo, comprendía en lo íntimo que la llegada del doctor en aquel instante había tenido valor providencial. La había sujetado en el momento preciso en que se sentía hondamente perturbada, cuando le faltaban fuerzas, cuando la imaginación la embriagaba en una fantasía con arrobos de poesía y de arte, de ensueño, de belleza dramática, arrojándola por la pendiente de dolorosas y amargas realidades á un duro despertar.

Vió delante de sí, amparándola en hora suprema, aquel pobre médico de antaño, que la había querido locamente y á quien ella despreciara;... la vida es así... Vió el médico humilde, colocado junto á ella, para defenderla, para contenerla al borde, para alargarle manos aún teñidas con la sangre de su corazón desdeñado. Era el mismo siempre, siempre la querría en silencio, con humildad, con santo recogimiento, sin esperanza alguna. Así la amaba, poniéndola en santo relicario de amor, postrado de rodillas, besando el suelo, sin atreverse á miradas que la profanaran porque sería siempre su señora, la señora, como para los fieles es la Virgen.

———

CAPÍTULO XI

Micha bajó de un salto del carruaje, mientras Misiá Magdalena, descendía pausadamente. La tarde caía, una tarde cenicienta en la cual se arrastraban neblinas por los suelos en mantos sutiles de gris. El asfalto húmedo de la acera brillaba como estanque de aguas inmóviles. Llovizna sutil bajaba incesante del cielo plomizo, al través de la niebla densa que encubría los árboles de la espaciosa avenida recortándolos en negro sobre el fondo luminoso de reflejos del gas de los faroles de alumbrado público. Oíase el trote pausado y soñoliento de caballos de alquiler, arrastrando carruajes á la posada, como si ya no pudiesen más de puro rendidos. En el caer de la tarde, por aquella avenida silenciosa y apartada, las luces de los focos eléctricos del jardín de Aldana parecían cernirse, claras y suaves, iluminando los caminillos de conchas blancas que crujían bajo las pisadas ágiles de Micha. Resonó largamente el timbre eléctrico, sin que la niña soltara el botón hasta que abriesen la puerta, según antigua costumbre. Era creatura de cuerpo elegante y delgado, ceñido por traje blanco que le llegaba al tobillo y permitía ver un piesecito fino y delicioso. Ahora, con el tiempo y la garúa, tenía aspecto de señorita casadera, con catorce

años cumplidos. Subió corriendo la escalera monumental y se plantó en la pieza de Elisa que en ese instante salía, adivinando la llegada de su madre.

—«¿Cómo estás, linda, preciosa, encantadora? ¿Lisita seguirá mejor, seguramente? Estoy concluyendole el vestido de la muñeca. Mi mamá me ha prestado buena ayuda, como si se tratara de mi persona. Todos han estado preocupados del traje de la muñeca, de primer término en las conversaciones de casa... Papá dice que durará más que el Ministerio del señor Prats».

Resonaron besos, abrazos, nuevos besos mui sonoros y Micha desapareció en las piezas de la niña que al oir su voz comenzaba á llamarla desaforadamente. —«Allá voy, monona, no grites...»

Detrás de Micha llegó jadeante Misiá Magdalena sofocada con la subida. —«Será necesario que instalemos ascensor para usted» le dijo cariñosamente Elisa,

—«Déjalo, que antes tengo que ocuparme en otras cosas», respondió la señora con cierto retintín, que luego comprendió la joven, acostumbrada como estaba al tono de la madre. Mas, sin hacerle caso, la cogió por el talle besándola una y otra vez.

—«Mucho me temo que hayas pisado mala yerba, mamá, antes de venir aquí, pero te quiero tanto que bien puedes decirme cuanto se te ocurra sin que yo me enoje... ¿Sabías que Lisita está enferma? ¿Y cómo no has sido para venir á verla uni nstante? La niña anda loca con los juguetes mandados por la tía Encarnación; así se lo dirás, dándole gracias... ¡pobre... tan buena!... preocupada hasta de un pegote como Lisita. El día entero se ha llevado jugando con el servicio de lavatorio de muñeca, tan bonito que me dan ganas de tomarlo para mi uso...»

Así, andando lentamente, llegaron á la pieza de Lisita que estaba en cama. Su dormitorio tenía

muebles de *laca* blancos y cortinillas atadas con lazos de cinta celeste. En el peinador brillaban útiles de plata de la mesilla de *toilette*, de muchacha rica y consentida, espejos de mano, vasos de metal, frascos de tapa de plata, rociadores, escobillas, todo como si fuera de persona grande.

—«¿Cómo estás, *gran mamá*, ven para darte un beso por los juguetes que me mandaste... le había hecho manda á la Virgen...»

—«¿Y qué manda le hiciste?»

—«La de comerme un paquete de dulces...»

Se echaron á reir: la chica se enojó.

—«Ustedes ríen de la Virgen ó de mí... y en ningún caso me gusta...»

Hablaba con media lengua, saltándose letras, suprimiendo finales, como si fuera andaluza, con cara graciosa de *chicha fresca*, como le decía cariñosamente la madre, empleando uno de esos modismos del terruño que revelan mejor el cariño que las frases correctas.

Dejaron á la niña entretenida con Meche y pasaron al *boudoir*, habitación íntima, en la cual Elisa recibía personas de confianza. Había sillones bajos y canapé forrado en seda clara, de forma graciosa y elegante, en armonía con el papel y con las colgaduras. En lo alto, mostrábase anchísima guarda de dibujos caprichosos en tonos plateados. Una hermosa copia de la Virgen de Murillo, un reclinatorio al pie, y en torno de la pieza, en estantitos, en tablillas frágiles, colgadas de la muralla, había multitud de fotografías de amigos, de parientes, de niñas, de caballos de carrera. Misiá Magdalena paseó la mirada en torno suyo, deteniéndola en *Toy*, animal famoso, que había ganado la carrera de la *Copa*, jineteado por Sandoval hacía dos años. Vió también el retrato de Javier Aldana, de

joven, el sombrero echado atrás, vieja fotografía en la cual ostentaba innegable traza de tuno; otra de Rosales, y la de Mario en traje de fantasía. No pronunció palabra, mas con sólo vislumbrar la expresión de su rostro notó Elisa que no estaba contenta y que miraba con ojos prevenidos.

—«Veo que te gustan los caballos hasta el punto de colocar sus retratos junto con los de tus amigos, dijo la señora en tono que no pasó desapercibido para su hija. Pero te gustan más los jinetes», agregó.

—«Francamente, no comprendo», contestó á su turno, con altivez, Elisa. «No veo por qué pueda usted sorprenderse de ver aquí retratos de amigos...»

—«¿Que también eres amiga del caballo?»

—«¿Por qué no? Si Javier lo aprecia como yo al jinete...»

—«Francamente, no sabía que estimaras tanto á ese... Mario Sandoval, á quien sus amigos han dado el mote portugués bastante revelador de *O terror dos maridos*, parecido al del único barco que tienen y que se llama *O terror dos Mares*.

—«¡Pobres portugueses!... ya se han olvidado los españoles de que Portugal es patria de Vasco de Gama... Pero veo, mamá, que algo extraño y nuevo traes ahora, algo que todavía no comprendo bien. Te ruego que me hables claro porque no me gustan las charadas ni tengo paciencia para adivinarlas...»

El rostro de Misiá Magdalena tomaba expresión dolorida, como si anduviese metida en perplejidades y trabajos, mas como notara el tono entre burlón y grave de la hija, despidió el temor del todo, decidiéndose á tocar el punto que clavado entre las cejas traía, con grave franqueza:

—«Hija mía, no haya escrúpulos de que por callarme yo, tengas que sufrir más tarde tú lo que acaso sea

todavía de remediar. Sírvate lo que voy á decirte de aviso, sin que veas en ello mal alguno, ni intención que no te sea de provecho. Pero debo decirte que se hablan cosas... no muy agradables para mí... ni para ti... á las cuales es menester poner remedio».

—«No veo», contestó Elisa, ya grave, poniéndose á escuchar con veneración del ánimo y con sagrado y casto silencio lo que su madre decía.

—«Ya verás; es el caso que aquí, como en todas partes... tanto aquí como en Jaén... hay círculos de casadas jóvenes, vamos, de muchachas elegantes y aficionadas á divertirse. Al cabo de algún tiempo de matrimonio, se aburren, confesándolo unas francamente, otras sin decirlo, y poco á poco llegan á reunirse formando banda aparte. Pasean juntas, van juntas á saraos y á teatros, se muestran en las Carreras del Hípico reunidas en corrillo, sentadas á la misma mesa de *lunch*, y luego van á comer, unas á casa de otras ó á restaurants, donde hablan en voz alta y meten bulla como ciertas damas que divisaron en París y que han tomado como el *non plus ultra* del *chic*. Ellas—ustedes—también son muy elegantes, y sólo se ponen trajes de grandes modistas parisienses, llegando á erigir la frivolidad en culto. ¿Qué fines se proponen en la vida? ¿Sale su horizonte de un salón de baile? ¿del patio del peso... del turf... ó del palco en el teatro? Me parece que no. En todo tiempo creo que han existido esos círculos en los cuales la vida no tiene más finalidad que placer ruidoso, alegría fugitiva de hora que pasa y que creen eterna; la embriaguez de un afecto pasajero que sólo deja, á la postre, inmensas contrariedades y desencantos horribles. Cosa sería de maravillar que en semejante manera de vivir permanecieran las almas puras y los sentimientos castos. No protestes con la cabeza ni digas que no,

Que siempre se principia por poco, en el agrado de verse y de hablarse con hombre que nunca es marido;... porque llevar tal existencia para charlar con el marido, sería ridículo... y luego viene el *flirt*, palabra americana ó inglesa, no sé bien, con la cual se indica un estado de mera simpatía... algo que se asemeja al amor como las grandes maniobras á la guerra... ¿No es verdad?»

Elisa sonreía involuntariamente al ver el ingenio fino con que su madre sabía tocar asunto tan difícil, evitando cosas que la hiriesen.

—«De ahí, de tal *flirt*, á situación equívoca, ó á caída irreparable no hay más que un paso. ¿No es verdad?»

Elisa escuchaba con ojos bajos, en casto silencio, contemplando maquinalmente la línea de su cadera que el corte primoroso del traje señalaba, y siguiéndola hasta la punta del pie, que salía fino del vestido, entre vuelos de encaje. Reparaba involuntariamente en que las disertaciones de su madre correspondían á esa su exquisita y refinada elegancia, á la voluptuosidad que sentía ella misma en vestirse bien, en volverse tentadora, en el placer experimentado en ver que hombres, aún los indiferentes y graves, se volvían á su paso con chispas de deseo fugitivo encendidas en los ojos. Eso, en lo cual solo reparaba de modo confuso, le aparecía ahora de manera tan precisa que casi provocaba su rubor. Pero su madre, según ella, no tenía razón en todo.

—«Te reconozco verdad... en parte, dijo con voz clara y armoniosa de niña, con voz que tenía algo de infantil y deliciosamente puro. No te digo que no. Pero debes pensar, tambien, si quieres ser justa, en que muchas veces una mujer siente vacíos en la vida. Algunas tienen desencantos... no siempre los hombres á quienes hemos jurado una fé que sabremos cumplir,

nuestros maridos... no siempre saben corresponder á esperanzas, á ilusiones, á esas que abrigamos silenciosas, sin decirlas. No siempre tienen ternura, delicadeza, para mantenerlas. Yo no soy romántica; por el contrario, vivo con mi siglo y soy realista hasta el extremo, si cabe... dentro de reglas de decoro y de respeto á sí misma que toda mujer se debe.—Pero toda mujer, mamá, bien lo sabes, necesita vivir de sentimientos, pues si no los tuviéramos, no seríamos mujeres, ni femeninas, sino marimachos de los cuales arrancarían los hombres con razón... y desaparecería el matrimonio, y se acabaría el amor, sin el cual la humanidad no puede existir y perpetuarse... y si esto es así, como no podrías negar sin injusticia que lo sea, ¿qué puede hacer una mujer joven cuando llega á un punto de su vida, en que el matrimonio le produce desengaños inevitables, en que no se halla en el hombre amado delicadezas, ternuras con que contara un día y que constituyeron la base misma del nido soñado? Unas veces llorará, se encerrará en su casa, sin contar lo que sufre, y será infeliz; otras, se dará de lleno á lo que se llama entre nosotras el beaterío, buscará en Dios refugio, en el templo santo, consuelo, en la oración, reposo, paz para el desasosiego inquieto del alma atribulada. Otras, de temperamento sensual, no refrenado por educación ni por elevados ideales, están á la mira del amor que pasa y que toda mujer halla en su camino alguna vez; á las tales no les importa nada de nada, ni opinión del mundo, ni el propio decoro, ni el respeto que á sí mismas deben. A mujeres que caen de semejante modo, no las desprecies, mamá; compadécelas, como yo, acompáñalas con el pensamiento en la hora de crueles desencantos y castigos que fatalmente llegan. Verterán lágrimas del alma, lágrimas de sangre, y lo peor será que habrán

de tragárselas en silencio, á oscuras, ocultas, devorando sus propios sollozos, como algunas que he podido conocer en mi corta experiencia. Hay también otras que quieren olvidar—todas tenemos siempre algo que olvidar en la vida, todas hemos padecido algún engaño, hemos sido víctimas de un extravío... Hasta tú misma, si miras dentro de ti, verás que es cierto lo que voy diciendo. Hay algunas que necesitan olvidar...»

La voz de Elisa temblaba levemente, como cristal que se triza, y había en su persona desencanto.

—«Hay otras—prosiguió—que sólo quieren divertirse un momento, y buscan en tales círculos agrado momentáneo, lleno de un vacío en la existencia, por más feliz que sea, *la joie de vivre*... como suele decir Dorotea Escalante, con esa sonrisa encantadora que le vale aún más que su buen gusto y que trajes de grandes casas... «La alegría de vivir»... Muchas mujeres no comprenden ni el sentido ni la causa de semejante frase, dentro de sus almas austeras y monjiles. Pero no todas hemos nacido para pasar la vida rezando novenas siempre; llega un momento en que una se cansa. No todas nacieron para santas canonizables, y además, como dicen en *La Gran Vía*: «Para empezar la carrera... hay que tener vocación». Estoy convencida de que esos tres ratas eran unos grandísimos filósofos, y mucho más claros que Nietzsche o Schopenhauer».

—«Todo eso podrá ser muy divertido, así como lo cuentas, interrumpió doña Magdalena, pero hablando en plata, perdóname si te digo francamente, y en castellano claro, que no me agradan para una hija mía, compañías semejantes, ni tal género de existencia, aún cuando trates de justificarla con frases

más ó menos ingeniosas. En la vida no se vive de disertaciones sino de hechos».

—«Pues yo quisiera saber—expresó Elisa—á qué viene toda esta disertación, mamá... ¿Quieres decirme, con ella, que á ti no te gusta que yo viva en el círculo de mis amigas y me divierta con ellas, aún sin daño de nadie, y con conocimiento de mi marido? Me parece que la compañía de mis tías te ha perturbado un poco, hasta ver peligros donde no los hay. Habrás de suponer que yo no me he casado para llevar vida de convento; lo demás es buscarle tres pies al gato. No es tan peligrosa la existencia que llevamos con Dorotea Escalante, Carmela Portal, Anita Escobedo, las Oyanguren, Pepita Velarde y demás; no hay mucho paño que cortar entre ellas. Me parece que de algunas se murmura: no me extraña; hay mujeres feas que las ven por todas partes atendidas y conciben de esto envidia loca;... hay otras que las encuentran bonitas y elegantes, acaso con ostentación excesiva, de la cual no se conforman, como si todo el que anda por la calle pudiese vestirse donde Redfern ó Paquin. Un bonito sombrero suele ser crimen mayor que salteos de Ciriaco, el afamado bandido. Luego, no falta quien le cuelgue un amante, por lo menos—á veces dos—á la desgraciada que introduce una moda. Y si la ven sentada en victoria de paseo, que animales de sangre arrastran por las calles, tantísimo peor... no faltará entonces quien pregunte de dónde ha sacado fortuna, y saldrá bien parada si no afirman que el marido es ladrón ó que la mujer ha recibido los caballos de regalo de... el ayudante. Mamá, no es posible creer las infamias que ruedan frecuentemente por los ámbitos de la ciudad entera: no creas».

Doña Magdalena se abanicó. Estaba sofocada.

—«No lo tomes á broma, hija mía, ni te indignes tan prematuramente... poco ó nada me importaría eso, si no pasaran las cosas de castaño a oscuro, si no comenzara á correr tu nombre en boca de la gente, junto con el de dos ó tres desvergonzadas á quienes con razón se ataca... Yo te conozco bien y respondería de ti como de la Virgen Santísima; sé que tienes las más puras nociones del deber y que jamás nadie podrá decir algo fundado. Pero se habla, hija, ya se habla...»

—«¿De mí? Si eso no es posible, mamá; estás equivocada, no puede ser».

—«Pero así es...»

La joven no volvía en sí de su asombro, como si de golpe le hubiera caído sobre la cabeza una montaña; hasta ese momento, jamás había creído que nadie se atreviera á murmurar palabra respecto de ella. Juzgábase invulnerable, como si la calumnia algo respetara en este mundo, como si no tuviera el gravísimo delito de ser bella, de ser querida, de verse rodeada de admiradores donde quiera que fuese. Con ser de alma pura, muchas veces había tenido la debilidad de dar crédito á murmuraciones, á confidencias equívocas en las cuales solía quedar mal parado el honor de una mujer; pero jamás se le pasó por la mente que iguales murmuraciones la tomaran de blanco para saetas envenenadas de maledicencia. Ni le podía caber en la cabeza que hubieran seres bastante malos para ir donde una madre, aún cuando la cosa fuera en realidad cierta, á decirle: «Mira, tu hija ha caído, es indigna de ti, arrastra el nombre de sus padres por el suelo, tiene amores culpables...» Y, sin embargo, ante la evidencia debía rendirse; ni siquiera ella, que había sido víctima, en su propio hogar, que había mantenido con dignidad una existencia difícil, rodeada de ten-

taciones, sin que jamás le pasara por la mente la idea de traicionar á su marido;—ni siquiera ella podía escapar á la calumnia. Entonces fiebre de revuelta le subió en oleadas al rostro. Debían ser también calumnias las historias que colgaban á muchas señoras amigas suyas. El mundo era inmenso lodazal en el cual no valía la pena de vivir sacrificada, como ella vivía, ya que hasta la más pura se encontraba expuesta á sinsabores de todo género, á villanas calumnias. ¡Oh! qué repugnancia le inspiraba el inmenso chiquero santiaguino; qué ganas de huir para siempre, de partir de Chile con su hijita, para vivir en otra tierra en donde no se dijese de todos los hombres que eran ladrones y de todas las mujeres que eran cortesanas. Parecíale que veía, en torno de una mesa, á la hora de los postres, mientras servían el café en el restaurant ó en el club, un grupo de vividores descuartizando las honras para completar la digestión de platos agradables con otro plato de carne humana; acaso miraban como especie nueva de licor, coñac ó chartreuse, la deliciosa murmuración que dejaba la honra de una dama por los suelos y emporcaba su hogar y el de sus hijos. ¡Uf! ¡que asco!... El alma toda se sublevaba, ardiente. Bien comprendía que dentro de la miseria humana, muchos, para ocultar una ó más faltas de su vida, arrojaban calumnias, entre puñados de estiércol, á la cabeza de seres inocentes. Sentíanse con esto, los villanos, purificados de sus lepras, ó acaso ennoblecidos. Y todo quedaba impune, —ya que nadie podría conducir al infamador ante la justicia social, sin provocar mayores escándalos aún. Veía la puñalada cobarde dada por la espalda á quienes jamás podrían defenderse, entre humareda de cigarros puros ó detrás del abanico de la rival ansiosa de venganza. Honda pena la invadía, y sin poderlo remediar,

sintió que las lágrimas resbalaban de sus ojos, en silencioso río. Maquinalmente había reclinado su cabeza sobre el brazo de la silla, hundiendo sus largos dedos entre los cabellos. El espejo de cuerpo entero, ese mismo espejo que tantas veces había reflejado su elegancia triunfal, cuando la modista le daba la última mano antes del baile; ese espejo la veía ahora miserable, vencida, aplastada por el peso de faltas que no había cometido. Creíase desprestigiada, en boca de las gentes que comentaban sus menores gestos, que veían culpas y manifestaciones, allí donde sólo había sencillez, de inocencia.

Sentíase vencida; honda desesperación avasallaba su alma, y en aquel instante ni siquiera se hubiera atrevido á presentarse en público, de tal manera la acusación, por injusta que sea, nos aplasta. Veía, por decirlo así, puestos en ella los ojos, con curiosidad malsana; parecíale que miradas recibidas al pasar, y que jamás tomara en cuenta, traían ahora, con sólo evocarlas, ofensas verdaderas. En tiempos pasados había visto que muchachos colocados cerca de ella, en carreras ó paseos públicos, al hablar entre sí, usaban expresiones infamantes respecto de señoras que pasaban, cubriéndolas de lodo, y luego las consideraban con escarnio. Acaso con ella habría sucedido lo mismo. Y con sólo semejante idea, ya deseaba que la tierra la tragase. Parecíale que sólo ahora venía á comprender lo hondo de la perversidad humana, la revoltura de pasiones bajas y vergonzosas que mueven á la mayoría de la gente. ¡Ah! qué sabias eran las mujeres que en vez de casarse habían escogido el camino del claustro, lejos del mundo y de vanidades, intrigas y pobrezas morales. Tenía razón el gran poeta inglés cuando por boca de Hamlet, príncipe de Dinamarca, decía á Ofelia: «Haste monja... éntrate á un convento...»

Sí, no cabía más que alejarse del mundo y de sus miserias. Daba grima pensar que cuando ella pasaba, elegantísima y envidiada de todas, más de una mujer se diría que era feliz, y desearía su suerte, sin pararse á pensar que mientras más alta se encuentra colocada una mujer, mayores motivos de pesar y de tristeza tiene.

De súbito le entró gran deseo de conocer cuanto se decía de ella, por doloroso que fuera el saberlo; mejor sería beber hasta las heces el cáliz de acíbar. La duda, la incertidumbre, la amedrentaban, pues Elisa pertenecía á esa clase de mujeres valientes que saben mirar la vida cara á cara. Todo en su alma era sinceridad y franqueza. Alzando el rostro que las lágrimas empañaban todavía, dijo á su madre con voz firme:

—«Mamá, quiero saberlo todo... cuanto se dice de mí».

Doña Magdalena la miró perpleja, vacilante, pues en vano trataba de penetrar en el alma de su hija. ¿Qué significaban esas lágrimas? ¿Eran acaso muestras de arrepentimiento y prueba de faltas cometidas? ¿Eran lágrimas de vergüenza ó lágrimas de cólera? Dentro de ánimo ya prevenido todo se trueca en prueba palmaria; lo que antes nada hubiera significado, ya es indicio de culpabilidad. Cosillas baladíes sencillas miradas, llamados á través de las ventanillas del coche, hechos á Mario al pasar, invitaciones corrientes, inocentes sonrisas, conversaciones en calles, paseos, en que él la acompañara, su nombre en boca de la joven: todo se convertía para la madre en indicio de culpabilidad, que sin embargo no quería creer. Mas, á pesar suyo, una idea sorda la invadía, y comenzaba á dudar. ¿Por qué lloraba Elisa si no era culpable?... ¿Por qué?... Mas con todo el instinto ma-

terno predominó en ella, sintió en sus propias entrañas el sufrimiento de su hija; fué algo rápido y súbito que la hirió con fuerza de rayo. Ahora necesitaba hablar, vaciar su alma y verla justificarse, sentirla pura, santa, noble, como cuando hacía su primera comunión, toda vestida de blanco, en la mano un cirio encintado y una corona de azahares en la cabeza, de vestido largo por primera vez, con el traje que convierte á las niñas en novias de Jesús Nazareno,—blancos lirios de inocencia virginal empañados mas tarde por el mundo. Honda pena la invadía, junto con la necesidad de hablar cuanto sabía.

—«Pues... ayer vinieron de visita á casa, dos ó tres señoras, y trataron de ti... «Parece que la Elisita está muy amiga de Mario Sandoval...» Quien así hablaba era Mariana Velarde, una de las directoras de la Sociedad del Perpetuo Socorro, en la cual figuran muchas señoras respetables. En días pasado estuvo en casa Galter, también vino Carmela Portal. Recuerdo que Galter, afirmándose el monóculo en el ojo, exclamó con la ligereza de tono peculiar en él, como quien no quiere la cosa: «Ayer vi á Elisa... está muy aficionada a la Alameda... es bonito paseo... varias veces por la tarde la he divisado en compañía de Mario Sandoval;... están íntimos, según parece». Y más tarde, Carmela, en compañía de Sanders, que le había prometido buscarle una pareja de Hackneys, se acercó al grupo y también dijo sencillamente: «Hoy estuve con Elisa, Magdalena; nos encontramos en casa de Dorotea, en donde ensayaba unas escenas de *Fedora* en compañía de Mario Sandoval. No tendrán motivos para quejarse los que toman parte en el concierto... A las muchachas se les ha presentado magnífica ocasión de *pololeo*. Aquella casa era nido de *flirt*;... to-

das las chiquillas metidas en los rincones, por aquello de cada oveja con su pareja...»

«Se toca música para disimular el *pololeo*; con orquesta es infinitamente más agradable». Y no creas que aquí ha parado todo eso... Hoy, á medio día, fué á casa Manuelita Vidal Ondarsa—esa solterona que, como tú bien sabes, es íntima amiga de mi hermana Micaela. Iba de mantón, de paso para la iglesia de la Merced, á confesarse;... es buena mujer, muy cumplidora con la Iglesia, de boca santa... una de esas que jamás dicen cosa que no sea verdadera. Con la mejor intención, pues, hablando con tu tía Micaela, le dijo que traía el alma atravesada con las cosas que decían de tí;... acababa de tener una discusión bastante violenta en casa de... no quiso dar el nombre porque no le agradan los chismes... es tan buena... Sostenían en esa casa que tú andabas en grandes amores con Mario Sandoval... que no salía de tu casa... que se veían todos los días en la Alameda, unas veces, en el Cerro, otras... que en el Teatro siempre visitaba tu palco... que si tú salías antes de concluída la función, en el acto él abandonaba la sala... Y por último... que tenían pruebas claras, patentes, irrecusables de tus amores...»

—«¡Pruebas! exclamó Elisa aterrada; pero es una infame calumnia... es atroz... si no caben pruebas de lo que nunca ha sucedido...»

—«Así será, pero la Manuelita afirmó que delante de ella había dicho una de las señoras aquellas, que en tu propia casa te habían visto conversar animadamente con Mario Sandoval, en un rincón solitario del conservatorio y que de repente, tú habías cogido del brazo á Mario y te habías aferrado á él, presa de la más viva agitación nerviosa... era la actitud de dos amantes... No cabía la menor duda...»

Elisa recordó, entonces, que en realidad una vez hablando con Mario el joven le había dicho que necesitaba decirle cosas reservadas y se habían encaminado al conservatorio: era cierto que allí habían conversado, y recordaba además que precisamente en aquel instante Mario le había contado que sabía de origen casi oficial cómo pensaban tomar presos á muchos de los miembros del Congreso, entre otros á su marido y á caballeros de respeto, á su padre. Le daba la noticia para que se las trasmitiera inmediatamente, exigiéndoles palabra de absoluta reserva; y luego el hecho se había confirmado. El Presidente Balmaceda había pensado dar golpe de Estado, cerrando por fuerza el Congreso y tomando á los Diputados de mayoría, en los días que precedieron á la organización del Ministerio Prats. ¿Por qué exigía Sandoval que no pronunciara su nombre? Ahora recordaba que Mario había tenido historias con la mujer de uno de los personajes influyentes del partido de Gobierno;... de ella debió recibir la noticia y no quería comprometerla... Pues bien, de tal conversación deducían sus amores... Y mirando fijamente al pasado, recordó también Elisa que era cierto mucho de eso;... en un movimiento nervioso ella había cogido del brazo á Mario, sí, lo recordaba ahora perfectamente... ¿Era esa la prueba de sus amores con un calavera conocido?... ¡Ah! ¡qué infamia!... así lo repitió en voz alta una y otra vez.

—«¡Ah! mamá... ¡qué infamia!... ¡qué infamia!... si es inconcebible que sea tan mala la gente... ¡Dios mío!»

Sintió deseos apremiantes de justificarse, de probar que todo aquello no pasaba de mera calumnia. Pero ¿cómo hacerlo?

Prueba negativa era imposible. En cambio era perfectamente cierto que había conversado con Sandoval

en la ocasión indicada y también que ella le había cogido del brazo...

Luego, con esa inmensa fuerza de sinceridad que constituía el fondo de su alma, Elisa refirió á su madre cuanto había pasado, entre lágrimas y sollozos. Era cierto que le había cogido el brazo, pero fué movimiento maquinal y nervioso... en la ocasión en que precisamente había salido de noche y le había dado tan grande susto presentándose cerca de las doce á su casa, para prevenir á su padre el peligro que le amenazaba. Para más seña, recordaba haberse negado á dar el origen de la noticia, por haberlo así prometido;—más ahora no vacilaría en faltar á su promesa si se trataba de salvar su honra.

—«Y si ahora faltas á un juramento... ¿cómo quieres que vaya á creer en tu palabra?» contestó su madre con lógica implacable y cruel. No bien lo hubo dicho cuando ya se arrepintió, al ver el efecto que producía en su hija. Era que había pensado en voz alta, en el amargo desarrollo de su pensamiento, de dudas en lo íntimo de su sér. Habría querido ver á su hi a inocente, justificada ante sus ojos de manera indiscutible, y ahora crecían las dudas en su espíritu con mayor fuerza. Era que el veneno de la maledicencia había penetrado en ella inficionándola á pesar suyo, y obraba como esos microbios que suelen contaminar el organismo y lo invaden por millares de millones en segundos, perceptibles al microscopio. Las insinuaciones malévolas, que por tantos conductos llegaban, habían logrado infundirle duda y, á pesar de sus esfuerzos, dudaba siempre.

—«¡Dios mío!... ¡qué hacer!» se decía Elisa desesperada. Palpaba su deshonra, lloraba lágrimas de sangre, y con todo sentíase inocente. Si hubiera sido culpable, acaso estaría tranquila, como los soldados

que duermen junto á los cañones, acostumbrados á peligros de la vida de campaña.

Doña Magdalena tuvo lástima.

—«Desde luego me parece que no debes acercarte más á ese señor... ni recibirle...»

—«Mamá, pero si no puedo... no faltaría quien murmurara si le dijese que mi puerta le quedaba cerrada. Se hablaría de ruptura, y de que Javier le había alejado por haberse descubierto *nuestros amores*... hablarían todavía más, nos morderían más...»

—«A lo menos deberías escribir una carta á Carmela Portal diciéndole que á tu familia no le agrada que representes en el teatro, dramas de amor... que no lo consideran correcto y que por lo tanto pides que te reemplacen por otra persona...»

—«¿Y no diría Carmela que yo también la abandonaba, precisamente ahora que acaba de excusarse Julita Valdés porque en el concierto toma parte un joven que no le gusta?... Unas se excusan, otras no asisten, ó se enferman... No sabes lo terrible que es organizar conciertos de ese género... Hay que haberse metido alguna vez en tales andanzas... Francamente, no me atrevo á negarme ahora, después de tanto tiempo trascurrido...»

—«La verdad, á lo que veo—exclamó doña Magdalena con voz cortante—es que tú no quieres romper con ese señor».

—«¡Ah! mamacita... tú también...» exclamó Elisa desesperada. Maquinalmente le daba el tratamiento de antaño, el de cuando era niña... «mamacita»... «¿Y tú también?» La voz salía desesperada.

Luego, con gesto de resolución, poniéndose de pie, se encaminó al escritorio de marquetería con bronces que ostentaba en la parte superior, monitos de Sajonia y floreros de plata con orquídeas,—miserable de-

mostración de lujo que todavía la amargaba en aquellos propios intantes,—y levantó la cubierta. Sacó un pliego de papel-marfil y escribió rápidamente á Carmela lo que su madre quería. Sus sollozos interrumpían la carta y lágrimas caían manchándola á trechos; mas seguía resuelta á concluir de una vez con aquello.

En ese instante se abrió la puerta y entró á la pieza Javier Aldana. Mucho tiempo hacía que no ponía los pies en ella, acaso meses. Ahora resonaba su paso resuelto sobre el piso. Estaba intensamente pálido, visiblemente emocionado, como jamás le viese hasta entonces doña Magdalena. Elisa se volvió con el rostro inundado de lágrimas todavía. Ambas quedaron demudadas, aún cuando en distinta forma. En el rostro de doña Magdalena se pintaba el estupor, en los ojos desmedidamente abiertos, en la involuntaria dilatación de la pupila, en el estremecimiento convulsivo de la mano izquierda;—luego se llevó ambas manos al pecho sintiendo que se ahogaba, llena de terror. En Elisa fué movimiento de angustia indecible, y luego la súbita resignación de quien espera lo que sobrevenga, sin fuerzas para luchar, vencida de antemano. Hay momentos en la vida en que una persona, aún siendo inocente, pueden sentirse culpable: por eso es que ciertos reos llegan hasta confesar ante el juez que han cometido crímenes de los cuales eran inocentes, de tal suerte se hallan confundidos y anonadados. Elisa estaba en uno de esos instantes.

—«Lo he oído todo... aunque involuntariamente... estaba en la otra pieza con la niña—dijo Aldana—lo sé *todo*».

Una y otra, madre é hija, estaban desatentadas, no se atrevían siquiera á mirarse, tan grande era su emoción en aquel punto.

—«¿Y usted que piensa?» tuvo la fuerza de pregun-

tar doña Magdalena, con ánimo del cual no se hubiera creído capaz momentos antes.

Javier no respondió. Únicamente se limitó á coger de manos de Elisa la carta que dirigía en esos momentos á Carmela Portal, y, sin leerla, la rompió en mil pedazos con movimiento lento, pausado, sin brusquedades, cortesmente.

—«Elisa tiene razón, señora,—la dijo;—no debe mandar semejante carta. No es posible que una representación de caridad, fiesta dirigida por una de nuestras amigas, vaya á fracasar quedando ella en ridículo, por culpa de mi mujer;... se lo han pedido sus compañeras de la Sociedad de la Infancia, de la cual es directora, y las señoras del Perpetuo Socorro... á mí, don Jacinto Portal... Está interesado en esto don Mariano, el Arzobispo;... no es posible. Creo que debemos hablar claro. No veo motivo para las alarmas de la señora Magdalena. Si esto no me toma á mí de nuevo;... ustedes no deben suponerme necio de los que ignoran cuanto pasa en torno suyo;... bien sé que el joven Sandoval... mi amigo Mario, es íntimo de Elisa... acaso la corteja... que los han visto juntos en el paseo de la Alameda, por las tardes, y algunas veces en las mañanas... que también suele juntarse con ella en el Cerro ó en el Parque cuando va en coche con Lisita... Sé perfectamente que se ven casi todos los días para los ensayos de la famosa pieza... que se junta con ella en las tiendas... que visita nuestro palco... Ayer estuvieron en casa de Dorotea Escalante... y Sandoval la acompañó, de vuelta por la calle, hasta la entrada de la Avenida España. La escena del conservatorio fué perfectamente exacta...»

Elisa escuchaba esto acurrucada sobre la *chaise-longue,* llorando en silencio, con ligeros grititos como de niño, que interrumpían la súbita é inesperada

calma de esa hora casi trágica, pues Javier proseguía hablando con voz pausada, sin levantar el tono. La anciana señora miraba el techo invocando fervorosamente á la Virgen con una plegaria mental fervorosa y muda. Que la Virgen Santísima protegiera á su hija en esa hora solemne, fuese ó no culpable...

—«Señora añadió Aldana con voz levemente temblorosa, que dominaba por esfuerzo de voluntad varonil. Calme usted sus nervios. Yo sabía todo eso... y más aún que no le han contado á usted y que no tengo para qué repetir ahora... tranquilícese... póngase por encima de tales miserias y de semejantes infamias... yo, que soy el interesado, que tengo bastante experiencia de la vida, como usted bien lo sabe... yo, el marido... con legítimos derechos... la conozco, es mujer honrada, incapaz de mentir... que nunca ha mentido. Y si ella lo afirma así, es porque nada hay que pueda ser dudoso ú oscuro... Crea en ella, señora, es mujer que siempre ha dicho la verdad».

—«Gracias—murmuró Elisa con voz entrecortada, —gracias, tienes el corazón más noble que yo haya conocido... Cuando todos han dudado de mí, hasta mi propia madre... tú has creído con fe ciega, has adivinado la verdad. Eso no podré olvidarlo nunca... gracias...»

Javier la cogió en sus brazos efusivamente, como si se hubiera roto de golpe el hielo que los separaba:—también era espontáneo y de impulsos generosos.

—«Gracias, Javier... te perdono eso que *tú sabes*...».

Tal fué la primera revelación que tuvo misiá Magdalena del sufrimiento de su hija, años después del matrimonio.

—«Me parece que la niña está llorando...», expresó Javier, para disimular su emoción y fué á la otra estancia con paso precipitado.

Era que dentro de su alma nacía, inesperadamente, una situación compleja. Se revolvían sentimientos encontrados: la felicidad indecible del minuto fugaz, todo de amor santo; la tortura de algo que le quemaba dentro ¿por qué no decirlo? y que ocultaba en ondas de compasión humana... La calumnia siempre deja algo... una huella tras de sí... Además sentía en ese instante lo irreparable de la vida.

No supo tomarla como debiera, dada su cabeza de chorlito, capaz de cuanta locura fuera dable imaginar en este mundo. Bueno á las derechas, en lo íntimo, era además débil, por desgracia, de lo cual resultaba el perpetuo descompaginamiento de su vida toda. Amigos y malas compañías le traían y llevaban como en volandas. Deseoso de divertirse, veíase alejado de su mujer, poco á poco y lentamente, por ley de mutua incomprensión que fatalmente les movía lejos uno de otro, á cada instante más, como dos náufragos arrojados al mar con salvavidas. ¡Ah! en ese momento pudieron acercarse, en beso casto, en amor santo y generoso de esos que realizan los ideales de la vida cuando llegan á unirse dos almas en matrimonio perfecto, en comunión de fibras materiales y de sentimientos morales, ante la sociedad, con frente alta. Elisa, en aquel momento, ansiaba tener junto á sí un corazón en que afirmarse; quería ser de su marido, arraigar en él aquella masa oscura é informe de sentimientos que comenzaban á formar el torbellino que á los seres humanos suele sacudir á pesar suyo. Su corazón desbordó felicidad en el momento aquel en que vió á Javier á su lado, amparándola, como debe amparar el hombre á su compañera; sosteniéndola á la faz del mundo en contra de la calumnia que tan cruelmente la afrentaba. Le sentía hombre, en toda la hermosa y varonil acepción de la palabra; fuerte

para el bien, comprendiéndola digna de un cariño santo y diciendo á todos en voz alta: «Esa mujer es mía, y su alma es digna de vuestra veneración, de vuestro respeto profundo que yo exijo, que yo impongo...»

Así le quería ella, fuerte y franco, generoso y confiado. Esa confianza, en tal momento, restablecía lo que hasta ese instante les faltara; les acercaba, les unía, con algo más suave y más santo que un beso, en lazo fecundo, con sentimientos que tuvieran el calor del nido. El alma de la joven se adelantaba hacia él, quería unirse con él, se entregaba en delicioso abandono de nobilísima gratitud. ¿Por qué salió Javier de la sala en aquel instante en que acaso sus labios se buscaban en inesperado renacimiento de cariño? ¿Por qué trataba de ocultar su santa emoción como si fuera debilidad y flaqueza? Era que comenzaba á sacudir su alma una crisis de angustia, de mortal descorazonamiento; sentía que era ya tarde para volver a rehacer el nido, ya ocupado por otros amores. El torrente de la vida le había conducido muy lejos de las playas de donde le llamaban con pañuelos blancos. De fiesta en fiesta, de algazara en algazara, de mujer en mujer, recorriendo la escala social, había llegado hasta una de las que no tan fácilmente se apartan los hombres, á mujer que le había cogido en brazos con cadenas más firmes que si fuesen de acero, con lazo fuerte que su voluntad no podía romper y que comenzaba á pesarle. Otros amores le habían agarrado en su engranaje, y le llevaban, le dominaban, disolviendo las fibras más resistentes de su ser en cadenas de voluptuosidad no conocida hasta entonces; dominaban su carne, le vencían. Y era torturante para él la voz que le llamaba con tanta dulzura, con tanto cariño, con tal

agradecimiento, con voces de santidad; y no poder acudir al reclamo de su propio hogar, junto á la camita de su hija. Una voz de inquietud le impedía volver á su alcoba, pronunciar de nuevo un juramento al cual habría de faltar en seguida, engañar nuevamente á esa noble y santa mujer que sufría ya las calumnias despiadadas del mundo, y que había sufrido ya tanto por su culpa.

—«¿Qué vale más en la vida?—se preguntaba ansiosamente Javier—¿qué vale más? ¿Engañar á una mujer que sufre, hacerla creer en una felicidad que no existe, abrirle horizontes y abusar de su confianza para que en el instante menos pensado todo se venga al suelo en la frágil máquina de mentira? ¿Vivir en el engaño constante, en mentira perpetua, en situación vidriosa, como tantos otros que se desprecian á sí mismos y con esto sufren; ó romper con... la otra? Pero hay cosas que no puede hacer un caballero. Cuando una mujer ha entregado con su vida su honra, cerrando los ojos, dándose á la carta de un amor que encontrara en su camino, es imposible arrojarla como trapo sucio. Además, aún cuando lo quisiera, acaso no le hubiera sido posible, pues la garra, la tremenda *garra* de que hablaba el dramaturgo francés, le tenía cogido en sus tenazas, sin soltarle, sin permitirle moverse, encadenado con anillos de acero por pasiones y por apetitos insaciados. Desde que semejantes relaciones se habían establecido entre ellos; cuando hubo conocido, en sus brazos, la embriaguez suprema del amor, como nunca antes lo hubiera sospechado, ya quedó convertido en prisionero suyo. En noches de insomnio, á veces, en vísperas de una cita—de una de aquellas reuniones solitarias ocultas á los ojos del mundo—la imagen de aquella mujer se le presentaba candente, haciéndole recordar gestos, caricias, sabor

de sus besos, refinamiento sutil en que sabía envolverle con agilidad nerviosa, hasta parecer por momentos que le haría morir en caricias que le causaban sozobras de infinito goce. Cerrando los ojos, veíala en su palco del teatro, reclinada, con la frialdad indiferente de una insensible, como trozo de mármol, con algo de estatua en sus actitudes y en su aspecto frío, alargando la mano á los visitantes del palco inclinados ante ella respetuosamente como si fuera diosa ó ser de naturaleza superior. A veces solía salir en el mismo carruaje en compañía de Elisa y ambas pasaban por el «Centro» elegantísimas, admiradas, sin que nadie acertara siquiera á concebir que semejante mujer fuese suya. Había en tal secreto fuente inagotable de placer para ambos y de orgullo para él. Más de una vez se inclinó también respetuosamente en público, saludando á la misma mujer que la víspera había tenido entre sus brazos, en aquella casita aislada y lejana, entre matas de rosas y bambúes, con ventana que daba á un patio cubierto de enredaderas, en donde más de una vez sintieron cantar los pájaros en mañanitas deliciosas. Y se presentaron á sus ojos, con encanto de ebriedad, las mañanas en que corría en coche, desalado, al otro lado del río, por calle de tapias blancas, muy largas, de quintas, á las cuales no llegaban rumores de ciudad. Ella iba siempre de manto, como si fuera al templo—y semejante forma de religiosidad aparente era para él una manera nueva de amar que le recordaba á don Juan Tenorio cuando seducía monjas, envolviendo el pecado en velos de santidad. Era ese refinamiento de vicio que les sirviera más de una vez de tema de regocijadas bromas. Esa mujer le retenía, sin soltarle, por lazos que le hubiera sido imposible cortar, así, de golpe. Era la tremenda *garra*.

Y en ese instante de suprema emoción en que rozó la dicha, la felicidad completa dentro de su propio hogar, cerca de Elisa que había amado tanto y que había sido la primera ilusión de su vida, hubiera querido reaccionar, entregarse por completo á ella, en cuerpo y alma, acercarse estremecido y decirle: «Tú eres la paz, déjame vivir contigo, déjate llevar en brazos... mira al fondo de mi alma;... á pesar de mis infidelidades yo te quiero... acaso seas la única mujer que haya podido amar... Soy, dentro de mi alma, una perpetua contradicción—en la vida nada es lógico;—te quiero y sin embargo te soy infiel, y frenéticamente infiel... y sufro con serlo».

Sentía Javier Aldana en ese instante que su mujer jamás había dejado de ocupar en su alma, allá en lo íntimo, el lugar de honor, el del relicario de los santos amores; sentía que todo lo demás era soplo de viento pasajero;—y Elisa, la mujer á la cual se vuelve siempre. Con todo, deseando volver á ella, sentía al mismo tiempo la absoluta imposibilidad de hacerlo. Su castigo, su maldición consistía precisamente en que deseando salir fuera de la situación que le retenía prisionero, le era imposible, y tendría que volver á los brazos que le aguardaban, y que vivir entregado á la mujer de la carne, sintiendo acaso que el alma se encontraba ausente. Y como es ley moral que el sentimiento más alto sea siempre el que sirva de guia y de luz á nuestro ser, aún en los propios momentos en que lo desamparamos, experimentaba Javier la pena aguda de que su alma divisara la Tierra Prometida, sin que le fuera posible penetrar en ella.

—«¿Qué tienes, papacito, que tienes? interrogaba ansiosa la niñita. Yo creía que los hombres no lloraban, y sin embargo... tú... á ti te veo llorando... ¿Qué tienes, papacito?»

La voz inocente ahondaba la herida de su alma, negándole hasta el derecho de explicar en ese instante por qué, en lo hondo, había una llaga que manaba sangre,—algo que jamás diría á nadie, que ni siquiera tendría el derecho de mencionar en el mundo:—herida secreta. Es lo propio y lo más triste de los amores prohibidos que nunca, nunca el hombre tiene el derecho de quejarse, ni cuando siente el hastío, ni cuando le traicionan, ni cuando le abandonan. El santo, el dulce placer de las lágrimas, del dolor compartido y disminuído, la dicha de sentir un poco de simpatía humana vertida como bálsamo de nuestras heridas, estremecidas aún y candentes—esa única especie de consuelo está vedada en esos casos—y á veces la pobre mujer abandonada tiene que hundir la cabeza entre las sábanas para que el esposo no vea, ni siquiera sospeche las lágrimas que corren duramente, cruelmente, de sus mejillas, empapando la almohada en la cual tendrá acaso que sufrir el suplicio de otros besos. Y fué tan honda la sensación experimentada por Javier en ese instante, que ni siquiera se atrevió á besar á su niñita que acababa de rezar las oraciones de la tarde y se preparaba para el sueño.

———

CAPÍTULO XII

El capitán Araneda no las tenía todas consigo, de puro atribulado que andaba con el mal suceso de sus amores. Es verdad que la muchacha le quería, pero no por eso dejaba de ser cierto que su futuro suegro le había declarado guerra á muerte, desde la historia aquella de la comida de Ampuero. La tal comida, en la cual se prometiera pasar tan buenos ratos, se le había indigestado de manera feroz al bueno de don Anfión Escanilla; no quería verse con el energúmeno que pretendía á su hija. «Nada con dictatoriales», decía como única contestación á las súplicas de su mujer para que perdonase: «El tal mozalbete, insolente y deslenguado, ha dado la medida de estrechez de su criterio, defendiendo á los de «La banda de Catilina», y no contento con esto, le había ofendido á él personal y gratuitamente. Lo peor era que el tal mozalbete procedía así, no movido de ideas nobles, sino con esperanzas de alcanzar con semejante bajeza algún ascenso militar, agregaba. Procedía don Anfión en tal forma á impulsos de pasión propia de los que se mezclan en política activa y que nunca reconocen á sus adversarios móviles que no sean pequeños, cerrando voluntariamente los ojos á la realidad para reforzar su causa; cercándose á sí mismos de aureola de únicos

poseedores del patriotismo y de justicia, con monopolio de virtud y de nobleza de sentimientos. No reconocía, no quería reconocer al militar derecho de seguir otra causa que la que él seguía;—era manía absorbente, espíritu de imposición que otros habían ejercido sobre él y que ahora él, á su turno, trataba de imponer á los que juzgaba sometidos á su dominio. ¿Y qué mayor aspiración cabía que la de pretender una hija suya? La actitud del militar fué violenta en demasía, pero luego, su explicación, dada en forma sumisa, debió tranquilizarle. Mas no fué así. Persistía don Anfión en sus trece, y llegó hasta vedar la puerta de su casa al pretendiente. Amonestó á su mujer en forma rigurosa, para que no permitiera que Rosita se juntara más con Araneda, dándolo todo por concluído.

La muchacha lloró, poniendo el grito en el cielo, como era natural, y la madre la acompañó en su empresa de resistencia, trasformando la casa en verdadero infierno. Rosita dijo que moriría si su padre no llamaba al capitán con todos los honores de la guerra; el apoyo materno le daba alas. Las comidas ya no eran comidas á fuerza de disgustos, en la casa, antes tan tranquila. En vano su esposa le dijo una i otra vez á Escanilla que no debían pararse á discutir cuestiones de mera fórmula, sin importancia real, particularmente después de las explicaciones ya dadas. Tratábase de mozo que era buen partido para la niña, con reales, carrera en buena forma y con expectativas. Aquello de que fuera tan partidario del Gobierno no le disgustaba á la buena señora. «Así le ascenderán más pronto, —se decía á sí misma—teniendo buenas cuñas en el poder, entre los Ministros y sus amigos. No está mal pensado esto de que sea partidario del Presidente el capitán Araneda; de tal manera, si la Oposición

triunfa, Escanilla hará que lo asciendan, y si triunfa Balmaceda, el hombre subirá por sus «cabales». No se atrevía á decirlo á su marido, pero en el fondo lo pensaba; de aquí las frecuentes é interminables discusiones en que no siempre salía bien parado el caballero, pues las mujeres concluyen con gritos y lágrimas, á las cuales contestaba disparando la servilleta con gesto indignado, sobre la mesa.

La oposición que á sus amores se hacía, como todas las oposiciones de este género, en vez de apagar, avivaba el entusiasmo de la muchacha, que si en un principio quería al capitán como marido á falta de otro, desde que le veía proscrito, ya sólo pensaba en casarse, jurándole en cartas, que una sirviente de confianza le llevaba, amor eterno.

Los Domingos asistía puntualmente á misa el capitán á pesar de que hasta ese día no frecuentara mucho las iglesias; pero la desgracia le había vuelto sumiso á los mandatos de su amada. Antes se las daba de librepensador á su manera, llegando hasta el punto de imitar á Ortiz, que allá en sus mocedades jamás decía la calle de San Diego, sino la de Diego... Era partidario decidido de la libertad, siempre que todos pensaran como él, y tenía un tío bombero en Chillán de tal manera liberal, que durante una procesión sacó su bomba á ejercicio, con el exclusivo objeto de disparar el pistón contra las andas. Ahora, aprovechando que el tío se hallara lejos, asistía á misa y se colocaba en la iglesia de manera que ella le viese, dándose frecuentes golpes de pecho y persignándose, viniera ó no al caso, con suma frecuencia;—era esta forma en que él entendía probar la sinceridad de su afecto á la única mujer que le había tocado la cuerda sensible del corazón de veterano. A la salida, veía pasar á don Anfión que ni siquiera le saludaba y á Rosa,

que le dirigía miradas ardientes. En una novela por entregas que había leído á hurtadillas de sus padres, aparecía una dama—que juzgaba semejante á ella — una Amanda enamorada de Mortimer, i vencía los obstáculos á fuerza de constancia. Sólo que Amanda llegaba hasta fugarse de la casa paterna, á trueque de casarse con su amado. Sí, Araneda era una especie de Mortimer,—había peleado en la campaña del Pacífico:—noble, capaz de sacrificar á sus convicciones una situación fácil y holgada, generoso... La sirvienta á quien el galán pasaba billetes de á cinco pesos para que le llevara y le trajera cartas, aseguraba que jamás había conocido persona más abierta que el capitán. Hasta su aspecto físico, su cuerpo alto y robusto, de fuerte musculatura, le daba trazas de matón que Rosita admiraba en lo secreto de su alma.

Las cartas iban y venían de un lado á otro. Araneda tenía un asistente que era una verdadera joya, y no le abandonaba desde la última campaña de la Sierra. Para valerse en trance desesperado no había otro como él. Más de una vez, en aldeas perdidas de la montaña, en aquella campaña de la Oroya, cuando el hambre apretaba y nadie tenía pan, después de marchas de muchísimas leguas sin descanso, Frutos Apablaza solía presentarse con alguna gallina descubierta en el paraje en que sus dueños la hubieran escondido creyéndola misteriosamente oculta. Olía los cancos de Pisco á cuatro leguas á la redonda. Durante aquella hora inolvidable de la campaña de Moquegua, en que el general Baquedano mandaba romper la vasija de una inmensa bodega para que los soldados no se embriagasen en aquellos lugares peligrosísimos, tostados por sol africano, en pleno desierto, Apablaza se había pegado una «mona» ó borrachera feroz, á la araucana, echándose de bruces

en el suelo para coger en los labios el perfume celeste. En castigo había recibido cincuenta palos, bien administrados, por aquel régimen militar de hierro. Si el entonces alférez Araneda necesitaba dinero, en alguna aflicción ó apuro extraordinario, Apablaza sabía procurárselo, eso sí que no había que preguntarle de dónde diablos lo sacaba, pues era mejor ignorarlo. Servía para todo, era verdaderamente milagroso.

Durante los primeros días que siguieron á su lastimosa aventura, el desgraciado capitán estuvo alicaído, preso de la pena más honda que darse pueda. No dejó de notarlo el asistente, que idolatraba á su jefe. Ambos compartían las penurias de la vida de cuartel y gozaban las grandezas de los buenos tiempos, de tal manera, que sin necesidad de palabras se entendían. Viéndole cabizbajo y pensativo, el fiel asistente exclamaba: «Malo... malo... llaman las monjas al diablo...» Frase favorita de su capitán Araneda, que ahora ni siquiera tenía fuerzas para pronunciar, y meneaba la cabeza como diciendo: «Ya entiendo yo de qué se trata... cosa de faldas debe de ser. No será la primera pava que pele mi capitán...» Luego, en la cuadra, oyó á otros asistentes que charlando entre sí referían la historia de la comida en casa de la señora Ampuero, y la gran pelotera que Araneda había armado con su suegro futuro. «Ya lo maliciaba yo...—decía para sí Apablaza:—en tratándose de mujeres no hay quien pegue con mi capitán... es bien *alentao*... es capaz hasta de agarrarse á puñada limpia con el suegro».

Y, al hallarle malhumorado y triste, echado todo el día en cama, sitio favorito de sus horas de pesadumbre ó de ensueño; cuando le vió caído y mustio, sintió dentro de sí afecto fraternal. Hasta se atrevió á cuadrarse con su jefe, ofreciéndole concurso activo. Ocho días más tarde, Apablaza, vestido con terno

viejo de paisano que le había regalado su patrón y que reservaba para cuando no quería comprometer el uniforme, se presentaba por la calle de la Recoleta, rondando la casa de Escanilla. No tardó mucho en quedar enredado con la sirvienta de la casa. Había hecho con ella toda clase de fechorías, después de haberle dado palabra de matrimonio, pues se corría en el cuerpo que el soldado Apablaza tenía tres ó cuatro mujeres en distintos parajes, en donde había estado de guarnición, todas ellas con bendición religiosa ante el cura y algunas consignadas en el registro Civil;—esa, desgraciadamente, había sido la causa de que no llegara á *primero*, como de otra suerte infaliblemente hubiera sucedido. Agregar otra mujer más á su repertorio, ya bastante abundante, no le importaba gran cosa, sobre todo en servicio de su capitán á quien tenía en tanta «estima». A la semana ya era dueño de casa donde Escanilla y el capitán se encontraba metido por medio de su agente en el riñon de la plaza enemiga. Así comenzaron las cartas á circular, cada vez más ardientes y decididas, mientras mayor era la oposición del caballero. Al principio, solían verse en casa de la niña Ampuero; mas no tardó en saberlo don Anfión, quien pidió encarecidamente á su amigo no consintiera que Araneda la siguiera visitando. Así lo expresó éste al capitán, manifestándole que la amistad tan antigua que con el padre de Rosa le unía, le obligaba á cortar por lo sano. Por eso andaba el capitán mustio y cabizbajo aquel día. Jamás se creyera capaz de amor tan acendrado. Ya no concebía la existencia sin su amada, y hallaba naturales y corrientes las historias referidas por gacetillas de periódicos respecto á suicidios de amantes que se arrojaban juntos á un estero ó que se asfixiaban con braseros de carbón, para vencer contrariedades de la

suerte. Era su vida continuo suspirar por visiones que había apenas entrevisto, sin que lograran realizarse. Y Rosa, en su imaginación, se embellecía con encantos ideales de algo nunca visto; cerraba los ojos, y aparecían ante ellos formas mórbidas, brazos redondos y firmes, la curva de sus caderas, el color sonrosado de su cutis, los ojos negros y brillantes, la sonrisa sana y apetitosa de naturaleza fuerte, conjunto incitante que á él le parecía único y que nò podía apartar de su deseo.

—«Mi capitán, le dijo Apablaza, cuadrándose militarmente, traigo buenas noticias *pá su mercé*... *hei* descubierto que á los pies de la casa de las señoritas Ampuero, en la tapia que termina la huerta, comienza la posesión de la Deidamia Quintero, lavandera que lava en el cuerpo y que tiene un hijo de asistente del teniente Arratia...»

Araneda dió un salto de la cama al suelo.

—«Desde hoy en adelante le mandas lavar mi ropa á esa mujer... ¿Entiendes, animal?»

—«Ya lo *hei* hecho, mi capitán», exclamó el asistente con cara socarrona. Eso sí que ha *pedio* un poquito caro... pero yo la entregué, no más, porque la ocasión la pintan calva».

El muy bellaco se había entendido con la lavandera, dejándose buena sisa á guisa de comisión, en el precio del lavado. Fuera de tales hurtos que hacía al capitán, como impuesto de guerra, en lo demás le era enteramente fiel y miraba siempre por sus intereses.

—«Pues hiciste bien—contestó Araneda—y cuentas con toda mi confianza». Había comprendido el plan del asistente.

—«*Hei pensao* que por la tapia, que es baja, podría hablar su *mercé* con la señorita, en la casa vecina sin que *naide* se enterase. Con mandarle un aviso *disi-*

mulao y decirme, pongo por caso: «Apablaza, aquí *tenis* un par de pesos... anda y llévale este papelito á la Deidamia *pa* la Señora... ya no hay más que hablar...»

Araneda soltó una carcajada, echó mano al bolsillo que tenía listo, pues sabía que sin aceite no anda la máquina, y escribió unas cuantas palabras, pues las letras no eran su fuerte. Usaba tarjetas azules que tenían un corazón en lo alto atravesado por una flecha y que llevaban el mote de «Mil felicidades». Al dorso dió concisamente la indicación para la cita. Horas más tarde ya tenía respuesta en su poder, con lo cual respiró deliciosamente. Cogió su espada y se fué á un café en donde solían reunirse los oficiales del cuerpo,—todavía no se había introducido la moda de los Casinos.

Era una vasta sala en la Galería San Carlos, en donde jugaban al billar unos cuantos militares y paisanos, mientras otros bebían copas en mesillas, dados al dominó. Pasaban allí las horas muertas—que eran las más del día—comentando sucesos políticos y ganándose mutuamente al juego de *poker* unos cuantos pesos. Hasta el mes de Setiembre duraba la *chicha* que bebían en grandes vasos, de golpe, dejándolos vacíos para demostrar que eran hombres. A veces, medio borrachos, salían los oficiales á provocar á los transeuntes, echado atrás el kepi, arrastrando sable por los portales, con frases para las mujeres que topaban en su camino, para dar prueba de fina galantería y rendimiento. Araneda era inseparable de un tenientillo Ahumada, personaje flaco, raquítico, de nariz de caballete, de cuerpo bajo y voz ronca. Nadie, al verle, hubiera sospechado las agallas, la energía y la audacia con que la naturaleza había dotado á ese hombre, capaz de todo. Dentro de ese cuerpecillo

se abrigaba un valor a prueba de bomba, resolución intrépida. Los ojillos grises aparecían todavía más pequeños después de frecuentes libaciones; la figurita insignificante y á primera vista ridícula, imponía respeto por su traza resuelta. Contábase que en cierta ocasión en que un hombrazo le había faltado al respeto, se le había ido encima con tal empuje que le dejara medio muerto; añadíase que, como estuviese con el brazo entablillado por fractura, un ruso alto y fuerte le había dicho cosas desagradables en el café; ambos estaban *apuntados*. El teniente, sin inmutarse, sacó revolver, y allí mismo, en pleno café, le soltó un tiro, felizmente perdido, pues la bala se desvió del blanco, sin lo cual le mata. Araneda salió del brazo del teniente Ahumada. Ambos caminaban lentamente, hablando de política.

—«No le ha tocado la breva pelada á don Belisario, dijo el teniente, aludiendo al primer Ministro señor Prats. Por más que ha hecho, no ha podido cambiar ni un solo gobernador, ni un intendente, ni siquiera un jefe de policía en toda la República.

«Los opositores están que trinan; nada pueden; llegarán las elecciones y quedará la máquina lista; sí, señor, enteramente en punto de caramelo, y no hay más que hablar, sino que gritarán como chanchos y el Gobierno sacará Congreso de amigos, en el cual seguramente tendrá buena mayoría Balmaceda. ¡Si con S. E. no hay quien pegue!... Esto de tener Ministerio cuando no se cuenta con el Jefe del Estado es simplemente ridículo;... En Chile el Gobierno ha triunfado siempre. Eso mismo le decía yo en días pasados á don Anfión Escanilla... tu futuro suegro...»

—«No me nombres á ese pícaro...» interrumpió Araneda.

—«Eso le decía cuando visitaba su casa,—agregó

Ahumada,—que siempre el Gobierno la ha ganado entre nosotros... Es inútil soñar... Dicen que el Ministerio cae,—añadió,—y que don Belisario se retira, convencido de que hace papel ridículo, pues diariamente le piden los opositores que ponga coto á la intervención que tan descaradamente se prepara. Los comandantes de policía recorren las provincias azotando y tomando presos á los enemigos del Gobierno...»

—«Entonces querían que les fueran á dar dulces?» exclamó Araneda con sorna.

—«Así no más es...»

Los dos militares seguían por el centro comercial, haciendo sonar los espolines, alta la mirada, á diez pasos de distancia, como la Ordenanza del Ejército lo indica, el aspecto fiero y altivo, dando codazos á los transeuntes y mirando con descaro á las mujeres hermosas. Ahumada llevaba entre los labios una rosa encarnada, mordiéndola; como viera de paso una joven de manto, bastante de su gusto, la detuvo diciéndola: «Señorita, me parece que á usted debe de habérsele caído esta flor....» Ella, que también era de medio pelo, la recibió ruborizándose. El capitán le admiró en silencio; él no sabía decir cosas tan bonitas, y tuvo envidia.

La gente llenaba las aceras del comercio; multitud de mujeres, muchas de manto, jóvenes estudiantes que volvían de la Universidad, lechuguinos con pretensiones de paseantes en corte, damas equívocas bastante pintadas y ordinarias, señoras de alta sociedad, galanes de portal, tipo curioso de individuos, generalmente llegados de provincia, que se instalaban en las calles de Huérfanos, Estado, Ahumada y portales, en perpetuo paseo durante el día, dejando la noche para el tapete verde del Club de Noviembre ó para los numerosos cafées y casas de diversión en

donde concluían con los pocos reales traídos del terruño para divertirse en Santiago. Veíase toda especie de cataduras, mujeres elegantes, damas cursis con pretensiones, advenedizos, medio pelo, trajes de lujo, fachas extravagantes—todavía existía el curioso personaje llamado *Pije* que vestía con colores vistosos y grande aparato y jamás se quitaba los guantes, á menos que los llevara asomados en el bolsillo, mostrando las puntas. Individuos de apariencia correcta, empeñados en lucha por la alta sociedad, que se hacían invitar á bailes de tono, y daban á «Anselmo» diez pesos de gratificación por cada invitación que recibieran, y que á veces asistían, sin invitación de ningún género, á bailes... Ya comenzaba á divisarse en salones la figura de Jerónimo Larrañaga, el joven que hizo poner en sus tarjetas, á manera de título, el añadido de «Socio de la Filarmónica». Por aquel tiempo no perdía matrimonio ni entierro, y siempre en estos era su fisonomía la más lúgubre, vestido como iba de rigoroso luto, aún cuando jamás hubiera conocido al difunto ni de vista. En las esquinas había grupos de jóvenes, algunos empleados de Banco, entre otros, el llamado «Camarón Venegas» por el color rubicundo de su cara redonda. A esa hora solían juntarse muchachos de tono como Javier Aldana, Rosales, Fernández y Alvarez García, y otros, que sentados junto a vidrieras de almacenes de lujo, saboreaban el pelambrillo admirable de *Yto* que manejaba la tijera con sumo primor, no dejando hueso bueno á cristiano o moro que por sus manos pasara. El joven Hurtado Collantes lucía eleganeia excéntrica, unos sombreros de copa de alas planas y polainas de color ala de tórtola, levitas de Pool y magníficas corbatas de plastrón—en aquella época de gran moda—así como los sobretodos ingleses muy cortitos, casi rabones.

Decíase que vivía de lo que sacaba á unas tías ricas, muy beatas, haciéndose que asistía á procesiones y novenas y fiestas religiosas. Los carruajes bien puestos, llenaban la manzana central; las aceras estaban de no poder dar un paso, de bote á bote, llenas de esa multitud ansiosa de divertirse, de cambiar miradas, de lucir elegancias, de citarse á fiestas ó paseos. Por aquel tiempo se recogía en el Centro á los jóvenes complotados para dar *malones* ó sea fiestas en que todos caían de sorpresa en salones de casa amiga, pero teniendo cuidado de advertir á la dueña para que tuviera tiempo de arreglar la cena, que siempre era suntuosa. Circulaba la multitud—en la cual ya parecía la figura del «Incandescente» con su eterna levita pasada de moda desde los tiempos en que Adán se la puso en el Paraíso, y el célebre sombrero de copa del cual todavía no ha hecho uso para jurar el cargo de Ministro...

Los dos militares iban por entre la multitud abigarrada, sin cuidarse de si atropellaban ó no á los paseantes, pues era privilegio de los soldados en aquella época mezclar la impertinencia con el tufo del vino. Sentían que los tiempos les daban singular importancia: el Gobierno les miraba la cara, y la Oposición trataba de conquistárselos á toda costa, por lo que pudiera suceder. A pesar de los arreglos aparentes entre Balmaceda y la Oposición congresista, veíase con claridad, que en el fondo la lucha proseguía implacable entre ambos poderes que no cejaban, que no podían cejar en su empresa sin la muerte del uno ó del otro, del Congreso ó del poder presidencial. Ya no iba quedando más razón que la fuerza. Esto se comprendía muy bien en el ejército.

—«¿Estuviste en la reunión?» preguntó Ahumada al capitán Araneda.

El otro movió la cabeza afirmativamente.

—«¿Había muchos oficiales?»

—«Y bastantes jefes; reinó el mayor entusiasmo. Firmamos el *acta*... En seguida se destapó champaña. El general Barbosa brindó por los fieles, por los dispuestos á morir por el Presidente de la República. Fué momento solemne que daba ganas de llorar, hombre. Figúrate que todos sacaron las espadas y levantándolas prestaron juramento de morir por el Jefe del Estado... A Barbosa le rodaban las lágrimas de emoción... Decía que desde los tiempos de la campaña del Norte, cuando daban la orden de botar los rollos, como se decía entonces, al entrar en batalla, nunca había sentido el mismo fuego patriótico de aquel momento. Su barba blanca temblaba, parecía león y todos nos sentíamos contagiados. En aquel momento, hombre, ten la seguridad de que si lo ponen por delante, acabamos con el Congreso, sin dejar siquiera un botón para muestra... El ejército de Chile está con el Presidente Balmaceda...»

Y esa era la verdad, en aquellos momentos; así, más tarde, al estallar el movimiento del 91, el ejército entero seguía á Balmaceda. Los jefes de la guarnición de Santiago habían reunido numerosos oficiales que se comprometieron á seguir al Presidente «hasta el fin»; firmáronse actas secretas que llevaban la representación de todos los cuerpos de línea, y actas especiales de los jefes. Y sin embargo, en esos momentos, los congresistas creían contar con parte importante de ese mismo ejército, ilusión que contribuyó poderosamente al desarrollo futuro de los acontecimientos. Hacia ellos venía el teniente Orbegoso, popular en las filas por su carga al Congreso y las heridas que allí recibiera.

Venía con sonrisa en los labios. Hondo surco ro-

deaba sus ojos, encapotándolos como si hubiera pasado la noche en orgía. Así se lo dieron á entender sus cámaradas con bromas de bastante mal tono, corrientes entre militares. Ahumada largó un juramento digno de sargento de caballería, manera de expresar la envidia que le inspiraba la buena noche que habría pasado el otro. Orbegoso reía, reía socarronamente, al verles tan desorientados; jamas hubieran podido adivinarlo, en efecto. En la víspera el joven había conspirado. Formaba parte de una sociedad secreta, que se reunía en el segundo patio del Club Gimnástico, situado entonces en el edificio actual de la Casa Prá, en la calle de Huérfanos. A media noche se juntaban en la pieza interior, sigilosa y debidamente juramentados, doce muchachos presididos por don Antonio Subercaseaux Vicuña y don Enrique Valdés Vergara. Era el primero en aquella época, joven todavía, de espíritu animoso y de gran decisión; el segundo, Valdés, había figurado en la campaña del Pacífico, revelando valor á toda prueba y una intrepidez fría, así como tenacidad increíble, y rara firmeza de carácter;—ambos tenían el fanatismo de sus convicciones políticas y eran decididos partidarios del Congreso, creyendo gravemente amenazadas las leyes y la Constitución de la República. Ese grupo de jóvenes, entre los cuales figuraba Orbegoso, contaba complicidades en el mismo ejército y aún entre los oficiales superiores. Eran muchachos resueltos á todo, como lo demostraron con exceso más tarde, batiéndose fieramente durante la guerra civil. En aquellas reuniones se estudiaba la situación del día. Estaban convencidos de que ya no daba para más y de que fatalmente tenía que romperse; este pequeño núcleo empujaba á los dirigentes á preparar la revolución en breve, impuesta por la fuerza de las cosas. En la

dirección política se les miraba con recelo, prontos á desautorizarlos si su empresa fracasaba, tachándolos de locos y negando relación con ellos. Allí, en ese cuarto oscuro al cual sólo se llegaba con palabra de orden y contraseña, se reunían los conjurados. Ya se agitaban en el sentido de preparar la situación si venía de nuevo la ruptura entre el Presidente y el Congreso. Esta vez sería cosa sin vuelta, decían á gritos; caído el Ministerio Prats porque el Presidente se negaba á separar á los intendentes y autoridades interventoras, no quedaría ya más recurso que hacerse justicia, y conquistar la libertad electoral separando de su puesto al mismo Presidente ó... *eliminarle*. Valdés Vergara acababa de llegar de Valparaíso en donde el espíritu público era de energía y de intrepidez incomparables; los porteños estaban resueltos á todo... Alguien había descubierto una frase de Castelar que los diarios publicaron y que luego los jóvenes aprendieron de memoria: «La libertad no se implora de rodillas sino que se impone espada en mano». Y los porteños estaban decididos á pegar el salto. No así los santiaguinos; Valdés encontraba tibios á los magnates dirigentes de la Oposición congresista. «Lo que falta son hombres resueltos», decía. «Para eso estamos nosotros», le contestó don Antonio, con la decisión simpática, de valor alegre, que le caracterizaba. «Basta con unos pocos hombres seguros, en el momento preciso; si Prat hubiera conseguido tener á su lado, como fué su propósito, un puñado de hombres en el momento del abordaje, estoy seguro de que se habría tomado el *Huáscar* en Iquique...»

«Corremos peligro de que nos fusilen», había observado Sandoval, que era prudente sin ser cobarde, pues tuvo momentos de suprema energía. —«¿Y qué nos importa?» había contestado Javier Aldana, con esa

voz ronca que debía ser célebre más tarde... «¿Qué nos importa?» Como decía el roto: «De la tierra no hemos de pasar...». Orbegoso dió noticia de importancia:—ya estaban en comunicación con uno de los jefes que hacían la guardia en el Palacio de la Moneda, y podría escogerse la noche que le tocara para dar *el golpe* si llegaba el caso... El oficial estaba *dado*. Su nombre sólo sería comunicado á última hora, en el momento preciso; pero se podía contar con él...»

—«Amigo—le había dicho Subercaseaux—siga *trabajando* el ejército; estas cosas hay que hacerlas con tiempo; si no, llegará la hora y los viejos mancarrones seguirán discutiendo si son galgos ó podencos los que tiene Balmaceda... y nos comerán vivos. Vale más arriesgarse que caer en el ridículo de un gran movimiento doctrinario que muere en el vacío, entre risas y burlas de Pretorianos. Juan Orbegoso había quedado de sondear á ciertos jefes y oficiales, invitándolos á comer y llevándoles suavemente al terreno que convenía. Al divisar á los dos oficiales abrió los brazos, desde lejos, gritándoles con cariño: —«¡Qué par de peines, señor!... el diablo los cría y ellos se juntan...» Ellos le embromaron por su cara de trasnochado, á lo cual contestó Orbegoso con tono socarrón: —«No siga, compañero Ahumada, que acabo de divisar á la numero treinta y nueve que sacaba medio cuerpo fuera del tranvía al divisarle á usted». Se refería á cierta conquista de Ahumada, la de una conductora que abandonada por él había bebido fuerte dosis de ácido fénico, escapando por suerte al suicidio.

El joven les invitó á tomar un par de *cocktailes*, bebida americana en boga desde la campaña de Lima. Entraron con paso militar donde Gage y se bebieron *de un hilo* tres copas. El alcohol encendía las pupilas.

Araneda comenzaba á sudar, Ahumada exigió que bebieran otras... Él invitaba á su turno y hubieron de acceder, pues ya se daba por ofendido del *desaire* que le hacían no aceptando. Un pariente del oficial, un tal Bermudes, médico de provincia, al descubrirle en el grupo de bebedores, no contento con abrazar á Ahumada dándole fuertes espaldarazos y haciéndole resonar como si fuera tambor, le invitó á beber junto con sus amigos. Otra copa general. Ya las cabezas estaban alegres, y Araneda resoplaba como fuelle. Uno de los concurrentes daba gritos porque no le servían tan pronto:—era opositor, y como en estos casos acontece, al Gobierno le echaba la culpa de todo, incluso del mal servicio de las fondas: «Está desorganizada esta tierra, desde que gobierna Balmaceda», exclamó con enfado. En mala hora lo dijo. Ahumada que otra cosa no quería que ocasión de manifestar su fervoroso partidarismo, sacó la espada arrojándose como rayo sobre él: «Voy á rajarte el alma, ¡quiltro indecente! le decía. Hablar así del más gran Presidente que ha tenido este país desde los tiempos de O'Higgins... de un mandatario intergérrimo... «La frase le había caído muy bien tal como aparecía en *La Prensa*, diario gobiernista de Santiago, y la repetía en todas las comidas. Trabajo costó impedir un lance que habría sido bastante desagradable. En aquellos tiempos, por un quítame allá esas pajas salían las espadas á relucir en los cafées, ó se arrojaban botellas á la cabeza los bebedores, sobre todo en cuanto alguien tocaba cuestiones políticas, sin enterarse previamente si estaba en círculo amigo.

A las ocho salían medianamente ebrios los tres militares. Se toparon con Apablaza, el asistente de Araneda, que le esperaba con un papelito en dobleces, escrito en letra menuda, sin sobre. Aunque se lo pasó

discretamente, no dejó de verlo Ahumada, con cierta envidia: —«Buena cosa con el hombre feliz! exclamó. Las niñas buenas mozas lo quieren... y le mandan cartitas...» El otro se puso colorado. Experimentaba emoción y sentía orgullo de que le hubiesen visto recibir una carta de amor. Juan rió de la escena: —«Ya estás como el sargento del Chillán dijo á Araneda, que al recibir de manos de una vieja celestina la carta de una dama incógnita que le daba cita pidiéndole reserva: «Mire, señora—le dijo—si no *hei* de contarlo, más vale que no hagamos nada... Dígaselo así á su patrona...»

El teniente Ahumada se echó á reir... Le agradaba ver al otro en descubierto.

—«Esa es la purita verdad—agregó;—á todos nos gusta que sepan las cosas cuando andamos con suerte, así como nos agrada pasear cuando vamos de uniforme nuevo y charreteras...» Y luego, sacando el reloj, miró la hora con dificultad exclamando: «Es tarde, son más de las ocho, tocan á rancho... *Fagina*... Media vuelta á la dere... vámonos». —«Yo los invito á comer...» dijo Orbegoso insinuante. Los demás aceptaron y salieron tomados del brazo, muy tiesos, alta la mirada, haciendo sonar los sables.

Cuando el capitán Araneda se acostaba á dormir la *mona*, recuerdos é impresiones se revolvían en su cabeza... Todos habían estado expansivos. Se había bebido fuerte, y le parecía que Orbegoso había murmurado un poco en contra de un general, á quien desacreditaba... Ahumada le hacía coro... Siempre en todos los ejércitos existen círculos, partidarios de un jefe ó de otro... Hay rivalidades, rencillas, envidias, murmuraciones... que tal jefe, de acuerdo con el contador, se *chifla* sacos de cebada ó fardos de pasto, carne ó provisiones... que las raciones andan de su

cuenta... multitud de miserias y de calumnias saltan de círculo á círculo. Arrójanse lodo, sin motivo las más de las veces, por el puro gusto de hacerse mal, tratando de poner como negros á hombres honrados. También había rivalidades entre algunos, y la Oposición trataba de aprovecharlas metiendo cizaña. Siempre han existido en los ejércitos intrigas, así como siempre han sido famosos los capítulos de convento, y hasta la paz de los claustros de monjas suele verse perturbada por enredos de las que desean imponer candidatura de Superiora.

Al dormirse Araneda, veía en caracteres de fuego la carta en que Rosita le daba cita para el Mercado Central, en donde se verían á la mañana siguiente. Ese día, un Miércoles, le tocaba ir de compra, en busca de verduras. Estaban cansadas de la sisa de la cocinera y hacía tiempo que iba una persona de razón en busca de provisiones, legumbres, azúcar, café y leña que compraban de paso en una bodega de frutos del país. Después de varios días de carteo y de severa vigilancia de sus padres, que ni siquiera le habían dado permiso para ir á la Plaza en compañía de Lolo Ampuero, Rosa podría verse con el pretendiente á quien quería ahora con más entusiasmo que nunca. La carta había sido bálsamo para la pena del pobre capitán que no hacía más que lamentarse, en compañía de sus amigos, de contrariedades de fortuna que unas veces nos encumbran hasta las nubes y otras nos arrojan á lo profundo de los abismos. La carta había sido un bálsamo delicioso. Dormido, la veía y la besaba una y otra vez, como si fuera maná del cielo;—no de otra suerte debió ser el alimento de los judíos en el desierto. Parecíale que Rosita, meneando su cuerpo sabroso y rollizo, esbelto y bello, con cara graciosa y son-

rosada, los labios gruesos y sonrientes—muy rojos como guindas—se aproximaba á él, le ofrecía su mejilla para que la besase y luego le arrojaba un papel y huía... Perseguíala en vano, pues multitud de inconvenientes surgían de improviso; formábanse obstáculos como por arte de encantamiento. En vano corría sin poder alcanzarla, siempre tentadora y fugitiva, huyendo lejos.

Las siete y media serían cuando partía el capitán en dirección al Mercado Central, situado entre las calles del Puente y Nevería, en las pıoximidades del Mapocho. A esa hora matinal, unos barrenderos cubrían las calles de nubes de polvo; pasaban los lecheros haciendo resonar sus cazos de hojalata ó deteniéndose á silbar en las pueıtas de calle. Una que otra carreta de vendedores ambulantes pasaba al son del grito cantado con que pregonaban sus mercaderías, verduras por lo general. El sol brillaba en lo alto y una especie de vaho luminoso empañaba la atmósfera á lo lejos. Multitud de mujeres de manto se encaminaban á los templos como sombras negruzcas, de paso rápido; algunas eran jóvenes y lucían hermosos talles bien dibujados por el velo de monja, y bonitos pies, bien calzados. Obreros mal vestidos, de manta al hombro, con traza desarrapada, camisa rota ó entreabierta, el sombrero descolorido, rostro cobrizo y tostado, faz araucana á pesar de trescientos años de civilización. Muchos usaban entonces la abarca nacional llamada «ojota», que ha desaparecido, hecha toda de cuero, y que solamente en los campos suele divisarse. Resonaba el tañer de campanas en el fresco aire matinal con alegre tintineo, y la ciudad comenzaba á desperezarse, aumentando por segundos el movimiento del tráfico, rumor de tranvías, carretones,

caballos, carretas, de tiendas que se abrían y de comercio activo. Era como enjambre de colmena que despertaba, agitada y rumorosa.

En el Mercado Central y en sus proximidades era todavía mayor el movimiento. Las carretas que habían comenzado á llegar desde la media noche, se alineaban en el espacio comprendido entre el río y el Mercado, descargando multitud de legumbres que llegaban á á formar pirámides. Veía cerros de cebollas plateadas que esparcían su olor característico, montañas de sacos de papas de color pardo, formando en ciertas partes pirámides de formas caprichosas; el carbón, la leña, productos varios de nuestros campos, zanahorias rojizas, lechugas de verde tierno, otras legumbres que parecían trozos de carne vegetal, arrojaban bocanadas de olores silvestres, á los cuales se mezclaba el del heno verde y el de frutas que se amontonaban en tonos dorados de naranjas y amarillos de plátanos. El suelo se hallaba cubierto de desperdicios, de cáscaras, de fragmentos de legumbres. A tales olores se mezclaba el de la pescadería que mostraba sobre mesas de mármol las corbinas y pejerreyes de escamas plateadas y sangrientas, de las cuales emanaba un perfume salino de mar lejano. Las cocineras iban y venían, señoras se mezclaban á ellas vigilando las compras, regateando mercaderías. Los gritos de vendedores atronaban el espacio, unidos á relinchos de caballos; los bueyes se inclinaban recostados sobre el suelo, rendidos de cansancio, los ojos vidriosos, el aspecto manso, mientras espantaban las moscas con el rabo. Algunos canes se mezclaban á la muchedumbre que se movía sin cesar de una parte á otra. Por allá se oía riña de verduleras ó de vendedores de calzado popular. El capitán Araneda dió primero vuelta en torno de las chocolaterías que rodeaban la

Plaza; allí había pasado muchas horas de muchacho, en tiempos en que los estudiantes andaban tras de una llamada Juanita, la chocolatera, y se cotizaban para tomar juntos jícaras del sabroso líquido, dirigiendo guiñadas y haciendo gestos á la muchacha del tenducho, bastante graciosa y de muy buen ver. Ahora ya no estaba ahí la Juanita, y al notar que todo eso había desaparecido, sintió Araneda la melancolía del pasado que ya no vuelve, de alegrías juveniles que la edad grave reemplaza, de la situación por la cual atravesaba ahora. A derecha é izquierda veía carnicerías que mostraban trozos sangrientos de animales, junto con olor característico, acre y punzante. Penetró por el crucero del grande edificio, en un camino angosto, de tal manera es abundante la cantidad de puestos que lo invade, con pirámides de cochayuyo, de cestos de mimbre, de juguetes de trapo, y tenduchos de ollas de barro cocido, de sillas de paja, de calabazas, de sacos de arroz, de café, de cajones de azúcar alba. Los puestos de legumbres muestran todos los tonos del verde, del amarillo y del rojo con betarragas y zanahorias. El ruido es ensordecedor, los gritos se cruzan de una parte á otra, mandaderos desarrapados cruzan llevando cestos al hombro; cocineras, casi todas gordas, discuten con chillidos agudos, óyense voces, siéntese el rumor de rieles que conducen provisiones en carros. Y por todas partes se destacan la indiferencia, el aspecto estoico, y la tez cobriza de nuestro bajo pueblo, en el cual la mezcla de sangre araucana es patente. Por allá se oyen gritos... han pillado un ratero infraganti y la policía le lleva preso. Hay mujeres del pueblo que se prueban zapatos y otras que cuentan la mercadería arrojada á dos manos al cesto por la vendedora. Mil olores, mil especies de gritos raros, un constante bullir de colmena sorprende

en el Mercado Central á quienes no tienen hábito de acudir á él.

Cuando menos lo pensaba, divisó el capitán la silueta querida y graciosa, aún cuando ya un tanto gruesa, de Rosita, que entraba en compañía de una sirvienta de confianza. La vió detenerse en varios puestos y comprar regateando, como todas. Desde lejos le había divisado y su rostro revelaba júbilo. No bien se acercó, saludóle con inclinación de cabeza, diciéndole al pasar: «Sígame con tiento, para que nadie lo note, aquí pueden vernos; ¡cuidado!» El corazón le palpitaba al militar en una especie de embriaguez deliciosa. Sentía el ambiente de aventuras que tanto agrada en los primeros años de la vida. Costábale trabajo seguirla al través de apreturas tales, del ir y venir de tanta gente que les separaba de continuo, de mandaderos que se interponían con bultos. Por fin salieron al patio. Rosa se encaminó al paraje donde vendían aves, cacareaban gallinas y cantaban amarillos canarios, jilgueros de plumaje gris y catitas verdes. Oíase continuo aleteo y cacarear, cantos de gallos, peleas furibundas en las jabas ó en departamentos protegidos por redes de malla metálica.

Rosita penetró resueltamente á una especie de covacha, de donde salió una mujer con los brazos abiertos. Era la *Chabela,* su antigua ama de leche, la *mama* que ahora tenía puesto en el Mercado obtenido mediante influencias numerosas como si se tratara de empleo público de importancia, tan solicitados eran los puestos de venta en aquellos parajes, atendidas las reducidas dimensiones del Mercado Central. —«Aquí viene la niña», exclamó una mujer gorda y baja, de tez dorada, cabello revuelto y cerdoso, los ojos grandes y la nariz chata, con parches de patatas en las sienes. —«Mira, Tomás,

que aquí tenemos á la niña... ¡*güena* cosa con el gusto grande!... ¿qué te habías *perdío*, hijita?... Ya *créida* que te habías *casao* con algún *Menistro* ó en viaje *pa* las *Uropas*».

—«Aquí me tiene, Chabelita, vengo á verla y á descansar un momento siquiera en su compañía».

Y luego, haciéndose como sorprendida, se volvió al capitán que ya estaba cerca.

—«¿Usted por acá? le dijo con fingida sorpresa; ¡qué gusto de verle después de tanto tiempo! Acérquése, no más, no tenga miedo capitán...»

Araneda penetró al zaquizami, enredándose la espada entre las piernas, para evitar sillas y pisos que por todas partes le cercaban. Púsose colorado. La joven llegó tranquilamente al fondo como si estuviera en casa, y dejó á la sirvienta á la puerta por si algo pasaba ó llegaba persona conocida de ella. Estaba visiblemente emocionada, aún cuando supiera ocultarlo, con el admirable dón que las mujeres poseen. El militar, confundido, sentía que le palpitaba el corazón con fuerza extraña, algo nuevo y grato que hacía vibrar todo su sér.

Sentáronse en el fondo de la tienda; desde allí se veía la vasta esplanada cubierta de carretas, bueyes tendidos junto á ellas, el constante bullir de muchedumbre, las mantas listadas de rojo de los carreteros, pañuelos de colores de mujeres del pueblo, manchas verdes del pasto caído, el amarillear de la paja, pirámides de legumbres, sacos de patatas, el plateado de las cebollas. Multitud de olores llegaban á ellos, en una especie de mareo, acres, punzantes, los unos, suaves los otros como el de albahaca ó de pasto verde. Todo esto le parecía encantador al militar. Jamás hubiera creído que la vida fuera tan hermosa, ni el sol tan brillante—y reverberaba, en efecto, ilumi-

nándolo todo con fulgor resplandeciente. Los árboles del paseo, más allá del río, alzaban su masa verde en Recoleta, por los extensos jardines; campanarios de iglesias se destacaban plácidos en el cielo azulado y lúcido, con vibración de luz y palpitación de vida en la atmósfera trasparente. El capitán hablaba á media voz:

—«Me parece que estoy soñando, la miro á usted y creo que hemos estado separados por espacio de siglos, durante la eternidad... Ya comenzaba á creer que nunca más nos veríamos».

—«Estaría contento... ya casi conforme...».

—«No diga semejante barbaridad. Si estaba desesperado. Los días me parecían eternos y las noches interminables. Estaba loco. Muchas veces he paseado por su casa de noche, para darme cuenta de que allí dormía; para estar cerca de usted cuando nadie lo supiera. Esto no es vivir; sólo ahora respiro».

—«Y lo peor—añadió Rosita—es que mi papá está muy enojado con usted. Creo que si no fuera por esta maldita política le veríamos más tranquilo; es que la gente anda inquieta, desazonada como si le faltara algún tornillo. No culpo á mi pobre padre; me parece que es como un estado general, algo así como lo que pasa en tiempos de epidemia».

Así era, en efecto; la muchacha se daba cuenta cabal de lo que suele ocurrir en las sociedades durante períodos de agitación moral en los cuales los más sanos espíritus se perturban de tal manera que nadie acierta con el justo término medio que pudiera arreglar las cosas. Los partidos se sienten arrastrados por los que más claman, los exaltados dirigen y dan tono á los suyos;—los moderados desaparecen arrastrados por la corriente, sin que su voz pueda ser oída en momentos críticos. Santiago comenzaba á parecer un mar tem-

pestuoso. El Presidente no podía entenderse con el Ministerio Prats, de transacción, mientras los opositores clamaban por una imposible neutralidad de los agentes gubernativos, y pedían su separación señalando hechos que constituían claros síntomas de intervención electoral; la agitación insolente de los comandantes de policía en las provincias, la actitud de numerosos gobernadores é intendentes, atropellos que comenzaban en pleno día. Si la presencia de personas tranquilas en el Ministerio no lograba impedir que el Presidente mantuviera armada su máquina electoral; si no conseguían separar á ninguno de los funcionarios inescrupulosos, ¿para qué seguían en su puesto los Ministros? ¿Para servir de biombos á Balmaceda y hacer aún más ignominiosa la intervención que se armaba? A esto replicaban los partidarios del Presidente, que los Intendentes y Gobernadores según la Constitución de la República, eran agentes directos del Jefe del Estado, y que no podían ser removidos mientras contaran con su confianza. Era que en el fondo se planteaba el temido problema de cuál de ambos poderes hubiese de predominar, si el del Presidente ó el del Congreso, en la dirección del Poder Ejecutivo. No cabían transacciones ni compromisos; era menester decidirse por uno ó por otro camino. Grandes fuerzas sociales y políticas obraban como corrientes eléctricas poderosas en lo alto del cielo, sin que fuerzas humanas lograran detenerlas ó encauzarlas. Días oscuros de tempestad comenzaban á cernirse sobre las cabezas, sin que hubiera recursos para evitar el estallido. Sentíase en las filas opositoras y acaso en la conciencia de los hombres de Gobierno, de «Los amigos del Rey», como les había llamado un notable publicista, el señor Zegers, en panfletos que habían tenido enorme resonancia; sentíase

una formidable decisión de llegar hasta el «Fin», según la palabra histórica de Balmaceda. Las conciencias habían tocado ese extremo grado de tensión, de misticismo, de fanatismo, en el cual desaparece el interés humano, y el sentimiento de caridad ó de ternura, hallándose dispuestos á sacrificar en aras de la causa, los unos su dinero, los otros su vida; éstos á su familia, los de más allá sus hijos,—sacrificio último de los padres ante lo que consideran exigencia suprema de salvación nacional y de nacionalidad en peligro. Cuando una causa ha llegado á tales extremos es porque el reloj de la historia toca ya las campanadas decisivas y solemnes. Ahí, en el caso de ese buen soldado, se veía retratada la sociedad entera. Amaba con todas sus fuerzas á la hija de un hombre modesto y sin caudales, para quien semejante matrimonio hubiera sido sueño dorado años atrás, pues el yerno tenía bienes, así como carrera militar brillante y asegurada: su mujer amparaba con entusiasmo el matrimonio. De pronto, había bastado una discusión accidental para que don Anfión le tomara antipatía, cobrándole tan apasionado resentimiento, que el proyectado enlace quedaba roto. Nada podía torcer la firmeza invencible de tan apasionado capricho, ni lágrimas de la hija, ni ruegos de amigos, ni súplicas de la madre—en cualquiera otra ocasión habría cedido, en ésta le era totalmente imposible, como si la masa de resentimientos le asfixiara.—Veía, en su imaginación, motines de cuartel, luchas en las calles. Sentíase en barricada, empuñando fusil, como había leído de revoluciones históricas, y al frente, ensañado, defendiendo la causa de la tiranía, luchando en contra del pueblo, mandando ametrallar á sus amigos, los opositores, veía al novio de su hija, y tal expectativa le llenaba de indignación y crispaba sus nervios.

«Jamás consentiría en semejante matrimonio; antes preferiría que á su hija la mataran, ó encerrarla en el convento, en último extremo; quería verla muerta antes que casada con uno de los *sayones de la Dictadura*». Parecíale ver al capitán mandando tropas, y al frente los cadáveres amontonados, apiñados, de partidarios del Congreso nadando en sangre caliente y viscosa. Nó, jamás daría la mano de su hija á los que irían á matar á sus amigos... jamás...»

Araneda, en el rincón oscuro de la tiendecilla, cogía la mano de Rosita y en vez de alegría, como hubiera sido de esperarlo, experimentaba tristeza, impensada tristeza. Sentía, en oscuras regiones de su ser—en esas que no razonan sino que presienten—sentía una desesperanza del porvenir. ¿Por qué tenía que ir á coger de sorpresa, de contrabando, esa migaja de amor cuando podía hacerlo á la luz del día con la frente alta? Veía la pasión política de su suegro y la sentía bullir, por momentos, dentro de sí mismo en fuerza de reacción humana; hasta cargaba como delito de la Oposición parlamentaria el resentimiento de la guerra que le hacía.

—«Rosita, me parece que no podemos seguir así... es vida demasiado dura. No puedo vivir sin verte, eternamente separado».

—«Tenga paciencia: mejores tiempos vendrán, se apaciguarán los odios, se borrarán estas cosas tan desagradables... nada hay eterno. Al fin la gente se cansa de pelear. Si tenemos perseverancia, creo que al fin, cuando pasen las elecciones, todo entrará por el antiguo camino pacífico. Hay un proverbio muy consolador: «Con los años mil vuelven las aguas por do solían ir». Tengamos paciencia».

—«Sí, con los años mil... pero ya para entonces nos habremos muerto y estaremos descansando en

el cementerio debajo de una piedra blanca. ¡Quién sabe si eso no valiera más!»

—«No sea tonto, amigo mío, tenga paciencia. Voy á insinuarle un camino, véase con el padre Hermógenes, en la Recoleta: es santo». Y luego, dándose unas palmadas en la frente como quien tiene una muy buena idea... «Vamos á ver ¿y por qué no se confiesa con él y le pide amparo en nuestros amores? que hable con mi padre de quien es grande amigo. El padre Hermógenes me quiere mucho y más de una vez me ha dicho que cuando yo me case nadie sino él bendecirá mi matrimonio... Háblele, ¡quién sabe si con su ayuda no amansamos á la fiera!»

—«Hoy mismo voy á verle», exclamó en tono decidido el capitán. Era buen hombre y amaba con toda su alma. No serían, por cierto, asuntos religiosos los que le decidieran á cortar, ni él dejaría de casarse, como otros, porque le exigieran esta ó aquella profesión de fe. Así como hay seres que no saben por qué creen, limitándose á sentir con sencilla fe de carbonero, de manera confusa, así también hay seres que carecen de creencias, no por fuerza de espíritu crítico sincero y fuerte que les anime á la resistencia, sino porque les parece cosa de espíritus animosos esto de no creer y dudan ó niegan sin razón alguna, sin esfuerzo de inteligencia, de manera mecánica. A este género pertenecía el capitán. Bastó que la mujer amada le indicara el camino de la religión para llegar á ella, la confesión—para que ya sintiese, de golpe, el deseo de amar los símbolos sagrados que hubieran de llevarle, no sólo al camino del cielo, sino al de la felicidad terrena é inmediata. Sin dificultad alguna se sentía creyente, así como sin dificultad había sido incrédulo. Molestábale, sí, el temor de burlas volterianas que sin duda sus compañeros hubieran de hacerle, pero veía

claro que por tal camino podría llegar á la mujer amada y no vacilaba en tomarle.

Era decidido y valiente.

—«Está bien, dijo con voz metálica y ronca, acostumbrada á voces de mando. Iré hoy donde el padre Hermógenes... ¿crees tú que llegaré á entenderme con tu papá?»

—«¿Qué quiere decirme con esto?»

—«Es que soy balmacedista y no estoy dispuesto á variar de convicciones. Me, parece que no podría someterme á las imposiciones de tu padre. Seguiré sirviendo al Presidente porque mis ideas me lo imponen...»

—«¿Y si atropella al Congreso?»

—«El ejército no delibera: así lo manda la Constitución, y yo la sigo».

—«Déjese de tonterías—interrumpió Rosa—y haga lo que yo le digo, no más. Si mi papá le recibe, quédese mudo como pez, no le discuta ni hable de política... Verá como ya tendrá más cuidado una vez que nos casemos. Pero es tarde, y tengo que irme», agregó levantándose. El capitán retenía su mano, tuvo que soltarla con pena. —«¿Cuándo nos veremos?»

—«Vea—le dijo el capitán Araneda—por la tapia del fondo de las Ampuero podemos vernos por la tarde. Conozco á la dueña de la posesión vecina. Hasta luego, mi hijita adorada».

Rosita salió con paso rápido y su cuerpo bien formado y esbelto se perdió pronto entre la multitud, á cada instante más densa. El sol calentaba con fuerza, los clamores atronaban el espacio, mezclados de ladridos de perros, canto de mercaderías pregonadas, rumores de disputas, y por cima de todo subía el olor á legumbres, vivificante y tónico, despertador de

apetitos dormidos. El capitán continuaba embelesado y feliz, sumido en la dicha inefable de aquella entrevista demasiado corta. El grito de un papagayo pintado de rojo y amarillo le trajo de nuevo á la realidad ambiente.

—«Eres un tunante, muy pícaro... Lorito, ¿eres casado? Soy solterito y enamorado», decía el ave con entonación irónica y en voz clara. Siempre que veía un hombre repetía lo mismo, y pocas veces se equivocaba. Araneda volvió á la realidad, pensando «ya que estoy aquí, lo mejor será que no me vaya con manos vacías... siquiera compraré un pollo para la cazuela.»

CAPÍTULO XIII

Elisa hizo examen de conciencia prolijo, como quien trata de ver claro en esas penumbras á las cuales raras veces alcanza el análisis de la vida ordinaria. Parecía sentir el súbito pavor de quien acaba de pasar por gravísimo peligro, sin haberse dado cuenta. Mirando dentro de sí, no creía que fuese amor lo que á Mario la acercaba, sino complacencia de sentirse junto á hombre de claro entendimiento, de maneras agradables y cultas, que siempre había sabido mantenerse á la altura que corresponde á caballero por tradiciones y por familia. Mirando hacia el pasado, nada hallaba que no fuera respetuoso en su conducta; jamás murmuró palabra que indicase algo parecido al cortejo vulgar y corriente; jamás tomó actitud equívoca. Inclinábale hacia él, ese tacto fino que indica á las mujeres el paso de penas ocultas. Descubrir un dolor que nadie ve, es para muchas almas nobles grave motivo de atracción y de afecto. Así Elisa, junto con ver el aspecto sentimental de la vida huérfana de Mario, sintió necesidad de llevarle á manera de consuelo, alguna de esas palabras que otros escuchan en los cantares de la cuna y que él jamás había oído en su amargo desamparo. De ahí á la ternura mediaba poco trecho, fácil de salvar sin

que ella misma lo notara. Lo que sí veía claro, al parecer, era el amor naciente de Mario, su emoción oculta; el afecto hondo que creía vislumbrar en sus palabras, en cada uno de sus actos. Hasta su manera de mirarla era por sí sola una caricia.

Al pensar de esta manera, suspiraba Elisa, pues toda mujer, aún cuando no lo comparta, siempre se siente halagada de un afecto.

Ahora tenía que decirle adiós para siempre al rápido encuentro, al ensueño de amistad no realizado, de afecto que siempre fué puro y que jamás había salido—á su entender—del terreno en que debía mantenerse.

Se asomó á la ventana; el tiempo estaba triste; comenzaban á caer gotas de lluvia y un manto gris se dilataba sobre la ciudad. ¡Dios mío! pensó entre sí, ¿por qué me sentiré tan nerviosa?... Experimentaba placer en que el tiempo fuera oscuro y estuviera descompuesto, guardando armonía con el estado de su alma. Cuando la desgracia está en el aire, debe también la luz acompasarse á ella. No concebía sol alegre y tiempo risueño cuando su alma estaba melancólica. ¿Por qué las penas han de vibrar en el aire, en los nervios, como la lluvia? Quedóse con la frente apoyada en los vidrios, sumida en honda meditación, de la cual no la desviaba el contacto frío;—miraba á lo lejos las enredaderas que cubrían el muro del jardín, y le parecía que se lavaban, poniéndose brillantes, y tomando colores refulgentes de cosas nuevas. Invenciblemente volvía á contemplar su verdadera situación: sí, era necesario concluir de una vez con aquellas niñerías de Mario. Involuntariamente se escapó un suspiro de su pecho, como desahogo de alma, suprema despedida de un ensueño acariciado, sin darse cuenta cabal de su naturaleza.

Luego vino á ella el recuerdo de la conducta de su marido, y le admiró, hallándole caballeroso y noble; le vió de nuevo acudiendo á su defensa como antiguo paladín, en el trance amargo en que su madre la había colocado. Y de súbito, por primera vez, se puso á pensar que su madre había tenido imprudencia horrible que acaso le costara la vida ó el honor, poniendo en peligro su misma posición social, si ella, en vez de ser inocente como realmente lo era, hubiese sido culpable. No era concebible que una madre procediera en esa forma con su hija. Y por primera vez se dió cuenta de que guardaba rencor á doña Magdalena por la escena de la víspera, por la imprudencia que había tenido en formularla cargos como si fuera reo de crimen, y casi á las barbas de su propio marido. El desencanto de la romanza trunca, el enfado del mal rato, lo cargaba á la cuenta de su madre. Suspiró de nuevo, pensando en que los agradables paseos de la tarde ya no habrían de repetirse:—tal idea le produjo disgusto involuntario. Pero estaba resuelta, y se dirigió con viva decisión á su escritorio, trazando rápidamente algunas líneas á Carmela, dándole cuenta de que no podría representar en la comedia por razones de tal naturaleza que no admitían réplica. Y mientras escribía la carta, pensaba en el disgusto de su amiga y en la consiguiente perturbación para la fiesta de los niños pobres. Pero no veía manera de evitarlo; si bien se miraba, no cabía otra cosa. En vista de las murmuraciones corrientes, no podría representar junto con Mario. No dejó de experimentar disgusto pensando que debía poner término á su amistad, espaciándola de manera conveniente, pues tan poco sería propio que le despidiese sin causa justificada, ni que le pusiera mala cara, desde que siempre se había conducido como perfecto caballero.

Mientras así pensaba, concluyó la carta que encontró un tanto seca, vacilando sobre si la mandaría ó nó. Tocó el timbre, llegó el sirviente, le vió salir y luego perderse á lo lejos, como si algo de ella partiese con la misiva.

Entonces volvió á mirar dentro de sí, con resolución, y se sintió satisfecha, aún cuando con cierta amargura, como siempre que cumplía con deber doloroso y dejaba en paz la conciencia. ¡Ah! sí, la conciencia tenía fuerza extraordinaria en todos los actos de su vida; el deber la regía de manera imperiosa;—siempre que tuvo dudas, no vaciló en recogerse dentro de sí misma y en recelar de los deseos, de los caprichos, ó de las pasiones que amenazaran pertubarla. Sentía necesidad de renunciar, necesidad de sacrificio como una ofrenda que hiciera á Dios por la felicidad de su hija. Parecíale que si se entregaba á la mera ilusión del goce, tendría como castigo inmediato la desgracia caída sobre la adorada. Era superstición de la cual no podría desprenderse y que ejercía sobre ella influencia saludable y protectora.

No había trascurrido mucho tiempo de esto, cuando ante sus ojos se presentó la figura delgada y alta del doctor Ortiz; venía á ver á Lisita, que desde hacía tiempo estaba enferma. Elisa le introdujo al cuarto de la niña que al verle le abrió los brazos efusivamente.

—«Siempre me ha pasado así en la vida—exclamó el doctor:—las niñitas me quieren, no así las madres».

—«No sea ingrato...»

—«Es la pura verdad, y tengo ya derecho de repetir el verso de Campoamor:

> Las hijas de las madres que amé tanto
> Me besan hoy como se besa un santo...

Salieron juntos de la pieza. Cuando el doctor hubo certificado que se trataba de cosa sencilla y que no había motivos de alarma, Elisa le refirió la conversación con su madre y luego las incidencias que siguieron, así como la actitud de Javier para con ella; no hallaba palabras para expresar la gratitud emocionada de su alma. Era doloroso pensar que su propia madre hubiese llegado á juzgar mal; en cambio, las palabras de Javier le habían tocado en lo vivo. Sí, era hombre de corazón, á pesar de sus defectos: en trances en los cuales los demás fallaban, él se imponía por actitud siempre generosa. Los ojos de Elisa brillaban con esa mirada—toda en luz—que aparecía abierta sobre las ventanas de una alma pura.

Ortiz la miraba de soslayo, curiosamente. No, tal fisonomía no podía mentir, no cabían en ella ni falsedades ni engaños, tan puras eran sus líneas y tan franco el sello de su personalidad humana. Parecíale que le quitaran de encima un peso, algo que le oprimiera á pesar suyo, y sintió su propia fragilidad, la escasa consistencia de preocupaciones que anidaba en su alma. Admiraba á Javier, á quien muchas veces despreciara á pesar suyo, conociendo algunos de sus lances amatorios y de la vida agitada que llevara, ahora como antes. Y sentía misterio profundo en la contradicción de su carácter, hecho de bien y de mal, en mezcla incomprensible para los que no toman la humanidad como ès, sin que se distingan unos de otros los seres, ni por apetitos, ni por virtudes ó méritos propios, sino por el predominio de sentimientos nobles ó bajos, de grandezas ó de miserias, en ciertos instantes de la vida.

De nuevo notó, dentro de sí, una íntima satisfacción, al constatar que la mujer amada, la que había llenado la página misteriosa de su vida, per-

manecía tal como él la soñara y la amara, en todo el fulgor de su pureza noble y de su virtud altísima. Acaso también entraba en él cierta dosis de flaqueza humana, al ver que Elisa no era mujer vulgar sino, la de un sentimiento y la de un hombre. Los celos le habían mordido con crudeza; jamás hubiera podido conformarse con que sus primeros sentimientos cayesen sobre mujer indigna. Recordaba haber visto pasar, sumidas en miseria y desprestigio, á las que en otro tiempo viera cortejadas y desdeñosas, mirando en menos á las demás mujeres. Eso más de una vez había pasado en la modesta clase media á la cual pertenecía, pues aquello de que hubiera clases virtuosas y otras que no lo fuesen, gente que por vivir en medianía estuviera exenta de pasiones humanas, parecíale simplemente necedad.

Cuando se detuvieron en la puerta del escritorio, Ortiz aprobó á Elisa; había hecho bien cortando por lo sano. Si la hubiesen visto representar en el teatro, en compañía de Mario Sandoval, una pieza como *Fedora*, de fijo que no hubieran tardado los murmuradores en dar como hechos comprobados las infames calumnias. Elisa no pudo resistir los impulsos de curiosidad; quiso medir el abismo en lo hondo:

—«¿Era mucho lo que se hablaba de mí? Dígalo, doctor, sea franco... me hará servicio revelándome la verdad; créame que no podría vivir sin conocerla».

Ortiz vacilaba; por fin se decidió, en vista de sus instancias.

—«Una vez me tocó oir hablar de usted en el Círculo de Esgrima... Eran dos muchachos que estaban alegres... No intervine por temor al escándalo que con esto hubiera provocado, sin duda. Recuerdo la indignación que me produjo oir su nombre en boca de semejantes deslenguados...»

—«¿Y antes?»

—«Allá en Europa, mientras estudiaba medicina en la clínica de niños de Berlín, recuerdo que comiendo en compañía de otros médicos chilenos, hablaron de que entre nosotros cundían modas europeas y había cierto círculo en el cual figuraban mujeres tan bonitas y elegantes como usted... «No todas son santas, decían, y luego refirieron historias abominables. Le aseguro que me impresionó verdaderamente...»

—«¿Y nada más?»

—«Quedó en el fondo de mi alma un desengaño profundo... Me pareció que si hasta de usted se murmuraba, era porque en el país no quedaba ya nada digno de respeto ni de cariño... Melancolía profunda me hacía mirar con aborrecimiento eso que tanto había querido y admirado antes... Le aseguro que al oir resonar su nombre ya sentía malestar indecible...»

—«Gracias, doctor...»

En la voz de Ortiz había una oculta palpitación de sentimiento, delicada vibración que hacía estremecer el metal ronco de su palabra, en la cual se conservaba la innata aspereza de su origen, ennoblecido por el estudio y por el trabajo.

La joven le encontró entonces por primera vez, distinción. Suele suceder que tratamos á ciertas personas hasta con intimidad sin conocerlas, hasta que llega el instante destinado por la vida para mostrarlas en su verdadera luz, y entonces se transforman y se ennoblecen;—son distintas de lo que nosotros creíamos hasta ese momento. Es revelación súbita que las muestra ante nuestros ojos tales como son en sí mismas, pues como ha dicho con profundidad un observador, hay en nuestro sér tres valores diversos, el que creemos tener, el que nos atribuye el mundo y el que en realidad tenemos.

Le halagaba el homenaje de aquel hombre, la caricia, el perfume de un cariño que la acompañaba respetuosamente al través de su vida, sin faltarle jamás.

Y al despedirse, en el dintel de la puerta, bajo el espacioso *hall* que tenía tanto de templo, el médico se inclinó ante ella y le besó la mano con el respeto profundo que sintiera ante una santa:—era como si la calumnia la encumbrara todavía más en su concepto.

Al llegar á la puerta del saloncillo, involuntariamente recordaron ambos, por asociación de ideas, la tarde aquella en que Mario ensayaba la escena de *Fedora*, cuando la declaración de amor fluía cálida de labios del joven, sin que se acertara á saber dónde terminaba la realidad y dónde comenzaba la ficción, si interpretaba los sentimientos de Loris Ipanoff ó los de Mario Sandoval. Algo inquietante y desagradable pasó de pronto por la mente del doctor, como ráfaga; y algo incierto y vago, sombra de malestar y de equívoco, por la frente de la joven. Sintieron ambos que sus recuerdos coincidían en un mismo recuerdo; resucitaron la escena en la imaginación. Contracción dolorosa arrugó el entrecejo del médico y sombra ansiosa se deslizó por la frente de Elisa. «¿Qué pensaría el doctor aquella vez? se dijo. Y la mutua comprensión de aquel instante puso entre ambos fugitiva y desagradable sensación que no tardó en borrarse.

En la tarde, Elisa fué, como de costumbre, á casa de su madre, á quien halló atribulada y conmovida. Nunca le faltaban motivos de penas. Ayer no más, le habían llevado chismes que respecto de ella corrían. Ahora acababan de contarle que Juanito andaba enamorado de la hermana del doctor Ortiz.

—«Serían las diez de última—agregó—lo único que

faltaba. No podía ocurrírsele disparate mayor á ese loco. ¿Té figuras la cara que pondrían mis hermanas si les hablara de semejante matrimonio? La Encarnación, con sólo nombrar á Ortiz se ponía antes como *quique*; calcula ahora lo que le pasará cuando le cuenten que su sobrino piensa casarse con una muchacha de medio pelo. ¿Quiénes son esos Ortiz, de Linares? Vamos viendo... dicen que el padre fué Jefe de Estación en la frontera... no sé si viva todavía. Es persona honrada, pero... ¿Te figuras á tu cuñada paseándose por los andenes, en compañía de Juanito y de la familia? Hay cosas que no caben en la mente humana; que no se discuten. Lo menos que se le puede pedir á un caballero es que se case con persona de su misma posición social. No tengo preocupaciones de ninguna especie, pero, sí, conocimiento profundo de la vida y de nuestra sociedad. Estoy segura de que si se casaran, ambos serían desgraciados al poco tiempo. Desde luego, ella comprendería que sin fortuna—y ni ella ni Juan la tienen—les sería difícil casarse... Hay exigencias, gastos imprescindibles, sin los cuales es de todo punto imposible mantenerse en *cierta* situación, por modesta que sea... No conozco á la niña...»

—«Se llama Elvira y es muy buena, interrumpió Elisa, movida de simpatía instintiva hacia la joven; es bastante donosa y educada».

—«No lo dudo, hija, no dudo que sea buena y hacendosa, pero eso no basta... Desde luego, se hallaría aislada; nadie en la familia la vería, por preocupaciones, si tú quieres, pero el hecho sería ese. Cuando más la visitarían de etiqueta. Ella misma no se sentiría bien entre nosotros, notaría diferencia de maneras, de ideas, de costumbres, hasta los detalles familiares serían para ella suplicio; ¿que no? Te aseguro que no sabe

colocarse una servilleta, que será capaz de prendérsela como si fuera escapulario. A lo menos así lo hacía el doctor su hermano las primeras veces que comiera en casa. ¿Y los espárragos? A mí se me figura que los cortaría con cuchillo, como vi que hacía cierto señor, Alcalde de Peumo, á quien Sanders invitó en el campo.

—«Eres buena para poner en ridículo, mamá», replicó Elisa. No es para tanto la cosa... es bien educada».

—«¿Que no? pues díme, con la mano en la conciencia, tú que conservas cierto cariño por el doctor que tan enamorado anduvo de ti, dime, ¿convidarías á Elvira Ortiz á una comida de gala, junto con Pepita Alvareda y Dorotea Escalante, las Oyanguren, Carmela Portal, Galter, Rosales, Jenaro Saldías y el conde Shenk?... Ya me parece que diviso al conde preguntando á su vecino, mientras se cala el monóculo para mirar á... tu futura cuñada... «¿Quién será esa señora?» con ligero fruncido del entrecejo y tonito impertinente... No, tú no la invitarías, y harías bien porque para ella sería verdadero suplicio y para ti algo peor todavía. Porque las maneras, el tono, el gusto, son cosas que no se improvisan y que á lo sumo se adquieren á la vuelta de tres ó cuatro generaciones... Los *yankees* dicen que se necesitan tres para formar un caballero. Y si esto piden los yankees, calcula tú lo que exigirían pueblos más refinados y cultos, socialmente hablando. El verdadero hidalgo debía dar pruebas de sus cuatro cuarteles de nobleza—y eso exigen las órdenes de Santiago, de Alcántara y Calatrava. Nosotros no tenemos órdenes ni las necesitamos, pero nos conocemos todos, y ya se sabe quiénes pertenecen á la buena sociedad y quiénes nó. ¿Crees que no sufriría esa desgraciada con las miradas irónicas de las señoras que se hallaran por casualidad de

visita ó de fiesta con ella? Conocería el suplicio de tonitos protectores y de miradas impertinentes de los que se consideran á mayor altura. Si llegara á darse fiesta de esas que suelen revolucionar el mundo santiaguino, por cierto no dejarían de ir á verla, para hacerle, como quien no quiere la cosa, la pregunta obligada: «Usted irá, por supuesto al baile de Encalada? son preguntas venenosas, hija mía, cuando se dirigen á ciertas personas... En apariencia nada tienen de particular, en realidad muchísimo... Son como saetas que van derecho al blanco... No te figuras lo que significa para cierta clase social la lucha por figurar entre gente encopetada... He conocido casos terribles...»

Elisa callaba, No podía dejar de reconocer que su madre tuviese razón. Juanito debía casarse en su propia esfera: lo demás sería locura y desastre. Pero en su interior, secreta simpatía hacia el médico abogaba en favor de la hermana. Ortiz se la había llevado para que la conociera; la recibió afectuosamente, invitándola á comer, y Javier Aldana, en la mesa, había estado cariñoso, llegando hasta regalarle un manojo de orquídeas... Y esto precisamente había contribuído á perturbar á la hermana del doctor. Tales cariños le hicieron creer que en la familia sería bien quista, sin pararse á meditar que una cosa es recibir en casa á la hermana de un confesor ó de un médico y otra muy distinta el admitirla en calidad de cuñada... Ese dón de matices es precisamente uno de los más difíciles en la vida social. Exige tacto, conocimiento de caracteres, mundo. Hay personas que viven en la mejor compañía y que jamás dejan de hacer lo que vulgarmente se llama planchas y que no son otra cosa que falta de tacto mundano y de corrección en detalles.

Meche entró á la pieza dando gritos de júbilo;

siempre que veía á Elisa le pasaba lo mismo, pues ambas hermanas se querían entrañablemente.

—«¿Qué te parece mi traje, linda?...»

—«De muy buen gusto... estás hecha una monada. Si yo fuera uno de los muchachos elegantes que andan arrimados al marco de las puertas en noches de baile, me casaría contigo sin vacilar».

—«Muy ligero vas—interrumpió Meche,—cuentas sin mi parecer. Yo no me casaré con cualquiera. Será preciso que mi novio me lleve á la iglesia en automóvil propio... no admito los alquilados...»

—«Te veo moderna...»

—«*Dernier cri*, hijita. No hay más que hablar.»

Doña Magdalena reía como siempre que su niña regalona decía disparates. Elisa miró el reloj, vió que era tarde, diciendo que tenía aún muchas cosas que hacer, se despidió de su familia. Cada vez que salía de casa de su madre experimentaba la misma impresión de cosas viejas, de vida que se iba, al ver los corredores bajos que daban al jardin, con nísperos y magnolios, y espaciosa huerta al fondo—esa huerta por donde se había paseado tantas veces en compañía de su padre, ahora enfermo y achacoso. Recordaba el piar de pajaros al amanecer, la tranquilidad de aquella calle muerta, dormida, con rumores de otra edad colonial, ya próxima á desvanecerse del todo. Los recuerdos de su infancia la enternecían, dándole deseos de llorar, representándole su visión ingenua y hermosa de la vida sin tropiezos, llena de fe en las virtudes humanas, en la lealtad, en la eternidad de los amores, en los cariños puros. Creía que el mérito en este bajo mundo, tenía aparejado como consecuencia el premio y que la desdicha era fruto de mala conducta o de condiciones dañadas. Creía entonces que en la vida la muchacha buena se casa infaliblemente con el Príncipe, como la

Cenicienta, y que los malvados perecían en la horca. Ahora ya comenzaba á conocer que la cosa era distinta. Reconocía, dentro de sí, la maldita herencia romántica, pesada y desconcertante. Su padre había desdeñado el dinero por seguir lo que consideraba el camino recto de don Quijote; su hermano se había perdido, casi, por una mujer de teatro, de quien se creía amado, y ahora andaba loco por una muchacha sin fortuna, de clase media. Ella misma, ¿qué era sino romántica? y sin compostura. Y cuando miraba la política, el tremendo empuje con que un pueblo entero combatía por las libertades y por el Congreso, llevándonos á la tempestad, ¿qué era sino viejo romanticismo que nos llenaba, forjando ensueños en la fantasía?

Salió, por los viejos corredores de la antigua casa colonial en que sus padres vivían, mirando enternecida cómo crecía la yerba por los patios empedrados á la antigua usanza, con piedra del Mapocho. Amarilleaban las palmas del Domingo de Ramos, cruzadas sobre la reja de hierro de Vizcaya de una ventana, entre laboreados arabescos; crecía la yerba por los tejados oscuros, y de todas partes emanaba ambiente de respeto, de venerable antigüedad, de jerarquía, de orden: época de tradiciones y de nobleza desvanecida y acaso rancia en el siglo del comercio y del dinero.

La joven suspiró, dió un beso en la frente á Meche que la acompañaba y subió al cupé, indicando al cochero la dirección en voz baja. Partió luego el tronco de caballos ingleses, al trote, en dirección al Cerro de Santa Lucía. El barrio de la calle de Tres Montes y el llamado del Alto del Puerto tienen fisonomía peculiar; han sabido mantener tradición caballeresca de tiempos de la colonia. Entonces existía en el crucero de Tres Montes una vieja casa con aspecto de castillo, de jardín al frente, construída sobre roca á manera de

fortaleza, y calle de por medio la que habitara el Presidente Balmaceda, la de los conciliábulos políticos que precedieron á su candidatura, y donde pasara los años más felices de su vida. Elisa recordó que había estado más de una vez en aquella casa. La Plazoleta del Kiosco mostraba las manchas verdes de sus contornos; las mimosas dejaban caer sus hojas finísimas sobre las balaustradas. Multitud de altísimos edificios, algunos de tiempos coloniales, otros nuevos, rodeaban entonces el Cerro que parecía jardín suspendido sobre los techos de la ciudad.

En ese instante comenzaba á sacudirla extraña emoción. Había escrito á Mario una rápida esquela en la cual iban las palabras siguientes: ¿Tendría usted inconveniente, amigo mío, en ir á la Plazoleta del Santa Lucía hoy, á las cinco de la tarde? Podríamos ver una hermosa hora de crepúsculo y charlar un rato de cosas serias...» Necesitaba hablar con el joven para referirle los últimos acontecimientos, la escena con su madre y la conversación con Javier, cosas que no quería hacer por escrito. La consecuencia fluiría clara y terminante para un hombre delicado como su amigo. Bastaría con una breve charla para que la situación quedara netamente delineada, sin equívocos, y el camino despejado para lo futuro. En la tranquilidad del gabinete y de la meditación, se arreglan siempre las cuestiones sin dificultad alguna, en dos palabras, calculándose lo que haya de decirse, las respuestas que vendrán, las actitudes. Compónese de antemano el rostro y luego las frases de separación amable. Llegada la ocasión, se encuentra que todo acontece de manera diversa y que una sola palabra ó gesto vienen á transformar las cosas, llevándonos á punto distinto de aquel al cual nos dirigíamos, á veces á punto opuesto. Así, mientras Elisa, en su cupé, iba

meditando en la conversación que se figuraba habría de tener en breve, se enredaba á sí misma en mar de conjeturas que la sorprendían dolorosomente, abriendo sus ojos á peligros que la imaginación agrandaba. ¿Y si al despedirse llegaba Mario á impresionarse, exaltándose? Creía conocerle, era apasionado, acaso la quería mucho más de lo que ella imaginaba y á veces la impresión de los hombres suele ser tan grande que no vacilan en recurrir á extremos. No sería el primer caso de hombre que hubiera puesto fin á su vida por desencantos de amor. «¡Dios mío! si ese hombre llegara á matarse por mí, jamás me conformaría, ni pudiera resignarme á tal tragedia». Y con la imaginación, veíale ensangrentado, palpitante, los ojos vidriosos, la mirada muerta, tieso, inmóvil—y era tan viva la obsesión que no podía contener el grito que se escapaba ronco de su garganta. Pero no; ¡qué disparate! en estos tiempos no hay hombre que se suicide por amor. Ya pasaron los caballeros andantes que peleaban por su dama, en batalla campal, como don Quijote; no sería, por cierto, un vividor como Mario Sandoval quien se matara por una mujer, después de haber querido á tantas; acaso concluiría por consolarse, como otros, siguiendo á una artista de teatro —como las que le gustaban á Javier. Tales pensamientos despertaron en ella celos de su marido. ¡Cuántas veces habían llegado á sus oídos rumores de sus aventuras con actrices! Pero, mirando fríamente dentro de sí misma, sentía el curioso fenómeno de que eso no la inquietara: «acaso valga más, se decía entre sí, que mi marido se enrede solamente con mujeres de las que sólo hablan á su carne que no con aquellas que se agarran al corazón y le devoran, como suelen las mujeres de mundo. Todo bien mirado, al fin habrá de volver á mí, porque en realidad soy la

única mujer que ha querido de veras»; y en esta idea hallaba consuelo muchas veces para los dolorosos accidentes de su vida. Ahora, sin saber por qué, sentía el pecho oprimido con la idea de que Javier, después de aquella escena tan hermosa, de plena confianza, cuando pareció volver de veras á ella, se enredase en episodios vergonzosos que talvez le alejasen para siempre de aquella felicidad, de la comunidad de alma que pareció entrever desde el momento en que ambos vibraron juntos con tan noble impulso. Hubo un instante en que ella se vió cerca de él, en que las distancias se borraron con facilidad que jamás hubiera sospechado, en que casi sintió latir su corazón junto con el de su marido, como en los primeros tiempos, en aquellos tan felices en que eran pobres y se amaban con locura, en que se esperaba el Domingo con ansia para pasar el día entero, cerca el uno del otro, las miradas confundidas en un mismo libro que leían junto al fuego, en invierno, sintiendo la lluvia caer lenta sobre los cristales con leve tamborileo; en aquellas tardes en que iban juntos á pie—entonces no tenían coche—á las *matinées* del teatro, cogida ella del brazo de Javier. La gente se volvía á mirarles, tan gallarda debía de mostrarse la pareja, él alto y fuerte, ella de líneas elegantes y femeninas, tan delicada, tan mujer en todo.

Al percibir cómo su pensamiento volvia á su marido precisamente cuando iba á verse con Mario, sintió Elisa goce de constatar que no amaba al otro, y su imaginación no estaba presa del otro. Era sentimiento de libertad moral, de completo dominio de sí misma que le devolvía la confianza en sí que por momentos flaqueara. El cupé subía ahora por el camino ancho del Cerro, bajo una cúpula de árboles, y de follaje que se descolgaba de las piedras. Oíase claro

el rumor del agua oculta, de la fuente que no se ve; de la cañería de hierro que vierte agua por entre rocas, por cima del manto de yedra. A medida que subía, techos de casas, campanarios de iglesias, cúpulas de edificios monumentales se destacaban en líneas precisas, negruzcas; los cipreses y las palmeras del Convento del Carmen Alto surgían del cementerio misteriosamente, calladas, como vidas de contemplación y de ensueño. Elisa imaginaba esa vida de retiro con poesía diversa de la que en sí contiene, como nos pintamos siempre aquello que ignoramos y que nos parece lejano y misterioso, envuelto en brumas. ¿Tendría razón el poeta cuando hacía decir á Hamlet: «Hazte monja... entra al convento?» La idea de que iba á causar un gran dolor á ese mísero que había sufrido y había luchado tanto y que ahora se presentaba por primera vez respetuoso, ante una dama, sin pedirle cosa alguna—el más grande homenaje de libertino á mujer honrada, tal idea la llenaba de lástima de él y de pena de sí misma. «Haste monja», es decir, evita las amarguras que inevitablemente deja en su camino el sentimiento... la mujer está destinada á sembrar dolores ó á padecerlos, en dura é inevitable ley de la fortuna.

Ahora el carruaje daba lenta vuelta, por entre amplias avenidas; los eucaliptus y las mimosas daban sombra, las encinas comenzaban á crecer lozanas, y todo el Cerro, con laderas recubiertas de yedras, de árboles que se agarraban á las rocas, parecía una sinfonía en verde, con sus varios y deliciosos matices, del intenso verde botella al más claro verde mar, del verde nilo al verde rojizo, en todas las gamas envuelto en rayos de sol que rompieron la neblina gris, dorando por momentos las hojas y poniéndolas transparentes antes de borrarse, como breve y misteriosa imagen

de la vida por la cual los rayos de sol surgen y pasan. Ahora el San Cristóbal se alzaba cercano, como inmensa mole gris de piedra, en marco de árboles. El carruaje iba más despacio.

Desde la plazoleta del Teatro, vió Mario una sombra, la del cupé, á la vez que oía cercano, ya cada vez más próximo,-el ruído del trote regular de los caballos, esos animales dorados-tostados que tanto conocía y que desde muy lejos le indicaban el paso de su amada. Muchas veces su presencia en el centro había servido para indicarle dónde podría verla; eran sus cómplices. Ahora, de arriba, admiraba las hechuras de esos animales raros que había visto desfilar en medio de aplausos, en días de exhibición hípica, en el concurso de la Quinta Normal. Divisó también, nerviosamente apoyada en la portezuela del carruaje, la mano delgada, enguantada de blanco, de Elisa, formando contraste con el color oscuro de su traje. Y bastó la simple vista de aquella mano para que sintiera estremecida toda su persona desde el pelo hasta la punta del pie, porque á pesar de sus ruidosas aventuras, era Mario un sentimental, enfermizamente sentimental—y acaso en eso había consistido la fuerza misteriosa de hipnotismo que existía en él, fluido de seducción desprendido de su persona y que le hacía tan peligroso para las que le trataban de cerca.

Ya venía... su corazón palpitó con fuerza, como nunca. La esquelita en papel azul, recibida por la mañana, esa carta adorada, que tenía en lo alto la palabra «Elisa» y de la cual se desprendía leve perfume, escrita con letra inglesa larga y angulosa, tenía para él indecible encanto. Desde luego era una de las rarísimas cartas que ella le hubiera escrito. Al recibirlas, aún cuando trataran siempre de algo anodino, como invitaciones á comer, agradecimientos por algún

libro que la hubiera enviado ó cosas por el mismo estilo, experimentaba siempre la misma sensación deliciosa de que le regalaran algo de muchísimo valor, algo raro, que no fuera dable alcanzar con dinero; percibía siempre como una partícula de sentimiento en aquellas líneas que nada significaban á primera vista y que acaso se referían á una cita para ensayo dramático; pero, en su vida de larga experiencia, había visto que las palabras suyas que más habían emocionado á las mujeres eran precisamente aquellas en las cuales jamás se hablaba de amor, pero en que se dejaba adivinar la persistencia de una idea. Y creía sentir en aquellos renglones adorados un perfume indefinible. Era la primera vez que le citaba de manera directa y por escrito á un paseo;—esto le llenó de júbilo y hasta de orgullo. ¿Qué no hubieran dado los más ricos y distinguidos de Santiago por recibir de Elisa una esquela semejante? Con la imaginación la veía junto á sí. Creía estar más avanzado de lo que en realidad estaba.

No le cabía duda de que en ciertos momentos, como durante el ensayo de *Fedora*, ella se turbaba, presa de emoción repentina, que no pudo acaso reprimir. ¿Qué intensidad tenía esa emoción? ¿Hasta dónde llegaba la sorpresa de los nervios? Eran puntos que no sabía aquilatar en su alma, á pesar de que el instinto de vanidad siempre lo resuelve todo en los hombres. Ahora ya comenzaba á creer que Elisa no se le escaparía; le miraba al parecer de cierto modo, á manera de estremecimiento en la pupila brillante, cuyo significado él no ignoraba.

Era Mario Sandoval personaje interesante y curioso, en el fondo no muy conocido de aquellos que ordinariamente le trataban. Sabíanle dado á las mujeres, teníanle por hombre de aventuras, mas nadie acaso

le tomaba por lo que realmente era. No podían convencerse, dentro de la idea convencional que existe del tipo del Tenorio, que Sandoval lo fuese. Si se miraba su físico, nada tenía de particularmente seductor; no era buenmozo, de esos que á las mujeres apasionan, ni de talento brillante é indiscutible, sin ser por eso vulgar, en su conjunto. ¡Ah! de todo tenía menos de vulgar. Rodeado de amigos elegantes y de apuesta figura, en el círculo que llamaban «de la juventud dorada», no poseía esa regularidad de proporciones que encanta en los Apolos, ni la fisonomía soñadora de un Byron, ni el cuerpo elegante y esbelto de un Brumell, ó de un conde D'Orasy. Lejos de ser feo, no poseía sin embargo la fisonomía atrayente que se impone desde el primer momento, como se imponen personajes de sangre real. Su conversación era amena, sin tener nada de brillante. Entretenía, divertía á las mujeres—eso sí que nunca las cansaba y poseía tacto de tal naturaleza que jamás le oyeron cosa alguna que les molestase ó las hiriese en delicadas fibras de su vanidad ó de su orgullo. Más de una mujer, después de hablarle, sintió que flotaba en su recuerdo algo, el dejo de armonía conocida, de música romántica de Chopin, primorosamente ejecutada, escuchada por nosotros al pasar, sin darnos cuenta cabal de quién la toca,—algo que permanece flotando en nuestro recuerdo deliciosamente y que surge, de pronto, así como resucita una caricia. Y su mirada, cuando quería ser dulce, acariciaba, casi besaba, resbalaba respetuosamente, inclinándose ante un alma con la devoción de un fiel. En sus ojos estaba, indudablemente, su mayor fuerza de sugestión, así como en la mirada se encierra el poder de los hipnotizadores. Eran unos ojos magníficos, llenos de expresión y de dulzura, en cuyo fondo no brillaba la mansedumbre

como fuera de creerse, sino la energía viril de una sumisión dominadora. Y tenía, además, tacto exquisito, lo que llaman los franceses tan gráficamente *adresse*, algo que no alcanza á expresar la palabra *habilidad* usada en castellano, pues era más que habilidad, talento inconsciente y mecánico para hacerlo todo bien y en la hora oportuna, sin arriesgar paso en falso, ni debilidad compromitente, ni gesto impropio. Poseía las exterioridades de la pasión, y era, en el fondo, calculador profundo é instintivo, frío y tranquilo cuando parecía más apasionado. Siempre dueño de sí, sabía observar los más mínimos gestos de la mujer amada, en momentos en que cualquiera le creyese vencido de pasión y sujeto á ella con ojos vendados. Cuando amaba, tenía fortísima voluntad, carácter que solía faltarle en los demás trances de la vida, pero que invariablemente le acompañaba en trances de amor... Y era lo curioso que ninguna de las mujeres por él amadas le reconociera esas dotes sin las cuales ellas acaso jamás hubieran caído. A valiente y audaz con las mujeres pocos le alcanzaban, nadie le superaba—era capaz de jugar su vida por amores, heroicamente y sin vacilaciones. Muchas le habían amado, si bien de pocas se había sospechado siquiera, porque tenía la gran condición de ser en extremo discreto y de no fiarse de nadie en caso alguno. Esas mujeres cruzaron por el camino de su vida, enamoradas en algún momento, dispuestas á concederle todo, á sacrificarse, felices con ser suyas. Pertenecieron á toda la escala social, desde la más alta á la más baja, pero fueron principalmente damas de gran tono, pues había comprendido que para hombre de aventuras ó de amores las mujeres más fáciles son siempre las que el vulgo juzga inaccesibles por lo altas ó lo hermosas. Tuvo siempre el tino de jamás

dirigirse á las verdaderamente fáciles á los ojos del mundo y que suelen ser las más difíciles. Desde luego, no hubiera conquistado gloria ante sus propios ojos con semejante género de triunfos; en seguida, á pesar de no ser, en el fondo, refinado sensual, aficionado al éxtasis de las sensaciones amorosas, á trabajar el placer como arte fecundo y superior, como culto sacro de Venus, buscaba el pudor en la mujer como velo de suprema poesía sin el cual no cabía felicidad humana. El amor no era ni podía ser simple sensación; tal concepto parecíale brutal y malsano. Debía ser más alto, más noble, más emocionante—realización de ensueño, consagración de lo imposible, convertido en realidad y tocado, como si las estrellas del cielo pudiesen bajar á nuestras manos. El lazo espiritual era, sin duda, lo esencial en el amor, de tal manera, que semejante libertino, profesional de amor y de mujeres, era capaz de amar suave y puramente como creía amar á Elisa, sin esperar nada de ella, sin pedirle otra cosa que un pedazo de alma—y en esto, precisamente consistía la fuerza que le hacía temible y superior por todo lo alto á los boquirrubios, á los buenos mozos de patente. Sabía amar con violencia ó con pureza, jamás de manera vulgar. Y pertenecía á esa categoría especial de jugadores que suelen arriesgar su fortuna entera á una sola carta con fisonomía de impasibilidad suprema.

Tal era el hombre que creyéndose ya próximo á la hora del triunfo, esperaba en la terraza del Cerro, paseando la mirada por el paisaje admirable que jamás había sentido tan intensamente como en aquel momento definitivo de su vida, cuando creía tocar á la meta de la felicidad suprema, comprendiendo que hasta entonces jamás había querido como quería á Elisa. Es que en cada momento crítico de nuestra vida

sabemos aquilatar el valor de nuestras emociones de manera exacta, en una suerte de balanza sentimental que muestra, como en espejo, lo pasado, y lo que actualmente sentimos. No es verdad que en cada amor de nuestra vida creamos sentir con mayor intensidad que en los precedentes cariños; hay algo en lo íntimo de nuestro sér que jamás nos engaña, y va diciéndonos la verdad, aún cuando sea desagradable para nosotros. Los cariños en la vida son como líneas en altibajos, y bien nos damos cuenta del máximum de intensidad en las emociones y de cuáles son las supremas colinas de la vida, desde las que ya sólo podríamos bajar y hundirnos en melancólico descenso.

Acostumbrado á dominar sus impresiones bajo la máscara indispensable para el triunfo, Mario contemplaba con profunda emoción aquel admirable paisaje de tarde, el cono gris verdoso del San Cristóbal, los perfiles de los Andes, recortados en cielo de turquesas con plateado de nieves en las cumbres; las lejanías de Apoquindo con manchas blancas de casas—más alto y más lejos las de Peñalolen... lo Hermida... y el que debía ser sitio de la tragedia de Lo Cañas. Nada, en su máscara, revelaba la agitación que le sacudía en aquel punto, el estremecimiento de sus nervios, las expectativas intensas, las palpitaciones de su corazón enamorado.

Apoyado en la barandilla, sintió el rápido trotar de caballos que subían por el camino circular del Cerro, y luego, por entre la cortina de verdura vió la caja del coche, el cochero tieso en el pescante y la mano enguantada de gamuza blanca y el brazo fino de Elisa. Hubiera querido correr á su encuentro, mas tenía sangre fría y reflexionó en que los paseantes sin duda hubieran creído que se trataba de cita, espoponiéndose á comentarios. Moderó el paso, y luego,

con rebuscada calma, se acercó al punto donde acababa de parar el coche. El lacayo abría la portezuela, dando libre paso á la joven que de un salto se puso en la acera reluciente. Las líneas afinadas de su cuerpo, de exquisita gracia, aparecían adorables bajo el traje negro—de corte que sólo saben dar grandes sastres—y la blancura de los guantes resaltaba. Temblaban las plumas del hermoso sombrero—las *aigrettes* finísimas—y el encaje transparente aparecía en relieve sobre el ala negra.

Como el día estuviera revuelto, el denso velo de niebla se movía como decoración de teatro. El viento empujaba la bruma con suavidad, dando á trechos salida á los rayos del sol. Las torres lejanas aparecían y desaparecían al correr de los cendales de nubes que formaban á manera de lago en torno del San Cristobal ó cintura espesa y ligera, movible y plateada. Diríase un mar.

Sandoval se acercó á su amiga sombrero en mano, rápido, sonriente, inundado en dicha suprema, lleno de esperanzas confusas, de algo que deseaba y temía; era agonía dulcísima, suprema congoja de felicidad ansiada. Elisa le alargó la mano delgada, de largos dedos, esa mano que tan ardientemente oprimiera en los ensayos de *Fedora*, y sintió, con sólo tocarla, que algo grave se acercaba, algo imprevisto en lo cual no pensara por cierto. Era una manera fría, despegada, nueva que le sobrecogía de improviso, y tuvo la rápida intuición de que se habían modificado por completo las cosas en el curso de su vida. No se dió, sin embargo, por entendido con esto. Tenía el hábito del disimulo, hasta el punto conveniente en que hubiera de abrir sus baterías, hábito de mundo frecuente en los que han tenido que habérselas con elementos contrarios en ruda lucha.

—«¿Cómo está, amigo mío?... casi tenemos día de invierno en esta deliciosa primavera».

—«Así es... no sé si deba darle gracias por esta amable ocurrencia de invitarme al Cerro... Le advierto que cuando recibí su encantadora cartita no vacilé en despedir á los clientes que me esperaban en mi estudio de abogado...»

—«Hizo usted muy mal... debía atenderlos», repuso ella, irónica.

—«Creo que hice bien. Los franceses que son tan hábiles, usan esta frase expresiva: *Place aux dames*».

Elisa involuntariamente suspiró, sentía cansancio y profunda tristeza, era como una gran congoja que la atenaceara de súbito al adivinar las diversas fases por las cuales atravesaba el espíritu de Mario. Primero le vió venir risueño, sin sospechar el golpe; en seguida, vió la inquietud sobre su rostro, sin que acertara á ocultarla el disimulo, y ahora le veía pasar á la defensiva, aguardando lo que habría de venir. Era una santa naturaleza de mujer y no podía causar dolores sin que su alma también sangrara con heridas ajenas. De aquí también la inquietud que la sobrecogiera de súbito, impidiéndole entrar en materia sin preámbulo, como pensaba hacerlo. Hay una especie de cobardía moral que á veces se apodera de los bravos y que les hace diferir las soluciones definitivas. —«Querría que hablásemos largamente—dijo Elisa—pero antes demos un paseo...»

—«Con el mayor gusto... nunca el Cerro me había parecido más hermoso... con aire de parque señorial en el cual usted fuera soberana... subamos».

Pusiéronse en camino, en silencio, trepando por senderos que conducen de una parte al Kiosco, de otra á la capilla. Detuviéronse luego, para contemplar la ciudad que comenzaba á iluminarse; ya los

faroles del alumbrado público se encendían como brillantes, uno á uno, rápidamente, formando inmenso cinturón, tupido collar de brillantes que chisporroteaban entre las hojas de los árboles, por la subida, entre acacias, eucaliptus y cipreses. La ciudad aparecía, á los pies, tachonada de luces que marcaban claramente las líneas de las calles y de las avenidas espaciosas, hasta la de Vicuña Mackenna. Más allá, se adivinaba el campo, lo agreste, en raras luces esparcidas, en amplia masa de sombra. El río se deslizaba como ancha cinta negruzca, serpenteando, sin ruido, muy lejos. Rumor de carruajes subía de las calles lejanas, unido al campanilleo metálico de tranvías. Un ave nocturna graznaba; cundía la sombra. Luego, al volver de un sendero, apareció la Ermita, de campanario gótico y ojivas; la estatua del Obispo Vicuña que se destacaba sobre las líneas claras del cielo á la hora del crepúsculo.

—«¡Qué lástima que hayamos perdido la puesta de sol...» dijo Mario, sin sentirlo, pues no tenía temperamento romántico; pero sabía que á ella le agradaban esas cosas y quería complacerla.

Sintió Elisa la sensación particular que se adueña de nosotros en presencia de algo convencional y falso: —le adivinaba.

—«Lo que le agradaría de veras, si llegara la ocasión, sería ver el alba... esa hora del nacimiento del día es lo más hermoso que pueda concebirse, con las líneas indecisas, la palidez de la luz, lo incierto de la naturaleza que súbitamente se aclara. Y vemos que surgen como á nueva vida las cosas, y toman formas, y relieves, y se agrandan, y se coloran. Desde el canto del gallo hasta el romper de la luz y el chirriar de las carretas que se ponen en movimiento, parece que todo naciera de nuevo. Nunca he sentido tan bien lo que

debe de ser la resurrección como en la hora del alba... ¿La ha visto usted alguna vez?»

De pronto se interrumpió, pensando en que Sandoval debía conocerla porque era jugador profesional; vió alusión indiscreta, y se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, mas como la tarde cerraba, él no pudo notarlo.

Bajaron una escala de piedra, y después de pasar por la plazoleta que da frente á la Ermita se dirigieron á la de Pedro de Valdivia.

Frente al templo, Elisa había rezado, pidiendo á Dios ingenuamente que todo pasara sin dificultades y amarguras en aquella dolorosa y difícil entrevista que era, sin embargo, indispensable, pues había llegado la hora de explicarse definitivamente.

Mientras andaba en silencio, iba rezando mentalmente con sumo fervor. La Virgen la ayudaría, como en tantas otras ocasiones, á salir de este paso. Quería ser buena, mantenerse en la línea que la señalaban sus deberes, ser fiel, no solamente de hecho sino de alma, sin que jamás la desviasen, ni la fuerza de tentaciones ni el ligero rozar de pensamientos. Si la vida era dura con ella, prefería la propia tortura á dolores ajenos. Dios nos envía tormentos como pruebas para hacernos más fáciles los caminos del cielo y de la vida eterna. Quería ser buena sin que por esto sufriesen ni su marido ni nadie.

Del jardín subía olor de flores y de tierra húmeda Por sendero estrecho penetraron á la plazoleta de Pedro de Valdivia—en donde la estatua del Conquistador surgía con la blancura de su mármol, entre las ramas frágiles de palmeras washingtonias que la sumían en penumbra verde y suave. Ni el más leve soplo de viento rizaba el cristal de la plácida laguna de oscuridades verdes. El paraje estaba solitario; apenas si

parecía la figura escueta de una institutriz inglesa que llevaba chicos de paseo; el hombrecito lucía sable de juguete, la niña corría tras de su aro de madera, en tanto que la *miss*, calados los anteojos, leía de fijo una novela romántica. El guardián fumaba cigarrillo cuya lumbre relucía rojiza; Mario veía delante de sí, por el estrecho camino, las líneas esbeltas y graciosas de Elisa que conservaba algo de su carácter de niña en lo rápido y suelto del andar, en lo esbelto del talle, en lo sutil de su mano y de su pie. No bien hubieron llegado, cuando se desgarró la neblina, mostrando ante sus ojos el admirable paisaje de Cordillera á la hora de un crepúsculo moribundo.

Sin que se diera cuenta cabal de ello, la joven sintió analogías hondas entre la naturaleza y el estado de su alma, en hora de crepúsculo; experimentó tristeza, desgarramiento interior de cosas que se iban forzosamente. Era el final de algo dulce, agradable, tranquilo, de un ensueño en el cual se había condensado su ansia de ternura, de amistad generosa; había querido redimir un alma de hombre perdido por azares de la vida, más que por su propia culpa, llevarle á vida nueva, convertirle en hombre de provecho, sacándole del juego y de aventuras en que había rodado hasta entonces, convirtiéndole en miembro útil de una sociedad en la cual podría figurar con brillo algún día. Ella se lo figuraba como ser superior desconocido de la gente, y á quien las dificultades de la lucha por la existencia habían impedido revelar sus condiciones. El hecho mismo de que muchos le mirasen mal, provocaba en ella reacción en sentido favorable, dotándole de cualidades y de méritos que le realzaran: era en ella, como sed de justicia, heredada de su padre—ese santo moderno á quien la gente tampoco había comprendido—extendida al través del mundo en

afán de deshacer entuertos y borrar sinrazones como en las andanzas del ingenioso hidalgo.

Como resonase á la distancia el tañer de una campana, llamando á las oraciones de la tarde, sintió estremecimientos, junto con la visión de algo necesario que ahora se imponía. Era una voz religiosa que despertaba en su vida interior exigencias crueles de la hora presente, el deber, llamados de su alma, respeto del mundo, temor del qué dirán, deseo de sacudir de una vez aquella atmósfera que comenzaba á asfixiarla con murmuraciones y calumnias que ya circulaban. Su imaginación excitada les daba mayor cuerpo del que en realidad tenían, circundándola de precipicios y de escarpadas rocas por las cuales su reputación de mujer honrada comenzaba á resbalarse. Involuntariamente dejó escapar de su pecho un suspiro.

Mario la veía sin mirarla, y lo notó, pareciéndole algo leve y sutil, algo íntimamente doloroso que le sorprendía, sin dejar por eso de sentir indefinible encanto en tal muestra de congoja.

—«Amigo mío, creo que ha llegado una hora grave para nosotros... la vida es así... nos sorprende, obligándonos á tomar camino distinto del que nos habíamos trazado. Nos obliga á poner término á cosas muy dulces y muy inocentes cuando es preciso hacerlo. No le ocultaré que sentía por usted amistad especial, simpatía grande... Le he visto desconocido de muchos, mal mirado, víctima de feroces ataques, y en más de una ocasión he tomado su defensa. Confiéseme que su reputación es bastante mala... pero usted vale más que su reputación; á lo menos conmigo, nunca he visto una sola actitud ni un gesto que no fueran propios del cabal hombre de bien y del perfecto caballero...»

—«¡Elisa!...» murmuró Mario, en tono que no al-

canzaba á ser reproche, ni sonaba á queja, pero que algo tenía de lo uno y de lo otro.

Y bastó esta palabra, sin más, para que ella experimentase extraña é inesperada turbación, enredándose el hilo de sus ideas.

Mario leía los sentimientos que agitaban su alma, y en vez de atribularse, vió con secreto placer que había penetrado en ella más aún de lo que ella creía. Junto con el afán del golpe, venía el bálsamo de haber producido vibraciones nuevas en su alma. El destello de luz les advirtió que acababan de encender uno de los faroles de la Plazoleta, cerca, y el choque luminoso aumentó la tensión de los nervios. Ambos callaron; sentíase como si la sombra circulara.

—«Tengo la satisfacción de haber sido con usted buena amiga, amiga sincera...»

Mario creyó notar en tales palabras, dichas en aquel momento, la revelación de que por él abrigaba sentimientos distintos, más fuertes, más vibrantes, diversos de los que sus palabras expresaban, algo que jamás acaso le diría. Fué instante fugaz y sutil que templó, en un sólo segundo, la amargura de las que ahora temía, que fatalmente saldrían de labios de Elisa y que sintió le quemaban los labios y acaso le producirían tamaña amargura el pronunciarlas como á él oirlas. Era como río de sediento cauce que presiente en el agostamiento del estío el deshielo de las nieves en las altas cumbres.

—«¿Para qué negarle eso que tanto sospecha... el abandono en que me dejan... el aislamiento en que vivo... la necesidad imprescindible de cariño que para nosotras las mujeres es como saciar la sed para los que cruzan el desierto... Había soñado con tener un amigo sincero en usted... le había entregado toda mi confianza. Quería darle un sentimiento que no

fuese... ¿cómo decirlo?... no sé francamente cómo expresarlo... algo que no fuera... amor... soy mujer honrada y nunca faltaré á los deberes que mi conciencia me impone. No, todo menos eso... ¡Ah! pero me habría sentido satisfecha si usted, andando el tiempo, llegara á puestos altos, hiciera obra útil, si escribiese libros, si fuera político, si su nombre resonara aclamado y respetado por todos, si llegara con el tiempo á formar hogar feliz y dichoso...»

Elisa sintió que las palabras se ahogaban en sus labios, que extraña e inesperada emoción la sacudía, y, con hondo terror, comprendió que no era sincera, que jamás pudo figurárselo en brazos de otra, amado por otra; que hasta la simple idea de semejante cosa le producía resentimiento como si tuviera dejos y tintes de traición á fe jurada.

La incierta luz de la tarde, encubría las emociones de Mario como lo hiciera un velo, sin que se diera cuenta Elisa de que en él cundía pálidez mortal, difundiéndose por su rostro, con entonaciones cenicientas, en tanto que su pulso latía desatentado. Era como derrumbe de su vida entera, pues sólo ahora comprendía cuán hondamente había penetrado en él la llama que ahora le abrasaba. Mirando en sí, bien sentía que hasta entonces jamás había conocido sino aventuras vulgares de hombres que buscan en el amor la sensación antes que el sentimiento, aventura fácil de preferencia á la que arraiga en las entrañas de la vida. Ahora, veíalo bien claro, nada podría reemplazar esta dulcísima y nueva manera de vivir, sintiéndose mecido en el alma de Elisa por dulce ternura innominada. Nunca pensó—justo es decirlo—que una mujer tan cabal, de alma por tal manera pura y santa, hubiese de caer en sus brazos á la manera de mujeres vulgares, ya bien conocidas de él. Mirábala como se

contempla en regiones de ensueño, la esencia de ideales de la vida, y precisamente por eso, por tomarla como cosa de imposibles, había llegado á darle tal valor intrínseco.

Aún dado que no hubiera de avanzar un paso más allá, con ella, todavía le quedaba un resto de emocion insuperable y no igualada, dulcísimo perfume de amor. Complacíase en horas de grato cavilar, recordando palabras y miradas que á él se dirigieron; tiernas y suaves actitudes de la joven, en las cuales creyera ver manifestaciones de cariño contenidas. Parecíale que había en alma tan pura lucha inconfesada entre sentimientos acallados violentamente—y tal lucha halagaba su amor propio y era, á las veces, dulcísimo bálsamo para su cariño que manaba sangre en horas de congoja y desesperanza frecuentemente repetidas.

Al oir las palabras de Elisa, comprendió que algo se desplomaba dentro de su vida, junto con llegar á la hora crítica de explicaciones decisivas. Si algo pudo esperar fué cosa de sorpresas, introducirse en el alma de la joven, sin que lograra ella darse cuenta cabal de aquel fugitivo y suave deslizarse de amores y ternuras, que á descubrirlos contuviera con mano de hierro y desviara de sí con entereza. Cuando notaba en ella síntoma de las transformaciones insensiblemente operadas, experimentaba el regocijo de Fausto mirando cómo se turbaba, sin que ella acertara á descubrirlo, el alma pura de Margarita, modelada de inocencia y de candor. Ahora su lenguaje era firme, su decisión aparecía irrevocable, y como la conocía, se daba cuenta de que no habría de volver atrás, aún cuando hubiese de perder la vida en la demanda, arrojando su corazón hecho jirones á las zarzas del camino, tal era su energía y tan firme su carácter

cuando de materias graves se trataba. Precisamente ahora, cuando creía divisar por síntomas de él bien conocidos, como entendido en achaque de mujeres, que el alba de nuevo día se acercaba, ahora escuchaba el desengaño de los propios labios de la mujer amada, junto con la orden de alejarse para siempre. Parecíale ser víctima de algún error ó de engaño, sin que le fuera dable atribuir la situación en que inesperadamente se hallaba sino á cosa de intriga y de villano enredo, obra de alguno de los tantos que á su entender le persiguían ó le calumniaban. Por eso, con estremecimientos en la voz, acertó á decirle, en cuanto halló la ocasión propicia:

—«No comprendo, Elisa, lo que usted me está diciendo, ó mejor, lo comprendo demasiado bien, mas no me lo explico, ni por más que lo piense y estruje mi cerebro acierto á coger el hilo. ¿Qué motivos tan fuertes pueden haber surgido de manera tan impensada y poderosa que ahora sea grave peligro lo que ayer no pasaba de amistad inocente y de afecto sincero? Por más que lo busco no acierto á dar con la clave. Le confieso que voy á recibir un rudo golpe... y me anonada, á pesar de que en la vida casi no he conocido sino trances amargos y días de tristeza ó desencanto; pero nunca me sorprendieron golpes como este que más parece de maza que otra cosa... Es que también había llegado á formarme tantas y tantas ilusiones, yo, pobre abandonado, sin familia, ni amigos, ni apoyos, ni hermanos, ni padre... Usted también ha sufrido... á ellos puede acudir usted en las horas tristes que todos tenemos con frecuencia en este valle de lágrimas... Siempre estará segura de hallar alguna simpatía, siempre apoyo, con frecuencia disculpas ante sus propios ojos en la hora y punto en que los escrúpulos sobrecogen á las almas delicadas

con preocupaciones punzantes que amargan y abruman todavía más que los padecimientos físicos. Yo no tengo apoyo en el mundo. Y no hay que achacarlo á culpa mía. No ignora que puse cuanto de mi parte pude para formar nido, para tener mi casita modesta, en donde una mujer me esperara para compartir conmigo las alegrías y las penas á la orilla del puchero. Eso no pudo ser, y no por mi culpa, Dios bien lo sabe... Antes fué uno de los primeros desencantos y enseñanzas de la vida... Acaso por eso había creído sentir en usted algo que no sé cómo llamar, si comprensión de mi soledad y de mis penas, si amistad ó cariño, si indulgencia para con los errores evidentes de mi existencia pasada, arrastrada, de jugador y de vicioso... Lo confieso... Bastó que una mujer cruzara por mi vida, una mujer sincera y santa, como usted, y que me tendiera la mano abierta, de igual á igual, con la honrada sinceridad de los que saben distinguir en las almas el oro de buena ley revuelto con la escoria propia de la flaqueza humana, y tienen suficiente valor para apoyar á los que sufren, aún contrariando el parecer del mundo. Si buscara palabras para expresar el cariño y el agradecimiento despertados en mi alma por su obra, talvez no las encontraría. Pero uno jamás acierta á detenerse en el justo límite de los sentimientos, Elisa, como quiera que no pueden pesarse en balanza de precisión, y acaso yo he pasado la línea que debiera haberme contenido, con un cariño muy puro, grande, entrañable, pero respetuoso, muy respetuoso, y que jamás habrá podido ofenderla en lo menor. Dígame: ¿no ha visto siempre en mí devoción profunda? ¿Han salido en algún momento mis palabras del límite en que debiera contenerlas el respeto?... el cariño santo, la amistad?... eso que yo necesito y que acaso usted también necesi-

taba y soñaba... ¿Acaso le he pedido algo que la ofendiera ó que usted no debiera concederme?»

Las palabras de Mario resonaban doloridas, á media voz, en el silencio del crepúsculo, turbado tan sólo por el suave caer del agua de una manguera sobre el césped y los arriates de flores, en donde parecían los cardenales rojos y lilas, las anémonas, de hojas sedosas, narcisos pálidos, mimosas, claveles rojos y blancos, confundiendo sus entonaciones ora armoniosas, ora violentas, y revolviendo sus perfumes. Pobres plantas alteradas por el calor de un día de primavera que más parecía estival. Sedientas, casi mustias, como si hubieran de exhalar el alma en una agonía de perfumes nostálgicos. La mirada de Elisa vagaba inconsciente de los arriates de flores al paisaje maravilloso de Cordillera nevada, admirado tantas veces en horas felices, dadas al arte y la belleza, contemplado con indiferencia ahora, en que pasiones inesperadas la agitaban, perturbándola. Ella también sentía la nostalgia anticipada de aquella despedida, veía de antemano las crueles horas que se adelantaban paso á paso, con la dolorosa previsión del porvenir que nos hace sufrir anticipadamente muchas veces males que no logran realizarse, bastando con la sombra de un temor, para destruir nuestra dicha ó la apacible serenidad de nuestras almas. Su sér se había desprendido del paisaje como si hasta la vista la abandonara y sólo viera interiormente—mas ¡con cuánta intensidad veía y penetraba en las penas de aquel hombre que sufría por ella! sin acertar con palabras de consuelo, ya que abrigaba el propósito de ser firme, casi dura, á trueque de dar término á situaciones que no debían prolongarse. Y sin poderlo remediar sentía el dolor que estaba causando en alma sensible y tierna. Ella también había recibido consuelo de sus simpatías

en horas en que la tierra parecía temblar bajo sus plantas, cuando se veía abandonada de su marido, rotas las ilusiones todas y arrojadas al viento, cegadas las fuentes de ensueño que las mujeres buscan por exigencia de su organización y de su vida.

El rumor de las frondas, de los aires desfallecidos en blandos lechos de césped y enredaderas, al través de las hojas de eucaliptus no eran parte á tranquilizar su espíritu. Mario sentía correr sudor frío de su frente, Elisa soplo de fiebre en sus mejillas. Pero supo hacer rudo esfuerzo y refirió al joven detalles de la escena terrible con su madre. La actitud de su marido, su noble hidalguía, su confianza, aquel ambiente de nobleza que sabía dar á las cosas, aún después de los peores extravíos, la conmovían de tal suerte que había resuelto cortar por lo sano. No era posible desafiar al mundo, por más tranquila que tuviera la conciencia, ya que la reputación de una mujer es más frágil que el cristal y tan fácilmente se triza como se empaña;—los juicios del mundo son engañosos y falsos á menudo, es dado á cebarse en reputaciones, por puras y limpias que sean;—esto la metía en grandes perplejidades y trabajos. De aquí tomaba ocasión Elisa para trazar sus resoluciones por más dolorosas que fuesen.

—«Mario, usted contará siempre en mí con cariño sincero y simpatía afectuosa; pero será menester que nos veamos tan sólo de tarde en tarde, ya que no sería prudente que usted se abstuviera en absoluto de ir á casa:—eso daría que hablar á la gente que se pinta sola para murmurar calumnias y forjar mentiras. Pero solamente nos hablaremos en público, delante de mi marido, donde todos puedan ver, como en muro de cristal, mi existencia entera, ya que nada tengo que encubrir, ni que temer...»

Elisa, al llegar á este punto se detuvo, veía, con sor-

presa, el llanto deslizándose hilo á hilo por los ojos de Mario:—unas lágrimas calladas, amargas, sin ruido, sin sollozos, residuo de una inmensa pena que no acierta á formularse en palabras, quizá porque el orgullo le impidiera hablar, ya que la humanidad es tan débil y mezquina que aún en las horas críticas de nuestra vida nos mueven el orgullo y el afán de vanidades que ni siquiera suelen abandonarnos á la hora de la muerte. Elisa, junto con verle, sintió que su corazón flaqueaba, sobrecogiéndola una inmensa piedad, lástima del dolor causado en aquel hombre por sentimientos que acaso ella no creara voluntariamente, pero de los cuales se sentía responsable. ¿Qué hacerle si la vida lo exigía, si consideraciones superiores la llamaban por caminos que no le era dable evitar, por dolorosos que fueran? Mas el raciocinio no podía vencer al sentimiento, y por más que hablara la cabeza, siempre acababa por sentir inesperados sacudimientos de los nervios, ternura que la invadía, envolviéndola y enredándola en mallas invisibles. ¡Pobre muchacho abandonado, sin padres desde niño, que perdía con ella acaso la única ilusión sana de su vida, la esperanza de redimirse y de levantarse, de volver á los caminos del bien y de la salvación! Sintió que se deslizaba por la pendiente de la compasión humana, movida del dolor ajeno, víctima propiciatoria de todos los sacrificios. No miraba en sí—que si hubiera podido concentrarse en examen de conciencia, tan difícil á ciertas horas como la sangre fría en el combate—habría visto acaso que no solamente la movía el sentimiento santo de compasión humana, sino la oculta simpatía, la corriente subterránea de cariño que obraba dentro de las regiones misteriosas de su espíritu, por senderos inconfesados de nosotros mismos y que nos conducen á donde no acertáramos á ir si nos diéramos

cuenta de la verdad del caso. Pena profunda, honda conmiseración, quemante sentimiento de piedad le revolvieron las entrañas y entonces hizo lo que jamás pensara: cogió tiernamente la mano de Mario, apoyada sobre el parapeto de piedra y regada por las lágrimas que de sus ojos caían, la estrechó entre las suyas, besó esas lágrimas vertidas por ella, y echó á correr, desalada, hundiéndose en la noche oscura.

FIN DE LA PRIMERA PARTE